
MAT DE SANTIAGO CAMPOS
SANTAS

MATILDE SANTIAGO CAMPOS

SANTAS

Sello: Independently published

Título: SANTAS
Matilde Santiago Campos © 2026

Cubierta: Xeito Studio

Corrección y maquetación: Sandra García.

@correccionessandrag

Reservados todos los derechos. No se permite la reproducción total o parcial de esta obra, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio (electrónico, mecánico, fotocopia, grabación u otros) sin autorización previa y por escrito de los titulares del copyright. La infracción de dichos derechos puede constituir un delito contra la propiedad intelectual. El copyright estimula la creatividad, defiende la diversidad en el ámbito de las ideas y el conocimiento, promueve la libre expresión y favorece una cultura viva. Gracias por comprar una edición autorizada de este libro y por respetar las leyes del copyright al no reproducir, escanear ni distribuir ninguna parte de esta obra por ningún medio sin permiso.

Para Mimi.

PARTE I

1

10 de diciembre, 2001

Sentía impotencia. Él no había escogido aquella situación. Estaban haciendo un buen trabajo: poco a poco, paso a paso, como siempre… hasta que una mano invisible lo había colocado ante la cima de un castillo de naipes a punto de desmoronarse.

Con el índice de la mano derecha, se colocó las gafas que descansaban en la punta de su respingona nariz. Mientras tanto, los dedos de la izquierda se movían nerviosos dentro del bolsillo de su pantalón mientras caminaba sobre la moqueta del despacho hacia la silla de su escritorio.

Al sentarse, sus ojos se toparon con dos montones de sobres abiertos. El montón de la derecha estaba formado por veinte cartas enviadas a la Policía Estatal de Craphwood; el de la izquierda, por veintidós enviadas a las oficinas del FBI, todas con el mismo mensaje. Habían sido enviadas tras haberse dado a conocer, de forma interna, los resultados de la auditoría realizada hacía dos meses a IncoPharma, la compañía farmacéutica más importante de Estados Unidos.

Durante los años setenta y ochenta, la Cleroxina se utilizaba para la elaboración de fármacos en todo el país, especialmente ansiolíticos, antidepresivos y otros calmantes. Se descubrió que, a corto plazo y combinada con otras sustancias, producía un fuerte efecto sedante y adictivo. A largo plazo, su consumo podría originar brotes psicóticos, comportamientos suicidas o alucinaciones. Tampoco hacía falta mucha cantidad para morir por sobredosis.

En veinte años, el consumo de Cleroxina había sido la causa de más de doscientas mil muertes e ingresos hospitalarios, por lo que su fabricación se ilegalizó. Su uso, en cambio, continuó siendo aceptado bajo el marco legal. A pesar de eso, tras varios debates y comités, las farmacéuticas dejaron de usarla. Fue reemplazada por la benzodiazepina, cuyo efecto no resultaba ser ni la mitad de perjudicial.

Treinta años después, la Cleroxina volvía a estar en las calles. Esta vez formaba parte de la composición de un nuevo narcótico cuyo aspecto había causado furor: era de color rosa y del tamaño de un arándano, podía pasar desapercibido y parecía una golosina.

Aquella nueva droga había eclipsado a las que se habían consumido durante décadas anteriores. Alguien había creado una de diseño, le había asignado un precio más que asequible y la había puesto al alcance de cualquiera.

Desafortunadamente, IncoPharma, la compañía de la que Michael Brown era fundador y presidente, era la única farmacéutica que continuaba usando la Cleroxina en Estados Unidos. Había sido el propio Michael Brown quien había ofrecido a las autoridades toda la información necesaria: no había descuadre alguno. La Cleroxina había sido exportada por laboratorios españoles, no solo constaba en las facturas de IncoPharma, sino también en las de los propios proveedores. Por otro lado, la Policía Estatal había tenido acceso a los almacenes del gigante farmacéutico y comprobó la existencia de las provisiones de la sustancia embaladas, con sello europeo y *branding* de la compañía española.

El proceso fue largo y tedioso, pero finalmente se demostró que IncoPharma no era fabricante de Cleroxina. Pasaron menos de veinticuatro horas hasta que comenzaron a llegar cartas anónimas con atención directa a la Policía Estatal y al FBI. En ellas solo figuraban dos palabras: Michael Brown. Más de cuarenta cartas en un mes.

El consumo masivo de aquella nueva combinación de sustancias empezaba a convertirse en un problema de salud pública.

Ni siquiera se había arrestado a un proveedor minorista. En las cartas no había huellas o restos de algún tipo, lo que resultaba complicado, ya que más de cuarenta habían sido escritas por la misma persona, según los lingüistas del FBI.

Por otro lado, la tinta con la que estaban escritas se podía encontrar en todas las papelerías del país, al igual que el papel. Así las cosas, lo único que tenían era un montón de cartas señalando a una de las personas más importantes del continente como narcotraficante. Aparentemente, lo había hecho alguien que, desde luego, no era un aficionado y que había sido conocedor de la auditoría realizada a IncoPharma y de su resultado.

Anthony decidió que no iba a analizar las consecuencias que podría acarrear la decisión que había tomado: debían ser discretos. El sonido de los pasos que estaba esperando lo sacó de golpe de sus pensamientos. Dos golpes secos en la puerta.

—Pasa.

La puerta se abrió y unos enormes ojos marrones se asomaron acompañados de una deslumbrante sonrisa.

—¿Me has llamado, jefe?

—Siéntate, Bonnie —la invitó Anthony, señalando con la mano derecha el asiento que había al otro lado de la mesa.

La agente especial Bonnie Pearson caminó sin dudar hacia el asiento mientras dirigía la mirada a los dos montones de cartas que había sobre el escritorio de Anthony.

—Desde que te conozco, nunca has cometido un error.

—Hago lo que puedo, Anthony.

—Verás —continuó—, tengo una auditoría con resultados favorables para Michael Brown y un montón de cartas enviadas tanto a la Policía Estatal de Craphwood como al FBI en Chicago. Todas lo acusan de fabricación y distribución de sustancias ilegales. Y tengo, además, a una de mis agentes más brillantes diciéndome que su intuición apunta directamente hacia él. Bonnie tensó la mandíbula y no apartó la mirada del rostro de Anthony.

—Esta mañana he hablado con David. Ha llegado otra a la comisaría del Estado en Hellyfield.

—Tiene luz verde, agente Pearson.

—¿Así de fácil? ¿Por qué? —preguntó Bonnie con tono desconfiado mientras levantaba una ceja.

—No eres la única con buena intuición entre estas paredes, Bonnie. Ese tipo nunca me gustó, creo que oculta algo... Y sí, al igual que tú, pienso que él es quien se encuentra tras Spicy Candy. Tenemos que ser discretos. Tienen ojos en todas partes.

Bonnie y Anthony intercambiaron miradas de complicidad. Acto seguido, ella se inclinó sobre el escritorio para poder ver más de cerca las cartas.

—¿Seguimos sin pistas sobre el remitente?

—Nada, pero eso no debe preocuparnos ahora, nuestro objetivo es otro.

—¿Qué hay de la DEA?

—Están en otras cosas; esto no va con ellos. Hazle saber a David que el FBI abrirá un caso para investigar a Michael Brown y que requerimos discreción extrema. En esta ocasión, irás a Hellyfield.

—¿A Hellyfield? ¿Por qué a su segunda residencia? Las oficinas y el laboratorio, su vida, su día a día... Todo está en Pick Brave —protestó.

—Ya lo sabes: estuvimos siguiéndole los pasos dos meses antes de la ejecución de la auditoría. En Pick Brave no hay nada, Bonnie. Mandaremos a una unidad, la que tú elijas, a Pick Brave, pero tú tienes que ir al sur: allana el terreno en Hellyfield.

—Con una condición: me instalaré en casa de mis padres. Nada de residencias extrañas; eso podría llamar la atención. Además, necesito tiempo, tengo que formar una unidad.

—Tómate el tiempo que requieras... y unos días libres, los necesitas —ordenó Anthony.

—Ya veremos —contestó Bonnie—. Jefe, hay que averiguar quién envió esas cartas.

Anthony elevó las cejas e hizo una mueca con la boca. Aquel gesto le sirvió a Bonnie como respuesta: por ahora, dar con el remitente de aquellas cartas no era una prioridad.

2

12 de diciembre, 2001

Michael acabó su copa de *bourbon*, apagó el televisor, se levantó del sofá, salió del salón a oscuras y dejó el vaso de cristal sobre la encimera de la cocina. Mientras subía las escaleras, pensaba en lo poco que quedaba para estar en la casa de Hellyfield, junto a Mery y la pequeña Emma.

Entró en el baño de la primera planta y se desvistió. Pasó unos minutos observando su rígida postura y su cuerpo desnudo frente al espejo. Era un hombre atractivo; conservaba su trabajada figura y unas tímidas canas se asomaban entre su cabello castaño. A sus cuarenta años, el éxito que había cosechado era admirable.

Finalmente, dedicó unos segundos a observar la preocupación que se había apoderado de sus ojos. Se sentía agotado: estar al mando de una empresa de aquellas dimensiones no era sencillo y, menos aún, tras lo ocurrido hacía un mes. Aquella estúpida auditoría casi lo había echado todo por tierra.

Abrió el grifo de agua fría y esta cayó sobre él, humedeciendo hasta la última parte de su cuerpo. Asuntos laborales inundaron su mente e hizo un gran esfuerzo para apartarlos. Todo había salido perfectamente, y necesitaba descansar. En silencio, enumeró todas las cosas que necesitaba llevar con él aquellas vacaciones. Se planteaba si cargar consigo el teléfono móvil de la empresa; seguramente acabaría haciéndolo. Tenerlo todo bajo control era de las mejores cosas que sabía hacer, aunque sabía que lo adecuado sería dejarlo en Pick Brave.

Subió las escaleras sin emitir ningún ruido. Pasó por la puerta de la habitación de su hija, en la que aparecía escrito en letras de madera «E M M A». Estaba cerrada, pero pudo percatarse de que la luz estaba apagada: su pequeña dormía.

En cambio, en su dormitorio había luz y ruido. Mery se había quedado dormida con el televisor encendido. Entró, se puso el pijama, besó en la mejilla a su mujer, apagó el aparato, salió de la habitación y se dirigió a su despacho. Separó un cuadro de la pared y una llave cayó: debía comprobar algo. Abrió uno de sus cajones, indagó en él hasta que encontró lo que buscaba.

Cuando acabó, lo cerró con llave y la volvió a esconder. Después salió con su puño izquierdo cerrado y se dirigió a darle el beso de buenas noches a Emma.

3

19 de diciembre, 2001

Los imponentes acantilados, que hacían que la costa pareciese la dentadura de una gran bestia, y el olor a tierra mojada eran los rasgos más característicos de Pick Brave, capital del pequeño estado de Craphwood, situado entre Nueva Jersey y Delaware.

La lluvia y la humedad se encariñaron con sus costas aquel día. Una vez más, las nubes habían decidido llevar la contraria a la previsión del tiempo.

Desde la ventana, Mery observaba a su marido cargar con el equipaje al maletero del coche. No podía evitar imaginar la calidez del sol acariciando su rostro; añoraba el sur.

Acercó el antebrazo izquierdo a su torso para comprobar la hora: las agujas marcaban las tres en punto de la tarde. Deberían salir ya si no querían encontrarse la carretera colapsada por el tráfico.

Se giró y rebuscó en su bolso hasta encontrar una caja de pastillas. Cogió dos, caminó hacia la cocina y llenó un vaso de agua.

Subió las largas y frías escaleras de mármol para echar un vistazo a la habitación de Emma. Una vez en la segunda planta, desfiló por el largo pasillo, mirando tímidamente su reflejo en los espejos que colgaban de las paredes.

Cuatro paredes de color turquesa se desplegaron ante ella, vestidas con dibujos de Emma. Más arriba, en un tono turquesa algo más oscuro, pequeños dibujos de lunas y soles rodeaban la habitación. Una mochila de color rosa estaba abierta sobre la cama,

preparada para que la niña guardara su libreta de dibujo y sus lápices de colores.

Mery dejó que su cuerpo reposara sobre el marco de la puerta y disfrutó de unos segundos observando a su hija. Quién, de espaldas a ella, estaba totalmente inmersa en su dibujo. Su corta melena danzaba a la altura de sus hombros; bajo el cálido jersey verde llevaba un vestido de diminutas flores azules y amarillas. Aún estaba descalza. Mery avanzó silenciosa hasta alcanzarla, la besó en la cabeza y se fijó en el papel.

—¿Qué dibujas, ratoncilla?

Sin levantar la cabeza, Emma seguía coloreando.

—Dibujo la lluvia, mami.

Antes de que Emma acabara la frase, Mery ya se había girado para recoger los zapatos de la pequeña y le ayudó a ponérselos.

—Muy bien, cariño —dijo mientras se arrodillaba y cuidadosamente introducía el pie derecho de Emma en el zapato correspondiente.

La pequeña se quedó anonadada observando el rostro de su madre.

Mery se percató y le devolvió la mirada. Ambas comenzaron a reír juntas.

El Land Rover Freelander circulaba por la húmeda y unidireccional carretera, dejando atrás las vertiginosas curvas que perfilaban los acantilados de Pick Brave.

Fuera, la lluvia caía con fuerza y, pese a la calidez del interior del 4x4, no hacía falta mirar el termómetro para saber que fuera reinaban bajas temperaturas.

Michael decidió encender las luces de emergencia. Aunque no se había encontrado con ningún otro vehículo hacía kilómetros, consideró que era lo más seguro.

En el asiento trasero, Emma dormía plácidamente: su cabeza descansaba sobre la puerta, estaba tapada con una manta y se

había deshecho de sus pequeños zapatos.

Mery, acomodada en el asiento del copiloto, se giró para ver si su hija continuaba durmiendo.

Giró de nuevo el cuello y volvió a posar sus ojos en la carretera. Su dedo índice comenzó a jugar con el cordón de su blusa blanca. Michael la observaba de reojo.

Sabía que estaba preocupada. Percibía cierto nerviosismo en su mirada y en sus gestos. Por supuesto, él la comprendía. Siempre lo había hecho.

Colocó su mano derecha sobre la pierna izquierda de Mery. Entonces, ella lo miró y él le sonrió.

Eran almas gemelas. Lo compartían todo. No había secretos entre ellos.

Ambos ansiaban aquellas vacaciones en familia más que nunca. Aunque a su vez sabían que tal vez no llegaban en el mejor momento. El volumen del trabajo de Michael era inmenso.

Mery se acordó de su amigo Danniel. Ya había contactado con él para decirle que llegarían aquella misma tarde.

Entonces se dio cuenta de que, con el ajetreo del viaje, no había organizado ningún plan en concreto. Debía pensar algo.

Michael comenzó a sentir un leve pinchazo en la parte baja de la espalda, estirar las piernas le vendría bien.

Entre las gotas de agua golpeando el parabrisas, pudo ver a lo lejos un cartel. Un área de servicio estaba cerca.

Emma se despertó justo cuando los neumáticos frenaban en el aparcamiento trasero de la cafetería. Michael se bajó del vehículo, y disfrutó de la bocanada de aire fresco.

Cerró la puerta tras él, colocó sus manos sobre sus lumbares y estiró la espalda.

Mientras Mery se colocaba el abrigo, Michael abrió la puerta trasera del coche, besó la frente de Emma y le desabrochó el cinturón. Cariñosamente la cogió en brazos y cerró el coche.

La familia Brown entró en la cafetería. Estaba vacía.

Tras la barra, un joven de unos veintitantos años lavaba unos vasos. Cuando notó la presencia de los Brown, se giró y con amabilidad les indicó que tomaran asiento.

En silencio, Mery eligió una mesa redonda al final del vacío salón. Michael, todavía con Emma en brazos, la siguió.

Emma comenzaba a estar más despierta tras su larga siesta. Jugaba a robarle la alargada y puntiaguda nariz a su padre. Michael, entre risas, fingía estar tremendamente preocupado por no encontrarla.

Mientras Mery se recogía su rubia y ondulada melena en una goma para el pelo, el joven camarero se colocó frente a ella. Antes de que pudiera preguntar lo que iba a tomar, se sonrojó levemente al ver los ojos azules de Mery, su blanca piel y carnosos labios.

Michael, que rápidamente fue consciente de lo que ocurría, sonrió para sus adentros.

—Dos cafés con leche y un vaso de leche con cacao, por favor —pidió Mery.

—Enseguida, señorita... Quiero decir, señora.

Antes de girarse y volver sobre sus pasos, le dirigió una mirada baja a Michael. El matrimonio se sonrió mutuamente.

—¿De qué os reís? —preguntó Emma, curiosa.

—Nos reímos porque… ¡tengo tu nariz! —bromeó Michael mientras jugaba a tener la nariz de su hija entre las manos y ella intentaba alcanzarla.

Mientras la familia Brown disfrutaba de un agradecido tentempié, una pareja de unos cincuenta y tantos años entró en el establecimiento. Ambos vestían con admirable elegancia.

La mujer llevaba unos tacones bajos, una gabardina de color gris, un bolso que, fácilmente, podía valer el sueldo anual del camarero. En sus orejas lucían dos grandes perlas.

Su marido, de prominente nariz aguileña, llevaba unos zapatos negros impecables.

Bajo su gabardina negra, vestía un traje con corbata y sostenía un maletín de piel. Ambos parecían disgustados.

Se sentaron en una mesa cercana a la de los Brown, a quienes les fue inevitable escuchar la conversación que mantenían.

—Qué desgracia más grande, querido —comentaba la mujer.

—Me cuesta creerlo, Rosse. Nunca había visto nada raro en Eddy, debe de haber un error —dijo pensativo el hombre del maletín, mientras se acariciaba el poblado bigote.

—Es posible, Josh. Sea lo que sea, estoy segura de que lo cuidarán bien en…

Michael, aún dolorido, decidió que no quería seguir escuchando aquella conversación.

Mery colocó su mano cariñosamente sobre la suya.

Aquella pareja parecía conocer a Edward Robinson, una joven eminencia médica y amigo de Michael desde la universidad.

Su estudio sobre el desarrollo de las distintas inteligencias y altas capacidades humanas había supuesto una revolución en la comunidad científica, pero ahora todo se había echado por tierra. El doctor Robinson había sido ingresado en la institución psiquiátrica de Pick Brave, la más segura del país.

El diagnóstico: demencia y psicosis reactiva.

Aquel odioso estigma se había cebado con el brillante doctor, y su trabajo quedó totalmente desprestigiado.

Michael había intentado intervenir, demostrar que Eddy estaba cuerdo o, al menos, que no era un peligro para nadie. Sin embargo, en aquel caso, la influencia y el dinero de Michael Brown no habían servido de nada. La noticia había dado la vuelta por todo el país. Todos los medios hablaban de ello.

Mery miró preocupada a su marido.

—Cariño, hiciste todo lo que pudiste.

Michael le devolvió la mirada; la decepción había desaparecido de sus ojos.

Asintió con la cabeza.

—Mamá, tengo pis —canturreó Emma, tirando de la manga del abrigo de su madre.

Mery la miró, tomó una servilleta para limpiarle los restos de leche con cacao que tenía alrededor de la boca. Después giró la cabeza y vio un cartel que indicaba que los aseos estaban fuera.

—Vamos, Emma, pero primero tenemos que ir a coger el neceser al coche. Enseguida volvemos, Michael, te cojo las llaves.

Emma salió de la mano de su madre hacia los aparcamientos.

Mery abrió el maletero en busca del neceser, mientras Emma observaba divertida a dos jóvenes subidos sobre sus motos en el estacionamiento de al lado.

—¿Y cómo dices que se llaman? —preguntó el más joven mirando una bolsa de caramelos rosas que sostenía su acompañante.

—Spicy Candy. Sientan de puta madre y, además, están buenas, es alucinante —dijo el otro.

—Sí, ¿verdad? Se parecen a los caramelos para la tos que toma mi vieja.

Ambos comenzaron a reír a carcajadas, pero las risas se ahogaron en el sonido del maletero al cerrarse.

—Emma, cariño, vamos.

Mery parecía estar acalorada tras la larga búsqueda del neceser entre los kilos de ropa que llevaban.

El camino al baño era corto y Emma no se pudo resistir.

—Mami, ¿me compras chuches?

—¿Chuches? Ya sabes que no te sientan bien —dijo tajante.

—Pero, mamá, me estoy portando bien —lloriqueó Emma.

—Mira, haremos una cosa: las compraré ahora y, si esta noche cenas bien, podrás comerte una, ¿vale? —Emma saltó de alegría—. ¿Cuáles quieres?

—Spicy Candy.

***

Los Brown continuaron su viaje. El tiempo mejoraba conforme más se acercaban al sur del país.

Aún hacía frío, pero las temperaturas aumentaron cinco grados, y el sol saludaba tímidamente. Michael había desactivado las luces de emergencia y, por fin, Mery pudo disfrutar de esas ansiadas caricias. Pasaron un cartel en el que rezaba: «Bienvenidos a Hellyfield».

Un gran candado mantenía las cadenas entrelazadas, sujetas a los macizos barrotes que se alzaban como columnas jónicas.

La segunda residencia de los Brown destacaba sobre todas las construidas en Hellyfield.

El gran jardín no dejaba indiferente a ningún transeúnte.

La parcela tenía fácilmente una hectárea de extensión.

En el centro, se elevaban las paredes de una imponente casa de estilo colonial.

Enredaderas en mal estado serpenteaban por los balcones cubiertos de hojas secas y ramas rotas. Los grandes ventanales, vestidos con cortinas blancas, no permitían a los curiosos, hechizados por la misteriosa e inquietante atmósfera del número 7 de Whisper Lane, echar un vistazo bajo sus faldas.

La magia seguía desplegándose hasta la parte trasera del jardín, donde, en lugar de ladrillo, el diseño de la casa se ultimaba con cinco paredes vidriosas que formaban un pentágono perfecto. Un pentágono vacío.

Al lado del número 7, separada por unos cipreses, la residencia de Danniel Berry parecía diminuta en comparación.

Pero, sin duda alguna, resultaba mucho más acogedora.

El hecho de que fuera la residencia permanente de Danniel hacía que pareciera sacada de un cuento de hadas.

El pequeño, pero colorido, jardín rebosaba encanto, fruto del cariño que su dueño le había dedicado.

Camuflada entre unos árboles, se escondía una pequeña cabaña que él mismo había construido: la usaba como cobertizo para almacenar todas sus herramientas y utensilios de jardinería.

Mery bajó del coche y abrió el oxidado candado que mantenía las pesadas verjas cerradas.

El Land Rover negro avanzó lentamente por el camino de entrada.

Cuando Mery subió de nuevo al coche, pudo ver que el reloj digital de este marcaba las ocho de la tarde.

—¡Dios mío, Michael! ¿Cómo se nos ha podido hacer tan tarde? —exclamó mirando a su marido por encima de las gafas de sol.

—Es lo que tiene ir por la costa, Mery. Ya sabes que el viaje en línea recta puede hacerse tremendamente aburrido, incluso peligroso.

Mery se quitó las gafas de sol, cerró la puerta del coche y las guardó en su bolso.

Dentro del 4x4, arrodillada en el asiento y con las manos apoyadas en la ventana, Emma recorría con la mirada el estropeado jardín... hasta llegar a los cipreses que separaban el número 7 del número 8.

Contempló el rojizo tejado de la casa de su vecino y sonrió. Se moría de ganas por encontrarse de nuevo con su querido amigo Danniel.

4

20 de diciembre, 2001

Todos los ventanales de la casa estaban abiertos, y la música del viento hizo que las cortinas comenzaran a bailar.

Mery dedicó gran parte de la mañana a deshacer las maletas y organizar los armarios, mientras Michael se encargaba de limpiar el jardín y dejarlo a punto. Quitó las malas hierbas, podó los cipreses e incluso plantó algunas semillas de tulipanes que había encontrado olvidadas en un cajón.

Cuando Emma vio a su padre con el soplador de hojas, no pudo evitar caer en la tentación y salió corriendo para unirse a aquella divertida actividad.

Michael jugaba con ella, dejando que le disparara a la cara una ráfaga de aire, lo que formaba en su rostro una caricatura que hacía de Emma una víctima de su descontrolada risa.

Los Brown pasaron una atareada mañana.

Por supuesto, podrían haber pagado a un matrimonio para que se encargara de realizar todas aquellas tareas, pero lo cierto era que ambos eran demasiado celosos de su intimidad.

No porque ocultaran nada; de hecho, eran otras razones las que los habían llevado a tomar esa decisión.

Desde hacía unos años, las tareas domésticas resultaban, cuanto menos, terapéuticas para Mery: despejaba su mente y calmaba su ansiedad, ayudándola a depender menos de los fármacos que le habían recetado.

Por otro lado, Michael era una figura importante en la industria farmacéutica del país.

Había rechazado numerosas entrevistas y portadas de revista con relación al emprendimiento y economía. En general, evitaba estar bajo el foco mediático.

Ambos deseaban una vida cuanto menos normal. Ya habían escuchado varios casos de empleados domésticos que se habían encargado de vender y publicar trapos sucios o intimidades de sus empleadores de renombre.

Mery fue a la cocina para coger un refresco sin azúcar para Emma, un café para ella y otro para Michael.

Salió al jardín y sonrió al ver aquella imagen de su marido y su hija, vestidos ambos con un mono vaquero, lanzándose hojas entre ellos.

Después ese cálido sentimiento, se desvaneció. Y sintió envidia.

Le propuso a su marido invitar a Danniel Berry a cenar esa misma noche.

Emma saltó de alegría, Michael también tenía ganas de ver a su querido amigo.

—Si Danny viene esta noche, será mejor que me ponga las pilas en el jardín —dijo Michael entre risas.

Mery sonrió y volvió sobre sus pasos para llamar a Danniel.

Aquella propuesta no solo alegró a Emma. La llamada llenó de alegría el corazón de Danniel. Por supuesto, él sabía que los Brown habían llegado la tarde anterior. Pero, como siempre, había esperado a que el primer paso lo dieran ellos, algo de timidez escondida tras una máscara de señorío.

A las ocho menos cuarto, Danniel cruzó la fascinante verja que preservaba la casa de sus vecinos.

Vestía una cazadora marrón que le resguardaba de alguna brisa furtiva propia de aquella hora de la tarde, una camisa azul, unos pantalones negros y unas botas Panama Jack.

De su mano izquierda colgaba una sofisticada bolsa de una famosa y cara bodega de vino.

La luz de las farolas era más que suficiente para que Danniel, disimuladamente, pudiera examinar el estado en el que se encontraba el jardín.

Pudo confirmar que, evidentemente, Michael había hecho un trabajo increíble en tan solo unas horas.

No se trataba de celos, sino de una competencia sana que Danniel Berry nunca se había preocupado por ocultar.

La jardinería era una de sus pasiones.

Siempre se había mostrado crítico con el cuidado de las plantas y la importancia de estas en la estética del hogar.

Pero, sin duda, lo que más disfrutaba era darle algún consejo o pequeña lección a Michael.

Subió los escalones que daban al porche y tocó el timbre.

Su corazón se aceleró al escuchar unos pasos acercándose a la puerta. A los pocos segundos, se encontró con los ojos marrones de Michael.

Se había dejado una barba de tres días, que le favorecía bastante, disimulaba sus marcados pómulos. Al sonreír, su nariz puntiaguda se elevó levemente.

—¡Doctor Danniel Berry, a mis brazos!

—¡Oh, Michael, amigo mío! —exclamó Danniel mientras posaba la bolsa con el vino en el suelo y se acercaba a Michael con los brazos abiertos.

Ambos se dieron un sincero abrazo, acompañado de unas palmadas en la espalda.

Antes de que se separaran, Danniel vio aparecer a la pequeña Emma en pijama, con los brazos levantados.

—¡Danny, Danny!

El rostro de Danniel se iluminó al verla; adoraba a aquella niña.

Danniel se separó de Michael, se agachó y abrazó a Emma en cuanto ella aterrizó sobre su pecho.

Escoltado por Michael y con Emma cogida de su mano derecha, Danniel entró en el comedor. No pudo evitar fijarse en la imponente lámpara de araña que colgaba del techo, en la gran estantería llena de libros y algunas fotografías de la familia, y, finalmente, desvió la mirada a una mesa redonda, cuya superficie era de cristal.

Allí se encontró con Mery, la encantadora y hermosa Mery.

Llevaba un delantal puesto y colocaba un plato con aperitivos sobre la mesa. Cruzó su mirada con la de Danniel, ambos sonrieron.

Mientras Mery caminaba hacia él, se quitaba el delantal.

Danniel la besó en la mejilla... demasiado cerca de la comisura de sus labios.

—¿Cómo estás, Danny? —preguntó Mery con una amplia sonrisa.

—Estupendamente. ¿Y vosotros? ¿Qué tal el viaje?

—Bien, todo bien —contestó Mery—. Te hemos echado de menos.

La luz que desprendían las velas posadas en los candelabros de plata acompañó al señor Berry y a los Brown durante toda la velada, la cual resultó ser más agradable de lo usual.

Mery recibió un incontable número de elogios por el cordero asado que había preparado, lo que le reconfortó bastante, pues había pasado gran parte de la tarde en el mercado del pueblo buscando la carne y las verduras. Aunque podría decirse que aquel viaje era inevitable —los Brown tenían pensado pasar allí unas dos semanas—, la nevera estaba vacía.

Mientras Mery se encargaba de los recados, Michael dejó preparado su despacho.

Estaba de vacaciones, sí, pero ir de vacaciones al sur del país no le libraría de algunas horas de trabajo.

Aquella tarde también fue ajetreada para Emma, quien la pasó haciendo un detallado dibujo para Danniel.

Sobre la barra americana de la cocina descansaba una botella de champán vacía.

En la mesa del comedor, la botella de vino que había traído Danniel aún estaba llena.

Era el vino el favorito de Mery.

Emma entró en el comedor. Entre sus manos llevaba un papel; la sonrisa en su rostro delataba su entusiasmo.

Se había deshecho de las dos coletas que Mery le había peinado aquella mañana. Estaba totalmente despeinada, lo que le daba un aspecto aún más divertido.

Los tres adultos se fijaron en ella y comenzaron uno de los juegos favoritos de Emma.

—¡Oh, mirad! —exclamó Mery—. Por ahí viene la mejor dibujante del mundo. ¿Qué es eso que trae?

—¡Yo lo sé! Es uno de sus dibujos —dijo Danniel, forzando un tono de voz misterioso—, y estoy seguro de que es mejor que el de cualquiera de mis alumnos de la universidad.

La niña exhibió una sonrisa gigante de oreja a oreja y se acercó a Danniel.

Entonces, ella le extendió el papel.

—Es para ti, Danny.

—¡No me lo puedo creer! ¿Para mí?

Emma disfrutaba con todo aquello, pero era complicado pensar que Danniel lo hiciera menos que ella.

Observó el dibujo con más detenimiento de lo que Mery solía hacerlo.

El talento de Emma no era ningún secreto.

No solo poseía creatividad —lo cual no solía ser raro en una niña de tan corta edad—, sino también talento y calidad en el trazo.

Aún era muy pronto para pensar así, pero Danniel sabía que algún día Emma podría vivir de su arte. De hecho, podría vivir muy

bien.

La ilustración enterneció el corazón de Danniel; incluso la expresión de su rostro cambió.

En el papel aparecían él y Emma en el colorido jardín de su casa.

Los tonos de las flores y plantas del jardín coincidían con los de la realidad, era fascinante.

Danniel la cogía de la mano mientras ambos posaban uno al lado del otro.

Ella lo miraba con complicidad y él le devolvía la mirada.

El sabor de las risas hizo que aquella noche se respirara un aroma dulce.

La temperatura de la habitación era perfecta, pero por todos es sabido que la armonía es perecedera...

—Michael, me he enterado de lo que le ha ocurrido a tu amigo Eddy. Lo siento mucho.

No fueron necesarios ni cinco segundos para que Danniel advirtiera que aquello había sido una metedura de pata. Sin embargo, pudo apreciar la ausencia de dolor o incomodidad en el rostro de Michael, que estaba sentado frente a él.

—Gracias, Danny —contestó con la mirada fija en la copa de vino —. Ya sabes: a veces hay cosas que no están bajo nuestro control, ni son voluntad de quien las padece. Estoy seguro de que Eddy saldrá de esta.

Miraba a Danniel a los ojos y este tragó saliva y continuó con la conversación.

—Michael, ¿y tú? ¿Crees que realmente se le haya ido la cabeza?

Mery, sentada entre ambos, levantó una ceja y miró de reojo a su marido, que dibujó en su rostro una pesada sonrisa.

—No. De hecho, estoy seguro de que lo han encerrado por estar demasiado cuerdo.

—Por Eddy Robinson —dijo Danniel sonriendo y levantando la copa.

Mery y Michael lo siguieron en el brindis.

Mery bebió y, antes de que su copa tocara la mesa, se dirigió a Danniel.

—¿Y tú, Danny? ¿Cómo estás?

Danniel sonrió con los labios juntos, una sonrisa tierna que ocultaba un inmenso dolor.

—Estoy bien, poco a poco. Ya solo voy a terapia una vez al mes. Ha sido duro, pero comienzo a ver la luz, ya sabes...

La conversación recuperó un tono más desenfadado.

El final de la velada comenzó cuando Danniel decidió preguntarle a Michael sobre el trabajo; este se limitó a responder con tecnicismos.

Danniel conocía lo suficientemente bien a Michael como para saber que, cuando se comportaba así, lo que pretendía era dejar claro que no le apetecía hablar del tema.

Aunque a Danniel le costaba no sentirse algo estúpido cuando aquellos términos aparecían sobre la mesa, no se sentía ofendido.

A pesar de eso, le parecía una técnica demasiado pasiva-agresiva para cambiar de tema.

El ansiado reencuentro acabó tal y como había empezado: entre risas y abrazos.

Danniel salió del número 7 emocionado por haber vuelto a encontrarse de nuevo con sus queridos amigos. Aquella emoción venía acompañada por algo de euforia, probablemente consecuencia del vino y el champán.

Sin embargo, entre esa oleada de reconfortantes emociones, una sensación extraña y compleja yacía en su interior. Algo le susurraba al oído... pero no conseguía descifrar el mensaje. No lo comprendía. Pero no por no entenderlo, negaba su existencia.

Las agujas del reloj que estaba sobre la chimenea de Hellyfield marcaban las once y media. Michael bebió de su copa de vino, palmeó sus rodillas y le dedicó una extraordinaria sonrisa a su pequeña para que fuera a sentarse sobre ellas.

Emma no mostró mucho entusiasmo. Estaba bastante cansada; era demasiado tarde para ella.

Pero siempre que Danniel Berry acudía a alguna de sus cenas, hacía esfuerzos titánicos por mantenerse despierta.

Se divertía muchísimo con él. Aquel agradable hombre le hacía sentir verdaderamente bien.

Se sentó sobre las rodillas de su padre y apoyó los brazos en la mesa.

Emma no pudo evitar entristecerse al ver que Danniel había olvidado el dibujo que ella le había hecho.

Mery llegó con su copa de vino medio vacía en la mano, se sentó junto a su marido y su hija, y a continuación besó a Emma en la mejilla.

—Cariño, antes de dormir, te vamos a dar un baño rápido. ¿Quieres?

Por supuesto, era una pregunta retórica. Emma tomaría aquel baño, quisiera o no.

—Vale, mami.

Mery no pudo resistirse al encanto de la pequeña y la cogió en brazos, acurrucándola en su regazo.

—Cada día te pareces más a tu madre —dijo Michael, sonriendo y dándole un pequeño toque con el dedo en la punta de la nariz.

Mery levantó las cejas y una expresión de sorpresa apareció en su rostro.

—¿Sí? ¿De verdad lo crees?

Le dijo mirándole fijamente a los ojos. Pero antes de que él pudiera contestar, Emma saltó con aquella energía y entusiasmo que

la caracterizaban.

—¡Vamos a verlas, papá! ¡Venga, vamos, enséñamelas de nuevo! —exclamó Emma, completamente entusiasmada.

—Vale, vale, tranquilízate, pequeña, pero después te vas a la bañera.

Se levantó sin mirar a su esposa y fue hasta el mueble que había al final del comedor. Mientras tanto, Mery clavaba sus ojos en su nuca.

Su rostro, rígido, lo observaba.

Volvió con un libro entre las manos y se sentó junto a Mery para que Emma pudiera ver las fotos de cuando él y su madre eran novios: viajes, citas, sorpresas...

Sin duda, las imágenes que más fascinaban a Emma eran las de cuando ella apenas tenía seis meses.

—¡Aquí está, aquí está!

En aquella foto, del 2 de julio de 1994, se podía ver a Mery con la pequeña recién nacida en su dormitorio de Pick Brave.

Solo tenía unos meses.

A Emma le encantaba, era su favorita con total seguridad.

Michael sonreía al ver tan feliz a su hija.

Sin duda, ver aquellas fotos había hecho que Emma se olvidara del pequeño desliz de Danniel.

—Bueno, ¡se acabó!

El grito de Mery retumbó entre las paredes, lleno de rabia.

De un golpe, cerró el álbum con fuerza, haciendo que este saliera disparado de la mesa y cayera al suelo.

Emma se asustó y comenzó a llorar.

—No sé a qué coño estás jugando, Michael, pero te estás pasando de la raya —gritó furiosa poniéndose en pie señalando a su marido con la mirada.

—Mery, ¿pero qué narices haces?

Michael se levantó, escandalizado, haciendo un gran esfuerzo por no dejarse llevar por el alcohol y poder así mantener la compostura.

—¡Sabes muy bien de qué te estoy hablando, Michael! No te hagas el loco, lo sabes muy bien.

Los ojos de Mery se bañaron en lágrimas. Su pecho subía y bajaba rápidamente, agitado por la ira.

Michael, por su parte, se mostraba calmado.

—Cariño, creo que has bebido demasiado. Sube a dormir, yo termino de recoger —dijo con una mano en el bolsillo y con tono de condescendencia.

Mery comenzó a ponerse roja. Estaba furiosa. Sabía que Michael estaba manipulando la situación, como siempre.

De repente, el timbre de la puerta sonó.

Ambos miraron el reloj a la vez: las doce menos cuarto.

Emma seguía paralizada por el miedo, atrapada entre ambos, sin saber qué hacer.

***

Danniel salió de la casa de sus vecinos aquella noche con un agradable sabor de boca.

Habían pasado una velada extraordinaria.

Mery cocinaba mejor cada día.

En varias ocasiones le sugirió que montara su propio negocio: «Oh, Danniel, pero ¿qué cosas dices? Todo lo que sé me lo has enseñado tú», había contestado ella un tanto sonrojada.

Mientras cruzaba la pequeña valla de madera que daba paso a su jardín, sonreía al recordar cómo Emma se había pasado la noche enseñándole todos sus dibujos.

Cerró la puerta de su hogar tras él y encendió la luz: entonces, todas las obras que tenía colgadas en las paredes aparecieron ante sus ojos.

En ocasiones pensaba que debería descolgar alguno de sus cuadros.

Era cierto que resultaba impactante ver tantas obras juntas, hasta el punto de que podría llegar a ser antiestético.

Tras darse una rápida ducha, se aseó y fue directo a su habitación.

Se puso su pijama de cuadros escoceses favorito y encendió la calefacción.

Fue entonces cuando se dio cuenta de que había olvidado el dibujo que Emma había hecho para él.

Buscó en los bolsillos de los pantalones que había usado, en la chaqueta y en el abrigo.

Al no encontrarlo, volvió a su habitación y se puso las gafas para revisar con mayor minuciosidad.

Sabía que no tenía la menor importancia y que podría ir a por él al día siguiente, pero algo le decía que tal vez aquello podría disgustar a Emma.

En ocasiones, mostraba poseer una sensibilidad inusual.

A veces le parecía frágil.

«Demasiado, tal vez, para un mundo como este», se había dicho a sí mismo alguna vez.

Por la ventana pudo ver que las luces de la casa de los Brown seguían encendidas.

También se dio cuenta de que sus cipreses estaban demasiado altos para su gusto.

Volvió a calzarse y salió a por el dibujo.

Llamó al timbre, esperó unos segundos, golpeó la puerta y gritó: «Soy Danniel, me he olvidado algo».

Mery abrió con una gran sonrisa, aunque Danniel pudo percibir que algo no iba del todo bien.

Era un hombre bastante discreto, por lo que prefirió no decir nada.

—Disculpa, Mery. He olvidado el dibujo que Emma me dedicó. Vi que aún teníais las luces encendidas y decidí venir a por él.

Mery tardó unos segundos en reaccionar.

—Oh, sí, claro, entra. Iré a por él. —Mery sonrió, haciendo un esfuerzo por mostrar naturalidad.

Danniel le dedicó una sonrisa y entró.

Se apoyó en el marco de la puerta desde dentro y esperó allí; no le pareció adecuado seguir a Mery. A lo lejos, pudo escuchar una conversación entre Michael y Emma.

Le resultó complicado ignorar aquellos murmullos.

—Tranquila, cariño, no te asustes. Antes de dormir jugaremos un poco —le dijo Michael a Emma.

Danniel se preguntó de qué podría tener miedo Emma, aunque rápidamente decidió que no era de su incumbencia.

—No, yo no quiero jugar.

La respuesta de Emma le hizo afinar el oído.

—¿Cómo no vas a querer jugar con papá? Venga, nos lo vamos a pasar muy bien.

Danniel frunció el ceño.

No sabía si estaba interpretando bien aquella conversación.

De repente, Mery apareció ante él con el dibujo en la mano.

Pasaron unos segundos hasta que Danniel logró articular una palabra.

—Oh, muchas gracias, Mery. Ya sabes cómo somos los artistas, no es difícil que nos ofendamos —dijo sonriendo.

Ella le respondió con una carcajada algo forzada.

—Espero que hayas pasado una agradable velada —dijo Mery.

Danniel estaba desconcertado.

Intentaba seguir oyendo la conversación que estaban teniendo Michael y Emma en el comedor.

—Desde luego. Buenas noches.

—Buenas noches, Danniel.

Antes de que saliera por la puerta, se giró bruscamente y la miró a los ojos.

—Mery, ¿todo bien? —preguntó, haciendo una mueca extraña.

—Sí, claro, todo bien. Solo estoy un poco cansada.

Esta vez, no había nada que le susurrara al oído. Más bien le gritaba... pero seguía sin entender el mensaje.

Antes de subir a su habitación, decidió ir a la cocina para tomar una pastilla para dormir. Estaba inquieto. Sentía una opresiva presión en el pecho. Nada nuevo para él.

Desde que Eva falleció, dos años atrás, la ansiedad se había convertido en una constante en su vida.

5

21 de diciembre, 2001

Un tímido rayo de sol atravesó la cortina burdeos y aterrizó en el retrato de una joven mujer: ojos marrones, cabello oscuro y rizado, nariz pecosa y dientes blancos.

Aquel retrato era de mediados de los noventa. Tenía diecinueve años y el cáncer aún no se había cruzado en su camino. Su sonrisa iluminaba la habitación, volviéndola más cálida.

Daban ganas de quedarse allí.

Al lado del retrato descansaban las gafas de pasta de Danniel. Antes de la muerte de Eva, solía usar lentillas.

Su mujer siempre le insistía en que se dejase ver con gafas: le encantaba cómo le quedaban. Bromeaba, diciéndole que llevarlas era la única manera en que ella podía creer que realmente era doctor en historia del arte.

Cuando Eva murió, Danniel no volvió a comprar lentillas.

Cerca de las gafas, había un papel doblado y un vaso de agua.

En la cama de matrimonio, hecha de madera maciza, Danniel se encontraba en un profundo sueño. Tapado de los pies a la cabeza con un edredón nórdico de plumas de color verde oscuro, comenzó a moverse lentamente.

Un despertar tranquilo, sin sobresaltos. Hacía tiempo que las taquicardias no lo arrancaban del sueño; esa vez había sido la cálida luz del sol.

Con mucho gusto, el profesor de universidad se estiró y bostezó.

Llevó su muñeca izquierda cerca del rostro y, con un ojo cerrado, miró la hora: las diez y media de lo que parecía ser un soleado sábado de diciembre.

Giró su cuerpo sobre sí mismo y se estiró hasta alcanzar el retrato de Eva, abrazándolo con fuerza contra su pecho.

La echaba de menos. Aquella herida seguía abierta….

No se planteaba buscar consuelo en los brazos de otra mujer.

Danniel nunca había experimentado ningún tipo de atracción e interés hacia nadie más...

O, al menos, de eso intentaba convencerse.

Sabía que, en algún momento, debería darle una segunda oportunidad al amor.

Así se lo había pedido Eva.

Pero aquello era algo que aún no barajaba.

Besó la fotografía de su mujer y la devolvió a su sitio.

Se levantó, buscó las zapatillas y caminó hacia el cuarto de baño.

A pesar del día soleado, hacía frío en el exterior, pero dentro de la casa la temperatura era, cuanto menos, agradable.

Las paredes del aseo eran turquesas, combinadas con azulejos marrones oscuros. Algunos de ellos tenían estampados con delicados dibujos de lirios blancos: él mismo había dibujado aquellas flores.

Desde la ventana, situada cerca de la ducha, podía ver el frondoso bosque que caracterizaba aquella parte de la región. Danniel se miró al espejo.

Su amable rostro le devolvió la mirada.

Observó su cabello rubio; le gustaba tenerlo despeinado.

Pasó la mano por su rostro, tratando de calcular cuándo tendría que afeitarse de nuevo.

Con ambas manos, se lavó la cara con agua helada.

Mientras se secaba, sintió el vacío en el estómago exigiéndole algo de comer.

Salió del aseo y giró para bajar las escaleras.

Antes de dirigirse a la cocina, dio un breve paseo por su diáfano y ordenado salón.

Abrió los grandes ventanales, dejando que una bocanada de aire fresco inundara la estancia, acompañada por una alegre danza de luz.

Observaba con melancolía sus obras, una a una, deteniéndose en cada detalle.

Se acercaba, daba unos pasos atrás y, cuanto más tiempo las contemplaba, más rápido la melancolía se transformaba en frustración.

Una frustración que inundaba su corazón.

Hacía mucho tiempo que no creaba. Aquella maldita crisis de inspiración se había apoderado de él. Necesitaba crear arte, darle algo al mundo para sentirse merecedor de recibir algo a cambio. Pero su alma parecía atrapada en un pozo oscuro y sin salida.

De nuevo, aquella presión en el pecho. Se dirigió al sofá y se dejó caer en la *chaise longue* gris. Una vez acomodado, se pasó la mano por el cuello: estaba húmedo y frío.

La presión era constante. Respiró profundo durante unos segundos, se levantó despacio y, entonces sí, sin ningún tipo de distracción emocional, se dirigió a la cocina.

Un tanto nervioso, posó su boca en el grifo y dejó que el agua rebosara por sus labios.

Comenzó a tragar lentamente; su cuerpo le estaba agradeciendo aquello.

Giró la cabeza hacia el armario donde guardaba las medicinas. No lo pensó mucho y fue en busca de un ansiolítico. Se lo llevó a la boca y fue a ponerse manos a la obra con el desayuno: café, tostadas y huevos.

Aquella mañana le apetecía algo diferente.

Cuando hubo acabado, levantó la cabeza del plato y posó su mirada en el reloj de pared que colgaba en la cocina. Eran las once y cinco de la mañana. De repente, el entusiasmo se apoderó de él.

Era un buen día para dedicar un par de horas a las plantas del jardín trasero.

Lavó a mano el plato, la sartén, los cubiertos y la taza que había utilizado.

Luego, subió enérgicamente las escaleras para cambiarse de ropa.

Al hacerlo, se topó de frente con la réplica de *El beso*, de Gustav Klimt, que colgaba desde el suelo hasta el techo.

Volvió a recordar a Eva.

Giró los hombros, estiró el cuello y la espalda, suspiró y fue directo a su habitación para cambiarse.

Se detuvo frente al gran espejo que colgaba en la entrada y observó su figura vestida con el peto verde de jardinería. Sonrió al notar que le quedaba algo suelto: había adelgazado.

Satisfecho, cogió las llaves del cobertizo y salió de casa con un entusiasmo inusual.

Alcanzó un viejo cubo y colocó en él una pequeña azada y algo de abono.

Al salir, tomó con la mano derecha una pala que estaba junto a la puerta. No sabía muy bien si la necesitaría, pero prefería ahorrarse un viaje por si acaso.

Se arrodilló frente a un rosal blanco, introdujo las manos desnudas en la tierra y sintió la humedad sobre su piel. Pensó en los largos minutos que le llevaría limpiar sus uñas por no haber usado guantes, pero sonrió: no le importaba realmente. Le gustaba sentir la tierra. La jardinería se había convertido en una auténtica terapia para él. Había cambiado los pinceles por rastrillos, las palas por cubos y la pintura por tierra.

Había abandonado una parte de sí mismo para comenzar a sentir todas las sensaciones posibles.

Había cambiado la introspección por la acción.

Había dejado de sentirse solo para simplemente estarlo.

El tiempo pasó demasiado rápido para Danniel. Estaba empapado en sudor y cubierto de tierra, y sentía cómo le ardía la nuca; entonces recordó que no había usado protección solar.

Se incorporó, colocó las manos sobre las lumbares y, lentamente, se estiró mientras bostezaba. Observó con orgullo sus rosales, orquídeas y dalias. Luego posó la mirada en una pequeña esquina del jardín, donde había una mesa y un juego de sillas de exterior.

Aquella zona le parecía un poco sosa; pensó que sería una gran idea plantar algún palmito cerca, pero no sería aquel día.

El cobertizo había quedado bastante desordenado.

El jardín estaba impecable y Danniel Berry, lleno de tierra y sudor.

Era consciente de que la prisa que se estaba dando para entrar en casa no se debía al cansancio, sino al intenso deseo de darse una ducha caliente. Después, pondría una lavadora con toda la ropa sucia.

Se descalzó las botas de jardín, se quitó el mono, la camisa de cuadros y, por último, dejó que sus calzoncillos blancos aterrizaran en el suelo, rodeando sus tobillos.

El sol le había besado apasionadamente en todas las partes de su cuerpo que habían sido expuestas. Debería echarse la crema que guardaba para esas ocasiones...

Pero recordó que estaba en la nevera.

Bajó con la prisa que podría tener una persona que anda desnuda por su casa, sintiendo vergüenza al verse sin ropa.

En algún momento de la vida, incluso vernos tal como somos empieza a producirnos vergüenza. Para crear algo, es necesario ponerle un nombre: a la vergüenza por vernos desnudos a nosotros

mismos, es decir, al rechazo de sentirnos tal y como somos, lo llamamos pudor.

Cogió la crema de la nevera y se dio cuenta de que nada de lo que había le apetecía para almorzar. Pasaron unos segundos hasta que decidió pedir una pizza. Si sus estimaciones eran correctas, al pedir la pizza en ese mismo instante, esta llegaría cuando hubiese salido de la ducha.

Después de encargar una pizza de queso, jamón y carne picada, Berry volvió al cuarto de baño de la segunda planta. Estaba desnudo, dispuesto a darse una caliente y agradable ducha.

***

Mery sostenía con su mano derecha el teléfono; su mano izquierda apoyada, en la pared le ayudaba a mantener el equilibrio. Las piernas le flaqueaban, su estómago se había cerrado por completo y, por su aspecto, podríamos decir que su corazón había dejado de latir.

Sin embargo, la realidad es que sus pulsaciones se habían acelerado. Poco a poco comenzó a sentir un leve mareo. Michael la observaba, sentado en el borde de una de las sillas de la cocina. Apenas parpadeaba.

—Señora Brown, ¿sigue ahí? —preguntó la voz que se encontraba al otro lado del teléfono.

—Sí.

—¿Ha escuchado lo que le he dicho? Necesitamos que se presente en la comisaría de Pick Brave de inmediato.

Nunca supo muy bien por qué, ni recordaba cuándo comenzó, pero, desde que tenía memoria, Mery había abandonado su presencia en el mundo presente. En su psique solo existían tres escenarios posibles: el pasado, perecedero y muerto; el futuro, aún sin gestar e inexistente, y la nada, una burbuja vacía, fría y oscura, donde residía la mayor parte del tiempo.

Enraizarse en el presente era una de las cosas que tendría que haber aprendido de su hermana Angela, pero ella siempre buscaba y

encontraba la manera de abandonarlo.

Recordó aquella noche en Pick Brave. Después de cenar en su hamburguesería favorita, Mery persuadió a Angela para ir a tomar algo. No era fácil encontrar un lugar donde tomar una copa un viernes de verano, pero ella conocía el sitio perfecto: un garito que solía frecuentar. Cuando entraron por la puerta, ambas escucharon la voz del camarero por encima de la escandalosa muchedumbre.

—¡Mery! ¿Lo de siempre?

A Angela no le sorprendió aquella bienvenida.

—¡Hola, Georgy! Y dos vasos, hoy vengo acompañada.

El tal Georgy llevó a la mesa, en la que Mery y Angela habían encontrado un par de sillas para sentarse, una botella de ginebra Brockman's.

Aquello sí sorprendió a Angela.

—¿Lo de siempre? Mery, esta botella puede costar cerca de cuarenta dólares —le regañó Angela.

—Tranquila, Angie; créeme, no la pago con el dinero de la herencia, si es eso lo que te preocupa.

—No, lo que me preocupa es que te conozcan en un garito lleno de cucarachas y que «lo de siempre» sea una botella de ginebra.

La vuelta a casa fue complicada, tuvieron que hacer dos paradas para que Mery vomitara. Angela había bebido una copa de ginebra, mientras que Mery se había hecho cargo del resto de la botella.

Odiaba aquella sensación, el olor y el sabor a alcohol de nuevo en sus fosas nasales y su boca. Angela se colocaba detrás de ella, le sujetaba el pelo y le acariciaba la espalda. Eso le tranquilizaba, le hacía sentir bien. En esas ocasiones se daba cuenta de lo que quería a su hermana, a su única familia, a su mitad.

Con el paso de los años, Angela se había convertido en su faro. Mery siempre había estado perdida, confusa e indecisa; la muerte de sus padres lo empeoró todo. Decidió dejar de buscar la salida, el

sentido de su vida, algo por lo que luchar, incluso su esencia, como le decía Angela:

«Es la esencia, Mery. Tu esencia es lo que hace que el mundo tenga sentido, que tu mundo cobre vida; para encontrarla, solo tienes que establecer límites y normas, no con los demás, sino contigo misma».

Mery la oía, pero nunca la escuchaba. Cuando las dos perdieron a sus padres, Angela se mantuvo a flote, sujetando de la mano a su hermana para que no se hundiera, hasta que conoció a Michael. Entonces, se produjo la magia.

A la mañana siguiente, el dolor de cabeza era terrible. Poco a poco se incorporó. La habitación le daba vueltas. Fue caminando con lentitud hacia la cocina de su pequeño apartamento.

Sobre la mesa encontró café; aún estaba caliente. También había un plato con dos gofres y una nota de Angela.

Estoy escribiendo, entrega en una semana. Nos vemos a la hora de comer.

A.

Hubo muchas cosas que le habría gustado aprender de Angela, pero no le dio tiempo.

Aquel recuerdo fugaz se desvaneció. Mery colgó el teléfono y se dio cuenta de que, después de mucho tiempo, experimentaba lo que era vivir en el presente.

—Tenemos que irnos, ahora mismo.

Michael asintió, se levantó de la silla y abrazó a su mujer, quien reposó la cabeza sobre su pecho, buscando el latido de su corazón... pero solo encontró silencio.

***

Sentado a la orilla del mar, Danniel disfrutaba de una copa de vino mientras sus pies jugaban con la arena, aún húmeda.

Se deshizo de sus gafas de sol para poder observar cómo Mery y Emma jugaban en la arena. La risa de Emma estaba llena de musicalidad, y la de Mery, serena y seductora, era un canto de sirenas para él; una boba sonrisa se dibujó en su cara.

Desplazó su mirada hacia otro lado; había percibido algo: veía una extraña silueta en el suelo, no pudo distinguir de qué se trataba. Caminó unos metros más y sintió un escalofrío: bajo sus pies había un ataúd. Lo reconoció al instante: él mismo lo había elegido hacía catorce años. Era el de Eva.

Dos lágrimas se deslizaron por su rostro, y entonces escuchó un golpe. Otro, otro más.

Los golpes comenzaron a sonar con frecuencia; venían del interior.

Al despertar, empapado en sudor, continuó escuchando aquellos terribles golpes: alguien llamaba con fuerza a la puerta. Aturdido, se levantó y acudió a abrir a quien fuera que tuviera tanto interés en verlo.

El aspecto de los rostros de Michael y Mery hizo que Danniel se sintiera confuso. Echó un vistazo a Emma, que sujetaba la mano de su padre y cargaba con una mochila a la espalda. Parecía estar bien; ella no era el problema.

Danniel se apartó a un lado e hizo un gesto con la mano invitando a pasar a sus amigos.

—¿Qué ocurre? Pasad, por favor.

—Sentimos mucho presentarnos así, Danny —se disculpó Mery.

—Me estáis preocupando.

—La han encontrado.

Danniel abrió los ojos; no se esperaba aquel golpe tan repentino. Ahora entendía el aspecto de sus amigos. Michael miró a Emma y se agachó hasta estar a su misma altura.

—Emma, ¿por qué no vas al salón a dibujar?

Esta observó los rostros de los tres adultos que le rodeaban. Sabía que algo estaba ocurriendo. Quería entender, quería formar parte de todo aquello. Sin muchas ganas, obedeció y caminó hasta el salón de Danniel. Se subió al sofá y de su mochila sacó su cuaderno de dibujo.

—He hablado con la Policía Estatal hace veinte minutos: han encontrado sus restos, Danny.

Mery, desconsolada, comenzó a llorar. Danniel la abrazó con fuerza.

—Todo ha acabado, Mery. Ahora podrás despedirte de ella como se merece.

Con la manga de la chaqueta, se secó las lágrimas.

—Michael, ¿tú cómo estás?

—Pensábamos que esto no llegaría nunca. Cerraron el caso hace siete años, lo habíamos dado por perdido… —dijo Michael, entristecido.

En el salón, Emma intentaba oír, sin éxito alguno, la conversación que sus padres mantenían con Danniel.

—¿Cómo ha sucedido? ¿Dónde la han encontrado? —preguntó Danniel, impaciente.

—Un grupo de submarinistas ha encontrado los restos de su cuerpo en los acantilados de Pick Brave, cerca de las cuevas —explicó Mery.

«Angela consideraba las relaciones sociales una pérdida de tiempo, pero no estaba deprimida; siempre tenía algo entre manos, era muy activa y alegre», le había explicado Mery al inspector de policía hacía años.

Angela Sullivan se había desvanecido. Su romántica casa estaba tal y como ella la había dejado: ropa en los armarios, comida en el frigorífico, su quinta novela sin acabar y alguna que otra lectura recién empezada.

Mery estaba en lo cierto: su hermana no tenía amigos. Era una amante de la soledad, disfrutaba cada segundo de esta; ella había elegido aquella vida.

El caso se cerró en menos de un año. La policía no tenía pistas, no había nada: ni amigos ni enemigos. Algún que otro conocido como Helena Van Zaysser, su editora, quedó destrozada tras la noticia. No había nadie que hubiese visto a Angela Sullivan cuarenta y ocho horas antes de su desaparición.

«Señora Brown, es posible que su hermana se suicidara». Esa fue la explicación que Mery había recibido a la desaparición de Angela: un supuesto suicidio sin cuerpo.

A Danniel se le retorcían las tripas cuando pensaba en todo aquello. Sabía que, en el fondo de los corazones de Mery y Michael, la pequeña llama de la esperanza había estado encendida durante todo este tiempo. Ahora se había apagado. Angela nunca iba a volver.

—Tenemos que volver a Pick Brave ahora mismo. Han vuelto a abrir el caso —prosiguió Mery—. ¿Te importaría cuidar de Emma? Mañana por la mañana estaremos de vuelta —le suplicó con la mirada.

—Por favor, chicos, por supuesto; el tiempo que haga falta.

Mery y Michael se despidieron de Emma, quien, por supuesto, sabía que sus padres no tenían que volver a Pick Brave porque «unos señores muy importantes tenían que hablar con papá de trabajo».

Emma nunca había llegado a conocer a su tía. Había oído hablar de ella, sabía que, tiempo atrás, su madre había tenido una hermana. Para Emma, su tía Angela era como un fantasma, una leyenda que, en ocasiones, entraba por la ventana para saludar e irse de nuevo. Lo que Emma ignoraba era que, en aquella ocasión, su tía había vuelto a saludar y a ponerlo todo patas arriba.

Desde la puerta, Emma y Danniel se despedían con la mano de Mery y Michael. Mientras ellos caminaban hacia el coche, Mery les

lanzó un beso y Michael vocalizó exageradamente la frase: «Te quiero», para que ella pudiera captar el mensaje.

***

Danniel observaba anonadado cómo, a pesar de tener siete tonalidades diferentes de cada color en su estuche Faber-Castell, Emma mezclaba distintos tonos de azul con amarillentos para obtener el verde que buscaba.

—¿Por qué mezclas los colores si tienes el color que buscas ahí mismo? —preguntó Danniel, señalando con el dedo uno de los lápices.

Sin levantar la mirada del papel, Emma contestó:

—No es el mismo, Danny.

No pudo evitar sonreír al escuchar aquella respuesta. Era cierto, había un pequeño matiz entre el verde que Emma había obtenido y el color al que él se había referido; aunque era tan leve que resultaba extraño que una niña de siete años lo hubiese apreciado. Sabía que tendría un futuro brillante en el mundo del arte.

Se levantó tranquilamente para ir a la cocina y servir un vaso de zumo a Emma.

Miró su reloj de muñeca: eran las seis y media, todavía era temprano. Mery y Michael no habrían podido llegar todavía a Pick Brave. Le resultaba inevitable no preocuparse por la joven pareja. Esperaría ansioso la llamada de Mery en cuanto salieran de comisaría.

Dejó el tetrabrik de zumo en la nevera y, al girarse, se encontró con los grandes ojos de Emma fijos en él.

—¿Eso es para mí? —preguntó ilusionada.

—¡Claro que es para ti!

Emma se sentó en una de las cinco sillas que rodeaban la mesa de la cocina y esperó a que Danniel se acercara con el vaso.

Llevaban poco más de una hora juntos y él ya había notado algo extraño en Emma: hacía frío a su lado. Sus palabras eran balas que

salían disparadas, pero caían al suelo antes de llegar a su objetivo. No había fuerza en su voz y apenas sostenía la mirada.

—¿Cómo lo estás pasando en las vacaciones, Emma?

Emma sujetaba el vaso, que estaba aún apoyado en la mesa, con las dos manos mientras observaba el color naranja intenso del líquido.

—Bien, tengo mucho tiempo para dibujar —comentó. Parecía que la frase no acababa ahí, pero hizo un esfuerzo por controlar su lengua.

—Sí, ¿verdad?

—Papá y mamá gritan mucho.

Levantó la mirada y la mantuvo sobre los ojos de Danniel: no era tristeza, era desconcierto.

—Eso es normal; la gente que pasa tanto tiempo junta y que se quiere, discute a veces.

Emma bebió del zumo y devolvió el vaso a la mesa.

—Es por culpa de las cartas; siempre que llega una, mamá llora y papá se enfada.

Danniel se dio cuenta de que se encontraba en una encrucijada: podía seguir indagando en el matrimonio de sus amigos, aprovechándose del malestar de su hija, lo cual le tentaba bastante, o cambiar el curso de la conversación y hacer que Emma se sintiera mejor. Por suerte para él, la niña no tardó en volver a hablar.

—Danny, ¿tú crees que los colores son como los sentimientos?

—Creo que yo soy muy torpe y tú muy inteligente. ¿Me podrías explicar eso?

—Es como si cogemos un color, el verde. No hay un solo verde, ¡hay muchos! —explicó, enfatizando la voz y abriendo los ojos—. El verde surge del azul y del amarillo. A veces, siento que soy más como un verde con más azul: es como estar contenta, pero de una manera diferente cada día. Hay cosas que hacen que mi verde sea más azul que amarillo.

—¿Siempre te sientes así? ¿De color verde?

—Solo a veces. Siempre intento hacer que el color con el que me he despertado coja la tonalidad que me gusta.

—Creo que eso es increíble, Emma. ¿Me enseñarías?

—No me sale con todos, Danny. Cuando me despierto en negro, no sé hacerlo.

En aquella ocasión, Emma sí sostuvo la mirada. Por primera vez, Danniel supo que no solo se podía hablar por los ojos, también se podía gritar, se podía emitir un grito tan desgarrador que haría temblar a cualquiera que se atreviera a buscar más allá de él.

***

Mery se tomó dos calmantes sin necesidad de agua, cerró el bote y lo devolvió a su bolso. A su lado, Michael observaba la pequeña sala de espera.

Cuando llegaron, pasaron el arco de seguridad y se identificaron ante dos agentes de policía, quienes los acompañaron a otra planta de la comisaría. Desde luego, allí no se atendían denuncias por robos de bolsos ni renovaciones de documentos de identidad. Las luces del techo parpadeaban y la calefacción estaba apagada; más que una comisaría, parecía una morgue.

No pasó mucho tiempo hasta que de la puerta del final de uno de los pasillos salió un agente vestido de uniforme. Con paso ligero y decidido, caminó hacia ellos.

—Buenas tardes, señora Brown —saludó el joven policía, bajo el parpadeo de las luces—. Soy el agente Jeremy Holl.

—Hola, agente; él es mi marido, Michael Brown. —Jeremy y Michael se saludaron con un movimiento de cabeza.

—Señora Brown, debo informarle de que la nueva investigación sobre la desaparición y muerte de su hermana pasa a ser responsabilidad del FBI. —Mery y Michael intercambiaron miradas confusas—. Los agentes le esperan dentro para hacerle unas preguntas.

Mery se levantó del viejo asiento de la sala de espera sin dudar, se giró y le dio a Michael su abrigo y su bolso, quien le acarició la mano a modo de despedida.

—Sé fuerte.

Mery se fue caminando escoltada por Jeremy. Cuando llegaron al final del pasillo, el agente de policía se dispuso a abrir la puerta de la sala de interrogatorios.

—Siento mucho que tenga que pasar de nuevo por esto.

Mery asintió, Jeremy giró el picaporte y dejó que entrara.

Efectivamente, dos agentes del FBI esperaban a Mery en el interior de la sala. Ambos eran jóvenes; si no tenían su misma edad, poco más, pensó ella.

—Buenas tardes, señora Brown. Yo soy Emily Stewart, y él es mi compañero Ethan Fassbender —se presentó la agente.

—Buenas tardes, agentes —saludó Mery haciendo un gran esfuerzo para que no se notara que había estado llorando minutos antes.

—Como ya le habrá explicado el cuerpo de policía de Pick Brave, el caso de su hermana, Angela Sullivan, pasa a ser cargo del FBI. Siéntese, por favor.

Mery obedeció y tomó asiento. En cuanto lo hizo, los dos agentes ocuparon sus respectivas sillas. Cruzó la mirada con Emily, pero rápidamente la desvió cuando Ethan comenzó a hablar.

—Señora Brown, hace cuatro días un grupo de submarinistas encontró restos humanos justo en frente de los acantilados de Pick Brave. El laboratorio forense y las pruebas pertinentes nos han ayudado a identificarlos como los restos óseos de Angela Sullivan. Queremos que entienda que usted no está aquí como sospechosa. El caso ha sido abierto de nuevo y necesitamos hacerle algunas preguntas.

—Sí, lo entiendo. Estoy a su completa disposición.

—Pues comencemos —concluyó Emily.

A pesar de que estaba siendo interrogada por el FBI y no por el cuerpo de policía con el que había colaborado durante la primera investigación sobre la desaparición de su hermana, muchas de las preguntas le resultaban familiares. Era probable que estuvieran cotejando la información que la policía obtuvo hace siete años.

Fueron tres largas horas durante las que Emily se levantaba, se apoyaba en la pared y luego volvía a sentarse. Cada vez que la agente del FBI le hacía una pregunta, las pulsaciones de Mery se disparaban: le ponía nerviosa.

Sabía que, al contrario que Ethan, Emily la observaba con mayor detenimiento, con microscopio; intentaba obtener toda la información posible, desbloquear recuerdos, presionarla para que recordara.

Fueron varios los momentos en los que pareció que Emily le hacía preguntas a la propia Angela Sullivan y no a su hermana, Mery Brown.

Sentía cómo se removía la tierra húmeda en la que su corazón había quedado empantanado años atrás: Angela volvía de nuevo a la vida con cada segundo que pasaba, con cada vez que pronunciaban su nombre, con cada lágrima.

Los agentes buscaban cabos sueltos, cualquier incoherencia, la punta de un hilo que les condujera a una explicación.

—Señora Brown, nos ha dicho que su hermana no tenía amigos, pareja o conocidos —recapituló Emily—, ¿padecía Angela algún tipo de fobia social o trastorno que le dificultara mantener relaciones sociales?

—No, en absoluto. Angela era un imán; cada persona con la que intercambiaba una palabra quedaba embaucada por ella. Sabía cómo tratar a la gente, tenía su propia personalidad en el interior y otra para cada persona que se le acercara. Sin embargo, la auténtica Angela consideraba las relaciones sociales una pérdida de tiempo.

—¿Le suena el nombre de Helena Van Zaysser?

—Sí, claro, Helena era su editora.

—¿Hablaba Angela de ella con frecuencia?

Mery no estaba preparada para aquella pregunta. Parecía sencilla, pero necesitó unos segundos para meditar su respuesta.

—Digamos que hablaba de ella lo suficiente como para que me pudiera hacer una idea de cómo era.

—¿Cómo es esa idea que tiene usted sobre la señora Van Zaysser? —Emily exigía una respuesta con la mirada.

—Creo que eran bastante parecidas. Angela la admiraba mucho, Helena era unos años mayor que ella. Fue un gran apoyo para Angela mientras escribía sus novelas. —Mery calló unos segundos—. Una mujer inteligente, serena y con experiencia, que ayudaba a mi hermana en algunos momentos a controlar sus torbellinos emocionales. Esa es la impresión que tengo de ella.

—¿Torbellinos emocionales? —preguntó Ethan.

—Angela no era muy estable emocionalmente, sufría mucho. A menudo creaba futuros escenarios en su cabeza que le causaban dolor y ansiedad. Escribir era su pasión, y además era buena: sus libros le daban para vivir bastante bien —la voz de Mery comenzaba a quebrarse—, pero eso nunca le importó. Desde que se bloqueó con su quinta novela, empeoró. No dormía, estaba nerviosa, irascible... Su estado no era saludable.

Emily le acercó una caja de clínex y le llenó un vaso de plástico con agua.

—He leído todos sus libros; me encantan —comentó Ethan con ingenuidad.

Emily lo fulminó con la mirada. Él hizo una mueca con la boca y dirigió la mirada hacia Mery.

—Sabemos que, por falta de pruebas y existencia de muchos elementos incoherentes, la policía le insinuó que era posible que su hermana se hubiese suicidado —añadió Emily esperando ver algún gesto en el rostro de Mery—. ¿Cree que su hermana pudo haberlo hecho?

—Ella era impredecible y nunca había estado tan hundida. La policía nunca me pudo confirmar lo que le ocurrió. Angela se desvaneció; su coche seguía ahí, su ropa, su dinero, la nevera llena, su identificación... Supongo que nadie decide desaparecer solo con lo puesto. Pensar que había fallecido y que descansaba en paz me resultaba más fácil que sostener la teoría de que mi hermana había desaparecido... Ya saben, por la incertidumbre.

—Mery, le seré sincera —el tono de Emily era más calmado—. Este caso es complicado, nos encontramos ante varios callejones sin salida. Pero le puedo asegurar que su hermana no se suicidó: a Angela Sullivan la asesinaron.

***

A pesar de estar aterrado, no hizo ningún ruido; permaneció oculto tras la puerta, observando y tratando de digerir lo que estaba presenciando.

Había sido casualidad toparse con la puerta de la habitación de invitados entreabierta. Se asomó tímidamente, con la intención de cerciorarse de que todo iba bien, pero enseguida deseó no haberlo hecho.

Emma se cambiaba con naturalidad, de espaldas a la puerta.

Danniel contuvo la respiración: su espalda estaba llena de hematomas…. Pudo distinguir dos o tres marcas de dentadura en sus costados. Alguien había utilizado su cuerpo como un lienzo.

***

Aquella noche, el matrimonio Brown volvió de madrugada a Hellyfield. A la mañana siguiente, Michael llamó a la puerta de Danniel para recoger a Emma.

Como excusa para hablar sobre lo que había visto la noche anterior, Danniel le ofreció un café y ambos comenzaron una conversación sobre la apresurada marcha de los Brown a Pick Brave. Todo aquello no fue más que un preámbulo para Danniel: por supuesto que estaba preocupado por Mery y por Michael, pero las

marcas en el cuerpo de Emma le hacían sentir alfileres en el estómago.

Aprovechó el momento en el que Michael se llevó la taza de café a la boca.

—Verás, Michael, ayer vi algo de lo que me gustaría hablarte. —Mientras escuchaba sus propias palabras, se sentía cada vez más estúpido—. ¿Cómo no iban a saber los padres de Emma que su hija tenía cardenales y marcas de mordeduras en el torso? A pesar de eso, continuó—: ¿Habéis visto tú y Mery las marcas que tiene Emma por el cuerpo?

Michael suspiró, tragó saliva y se aclaró la garganta. Danniel entendió que sabía perfectamente de lo que hablaba.

—Emma ha tenido problemas en el colegio. Es terrible hasta dónde pueden llegar los niños… No lo está pasando bien. Mery y yo estamos preocupados, hemos decidido cambiarla de centro.

Michael dedicó una débil sonrisa a Danniel, quien se sintió terriblemente conmocionado por aquella noticia. Sintió rabia al imaginar a la dulce Emma en una situación como aquella, acorralada, asustada, dolorida y sola. Antes de que pudiera decir nada, Michael intervino de nuevo.

—Por cierto, Danniel, ¿qué hacías viendo desnuda a mi hija?

6

24 de enero, 2002

Desde luego, salir a dar un paseo aquella mañana no había sido la decisión más acertada de Danniel.

Parecía ser que el cielo tratara de separarse con todas sus fuerzas de la Tierra, mientras litros y litros de agua caían sobre las calles vacías y poco iluminadas.

Apareció un relámpago, perseguido por un trueno. Danniel aceleró el paso, estaba empapado y su estómago rugía con fuerza: llevaba varias horas sin comer.

Al ver el cartel luminoso del Rooster Coffee, el restaurante más cercano y, sin duda alguna, el más popular de Hellyfield, Danniel se sintió tremendamente aliviado... aunque aquella sensación desapareció en cuanto entró. El pequeño salón estaba abarrotado. Buscó con la mirada algún sitio libre en los lugares menos deseables: junto a la puerta, cerca de los baños o de la cocina, pero no encontró nada. Como último recurso, echó un breve vistazo a los asientos de la barra: todos ocupados.

No tardó en desistir y comenzar a preguntarse cuál sería la mejor opción: esperar a que quedara algún asiento libre o coger un taxi para volver a casa; desde luego, no pensaba regresar caminando.

Echó a andar hacia la barra para pedir el teléfono y llamar a su deseado taxi cuando alguien gritó su nombre. Se giró y vio una sonrisa blanca y un brazo alzado enfundado en una camisa blanca: era su querida colega Bonnie Pearson. A Danniel se le escapó una amplia sonrisa, se alegraba muchísimo de verla.

Desde la muerte de Eva, Danniel había estado luchando contra la depresión y la ansiedad. El papel de Bonnie durante el comienzo de su nueva vida resultó ser muy relevante: era una mujer sabia, llena de entusiasmo, y sabía cómo tratar a su amigo.

Danniel no pudo evitar recordar la historia de Bonnie y de su familia.

Los Pearson se mudaron desde Red Rope a Hellyfield al poco tiempo de nacer Bonnie, a finales del año 1971.

Habían comprado una gran nave a las afueras del pueblo, donde Louisse y Ricky Pearson montaron su negocio familiar: el taller de coches más famoso del estado.

Ricky era un gran mecánico; al poco tiempo de abrir la empresa, comenzó a necesitar más operarios. Formaba a sus jóvenes y nuevos empleados a la perfección, pero nada de eso habría sido posible sin la increíble habilidad de Louisse para los negocios. El embarazo de esta había sido complicado: tuvo que pasar la mayor parte en cama, pero en todo momento mantuvo activa su mente. Cuando se cansó de leer todos los libros que tenían por casa, comenzó a trabajar en el ambicioso proyecto que ella y su marido deseaban llevar a cabo en menos de un mes. Louisse realizó un plan financiero, acompañado de previsiones trimestrales y un modesto plan estratégico.

Bonnie había pasado gran parte de su infancia entre tuercas, gatos, palancas y llaves inglesas. Solía jugar con las herramientas de su padre y aprendió a utilizarlas de manera prematura. Ricky se sintió tremendamente feliz cuando descubrió las habilidades de su hija y la facilidad que tenía para desenvolverse con la mecánica. Desde que cumplió doce años, pasaba todos los veranos trabajando en el taller de sus padres. En alguna otra ocasión, los Pearson llegaron a tener discusiones acaloradas: Bonnie insistía en pasar tiempo en el taller durante los meses escolares, algo que sus padres rechazaban totalmente: «Jovencita, tus obligaciones y tu educación siempre serán lo primero». Le contestaba Louisse de forma tajante cuando ella sacaba el tema.

A finales de los ochenta, Bonnie comenzó sus estudios en ingeniería mecánica en la Universidad de Reaven Crag, la única de la región en la que se impartía aquella licenciatura. Estaba a ciento veinte kilómetros de Hellyfield; fueron unos años increíbles para Bonnie, su carisma y sus habilidades en las diversas materias habían hecho de ella una de las personas más populares del campus, tanto entre profesores como entre alumnos, aunque en ocasiones dudaba de si su popularidad se debía a sus habilidades o si solo era por ser la única persona negra que andaba en un campus repleto de blancos.

Fue el 4 de noviembre de 1990 cuando Bonnie decidió dedicar su vida a impartir justicia donde quiera que fuese necesario.

Aquel día fue el primero de la helada más grande del último siglo en la Costa Sur, desde el suroeste de Red Rope, pasando por Hellyfield hasta Raven Crag.

Era una semana de vacaciones para los estudiantes, aunque la mayoría de ellos la aprovechaban para ponerse al día y adelantar trabajos atrasados.

Bonnie volvía a Hellyfield. Bajó del autobús, el cielo estaba increíblemente negro para ser las cuatro de la tarde, las farolas iluminaban las calles y el frío le calaba hasta los huesos. Con aquel tiempo, le sorprendió que sus padres no hubiesen ido a recogerla a la parada de autobús.

De no haber sido por aquel frío y el peso de su mochila, el camino habría sido de quince minutos. Se acabó convirtiendo en un paseo de veinticinco.

Dejó sus bártulos en el suelo para buscar sus llaves, entonces lo vio: la puerta de su casa estaba abierta, habían forzado la cerradura, su pulso se aceleró. Por la hora que era, sabía que sus padres estaban en el taller trabajando, no había ninguna cabina de teléfono cerca, tampoco podía arriesgarse a entrar: podría ser que los intrusos continuaran en casa y que estuvieran armados.

Cogió sigilosamente todas sus cosas, las escondió tras un seto y salió corriendo hacia el taller de sus padres; tras quince minutos de carrera, ya podía verlo a lo lejos... Aunque no fue solo el taller lo que vio: habían desplegado un operativo de policía acompañado de una ambulancia, las luces de las sirenas estaban encendidas, y algunos curiosos se asomaban a las ventanas.

Bonnie corrió; el viento secaba sus ojos e impedía que las lágrimas brotaran. Le dolía el pecho y, cuanto más se acercaba, mayor era su ansiedad, la temperatura de su cuerpo había aumentado, sentía picores en el cuello.

—¡No, no, no!

Vio el rostro de su madre desaparecer bajo una bolsa para cadáveres; junto a ella estaba su padre, ya cubierto.

Bonnie saltó el cordón policial y se abalanzó sobre los cuerpos, sus lágrimas brotaron y se mezclaron con la sangre de sus padres sobre el suelo del taller de los Pearson.

Mientras dos agentes de policía separaban a la desconsolada Bonnie de los cuerpos, un joven doctor caminaba hacia el taller para recoger su coche. Sin embargo, al girar la esquina y ver toda aquella escena, supo que eso no sería posible.

Desde que Danniel adquirió su Volkswagen Golf, se había convertido en cliente de los Pearson. Lo llevaba para sus revisiones anuales; en una ocasión le pidió a Ricky que le enseñara a cambiar una rueda; a pesar de que su relación se había reducido a aquellas visitas anuales, vivían en el mismo pueblo y habían sido varias las ocasiones en las que compartieron breves charlas cuando se encontraban en los supermercados, parques o restaurantes. Louisse le solía preguntar por su tesis doctoral y Ricky siempre le daba pequeños consejos sobre coches.

Había visto pocas veces a Bonnie por el pueblo, sabía que estudiaba fuera. «Mi pequeña se convertirá en una gran ingeniera, no sabes el talento que tiene», habían sido innumerables las veces que escuchó a Ricky decir aquellas palabras llenas de orgullo.

Fue en el funeral de los Pearson donde Danniel y Bonnie intercambiaron más de dos palabras por primera vez. Allí comenzó a forjarse la amistad que seguían manteniendo hasta entonces.

En menos de veinticuatro horas, un hombre consumido por la mala vida y con algún que otro antecedente se presentó en la comisaría local para confesar el crimen. Kenny Blane era un adicto a la cocaína que vivía en Maille, el único barrio marginal de Hellyfield. Nadie sabía nada sobre la vida de Kenny; la prensa lo definió como «Un pobre diablo que había aparecido para causar dolor y pasar años entre rejas».

La versión del acusado fue que disparó a los Pearson cuando lo encontraron huyendo con el dinero de la caja del despacho de Louisse. Blane entró en prisión acusado de doble homicidio imprudente: veintidós años. Su abogado fue impecable: pudo probar que Blane se encontraba bajo los efectos del alcohol aquel día y presentó de manera explícita toda la miseria existente en la vida de Kenny: adicciones, problemas domésticos y mentales. De no haber sido por él, ya habría pasado por la silla eléctrica.

La impotencia y el dolor que la joven Bonnie sintió durante aquellos meses fueron suficientes para que abandonara la universidad y decidiera emprender un nuevo camino en la academia de policía de Hellyfield. Sentía que no se había hecho justicia.

Con el paso del tiempo, el cuerpo de policía comenzó a saberle a poco. Tras cinco años prestando servicio en la Policía Estatal, Bonnie buscó satisfacer su sed de justicia en la Federal.

Bonnie se levantó y abrió sus brazos, Danniel hizo lo mismo y se dieron un tierno abrazo.

—¡Qué maravilla encontrarte, Bonnie!

—¿Cómo estás, Danny? Te veo bien, grandullón.

Ambos sonreían; a pesar de que hacía casi un año que no se veían, su amistad seguía intacta.

—Estoy bien... Sí, todo está bien. ¿Y tú?

Se embarcaron en una emocionante conversación. Bonnie había tenido un año cuanto menos, ajetreado; lo había pasado en su mayor parte fuera de Hellyfield, solo volvía en periodos de descanso. Seguía asentada en Chicago.

Bebieron cerveza y comieron hamburguesas, como siempre hacían cuando pasaban tiempo juntos. Danniel la había echado de menos, le encantaba la alegría y la sinceridad de Bonnie, y ella, echaba en falta su compañía y sus historietas sobre la rivalidad entre Miguel Ángel y Leonardo da Vinci.

Bonnie bebió de su jarra de cerveza y la posó sobre la mesa con los ojos fijos en el televisor.

—Te he encontrado de casualidad, supongo que, si no has llamado, es porque no has venido desde Chicago por placer —comentó Danniel.

—Bueno, tengo unos días de descanso ahora —contestó Bonnie algo incómoda.

—No parece que estés disfrutando de tu descanso —reprochó Danniel.

—Por suerte, te he encontrado —dijo Bonnie ocultando tras su sonrisa la incomodidad que le causaba hablar de trabajo, más aún cuando su querido amigo tenía relación con el principal sospechoso.

El teléfono móvil de Bonnie vibró con fuerza.

—Ahora mismo vuelvo.

Bonnie salió por la puerta del establecimiento con el teléfono en la mano, no lo descolgó hasta que no llegó al callejón al que daba la puerta de emergencia del Rooster Coffee.

—Bonnie Pearson.

—¿Vas a hacerme caso? —contestó una voz grave y ronca al otro lado—. Recuerda: soy tu jefe.

—Hola, Anthony. Sí, lo intentaré. ¿No me crees?

—No —dijo tajante—. De hecho, no irán a instalarte el equipo hasta dentro de dos semanas; he pensado que así no te quedará

más remedio.

Bonnie puso los ojos en blanco y suspiró con fuerza para dejar claro a su jefe su disconformidad.

—¿Ha vuelto a llegar alguna carta?

—No. ¿Sabes si han recibido alguna en la estatal?

—David me lo habría dicho.

—¡Maldita sea! —Anthony estaba rabioso, solo pensar en aquellas cartas le subía la tensión. Cuando estuvieron a punto de apartar la mirada de Michael Brown, tras la auditoría comenzaron a llegar aquellas misteriosas cartas, solo bastó que Anthony le diera aprobación a Bonnie para investigar a Michael Brown para que la Policía Estatal y el FBI dejaran de recibirlas. Alguien sabía lo que se cocía en el FBI en cada momento, pero no tenían ningún sospechoso —. Seguimos investigando, te mantendré informada... y desconecta un poco: es una orden.

Ni Bonnie ni Danniel fueron capaces de recordar cuándo había sido la última vez que habían pasado una tarde tan divertida como aquella. Lo cierto es que estaban tan inmersos en el presente, que ni siquiera se lo llegaron a preguntar.

La cerveza ya no saciaba su sed. Tras dos whiskys con hielo cada uno, emprendieron una divertida aventura hacia la casa de Bonnie, que entrelazó su brazo derecho al brazo izquierdo de su amigo. Caminaron entre risas poco disimuladas.

La lluvia había desaparecido dejando su rastro en los árboles y humedeciendo las calles.

Danniel se sentó en el sofá verde bianchi con forma de ele de la sala de estar de la residencia Pearson; hacía más de un año que no pasaba por allí, pero todo seguía igual.

A los pocos segundos de sentarse, se dio cuenta de la embriaguez en la que se encontraba: se incorporó un poco y los ojos se le pusieron como platos cuando vio a Bonnie entrar por la puerta descalza con dos vasos llenos de lo que parecía ser ginebra.

—Agente especial Bonnie Pearson, ¿me quieres matar?

Sonrió mientras Bonnie se sentaba a su lado y dejaba los vasos sobre la mesa.

—No seas exagerado, Danny; te he visto acabar tu solito con una botella de whisky irlandés en menos de tres horas. Ambos bebieron.

—¡Dios mío! Esta ginebra sabe a whisky.

Bonnie comenzó a reír con fuerza.

—Bueno, Danny, ¿cómo ha sido tu año? Cuéntame.

—No creas que hay mucho que contar: las clases en la universidad ocupan la mayor parte de mi tiempo y los fines de semana trato de dedicarle unas horas a mi jardín; ya sabes, lo de siempre.

—Sí, entiendo. ¿Sigues viendo a tus vecinos?

—¿Los Brown? Sí, claro, son gente estupenda; hablé con Mery hace poco por teléfono.

La mirada de Danny se entristeció un poco al recordar todo lo que estaban pasando sus amigos desde que la policía reabrió el caso de Angela.

—Sí, en la oficina escuché que encontraron los restos de su hermana…

Un tremendo impulso se apoderó de Danniel. Bonnie trabajaba para el FBI, por lo tanto, seguro que sabía algo sobre la investigación. Mery nunca entraba en detalles; le resultaba muy duro hablar del tema y se desmoronaba a los pocos segundos de comenzar a hablar sobre ello.

—¿Sabes algo? Sobre… ya sabes, el caso.

—No mucho, sé que la unidad que lo lleva está tremendamente comprometida con él; creo que eso es bueno, quiere decir que han avanzado. —Bonnie prefirió cambiar de tema—. He escuchado por ahí que la hija de los Brown es un poco rara.

—Joder, Bonnie. Es una niña pequeña, algo tímida, nada más.

Al observar la expresión de Danniel se dio cuenta de que aquel comentario le había sentado algo mal.

—Sí, perdona, tienes razón, no pretendía parecer una chismosa amargada.

—Tengo la sensación de que pasa mucho tiempo sola. Michael es el presidente de IncoPharma, ya sabes, la farmacéutica, y pasa poco por casa. Mery, desde luego, no está en su mejor momento.

—Sí, me lo puedo imaginar.

Bonnie se recostó en el sofá y dejó que su cuello reposara. Suspiró, jugó con el vaso entre sus dedos y quedó inmersa en sus pensamientos, mientras Danniel daba el último sorbo de ginebra y dejaba el vaso sobre la mesa.

—Bonnie, ¿estás segura de que esto es ginebra?

—No, Danny, es agua; ya has bebido demasiado, por eso te sabe a whisky.

Danniel cogió un cojín y se lo lanzó a Bonnie a la cabeza. Una carcajada brotó de su boca y contagió a Danniel de una risa agradable y sincera.

—¡Qué alegría tenerte aquí de nuevo!

7

25 de enero, 2002

Aquella noche, Danniel durmió como un bebé, rodeado de cojines mullidos e impregnado del olor a lavanda de la manta con la que Bonnie lo había tapado.

Mientras, en una de las habitaciones de arriba, Bonnie observaba cómo nevaba desde su cama; no había logrado conciliar el sueño en toda la noche.

Miró la hora en su reloj: las nueve de la mañana. Hora de levantarse. Se vistió con una sudadera gris XL, se retocó su cabellera afro, hizo la cama y bajó a la cocina. Sus tripas rugían e intuía que Danniel necesitaría un contundente desayuno cuando despertara. Mientras sacaba la mermelada de la nevera, pensó que debería hacer la compra. Comenzó a recitar mentalmente la lista, pero se vio interrumpida por unos escandalosos pasos hacia el baño, seguidos de una arcada. Bonnie no había amanecido con un acentuado sentido del humor, pero aquello le hizo reír a carcajadas durante un buen rato.

Pasó gran parte del desayuno mofándose del estado en el que se encontraba Danniel, quien, conforme comía, sentía que se alejaba de la muerte.

Devoró una tostada con mermelada, un cruasán de chocolate, un café y un zumo de naranja.

En el exterior nevaba con fuerza. Bonnie insistió en llevar a Danniel a casa; ella iba a salir, pero prefirió no comentarlo. No quería arriesgarse a que le preguntara a dónde tenía que ir y

tampoco le gustaba mentirle. Danniel insistió en que se encontraba mejor. Cuando acabó el desayuno, llamó a un taxi.

Después de despedirse de Danniel y cerrar la puerta tras ella, Bonnie volvió a mirar el reloj, no debía relajarse mucho.

Tardó poco en ducharse; a la hora de vestirse, no escatimó lo más mínimo: bajo sus vaqueros llevaba unas mallas térmicas y una camiseta interior negra. Sobre esta, una blusa, una chaqueta gris y, para finalizar, un abrigo y botas para la nieve.

Antes de bajar las escaleras, caminó decidida hacia la puerta que se encontraba frente a su habitación. La abrió y, una vez dentro, la cerró y se sentó cuidadosamente sobre la cama de sus padres: todo estaba tal y como lo habían dejado hacía doce años. Pasó varios minutos allí sentada, sin esperar a que algo ocurriera; no buscaba escuchar un ruido inesperado, ver el reflejo de su madre en el espejo u oler el humo del cigarro de su padre. Había dejado la mente en blanco para poder escribir en ella las palabras adecuadas.

Tardó más de lo normal en colocar las cadenas para la nieve a su pick up. Una vez dentro, encendió la calefacción. La temperatura en el exterior era de unos diez grados bajo cero.

Tras cinco minutos conduciendo, pasó por lo que era entonces el taller de sus padres, la gran nave que ahora había pasado a ser de su propiedad. Procuró no mirar; debía concentrarse, mantener su mente fría y apartar las emociones. Iba en busca de algo y debía encontrarlo.

Se incorporó en una rotonda y comenzó a sentirse desnuda por no llevar con ella su arma, pensó en dar media vuelta e ir a por ella, pero aquello carecía de sentido. Sus ojos verdosos comenzaron a llorar: tenía mucho miedo, miedo a no conseguirlo aquella vez.

Cambió la sintonía de la radio en la que aconsejaban a todos los ciudadanos del sur del Estado de Craphwood no salir de casa debido a la borrasca. Tras tocar el botón de la sintonización, comenzó a sonar música clásica: era perfecta, consiguió controlar su agitada respiración y se relajó.

Aquel tramo de carretera era complejo, había pronunciadas curvas y la borrasca hacía que fuera complicado ver con claridad. Tras un último tramo recto, cogió la primera desviación, no leyó el cartel, no hacía falta. Finalmente subió una pronunciada cuesta y llegó a un gran llano, un cartel blanco con letras negras dictaba: «*PARKING*». A su lado, había uno mucho más grande: «PRISIÓN ESTATAL DE CRAPHWOOD».

Aparcó la camioneta sin ninguna dificultad, el aparcamiento estaba vacío, era día de visitas, pero se veía que la borrasca había espantado a los familiares y amigos. Observó su mirada en el retrovisor. «Va a ser hoy, Bonnie», se dijo a sí misma. Mientras se desabrochaba el cinturón, se esforzaba por no divagar, por no pensar.

Una vez fuera, echó un vistazo al imponente edificio gris que era la prisión estatal. Sabía que ninguna de las ventanas que veía en la fachada daban a las celdas de los presos: estas tenían orientación norte, el viento agitaba con fuerza las concertinas, los focos de luz exteriores estaban encendidos, apenas había luz natural.

Los copos de nieve se enredaban en su pelo, el frío comenzó a secarle la piel y su mente se llenó de grietas. Comenzó a correr hasta la salida del aparcamiento.

Paralizada una vez más, se sumergió en la oscuridad, una negrura que ya conocía: poblada de seres sin piedad ni corazón que solo buscaban dañar su alma. El frío le había dormido las manos; había olvidado sus guantes, comenzó a sentir punzadas en el pecho, no podía caminar hacia adelante, el miedo se había apoderado de ella y solo podía retroceder.

Lo que Bonnie desconocía era que aquella oscuridad y aquellos seres que la atormentaban cada vez que intentaba entrar en la Prisión Estatal... llevaban su rostro. Doce años después, seguía culpándose por no haber sido capaz de asistir al juicio de Kenny Blane, por no haber sido capaz de mirar al asesino de sus padres a los ojos y hacerle todas las preguntas de las que necesitaba respuesta.

Había encerrado a muchos de los criminales más peligrosos del país, pero no había sido capaz de entrar en la prisión de Craphwood. Tras el rostro de Bonnie Pearson, se encontraba una joven perdida, sola y dolida, que buscaba respuestas que tal vez nunca existieron.

Estaba apoyada sobre su hombro izquierdo, sobre la verja orientada hacia la salida del aparcamiento y conducía al comienzo de un corto camino de diez metros que conectaba el aparcamiento con la puerta principal de la prisión. Su mano derecha descansaba sobre su pecho. Su visión era clara, pero su cerebro no era capaz de procesarla; era incapaz de identificar el paisaje.

De un momento a otro, sus pupilas comenzaron a percibir el movimiento que se desplegaba ante ella. Aun sin poder moverse, entre aquella terrible borrasca pudo ver cómo la puerta se cerraba tras un abrigo rojo, pasó en unos segundos frente a Bonnie. Alguien parecía estar evaluando la situación, rápidamente comenzó a moverse con velocidad hacia ella.

Poco a poco, Bonnie comenzó a distinguir unos pantalones negros; no distinguía los zapatos; se hundían en la nieve, cuyo nivel sobre el suelo había aumentado considerablemente. Su cabello rubio estaba bien atado a una trenza, llevaba un gorro gris y una mochila negra. Cuando estuvo cerca de ella, se dio cuenta de que sus ojos eran dos gemas verdes y de que la preocupación se había apropiado de su rostro.

—Disculpe, señora, ¿se encuentra usted bien?

La joven se encontraba a una distancia prudente de Bonnie; había decidido no acercarse demasiado. Bonnie optó por aceptar su ayuda: sabía que, llegados a ese punto, la necesitaba.

—No, me cuesta respirar, siento presión en el pecho y no puedo caminar.

—Entiendo. Con permiso —dijo la chica mientras echaba el brazo de Bonnie sobre su espalda para ayudarla a caminar—. Creo que deberíamos movernos; es peligroso estar mucho tiempo aquí fuera con este tiempo. ¿Es ese su coche?

Señaló con la mirada el único vehículo aparcado. Bonnie asintió.

Las dos caminaron en silencio hasta llegar a la pick-up. Bonnie se encontraba mejor: aquel encuentro inesperado con aquella chica, cuyo perfume olía a canela y azahar, había hecho que apartara de su mente todos aquellos pensamientos que la habían encerrado en un bucle autodestructivo.

—Muchas gracias por tu ayuda —dijo Bonnie alzando la voz para que pudiera escucharla por encima del sonido del viento, que ahora se agitaba con más fuerza.

—Ha sido un placer —contestó ella.

Bonnie tuvo que leerle los labios para entender lo que había dicho. Sacó las llaves del bolsillo, abrió la camioneta y le hizo un gesto con la mano a la chica para que subiera al asiento del copiloto. La joven obedeció.

—Supongo que habrás venido en autobús, y deduzco que lo has hecho bastante temprano, porque con este tiempo es muy probable que hayan cancelado todos los viajes.

Ahora podía ver el rostro de su acompañante con claridad. Concluyó que tendría unos diecisiete años; era menor de edad, seguro. Tenía las mejillas pálidas y un rostro amable. Algo en su mirada distrajo a Bonnie, algo que le hizo sentir compasión.

—Sí, había pensado en hacer autostop a la vuelta.

Su plan de regreso desde la cárcel de Craphwood tenía lagunas, y ella lo sabía.

—No habrías llegado muy lejos, desde luego. ¿Cómo te llamas?

—Charlotte, ¿y usted?

—Yo soy Bonnie. Encantada, Charlotte.

Le extendió la mano; Charlotte extendió la suya y ambas se sonrieron.

—¿Cree que se encuentra en condiciones para conducir?

Bonnie sonrió para sus adentros al escuchar aquella pregunta. Había pasado por situaciones mucho más peligrosas que aquella, y, aun así, nada le había resultado tan difícil como ese momento.

—No te preocupes, estoy bien.

El camino se hizo ameno. Bonnie y Charlotte habían conectado. Bonnie pasó la mayor parte del trayecto dándole razones a Charlotte por las cuales nunca debería hacer autostop, ni sola ni acompañada: eso nunca debería ser una opción. Mientras tanto, la chica asentía convencida, dándole la razón.

Bonnie percibía cierta melancolía en Charlotte, en su voz y en sus gestos. No quiso indagar demasiado, pero supo que aquella mañana había ido a visitar a un conocido que llevaba ya algunos años encerrado. Charlotte también le contó que moría de ganas por ir a la universidad: quería estudiar medicina. Desde luego, había algo en aquella joven que le causaba gran ternura; se veía a ella misma reflejada en aquella extraña cuando tenía esa edad.

—¿Y tú? ¿A quién has ido a ver? —preguntó Charlotte con calma. Entonces se hizo el silencio.

—Digamos más bien que he ido a conocer a alguien —contestó Bonnie de forma tajante, sin desviar la mirada de la carretera.

Charlotte decidió que era mejor cambiar de tema.

—Eso que te ha ocurrido antes, ¿era la primera vez?

—No, la verdad es que no —respondió Bonnie, levantando ambas cejas para quitarle importancia.

—Creo que te estaba dando un ataque de ansiedad —dijo—. ¿Sabías que un treinta y seis por ciento de la población mundial sufre de ansiedad?

—¿Un treinta y seis? —exclamó con una sonrisa sarcástica dibujada en su rostro, mientras tomaba una curva cerrada.

—Sí, es muchísimo.

—Yo creo que esa cifra se queda corta.

Bonnie siguió las indicaciones de Charlotte. Llegó a un barrio residencial, clase media alta: los coches estaban salvaguardados de la nieve en cocheras privadas y las casas tenían entre dos y tres plantas. Entonces, se preguntó de nuevo a quién había ido a visitar Charlotte: tal vez un familiar metido en asuntos turbios, fraude o estafa. Aunque la teoría que más le encajaba era que Charlotte pertenecía al seno de una familia adinerada, estaba en una edad complicada y rebelde; de ahí lo de hacer autostop. Seguramente, había ido a visitar a su novio, mayor de edad, quien pertenecería a una clase social menos afortunada y lo habrían cogido traficando con cualquier sustancia. Cuando formuló aquella hipótesis, se dijo a sí misma que debería callarse y dejar de hacer especulaciones absurdas.

—Puedes dejarme aquí, si quieres.

Bonnie paró la pick up frente a una casa azul de dos plantas con un jardín que estaba oculto bajo la nieve.

—Ha sido un placer, Bonnie.

—Igualmente, Charlotte... y muchas gracias por tu ayuda.

—Gracias a ti por traerme... y por tus consejos, claro. —Charlotte comenzó a rebuscar en la mochila que descansaba entre sus piernas—. Te voy a dar algo, espera. —De un bolsillo sacó una tableta con diez pastillas de color naranja—. Yo también padezco ansiedad. Me las recetó el médico, tal vez te puedan ayudar si vuelves a encontrarte así.

—Gracias. De todas maneras, debería hacer una visita a mi doctor.

Bonnie cogió las pastillas y se las guardó en el bolsillo del pantalón. Sabía qué tipo de fármaco eran; las había evitado siempre: odiaba los tranquilizantes.

Charlotte caminó hacia el porche de aquella majestuosa casa, luchando contra el viento y la nieve que la golpeaban. Cuando vio que Bonnie estaba lo suficientemente lejos, volvió sobre sus pasos. Cruzó la acera de enfrente y giró a la izquierda. A los pocos minutos,

caminaba por un puente que cruzaba la autovía; cuando llegó al otro lado, pudo ver las luces de un coche que se aproximaba. Cerró el puño y levantó el pulgar.

Una vez resguardada del frío, en la entrada de su casa, Bonnie se descalzó, se quitó el grueso abrigo y del bolsillo de su pantalón sacó la tableta de pastillas que Charlotte le había ofrecido amablemente. Las contempló mientras pensaba que tal vez necesitaba un descanso: un descanso de una tortura autoinfligida. Porque esos actos autolesivos venían seguidos de la siembra de mentiras a modo de tirita, lo que le llevaba a tomar decisiones absurdas... como creer que un par de tranquilizantes podrían darle el descanso que necesitaba.

Caminó hacia la cocina. Había vuelto a ocurrir, una vez más, como cada año. Con el mismo resultado.

Cogió un vaso y lo llenó de agua.

Pensó que, tal vez, solo vería su rostro cuando saliera de prisión; tal vez una tarde, haciendo la compra, sería él quien le asistiera en la caja. Tal vez, un día, caminando por el parque, se le acerque a pedirle fuego.

«Seguramente ocurrirá de la única manera que yo no hubiera imaginado», pensó.

Se echó a la boca dos pastillas y bebió del vaso de agua.

La idea de visitar a un médico para tratar su problema de ansiedad se le pasó por la cabeza mientras se acomodaba en el sofá en el que Danniel había dormido la noche anterior. Fue una pena que su teléfono móvil sonara en aquel momento, interrumpiendo lo que podía haber sido una positiva reflexión... y dándole un susto de muerte.

Podía leer en la pantalla el nombre de «Anthony».

—Hola, Tony —contestó.

—Pon las noticias.

Bonnie se incorporó y buscó el mando del televisor.

—¿Qué pasa?

—Pon las noticias, Bonnie.

Por fin encontró el mando entre unos cojines, encendió la televisión y buscó el canal de los informativos del mediodía. Seguía escuchando la respiración de Anthony al otro lado del teléfono. Los ojos de Bonnie se abrieron como platos.

—¡No puede ser! —dijo.

—Es tal y como lo estás viendo ahora mismo —contestó su jefe mientras exhalaba el humo de su cigarro.

—¿Por qué no se ha hablado de esto? ¿Cómo se nos ha escapado?

—No lo podíamos saber, Bonnie. Estos cabrones lo han tenido oculto, muy oculto. No se ha hecho público hasta hoy; ya sabes cómo es esta gente.

«El filántropo presidente de IncoPharma, Michael Brown, hace oficial su candidatura como senador del Partido Conservador del Estado de Craphwood. Ya han sido varias las polémicas declaraciones de los integrantes del bando republicano».

Bonnie apagó el televisor.

—Volveré mañana.

—No, necesitas descansar. Te necesito fuerte. Además, esto no cambia nada, Bonnie: solo es un giro, un pequeño giro, algo nuevo. Ya sabes que hay cosas que están fuera del alcance del FBI; es más, no puedes volver. Cuando acaben tus vacaciones, tu trabajo estará allí, no en Chicago. Que no se te olvide.

—¿Cómo están los chicos? —preguntó Bonnie.

—Todo tranquilo por Pick Brave, ya lo sabes. No hagas que me arrepienta de haberte llamado —dijo Anthony, tajante.

—Por supuesto que no, jefe.

Recostada en el sofá, tras haber acabado la llamada de teléfono acompañada de aquella impactante noticia, Bonnie comenzó a sentir

un extraño placer por todo el cuerpo. Su cabeza se llenó de mariposas, abrazó la suave manta y se dejó caer en el sofá. Lo siguiente que sintió fue su apetito: le apetecía comer.

Se dejó llevar por el efecto hedonista que las pastillas le habían proporcionado, hasta que, poco a poco, aquellas deliciosas sensaciones comenzaron a desvanecerse. Entonces apareció la nada. Boca arriba en el sofá, mirando el techo, luchando contra la somnolencia, Bonnie se encontró atrapada en el frío vacío. Una lágrima se deslizó por su rostro.

No sentía, no pensaba; las pastillas habían hecho efecto.

Prefirió dejarse llevar y caer en el profundo sueño al que se había sentenciado.

8

3 de febrero, 2002

La estancia de Bonnie en Craphwood se prolongó más de lo esperado.

Michael no solo se había presentado como candidato al Partido Republicano, sino que había ganado. Ya estaba dentro, defendiendo medidas sociales y económicas claramente conservadoras.

Algunos compañeros suyos se habían mudado desde Chicago hasta Pick Brave y la mantenían informada mediante llamadas y correos electrónicos constantes. El retraso en su incorporación le había dado la oportunidad para dar interesantes paseos por la zona y familiarizarse con los cambios que habían ocurrido desde la última vez que estuvo en Hellyfield.

Desde Chicago le enviaron un pesado ordenador; la camioneta que lo transportaba estaba blindada y era conducida por dos agentes.

A Bonnie le resultó extraño ver a Emily Stewart y a Ethan Fassbender bajar de la furgoneta negra, ambos de paisano, con las armas ocultas bajo las chaquetas.

Se acercaron a la puerta, ambos cargados. Ethan sostenía una caja de espuma de cartón donde seguro se encontraba la torre del ordenador, mientras Emily llevaba otra caja similar, pero con una forma algo distinta, que probablemente contenía la pantalla. Sobre esta última había una caja negra más pequeña, cerrada con un dispositivo electrónico que requería una clave para abrirse. Bonnie adivinó qué contenía el disco duro.

Cuando los saludó al entrar, Bonnie apreció la expresión en sus rostros: algo no iba bien. Lo sabía, pero decidió esperar; aún no era el mejor momento para preguntar.

Condujo a ambos hasta el sótano, el lugar que había decidido habilitar como su espacio de trabajo. Emily instaló el disco duro en el ordenador y lo colocó en el escritorio que Bonnie había preparado en tiempo récord. Sin embargo, la configuración de la intranet del FBI resultó ser una tarea más laboriosa.

Mientras Emily trabajaba, Ethan le recitaba a Bonnie una larga lista de razones por las que debía instalar y reforzar la seguridad en la puerta del sótano y la de su dormitorio. Bonnie ya había considerado algunos métodos para proteger el ordenador: planeaba establecer múltiples claves de seguridad y añadir un candado u otro sistema adicional. Cambiar la puerta por una más resistente parecía una buena idea, pero pensó que podría llamar la atención de visitantes no deseados.

En cuanto a su dormitorio, dormía con su Glock G22 cargada, al alcance de la mano. Si el FBI estaba en lo cierto, podía llegar un momento en el que su vida estuviera en peligro.

Mientras abría las botellas de cerveza, analizaba los rostros de Ethan y Emily, que descansaban en su sofá frente a ella. Colocó las botellas sobre posavasos para no ensuciar el cristal de la mesa del salón. Ambos estaban más delgados; sus rostros tenían un aspecto demacrado. Emily llevaba su cabello rojizo recogido en una larga trenza, y sus ojos marrones reflejaban un evidente cansancio. A Ethan le había salido una boquera y, sin duda, necesitaba un corte de pelo.

—Bueno, ¿me vais a contar lo que pasa o no? —preguntó Bonnie, llevándose la botella de cerveza a la boca, mientras los fusilaba con la mirada.

—Nos hemos cogido unos días de descanso, nada más —contestó Emily, buscando la aprobación de Ethan con la mirada.

—Más bien, el gordo nos ha obligado a cogerlos —añadió su compañero, más explícito en su explicación.

—¡Oh, vamos, Ethan! ¿El gordo? Esto no es la Camorra —se quejó Bonnie entre risas.

—Sí, bueno, ya sabes: Anthony nos insistió en descansar unos días, nada más —dijo Ethan ajustándose las gafas con el dedo índice.

—Entonces, está jodida la investigación de Angela Sullivan, por lo que veo.

Bonnie no recibió una respuesta inmediata. Sus compañeros parecían buscar las palabras adecuadas. Ethan mantenía la mirada fija en la botella de cerveza mientras Emily se llevaba el pulgar a la boca jugando con su uña antes de hablar.

—Va lento, muy lento. Todo es inconexo, nada tiene sentido; además, Angela era una tía un poco extraña: vivía aislada, no tenía amigos, apenas familiares…

—¿Y su hermana, Mery Brown? —interrumpió Bonnie.

—Hemos hablado varias veces con ella, pero creemos que comienza a afectar a su salud. Al parecer, toma medicación desde que su hermana desapareció. Creemos que dice la verdad, no hay contradicciones —respondió Emily.

—¿Nadie más? ¿Padres? ¿Trabajo? —preguntó Bonnie, con tono neutro. Sabía que sus colegas habían investigado a fondo la vida de Angela Sullivan; no pretendía dar lecciones, solo obtener información sobre Mery. Su orgullo le impedía confesar que no había averiguado nada nuevo sobre su caso.

—Publicó dos *best sellers* de forma anónima. A decir verdad, no le iba nada mal, pero solo trataba con su editora por teléfono. Hablamos con ella, pero hay poco que rascar —dijo Ethan antes de dar un trago a su cerveza—. Y el tema de la familia es una historia un tanto peliaguda...

Bonnie continuó mirando a Ethan esperando una respuesta. Él desvió los ojos hacia Emily invitándola a continuar.

—La madre de las hermanas, Martha Sullivan, desapareció. Tenía cincuenta años. Angela y Mery tenían diecinueve en 1988; fueron ellas quienes denunciaron la desaparición de su madre. Pasaron meses sin recibir noticias, hasta que un día encontraron a su padre, Hannibal Carter, en su vivienda de Ottawa: se había volado la cabeza. Todo indicaba que había matado a Martha, se deshizo del cuerpo, y con el tiempo, decidió acabar con su propia vida. La maltrataba; ya habían existido episodios violentos, y Martha lo había denunciado en varias ocasiones.

Después de aquello, las hermanas se mudaron a Craphwood.

—¿Siempre llevaron el apellido de su madre? —preguntó Bonnie.

—No, lo adoptaron después de lo ocurrido. Mery nos dijo que así lo decidieron. Sentían un profundo desprecio por su padre y no lloraron su pérdida.

Antes de que Bonnie pudiera formular las decenas de preguntas que le cruzaban la mente —«¿Nunca denunciaron las agresiones? ¿A qué se dedicaban Martha y Hannibal? ¿Había habido algún tipo de abuso sexual? ¿Quién llevó el caso?»—, Emily se adelantó a hablar:

—También está Helena Van Zaysser, su editora. Según ella, siempre mantuvieron buena relación, pero se fueron distanciando cuando Angela comenzó a trabajar en su quinta novela. Al parecer, su trato se volvió estrictamente profesional. La señora Sullivan fue la primera en confirmar que aquella novela le estaba atormentando bastante.

—Los resultados de algunas pruebas del laboratorio ya están disponibles, y eso ha dado un pequeño giro en el caso —murmuró Ethan.

—¿Pequeño? Te pusiste amarillo —añadió Emily, sarcástica.

—Necesitamos un poco de aire, nada más; unos días para descansar —dijo Ethan, propinándole un empujón en el hombro a Emily.

—¿Qué ha pasado? ¿Qué resultados? —preguntó Bonnie, ansiosa, cruzándose de brazos.

—Este no es un lugar seguro para hablar de información confidencial, Bonnie. Estás en mitad de un caso en el que una de las investigadas es familiar de la víctima del nuestro. Además, esta gente tiene mucho poder, podría haber micros; tal vez te estén vigilando, ¿lo sabes?

—Ethan, no hay micros, no sospechan de mí y no creo que ni siquiera sepan que el FBI va detrás de ellos, al menos por ahora.

Ethan vio una libreta y un lápiz sobre la mesa del comedor, situada unos metros detrás de Bonnie. Se levantó y fue a recogerlos. Esta lo siguió con la mirada, intrigada. Cuando Ethan volvió, se sentó junto a Emily y comenzó a escribir.

Dejó el lápiz en la mesa, arrancó la página y se la pasó a Bonnie. Por un momento se le detuvo la respiración al leer lo que su amigo había escrito. Se llevó la mano izquierda a la boca y despegó su espalda del respaldo del sillón.

—¡No puede ser!

Hizo pedazos la página, se levantó, caminó hacia el baño —donde unos días antes su amigo Danniel había vomitado—, dejó caer los papeles en el retrete y tiró de la cadena.

Regresó al salón, donde reinaba el silencio. Ethan y Emily estaban absortos en sus pensamientos, sin intercambiar palabra.

—¿Queréis otra? —ofreció Bonnie, señalando con la cabeza las botellas vacías.

***

Un apagón inesperado levantó a todos los habitantes de Hellyfield de sus sofás aquella noche, obligándolos a buscar linternas, encendedores o velas escondidas en rincones olvidados.

A Danniel, aquel corte de luz le arruinó el final de su película favorita: *El silencio de los corderos*. Mientras buscaba velas con un encendedor en la mano, se estremecía recordando la impactante interpretación de Anthony Hopkins.

Sin suerte, no encontró velas en ningún lugar. Decidió buscar en su habitación, aunque sabía que era poco probable hallarlas allí. Subió las escaleras, pero entonces recordó que quizá habría una linterna en el cobertizo del jardín. Dejó el encendedor sobre la mesa de la entrada, tomó un abrigo del perchero y se lo puso encima del pijama antes de salir.

El salvaje viento le golpeó en el rostro mientras cerraba la puerta. Comenzó a caminar en la oscuridad. Sacó la llave de su bolsillo para abrir el cobertizo; una vez dentro, escuchó un fuerte golpe sordo, seguido de otro metálico, que resonó por encima del rugido del viento. El corazón le dio un vuelco: venía de la parte de atrás de la casa.

Agarró una pala, dubitativo, y salió en busca del origen de aquel ruido.

Caminó por la parte de atrás del jardín. La vereda comenzó a estrecharse y los cipreses que separaban su casa de la de los Brown aparecieron. Un piloto de luz de emergencia parpadeaba débilmente, lo que le permitió no tropezar con un cubo de basura metálico tirado en el suelo.

Al alzar la vista, vio una silueta de tamaño mediano alejándose en la penumbra. Cojeaba del tobillo derecho y se encontraba demasiado lejos. Aquella sombra ya se había desvanecido cuando Danniel decidió correr tras ella.

Volvió sobre sus pasos para colocar el cubo y recoger la basura que se había esparcido por el suelo. Fue entonces cuando vio una bufanda roja y unas pinzas de podar. Estaba totalmente seguro de que pertenecían a aquel extraño.

9

4 de febrero, 2002

Bonnie miraba la hora en su reloj. Habían pasado treinta minutos desde que debía encontrarse con Danniel en la terraza de la cafetería central del parque. Le resultaba extraño que se retrasara tanto, sobre todo sabiendo que le esperaba un suculento desayuno al sol.

Terminó la botella de agua que había pedido por cortesía mientras esperaba; le parecía de mala educación ocupar un sitio en un establecimiento sin realizar ninguna consumición. Pagó y se dirigió a su furgoneta al ver que Danniel seguía sin aparecer.

Diez minutos después, estaba frente a la puerta de la casa de los Brown. Antes de bajar, abrió la guantera, sacó unas gafas de sol y una gorra negra lisa. Una vez colocadas, decidió subir también la capucha de su sudadera. Entonces, se alegró de haberse peinado con trenzas hacía unos días: ocultar su característica cabellera le ayudaba a pasar inadvertida.

Bajó de la furgoneta, pero en lugar de caminar hacia el jardín de Danniel, cruzó a la acera de enfrente. La calle estaba despejada; el sol ya había animado a los ciudadanos a salir de sus casas para disfrutar del lago o hacer senderismo por el bosque. Desde su posición se encontraba en un punto muerto perfecto: si estaba en lo cierto, no podía permitirse ser vista.

Buscó con la mirada el número 7, que estaba a escasa distancia de la casa de Danniel. Entonces lo pudo ver. «Bingo», pensó. Michael había colocado cámaras de seguridad en su segunda residencia tras haberse dado a conocer su candidatura. Desde

aquella distancia, Bonnie pudo identificar la marca de los dispositivos: ya había visto antes esas cámaras. Irónicamente se sintió un poco decepcionada: esperaba que Michael Brown hubiera elegido sistemas de vigilancia más sofisticados.

No escatimó lo más mínimo en pulsar el timbre. Cuando Danniel abrió la puerta, aún tenía los ojos medio cerrados. Poco a poco, pareció darse cuenta de lo que estaba pasando.

—¿Se puede saber qué te pasa? —preguntó Bonnie, con los brazos cruzados.

—Perdona, Bonnie, me quedé dormido —dijo mientras se llevaba la mano a la cabeza—. Pasa, pasa.

Bonnie cerró la puerta tras ella y siguió a Danniel hasta la cocina mientras se quitaba todos los accesorios que había usado para camuflarse.

—¿Y esas pintas? —preguntó Danniel, mirándola con una ceja alzada.

—Demasiado sol para mi gusto —respondió ella con ironía.

Danniel sonrió y comenzó a buscar los ingredientes para preparar el desayuno que debía a su amiga.

—Necesito un café con urgencia. He pasado una noche terrible.

—Terriblemente increíble, ¿no? —bromeó Bonnie mientras señalaba la bufanda roja que colgaba del respaldo de una de las sillas de la cocina.

Danniel se giró y, con el cuchillo de untar en la mano, señaló la bufanda.

—Eso tuvo la culpa.

—No entiendo nada, Danny.

—Anoche, durante el apagón, alguien intentó entrar en la casa. Pude verlo salir corriendo. Se le cayó la bufanda y esas pinzas de podar. Apenas he dormido.

—¿Dónde lo viste? —preguntó Bonnie.

—En el callejón que da a la parte de atrás, donde están los cubos de basura.

—¿Dónde se unen tu jardín y el de los Brown?

—Sí, bueno... Están separados por cipreses.

—Viniendo hacia aquí, he visto que han puesto cámaras de seguridad —dijo Bonnie, decidiendo que esa era la última pista que le iba a dar a su adormilado amigo.

Danniel se giró y vio a Bonnie apoyada sobre el marco de la pared, con una ceja levantada y dibujando con sus labios media sonrisa.

—Vale. ¿Por eso las tijeras de podar?

—Danny, sabes que te quiero, pero un candidato a senador con ideas tan controvertidas y retrógradas siempre será más atractivo que tú cuando se trata de vandalismo. Da las gracias.

Danniel sonrió mientras se acercaba a la mesa de la cocina con dos tazas de capuchino en cada mano. Bonnie, por su parte, se acercó a la encimera de mármol negro para recoger los platos con las tostadas con mermelada de fresa y queso fresco. Tomó asiento en la silla de la que colgaba la misteriosa bufanda roja, junto a Danniel.

—Sabes de sobra que no comparto ninguna de las ideas políticas de Michael, ¿verdad? —preguntó Danniel antes de dar un mordisco a su desayuno.

—¡Maldito seas, Danniel Berry! ¿Crees que no te conozco lo suficiente? —dijo con una sonrisa—. ¿Desde cuándo sabías que tenía pensado postularse a senador?

—Me enteré cuando la noticia salió a la luz. Michael es una persona reservada, no suele hablar de su vida laboral. —Dio un sorbo a su café y, de inmediato, frunció el ceño al sentir cómo se le quemaba la lengua—. Por cierto, tengo algo que enseñarte.

Sin levantarse, metió la mano en el bolsillo de su bata y sacó un móvil Motorola V70. Bonnie abrió los ojos de par en par.

—¡Por fin has cedido! —exclamó mientras aplaudía—. Ahora, dame tu número de teléfono.

Danniel comenzó a rebuscar en la agenda del móvil, y Bonnie no pudo evitar reír al darse cuenta de que aún no se lo sabía de memoria.

—No me juzgues, Bonnie; llevo dos días con este dichoso aparato.

El desayuno fue agradable, como lo eran todos los momentos que Danniel y Bonnie compartían juntos: recordando anécdotas, bromeando, hablando de arte y, sobre todo, de cómo salvar el mundo. El dolor de dos grandes pérdidas había unido a dos idealistas en búsqueda de una utopía común.

—¿Cómo llevas las vacaciones?

—El final está cerca —dijo Bonnie, dramatizando—, pero lo cierto es que las he disfrutado bastante.

—¿Sabes ya cuándo volverás a Chicago?

—No, de hecho, es posible que me quede en Craphwood.

—¿Tienes trabajo aquí?

—No puedo contestar esa pregunta. —Bonnie le guiñó un ojo—. Tengo mucho papeleo e informes, es trabajo que puedo realizar desde Hellyfield —mintió.

Danniel no realizó ningún esfuerzo para disimular la alegría que había iluminado su rostro: tendría a su querida Bonnie cerca más tiempo. Sin embargo, Bonnie sí tuvo que esforzarse para ocultar otra mentira que comenzaba a escocer bajo su piel.

—¿Qué motivo crees que podría tener alguien para intentar entrar en la casa de vacaciones de Michael? —preguntó Danniel.

—Tal vez le estés dando demasiadas vueltas, Danny. Hay gente que intenta entrar en casa de otras personas a diario; no tiene por qué tratarse de algo personal. Por cierto, ¿se lo has dicho?

—No, era muy tarde cuando ocurrió, así que lo llamé por teléfono apenas entré en casa. En unos días estarán por aquí.

Si Bonnie hubiese sido un perro, sus orejas se habrían levantado al oír aquellas palabras. Tenía que llamar a Anthony, contactar con la unidad de Pick Brave y, sobre todo, prepararse: sus vacaciones estaban a punto de terminar.

—No es un hecho tan grave como para viajar desde Pick Brave a Hellyfield.

Intentaba indagar. Necesitaba saber por qué Michael Brown iba a dejar Pick Brave para venir al sur. Desde luego, un simple ladrón aficionado intentando entrar en su jardín no podía ser el verdadero motivo.

—Mery necesita un respiro, ya conoces el caso de su hermana —comentó Danniel. Su tono despreocupado hizo pensar a Bonnie que seguramente estaba en contacto frecuente con Mery Brown. No pareció sorprenderle lo más mínimo que Mery necesitara un cambio de aires, pero Danniel no mostró la misma preocupación que había exhibido en otras ocasiones sobre ese tema. Tal vez, el FBI no había compartido con Mery Brown la información que Ethan y Emily le confiaron aquella tarde en el salón de su casa, o quizás Mery no la había compartido con Danniel.

—Podríamos organizar una cena algún día. Me encantaría que los conocieras. Emma te va a encantar, es una prodigio del dibujo.

A Bonnie se le hizo la boca agua.

—Me encantaría.

La melodía del teléfono móvil de Bonnie los sobresaltó a ambos.

Sin mirar el número de la llamada entrante, descolgó y contestó.

—¿Sí?

Danniel observó cómo la expresión de Bonnie cambiaba conforme la persona al otro lado del teléfono hablaba.

—Bonnie, ¿qué ocurre? —preguntó, nervioso.

—Era David. Han encontrado un cuerpo.

Al levantarse de la silla, la bufanda roja cayó al suelo. Bonnie la recogió con agilidad, el movimiento de la prenda hizo que ella

percibiera un olor familiar.

Ambos caminaron hacia el salón con una taza de café en la mano. Antes de sentarse en el sofá, Bonnie encendió el televisor. Danniel, confuso, miraba la caja tonta esperando alguna explicación. Junto a la periodista, se encontraba David Morretti, inspector jefe de la Policía Estatal de Craphwood y amigo de Bonnie. Tras ellos, se distinguía un enorme dispositivo policial desplegado en la entrada del Bosque de Hellyfield. Bonnie distinguió a los policías de la Científica cruzando el perímetro de seguridad mientras periodistas y curiosos quedaban atrás.

—Ha sido hallado en el bosque de Hellyfield un cuerpo sin vida, identificado como el de Nathalie Campbelle, de doce años.

La periodista miró a David.

—Estamos con el inspector Morretti, quien está al mando de esta operación. Inspector, ¿podría darnos algo más de información?

David necesitó unos segundos para ordenar sus ideas antes de comenzar a hablar. Era un hecho sin precedentes: nunca había aparecido el cadáver de un menor en Craphwood, uno de los Estados menos polémicos del país y, muchísimo menos, en Hellyfield, la ciudad más adinerada del Estado.

Al percibir el nerviosismo de David, Bonnie comenzó a morderse las uñas. Danniel la observaba de reojo, sin apartar del todo su atención de la noticia.

—Efectivamente, la Policía Forense ha identificado el cuerpo como el de Nathalie Campbelle —confirmó David antes de tragar saliva—. *No dudamos de que se trata de un asesinato: el cuerpo presenta tres orificios de entrada y tres de salida; uno en la pierna derecha, otro en el hombro izquierdo y otro en el cráneo.*

—Es obvio que se trata de un arma de fuego. ¿Han encontrado los cartuchos o identificado el arma? —preguntó la periodista, ansiosa.

—Estamos trabajando en ello ahora mismo.

—Inspector, ¿tiene la policía alguna sospecha sobre quién ha podido cometer una atrocidad así?

David sudaba. Aquella entrevista le venía grande. Aunque era de los mejores en su trabajo, Bonnie sabía que era un pésimo comunicador. Además, acababa de llegar a la escena del crimen.

—No, aún...

—¿Quién descubrió el cuerpo, inspector? —le interrumpió la periodista.

—Una pareja de senderistas escuchó los disparos y llamó a la policía.

—Muchas gracias, inspector.

Bonnie apagó el televisor, suspiró profundamente y escondió la cabeza entre sus manos. Luego, se recostó en el sofá y miró a Danniel: sus rostros reflejaban horror y desolación.

—Dios mío, era solo una niña —murmuró Danniel con voz temblorosa.

—El mundo está lleno de oscuridad, monstruos y sombras, Danny. Bonnie mantenía la mirada fija en la pantalla apagada, sin pestañear.

Danniel vio a Bonnie contener las lágrimas, se acercó y puso una mano sobre su hombro.

—Hay que tener mucha luz para vivir en la oscuridad.

Sonrió Danniel con calidez. Bonnie intentó devolverle la sonrisa, pero solo logró dibujar una mueca extraña.

—Da igual los años que lleve en el FBI, las atrocidades que haya visto y los psicópatas con los que haya tratado... Nunca podré soportar hechos como este. A los niños no se les toca.

El sentido de la justicia de Bonnie Pearson afloró una vez más, convertido en lágrimas y frustración que debía contener y desechar como si de basura se tratase. Sabía que vivía en un mundo en el que la sensibilidad era tratada como debilidad y el sentido de la justicia siempre dependía de la identidad de la víctima y del verdugo.

—Es extraño que algo así haya ocurrido en Hellyfield, ¿no crees? Pensaba que en Maille todo estaba tranquilo; de hecho, creo que desde… —Danniel había entrado en terreno fangoso y no sabía cómo salir—. Desde que Kenny Blane se entregó, no había escuchado ninguna otra noticia así.

Era cierto: desde que Kenny Blane se entregó por el asesinato de los Pearson, el barrio de Maille había estado más vigilado que nunca. Había unidades de patrullas dedicadas a controlar aquella zona. Maille se encontraba al noreste de Hellyfield, separado por un puente. Los robos con armas, las peleas de bandas, el tráfico de drogas y las desapariciones siempre habían sido frecuentes allí. La muerte de los Pearson fue el detonante para reforzar las medidas de seguridad.

—Danniel, ¿qué te hace pensar que esto lo ha hecho alguien de Maille?

***

Mery había tomado una postura muy poco recomendable para su espalda: inclinada hacia delante, sentada en el borde del sofá de color crema. Sostenía un pañuelo blanco en el puño derecho, dispuesto a secar las lágrimas que caían a gran velocidad por su rostro. Estaba completamente agitada. Su mirada permanecía fija en el televisor de pantalla plana, donde veía el Canal Tres, noticias de última hora emitidas desde Hellyfield.

Sobre la mesa, había un blíster de tranquilizantes medio vacío y un vaso de agua. No sabía cuántos había tomado: tal vez dos, o quizás tres. Lo cierto era que uno ya no le hacía ningún tipo de efecto; había desarrollado una terrible tolerancia.

Tras el sofá, Michael Brown, con el torso musculado, desnudo y sudado, miraba las noticias con impasibilidad. Acababa de llegar de correr y se estaba quitando la camiseta cuando escuchó los sollozos de Mery desde el salón.

—Para de llorar.

En lugar de parar de llorar, Mery intentó controlar su respiración; le dolía el pecho.

—Michael, ¿qué vas a hacer? —murmuró sin girarse.

—Preguntas. Quiero responsables y luego pensaré qué hago con ellos.

Había contestado a la pregunta de Mery, pero no con la respuesta que ella esperaba oír. Se giró para ver el rostro sin expresión de su marido durante unos segundos. Luego, tomó un sobre ya abierto, de color rojo. Se levantó y caminó lentamente hacia Michael. Cuando llegó frente a él, se lo tendió.

Michael observó el sobre con detenimiento. Su expresión cambió apenas un instante antes de sacar con calma una nota escrita a mano. Mery lo miraba, expectante.

Es cuestión de tiempo.

A. S.

Parecía que no corría sangre por sus venas; sin parpadear, rompió la nota. Los pedazos de papel cayeron al suelo. Michael levantó la mirada y fijó los ojos en Mery. Sus pupilas temblaban, horrorizadas. Con su mano derecha, Michael rodeó con fuerza la muñeca de Mery. Su otra mano se deslizó hacia su fino cuello, presionándolo hasta sentir cómo le costaba respirar. La acercó con brusquedad, pegando su cuerpo al de ella.

—Eres una zorra débil —le susurró al oído—. ¿Cómo puedes temer a una muerta?

10

6 de febrero, 2002

David mezclaba el café hirviendo y el azúcar, aunque no lo necesitaba, igual que los dos anteriores. Sentía hormigueo en los dedos y presión en el pecho; los temblores en sus manos no podían ignorarlos.

Haber permanecido en vela toda la noche le estaba pasando factura. Su rostro se veía afligido y fatigado.

En ocasiones, desviaba la atención del caso y volvía a la entrevista del día anterior: aquella periodista le había hecho pasar un mal rato. El caso se había mediatizado, y ahora tenía a los medios respirándole en la nuca. Era la peor pesadilla para cualquier policía.

Tras quemarse la lengua con el café, lo dejó en la mesa molesto y volvió a repasar las fotografías del cadáver de Nathalie. Se quedó absorto en aquellos ojos azules que parecían gritar al cielo. Sabía que, por mucho que los observara, no podría distinguir en ellos las facciones de su asesino. Lo único que podía ver era un frío adiós a la esperanza.

La puerta de su despacho se abrió de golpe: una joven mujer con el pelo recogido y vestida con uniforme entró en la habitación con una carpeta bajo el brazo.

—Disculpe, jefe, he llamado varias veces; es importante.

David posó los ojos sobre aquella carpeta. Supo de inmediato de qué se trataba.

—Pasa, Elizabeth. —Señaló la única silla disponible—. Siéntate. ¿Qué tenemos?

Elizabeth se sentó y le tendió la carpeta.

—Las pruebas forenses, señor. Tenemos los resultados.

—¿Les has echado un vistazo? —preguntó David intentando disimular su nerviosismo.

—No, señor.

Elizabeth se fijó en las manos temblorosas de David al tomar la carpeta. Sabía que su superior no había pasado por casa en toda la noche: el despacho tenía un molesto olor a cerrado, la papelera estaba llena de vasos de papel, y el cenicero, desbordante de colillas, lo delataba.

Al leer la primera página del informe, David cerró los ojos, intentando controlar la impotencia que lo invadía tras cada línea. Contó hasta tres antes de golpear la taza de café contra la pared. Esta salió disparada, salpicando gotas en el uniforme de Elizabeth, quien se levantó, sorprendida.

—¡Discúlpame, Elizabeth! —exclamó David ofreciéndole un pañuelo.

La agente lo aceptó y se frotó las manchas de café en su camisa y pantalón.

—No hay nada de qué disculparse, señor.

—Elizabeth, tenemos que encontrar al animal que ha hecho esto.

—Lo haremos, jefe. —Guardó silencio durante unos segundos—. David, ¿no cree que debería dormir un poco?

—No te preocupes. Ahora asegúrate de que todos los agentes involucrados en este caso reciban una copia del informe y lo lean.

—Sí, señor.

—Buen trabajo, agente.

Elizabeth se levantó y, con paso ligero, salió por la puerta.

Mientras tanto, Bonnie entraba en la comisaría. Los agentes presentes, al percatarse de su presencia, comenzaron a dedicarle miradas, saludos con la mano y sonrisas. Se alegró al ver tantas caras conocidas. Caminó hacia la cola de recepción con una bolsa de papel llena de cruasanes.

Delante de ella solo había tres personas, pero cuando pasaron cinco minutos sin que la fila avanzara, inclinó la cabeza hacia el lado derecho para captar la atención de Michelle, la recepcionista. Esta explicaba por tercera vez a un anciano que aquella no era la sala donde se realizaban las renovaciones de pasaportes.

Cuando Michelle miró a Bonnie, la vio señalar con el dedo índice el pasillo que llevaba al despacho de David. Michelle levantó el pulgar en señal de aprobación y le sonrió disimuladamente.

Bonnie golpeó la puerta del despacho con los nudillos y entró sin esperar respuesta.

—¿Qué ha pasado aquí? —preguntó, observando la pared manchada de café, el vaso en el suelo y el ambiente cargado de olor a tabaco.

David se alegró de ver a su vieja amiga, aunque no pudo expresarlo de la forma que habría querido.

—He recibido el informe forense.

Bonnie sabía que era la primera vez que David se enfrentaba a un caso de esa magnitud. Los medios no le estaban haciendo ningún favor, pero lo conocía: era un tipo duro, con estómago para soportar casos mediáticos y mucho más. Rápidamente comprendió que gran parte de la angustia de su amigo estaba causada por aquel informe.

David sacó un cigarrillo de su chaqueta. Mientras lo colocaba entre sus labios, buscaba su mechero Zippo en el desorden de su escritorio. Al encenderlo, le propinó una fuerte calada. Bonnie lo observaba en silencio con la bolsa de cruasanes en el regazo, esperando a que hablara.

—Desgarro vaginal, anal, diversos fluidos en la...

Bonnie le hizo un gesto con la mano, interrumpiéndolo.

—Suficiente. ¿Cómo estás tú?

—Jodido, Bonnie. Viste las noticias, ¿verdad?

—Claro, por eso estoy aquí —Bonnie dejó la bolsa de papel sobre la mesa—. Bien. ¿Recuerdas las balas?

—Seis orificios: tres de entrada y tres de salida. ¿Qué dice Balística?

—No hemos encontrado ninguna. La zona está limpia. Debemos esperar.

—David, ¿has comido o dormido?

—Nunca se denunció la desaparición. Es como si nadie la hubiera echado en falta. —David dio otra calada—. No sabemos nada de su familia. Si no dan señales de vida en menos de cuarenta y ocho horas, iremos a buscarlos a Maille.

Bonnie comenzó a sentir interés por aquel caso, que ni siquiera era de su competencia.

—¿Eran de Maille?

—Rosse y Ryan Campbelle eran *crème* de la *crème* al parecer: adictos al crac, algún robo... —leyó David en la pantalla de su ordenador—. Seguramente, Nathalie pasaba mucho tiempo sola, ahora mismo tengo a un par de agentes en el colegio al que asistía; tal vez sus profesores puedan darnos algo de información.

David notó que Bonnie había dejado de escucharlo. Estaba atrapada en un bucle que unía su pensamiento con una herida profunda en su corazón.

A lo largo de su vida, solo había sabido de dos personas de Maille: una de ellas saldría pronto de la cárcel por el asesinato de sus padres; la otra estaba en una camilla en la morgue.

El torbellino con el que Bonnie estaba familiarizada la agitó y volvió en sí.

—Que la familia no haya aparecido ya no es buena señal. —Bonnie se incorporó y miró fijamente a David a los ojos—. Escúchame, no he venido aquí a ayudarte con esto; al menos, no

hoy. He venido a decirte que tienes que descansar, no seas un cliché de película de Hollywood. Si no comes y descansas, no podrás con esto. Dará igual lo bueno que seas, créeme.

David apagó la colilla del cigarro en el cenicero y respiró profundamente. Por primera vez en las últimas veinticuatro horas, intentó relajarse.

—Tienes razón —murmuró.

—Y abre esa maldita ventana —gruñó Bonnie.

David se levantó y obedeció. Abrió la ventana del despacho, se asomó al exterior y cerró los ojos. Respiró hondo, esforzándose por despejar la mente. Bonnie lo observaba sentada.

—¡David! —exclamó para asegurarse de que la escuchara—. No intentes viajar al pasado para salvarla: está muerta, y no es tu culpa.

David asintió con la cabeza y volvió caminando hacia su silla, intentando contener las lágrimas.

—Lo sé... creo.

—Ten la conciencia limpia, Morretti; si no, nunca darás con el culpable. —David le sonrió con tristeza—. No te voy a engañar, yo también siento una punzada en el pecho cuando pienso en esa niña.

—Hay algo más —dijo—. El cuerpo presenta grandes cantidades de Cleroxina en sangre. Cleroxina y el resto de los componentes de Spicy Candy. Supongo que estás familiarizada con ellos.

La mandíbula de Bonnie se tensó.

—¿Quieres decirme algo con eso?

—La drogaron.

—Puede, o puede que lo hiciera ella. Maille es un lugar duro para una niña —respondió Bonnie, estremeciéndose al pensar en que ambas opciones eran igual de posibles—. Lo averiguaré.

Bonnie percibía el delicado estado de David y sabía que necesitaba hablar, aunque una pregunta la carcomía por dentro.

—David, ¿os ha llegado correspondencia? Ya sabes…

—De ser así, lo sabrías.

11

7 de febrero, 2002

Tiró el donut al cubo de la basura tras darle un buen mordisco; estaba demasiado dulce. No tendría que haber cambiado de marca: la que solía comprar era la mejor, con el punto justo, una fina capa, nada más.

Cogió la taza con café caliente y se acercó a la puerta de la nevera, donde tenía sujeto con un imán un pequeño cuaderno que usaba para apuntar la lista de la compra. Escribió: «Donuts».

Había pasado una buena noche: ocho plácidas horas de sueño, sin pesadillas ni despertares. Notaba su cuerpo más fuerte y recuperado, al igual que su mente: tenía percepción clara de sí mismo y del caso. La culpa se había transformado en combustible para hacer justicia.

Aquella mañana, David llevaba la decisión como bandera: encontraría a los culpables. Lo sabía... o, al menos, de eso intentaba convencerse.

Esquivaba pensamientos intrusivos y, a la vez, sentía un profundo agradecimiento por la intervención de su amiga Bonnie. «Debería llamarla», pensó. «Un par de cervezas en el porche de casa una tarde soleada, cuando todo se relaje un poco».

La bocina del coche patrulla que conducía Elizabeth lo sobresaltó. Dio un salto torpe y sintió cómo algunas gotas de café caían sobre su camisa.

—Mierda —murmuró—. Maldito karma.

El sol saludaba rabioso aquella mañana. Se colocó las gafas de sol de montura dorada y salió cerrando la puerta tras él.

Elizabeth lo saludó cuando se subió al coche. Las grandes gafas que esta llevaba no le permitieron a David contemplar su rostro, pero, a juzgar por la gruesa capa de maquillaje —ella no solía maquillarse—, la copia del informe forense de Nathalie Campbelle en la parte trasera del coche y los dos vasos vacíos de café, supo que en aquella ocasión la que no había pegado ojo había sido ella.

Se sentía profundamente orgulloso de su subordinada: en sus diecisiete años de carrera no se había topado con nadie tan brillante y comprometido como ella. No había tenido la oportunidad de conocerla en profundidad, pero no le hacía falta para saber que era un diamante en bruto. «Algún día será una gran inspectora», solía pensar.

—Buenos días, Elizabeth —saludó con una tímida sonrisa.

—¿A Maille? —preguntó ella. Su voz era dulce y energética.

—A Maille.

Elizabeth bajó el freno de mano, aceleró y condujo hacia la entrada a la autovía.

Cinco minutos después, David no pudo evitar desviar la mirada al pasar junto al Bosque de Hellyfield. La falda del bosque se extendía por decenas de kilómetros, manteniéndose verde casi todo el año. Su imponente frondosidad había mantenido inexploradas algunas partes hasta la fecha. Allí, hacía ya dos días, habían encontrado el cuerpo inerte de Nathalie.

Como si de un parásito se tratase, la culpa volvió a apoderarse de su corazón. Apretó los puños con fuerza e intentó ahuyentarla; entonces, la culpa se disipó... dando paso a la muerte.

Rememoró con pesadumbre el día en el que su padre falleció, hacía ya dos años. Aquella pérdida hizo que poco a poco fuera acercándose a la muerte; comenzó a conversar con ella, a comprenderla. «La muerte no es más que la consecuencia de la vida», solía repetirse a sí mismo. Aquella frase se convirtió en su

mantra: un paso más, un cambio más. Era la destrucción de la utopía y la aceptación de la vida tal como es.

Entonces, sentado en el asiento del copiloto de su coche patrulla, comprendió que no era el fallecimiento de Nathalie lo que le atormentaba, sino la tortura que había estado consumiendo a aquella niña los días y momentos antes de que la muerte la abrazara. Tal vez, la muerte salvó a Nathalie Campbelle del infierno que estaba viviendo.

David observaba el follaje desde la ventanilla del coche, cautivado por el paisaje y el silencio que lo envolvía. Aquel último pensamiento había dejado su mente en blanco, y las espinas que se aferraban a su corazón se desvanecían poco a poco.

Bajó la ventanilla del coche y el aire fresco le acarició la piel. Elizabeth estaba concentrada en la carretera, mientras él observaba hipnotizado el mismo cielo al que Nathalie había implorado días atrás.

Pasaron frente al majestuoso *Le Grand Emperador* a ochenta kilómetros por hora, un edificio de más de cien años, objeto de múltiples historias de terror y misterio por su arquitectura. Años atrás había sido restaurado y convertido en un lujoso hotel que hospedaba a personalidades influyentes durante sus visitas a Craphwood.

—¿Todo bien, jefe? —preguntó Elizabeth rompiendo el silencio sepulcral del coche.

—Todo bien.

La poca experiencia de su compañera no había sido ningún obstáculo. Tenía inteligencia, intuición, pasión y agallas, mucho más que algunos de los peces gordos que calentaban asientos en la Estatal. A pesar de eso, Elizabeth y su trabajo habían pasado inadvertidos para David durante varios años.

Aquella brillante mañana de abril, de hacía más de cinco años, la atmósfera frenética estaba acompañada de ovaciones a la unidad del oficial Lizz, que había conquistado por completo la cafetería de la

comisaría de Hellyfield. Bandejas de donuts y café pasaban de mano en mano.

«Sois la leche», «En tiempo récord», «Una ejecución de cine», «¿Quién diablos podría haber sospechado de María Rodríguez?». El paladar de los miembros del equipo de Lizz se endulzaba con cada halago que escuchaban del resto de sus compañeros. En cambio, el de ella tenía un sabor agridulce.

Sostenía un café en la mano izquierda e imitaba la postura de su superior, David, apoyado en el marco de una ventana calentando su espalda al sol.

David escuchaba con atención las palabras llenas de decepción y enfado de Lizz.

Dos días antes, Lizz había redactado la solicitud de baja temporal para Elizabeth, cuyo comportamiento había sido intolerable a lo largo de la investigación del Caso Cachorro.

Durante los últimos meses, un asesino de mascotas había aterrorizado a los ciudadanos de Hellyfield. Habían desaparecido un total de veinte perros y gatos.

María Rodríguez, asistenta de los Smith, había sido colocada en el tablón de sospechosos debido a unas inquietantes declaraciones que la familia hizo sobre ella.

—La actitud de Elizabeth estaba siendo problemática desde hacía unos días, solo protestaba sobre el trabajo que se estaba realizando —explicaba Lizz a David—. Pero cuando encontramos a la señora Rodríguez con las manos en la masa, entonces la cosa se puso fea.

Víctor, el hijo único de los Smith, de diecisiete años, llamó a Lizz en un ataque de pánico al ver desde su ventana los cuerpos de sus dos dálmatas separados de sus cabezas y a María Rodríguez lavando sus manos con la manguera del jardín principal, a plena luz del día.

La policía arrestó a la asistenta, quien no opuso resistencia, confesó el crimen y colaboró con las autoridades al revelar que había enterrado los cadáveres de los animales en el gran jardín trasero de los Smith. Lo hacía por la noche, cuando todos en la casa dormían.

A otros animales los había quemado en el vertedero. Víctor Smith recibió asistencia psiquiátrica tras haber presenciado aquella desgarradora escena.

Entonces, Elizabeth comenzó a negarlo todo, alegaba que era imposible que María Rodríguez hubiera cometido semejante atrocidad. Desmontó el tablón de pruebas, desordenó todas las evidencias y comenzó de nuevo el proceso.

—Ella sola, David. Estoy pensando que quitarle la placa y el arma temporalmente no sea suficiente. Tal vez debería incluir en el informe que necesita ayuda psicológica. —Este asintió con la cabeza.

—Primero es necesario que la evalúen en el departamento de psicología judicial. Puedes solicitar una evaluación —dijo David bebiendo un sorbo de café frío.

—¿Cuándo podrás tener el informe firmado?

—Esta misma tarde —respondió, encogiéndose de hombros.

En silencio, David comenzó a reflexionar sobre lo ocurrido con la agente Elizabeth. Sabía quién era, recordaba su rostro, por supuesto.

Una agente normal. No era brillante a su parecer, más bien tenía una imagen mediocre de ella: callada, tímida, mirada cansada. No daba problemas y obedecía órdenes. «Tal vez, una crisis nerviosa», pensó. Le habría encantado tenerla frente a él para observar su conducta, pero, por supuesto, ella no estaba allí aquel día.

Por aquel entonces, los vagos pensamientos de David se vieron interrumpidos por una voz que retumbó sobre todas las demás.

—¡Señor, señor, es Elizabeth!

Lizz dirigió su mirada hacia la ventana que señalaba el agente. Elizabeth aparcaba su coche frente a la comisaría. Había alguien más con ella, pero desde aquella distancia no se podía distinguir su identidad. Con las manos en sus respectivas armas, David y Lizz salieron con rapidez hacia la recepción de comisaría, seguidos por un grupo de curiosos y morbosos agentes.

No fue el rostro de Elizabeth lo primero que vieron cuando las puertas se abrieron. Esta, vestida de paisano, apuntaba con un arma no oficial a la espalda de Víctor Smith, quien obedeció su orden y caminó hacia el interior de la comisaría.

Algunos mechones de la trenza de Elizabeth se habían soltado de su peinado, enmarcando su dulce rostro. Sus ojos azules se posaban pacientes sobre los de Lizz, esperando una réplica. David, en cambio, se impacientaba; una vena en su cabeza comenzaba a marcarse. Se adelantó.

—Agente, ¿qué significa esto? —preguntó.

Elizabeth movió lentamente sus ojos hacia David.

—Buenos días, inspector Morretti —saludó.

—Suelte el arma inmediatamente —ordenó David mientras desenfundaba la suya.

Elizabeth lo ignoró por completo.

—Víctor Smith, ¿mataste tú a las mascotas que se encontraron enterradas en el jardín trasero de vuestra residencia?

Los ojos de David, Lizz y el resto de los agentes se abrieron como platos.

—Sí —confirmó Víctor con total tranquilidad; no había rastro de arrepentimiento en sus ojos. David pudo distinguir una leve curvatura en la comisura de sus labios. Lizz palideció.

—María Rodríguez te descubrió. Le dijiste que, una vez descubierto tu secreto, podía elegir entre acabar en la cárcel o enterrada viva con su hijo de cinco años, rodeados de perros.

Lo que hasta ese instante había sido una sospecha para David se confirmó: Víctor esbozó una amplia sonrisa.

—Sí, señora.

—Caso cerrado —murmuró Elizabeth.

David dio una orden, y tres agentes rodearon al adolescente con la intención de esposarle.

David observó cómo Lizz caminaba hacia Elizabeth con el rostro desencajado. Le dio un apretón de manos y se disculpó. Elizabeth apenas movió un músculo mientras sus compañeros se acercaban a ella, asombrados por su trabajo.

Pasó una hora hasta que Elizabeth logró escabullirse del incómodo foco de atención que se había posado sobre ella. David la siguió con la mirada hasta que ella se percató. Entonces, le hizo un gesto para encontrarse fuera de la comisaría. Sintió miedo.

La calle estaba concurrida. De alguna manera, aquello la consoló: no estaba completamente sola. Cuando vio a David atravesar la puerta hacia ella, sintió cómo sus vértebras se tensaban.

El inspector jefe se colocó a escasos centímetros de distancia.

—Mañana a las diez en mi despacho; ahora, váyase a casa —ordenó. Elizabeth asintió con la cabeza y obedeció.

Mientras conducía, el miedo a la represalia, al despido o a las consecuencias no pareció desvanecerse del todo.

A pesar de eso, su corazón latía con fuerza. David Morretti la había citado en su despacho y no había dado ni un maldito detalle.

«¿No podía haber sido hoy mismo? ¡Joder, si ya estábamos allí! He montado una escena. Una maldita escena. ¿Por qué lo habré hecho? Estaba fuera de servicio. Hice lo correcto, lo llevé a comisaría... Aun así, ha sido una escena. No eres una heroína, Elizabeth».

Sus pensamientos tomaron forma de palabras, golpeándola desde dentro.

Odiaba a David por ser tan escueto y reservado con su actitud. Podría haberle dado alguna pista. Antes, tal vez le habrían abierto un expediente, pero ahora podría ser peor. Mucho peor. «Alteración del orden, actuación temeraria, ejercer como agente del orden sin estar de servicio...».

—¡Mierda! —exclamó.

Aquella noche apenas durmió. Cada vez que lograba cerrar los ojos y dejarse llevar, las taquicardias llamaban a las puertas de su pecho rítmicamente.

A la mañana siguiente, nada había cambiado. Se presentó en la comisaría vestida con su uniforme. «Tal vez esta sea la última vez», pensó mientras se arreglaba frente al espejo. Caminó por los pasillos y salas; la admiración de sus compañeros y los halagos que recibió aquella mañana contrastaban con la pobre y despreciable imagen que tenía de sí misma. Sus pensamientos se habían aferrado a ella como la luna al baile de las olas.

El reloj de pared marcó las diez. Entonces golpeó la puerta del despacho de David.

—Adelante.

—Buenos días, señor —dijo Elizabeth caminando y esperó el gesto de David para tomar asiento. Sentía sus manos temblar y se preguntó si David podría escuchar los latidos nerviosos de su corazón.

—Agente —Elizabeth tragó saliva—, quiero que forme parte de mi unidad.

Por capricho del destino, los caminos de Elizabeth y David se cruzaron aquel día.

David había quedado fascinado por el potencial que encontró en unos ojos que solían mirar al suelo. A Elizabeth, en cambio, la vida le puso la prueba perfecta para aprender a lidiar con pocas palabras y gestos difíciles de interpretar.

Elizabeth encontró aparcamiento con facilidad, a pocos metros del camping de caravanas donde vivían los Campbelle.

David cerró la puerta del coche enérgicamente. Antes de comenzar a caminar, revisó todos sus bolsillos para comprobar que no olvidaba nada.

El camping de caravanas se encontraba a las afueras de Maille. Los agentes sabían que los estaban observando desde el momento en que bajaron del coche: podían sentir las pesadas miradas sobre

ellos. David hizo un gesto rápido para confirmar la dirección: caravana número 738.

Que la policía no era bienvenida en Maille no era ningún misterio. Mientras caminaban, algunos vecinos los miraban fijamente, otros corrían a cerrar las cortinas desde dentro o plegaban sus sillas para regresar al interior de sus hogares.

—¡Aquí no hay nada que ver, jefe! —Elizabeth y David ni siquiera se giraron para averiguar de dónde procedía aquella voz.

Un grupo de jóvenes, que compartía una bolsa de Spicy Candy, se apartó al identificar los uniformes policiales.

Pasaron al lado de una pareja de unos cuarenta años. Un olor dulce y exótico embriagó a Elizabeth, quien miró de reojo para ver cómo la mujer agitaba el aire con la mano mientras su compañero apagaba lo que parecía un cigarrillo normal con el zapato.

—Creo que deberíamos aligerar el paso, David —comentó Elizabeth.

—Tienes razón.

Las miradas comenzaron a ser molestas: las recibían de todas partes.

Estaban literalmente rodeados.

Al llegar al final del camping, el número de caravanas había disminuido. Ya no estaban organizadas en improvisadas calles, sino colocadas de forma aleatoria, muchas demasiado cerca unas de otras. David divisó el número 738 a pocos pasos de donde estaban.

La caravana tenía un aspecto poco amigable: estaba sucia, y un olor putrefacto se coló por sus fosas nasales en cuanto cruzaron la puerta. Echaron un vistazo por las ventanas, pero la suciedad de los cristales les impidió ver nada. Elizabeth tocó con los nudillos la puerta; ante la falta de respuesta, David se impacientó y llamó con más fuerza.

—Inspector David Morretti, abran.

Esta vez obtuvieron respuesta.

—Los Campbelle no están —protestó una voz ronca.

Elizabeth y David se giraron sobresaltados. Justo enfrente, en la caravana número 736, un hombre de unos sesenta años los observaba, desde un sillón. Acariciaba a un chihuahua que dormía placenteramente sobre su regazo mientras, con la otra mano, sacudía un cigarro para deshacerse de las cenizas.

Ninguno de los dos había reparado en él antes. David se acercó y Elizabeth lo siguió.

—Buenos días —saludó—, soy el inspector…

—Sí, ya le he oído —gruñó.

David decidió ignorar los malos modales de aquel extraño. Vivía justo enfrente de los Campbelle; debía conocerlos bien.

—Hemos venido por…

—Sé por qué están aquí —lo interrumpió nuevamente—. No los encontrarán; se fueron hace meses.

—¿Hace meses? —La temperatura corporal de David aumentó—. Sea más concreto.

—A mediados de diciembre, diría yo.

David sacó un cuaderno y un bolígrafo y comenzó a tomar notas mientras Elizabeth escuchaba atenta.

—¿Y Nathalie?

—Dejamos de verla por aquí cuando Rosse y Ryan se esfumaron. Dimos por hecho que la llevaron con ellos.

Lentamente, el sol comenzaba a causar picores a David en la nuca, y el olor a orina y excremento de perro se volvió más intenso y molesto de lo previsto, lo que le obligó a cambiar de postura.

—¿Cómo se llama usted?

—Joe, Joe Bennet.

—Joe, me gustaría que sea más específico. Deje de hablar en plural; le estoy preguntando a usted por su opinión.

David señaló a Joe con el bolígrafo. El hombre hizo una mueca que hizo que su bigote se moviera de forma ridícula.

—Verá —se aclaró la garganta; su seguridad y actitud altiva menguaron—, es cierto: pensé que se llevaron a la niña con ella. Esa gente siempre andaba metida en problemas.

—¿Qué tipo de problemas?

Joe se acomodó nervioso en el sillón, moviéndose con cierta torpeza mientras verificaba que no hubiera nadie alrededor.

—Se drogaban, eso nunca fue un secreto, pero empeoraron mucho cuando comenzaron a comprar esa maldita droga que está por todos lados.

—¿Spicy Candy? —preguntó Elizabeth.

—Sí, se fueron a pique. Rosse comenzó a prostituirse. Sabía que lo había hecho antes, pero luego parecía desesperada: llamaba a mi puerta todas las semanas para... bueno, ya sabe. Por supuesto, no soy el único por aquí al que le ofreció ese tipo de servicios.

—¿Aceptó alguna vez? —preguntó David. Joe desvió su mirada hacia el suelo y se sonrojó—. Entiendo. ¿Sabe a quién más pudo ofrecerle sus servicios?

—A todo el mundo de aquí. Pregúntenle a quien quiera, aunque no sé si les dirán la verdad.

—¿Y Ryan?

—Robaba más de la cuenta.

—Continúe, Joe.

—No sé nada más, no los conocía mucho.

Joe calló, pensando que había saciado la sed de David. Por supuesto, se equivocaba. Evitaba mirarle a los ojos. Una parte de él tenía miedo; no era más que un viejo solitario y cascarrabias, pero algo dentro de él no quería mirar hacia otra dirección e ignorar la muerte de Nathalie.

—No le conviene mentir a un inspector de policía, Joe.

—Unos tipos —comenzó a bajar la voz— los visitaron varias veces, una semana antes de que se esfumaran.

—¿Cómo eran?

—Siempre venían de noche. Nunca llegué a verles la cara. Eran dos, altos; no me gustaría tener problemas con unos gorilas como esos. Creo que vestían de negro. La última vez trajeron un maletín.

—¿Cuánto tiempo pasaron dentro?

—No más de diez minutos. Pienso que se trataba de un ajuste de cuentas.

David miró a Elizabeth, se despidieron de Joe y caminaron hacia la caravana de los Campbelle.

Ambos se adentraron en la maloliente y oscura caravana. No tardaron en cubrirse la nariz con mascarillas y colocarse guantes: el hedor a comida podrida era insoportable. Sus pies se quedaban pegados al mugriento suelo, y la falta de luz solo añadía dificultad a la tarea.

Las moscas se habían adueñado del lugar. Todo estaba hecho un desastre, completamente abandonado: restos de comida en la cocina, polvo blanco en la pequeña mesa del salón y pequeñas bolsas de plástico vacías por el suelo.

Elizabeth sacó su linterna y merodeó por el pequeño habitáculo hasta encontrar el estrecho pasillo que conducía a dos habitaciones.

—Jefe, por allí —indicó Elizabeth, señalando con el dedo.

—Sí, aquí no parece haber nada interesante. Entra tú en esa, yo lo haré en la del final del pasillo.

Elisabeth accedió a la oscura habitación. El suelo ya no era pegajoso, pero crujía bajo sus pasos. Con la linterna alumbró un catre junto a un pequeño escritorio improvisado, acompañado por una silla de plástico de una conocida marca de refrescos. Caminó hacia el escritorio buscando algo que pudiera ser útil: solo encontró cuadernos del colegio con tareas sin hacer y una lámpara sin bombilla.

Inquieta, se aproximó al catre. Tal vez entre las viejas y roídas sábanas encontraría algo...

—Bingo —murmuró.

Lo que había encendido las chispas en sus ojos no era la cama de Nathalie, sino el estrecho armario al lado de la puerta, que al principio había pasado por alto.

Frunció el ceño al ver toda la ropa de la niña perfectamente colocada. Comenzó a revisar las prendas, asegurándose de que realmente fueran de una niña de doce años. Entonces, un golpe seco la sorprendió.

Se agachó y alumbró la parte baja del armario. Allí, entre unas zapatillas de deporte blancas de la talla 36, encontró un diario rojo con un candado.

—Lo escondía en el fondo del armario —dijo entusiasmada.

A pesar de lo que parecía ser un valioso hallazgo, continuó revisando la habitación. Lo hizo varias veces, sin éxito alguno. Debería conformarse con el diario secreto de la víctima.

Salió de la habitación cerrando la puerta y se dirigió a la de Ryan y Rosse.

—Jefe, he encontrado el… —Se detuvo al ver la habitación del matrimonio—. ¡Pero qué coño ha pasado aquí!

David la miró con sarcasmo.

—Te aseguro que yo no he sido. Esto es un vertedero, hay restos de Spicy Candy, heroína... pero he encontrado algo.

David levantó una carpeta. Dentro había folletos y documentos que justificaban una intención de compra de un apartamento en Miami.

—Coge lo que tengas y vamos a comisaría.

Al salir de la caravana, se deshicieron de los guantes y mascarillas, inhalando con alivio el aire fresco. Entonces, una dulce voz los sorprendió.

—Buenos días, agentes.

Ante la inesperada receptividad, David y Elizabeth vieron una oportunidad que no iban a dejar escapar.

—Buenos días. Soy el inspector David Morretti, y ella es la agente Elizabeth Hawl. ¿Podrías responder a unas preguntas?

La joven asintió.

—Por supuesto. Me llamo Charlotte —dijo mientras desviaba la mirada a la bolsa transparente que contenía el diario rojo.

—Encantado, Charlotte. ¿Conocías a la familia Campbelle?

—No mucho, señor. Lo justo. Aquí todos nos conocemos más o menos; ya sabe, éramos vecinos.

—Entiendo. Hace tiempo que no viven aquí. ¿Qué me puedes contar de Nathalie?

El rostro de Charlotte fue azotado por una pincelada de tristeza al escuchar el nombre de Nathalie, una tristeza que se esforzó por ocultar.

—Nathalie estaba sola, en ocasiones parecía tener miedo.

—¿Hablabas con ella? —intervino Elizabeth, que no pasó por alto la triste expresión de la joven.

—No, ya se lo he dicho. Solo la veía por aquí.

—¿A qué crees que podría tenerle miedo?

Antes de que Charlotte pudiera responder, David y Elizabeth vieron a varios grupos de periodistas cargados con cámaras y micrófonos a lo lejos.

David tuvo claro que no iba a pasar de nuevo por otro mal trago por parte de la prensa, y menos cuando todavía no tenían nada bien atado.

—Vámonos de aquí, Elizabeth.

Charlotte percibió la preocupación de David y, al mismo tiempo, sintió la molesta mirada de sospecha de Elizabeth sobre ella.

—He visto su coche aparcado en la entrada del *parking*. Si giran a la derecha y continúan por el camino, no los alcanzarán —indicó, Charlotte señalando con el dedo.

—Gracias.

—Volveremos a vernos —dijo Elizabeth con un tono agridulce antes de echar a caminar.

Charlotte dedicó una mirada desafiante a Joe, quien observaba desde el interior de su caravana.

David y Elizabeth caminaron a toda prisa hasta que divisaron el coche patrulla.

—Por los pelos —dijo David una vez dentro.

—Jefe, esa chica sabe algo más, estoy segura —murmuró mientras arrancaba.

***

No había ventanas en la inmensidad de aquella habitación: en mitad del salón, un sofá con forma de medialuna acunaba una mesa de cristal. La temperatura rondaba los veinte grados. Los conductos de ventilación eran silenciosos y el suelo de mármol frío y duro... como lo serían las consecuencias para los allí presentes.

Michael se encontraba de espaldas a los hombres en la sala. Todos ellos eran corpulentos, con una altura media de 1,85 metros cada uno. Tres lucían el cabello castaño peinado con grandes cantidades de gomina; el cuarto llevaba la cabeza rapada dejando al descubierto algunas cicatrices. Vestían con elegantes trajes negros, aunque ninguno tan imponente como el de Michael Brown.

Michael inhaló hondo, se giró, apoyó sus vigorosas manos sobre la mesa de mármol e inclinó el cuerpo hacia delante.

Apuñaló con la mirada a cada uno de los presentes, uno por uno, mientras ellos tragaban saliva, deseando que aquel fatídico momento terminara.

—¿Cómo ocurrió?

La pregunta demandaba una respuesta inmediata, pero solo el silencio susurraba sus oídos. Los segundos pasaban, y una vena en su cuello cobró un tamaño desproporcionado. Golpeó la mesa con fuerza, y el dolor le recorrió la mano y el pecho como un fuego implacable.

—Creo que no me he explicado bien. ¡¿Cómo coño se os ha escapado una niña de doce años?!

—Jefe —dijo uno de ellos con voz temblorosa—, yo no vi nada.

Michael giró su rostro hacia él y se relamió los labios. Abrió un cajón de su escritorio, sacó una Glock con silenciador y le disparó a la cabeza. El cuerpo se desplomó con un golpe seco. Michael dejó el arma sobre la mesa y volvió a mirar al resto de los presentes, cuyas pieles habían palidecido.

—Verá, señor —comenzó a hablar Brand, situado en el medio. Michael lo observaba expectante—. Uno de los clientes quería salir del área reservada con la chica; insistió en hospedarse con ella en una de las habitaciones restringidas. —Brand tragó saliva y se esforzó por mantener la voz firme—. Era un cliente importante, amenazó con causarnos problemas… a usted personalmente. La chica aprovechó aquel caos, le propinó un empujón y salió corriendo. Nadie del servicio la vio.

Michael rodeó la mesa hasta colocarse frente a Brand, tan cerca que podía oler su aliento.

—¿Quién lo aprobó?

Como respuesta, Brand miró al cadáver que se encontraba a pocos centímetros de él.

Michael se impulsó con el cuello y le propinó un fuerte cabezazo y Brand cayó contra la mesa de cristal que había en el centro de la habitación, haciéndola mil pedazos. Entre sollozos, comenzó a levantarse lentamente, mientras se deshacía de los cristales incrustados en su cuerpo. Un torrente de sangre procedente de su nariz bañaba su rostro.

—Brand, Brand… Por qué poco, ¿verdad? —canturreó con una sonrisa siniestra—. Bien, ahora os voy a dar órdenes, órdenes que se han de cumplir con total rigurosidad. No quiero fallos. Pero antes… deshaceros del cuerpo de este inútil.

David apartó los papeles de su escritorio en la comisaría, dejando espacio suficiente para analizar las pertenencias que habían recuperado de la caravana de Rosse y Ryan Campbelle. Elizabeth lo observaba con inquietud mientras ambos se colocaban guantes de látex.

El inspector tomó asiento, y Elizabeth lo imitó, acomodándose en la misma silla donde, años atrás, él le había propuesto trabajar juntos.

Con precisión, comenzaron a vaciar el contenido de las bolsas. Elizabeth buscaba entre su cabello una horquilla para abrir el candado que cerraba un diario, mientras David abría un sobre que contenía varios documentos.

—¡Listo! —exclamó Elizabeth con un brillo victorioso en los ojos, mostrando el diario sin el candado.

David le devolvió una sonrisa cómplice.

Elizabeth abrió el diario con cuidado, confirmando lo que ya sospechaban al leer la primera página: «Para Nathalie, de Charlotte».

—La tal Charlotte regaló este diario a Nathalie Campbelle. Ya lo sabía, jefe. Seguro que esa chica mantenía una relación más estrecha con la víctima.

Elizabeth se levantó y apuntó los nombres de Joe y Charlotte junto a las fotografías de Rosse y Ryan Campbell en la pizarra.

—¿No pensarías que este iba a ser nuestro primer y último viaje a Maille? —comentó David, sin levantar la mirada de los documentos.

—En absoluto, pero no puedo dejar de preguntarme cómo consiguieron el dinero para comprar una casa en Miami.

La duda martilleaba la mente de Elizabeth, aunque David parecía absorto en otras piezas del rompecabezas.

—¡Los tenemos, Elizabeth! —exclamó David a la vez que daba un golpe en la mesa—. Compraron un apartamento en Miami el 17 de diciembre de 2002. Aquí está la escritura y, por lo que veo, la inmobiliaria está aquí, en Hellyfield.

Elizabeth frunció el ceño.

—¿Y por qué dejaron la escritura en la caravana?

—Tendrían prisa —dijo David mientras se levantaba—. La inmobiliaria se llama Wood Real Estate.

—Qué nombre tan original —ironizó Elizabeth.

—Están en la avenida principal. Voy para allá —anunció David mientras se quitaba los guantes.

—¿Quiere que le acompañe?

—No, quédate con el diario. Tal vez encuentres algo de valor útil —respondió David antes de salir por la puerta.

Las ganas de encontrar una respuesta por parte de David comenzaban a poner en peligro el caso.

Elizabeth suspiró y leyó la página en la que se encontraba la dedicatoria de Charlotte y comenzó a leer.

12

8 de febrero, 2002

Hoy, Charlotte me regaló este diario. Es muy buena conmigo: me escucha y me ayuda en todo lo que puede. Cuando estoy con ella, me siento a salvo. Siempre me dice que escribir ayuda, que es mágico; asegura que la vida de las personas cambia cuando lo hacen. Pero no sé sí escribir me ayudará con esto.

Charlotte era alguien con quien debían volver a hablar. Elizabeth lo supo en el instante en que la vio clavar la mirada en la bolsa con el diario de Nathalie.

La última frase que Nathalie escribió aquel día retumbaba en la cabeza de Elizabeth: «No sé si escribir me ayudará con esto».

Elizabeth pasó la página, estaba enfrascada en el diario de una niña muerta.

***

David entró en la inmobiliaria y recorrió el lugar con la mirada. Era un establecimiento lujoso, sin duda: los sofás de diseño y las pinturas abstractas colgadas de las paredes le llamaron la atención. Aquel día no parecía haber mucha clientela. El sonido de las teclas de un ordenador lo llevó a reparar en un agente inmobiliario sentado al fondo de la oficina. No parecía ocupado. David se acercó y, al llegar frente a él, carraspeó para hacerse notar.

—Buenas tardes.

El agente, que hasta ese momento no se había percatado de su presencia, alzó la mirada. Su chapa de identificación sujeta a la chaqueta le reveló su nombre: «Thomas».

—Buenas tardes, señor —respondió el agente, recomponiéndose —. Dígame, ¿en qué puedo ayudarle?

—Soy David Moretti, inspector jefe de la policía de Craphwood — dijo David, mostrando su placa—. ¿Podría responderme unas preguntas?

—Claro, por supuesto.

Thomas se levantó y acercó una silla vacía del escritorio vecino para que David pudiera sentarse. David reparó en la chaqueta naranja del uniforme de Thomas, pero no dejó que lo distrajera.

—¿De qué se trata, señor inspector? —preguntó Thomas, con un leve temblor en la voz.

—Verá, tenemos documentación que confirma que Rosse y Ryan Campbelle visitaron este establecimiento hace tres meses para adquirir una propiedad en Miami.

—Lo siento, señor, pero esos nombres no me resultan familiares.

David sacó del sobre las fotografías de Rosse y Ryan y las puso sobre la mesa.

—¿Y ahora? —preguntó David, con la esperanza de obtener más información.

—No, señor, lo siento.

David suspiró con fuerza.

—¿Podría buscar en su base de datos?

—Por supuesto.

Thomas, emocionado como un niño, parecía encantado de ayudar a la policía. Aquello hacía que su vida saliera de su aburrida y grisácea rutina por unos minutos.

—¿Está usted solo aquí? —preguntó David, con la esperanza de poder hablar con alguien más.

En ese momento, una mujer con la misma chaqueta apareció desde una sala contigua. Su expresión de sorpresa al ver a un policía sentado con Thomas era evidente.

—No, esta es Lisa —dijo Thomas, señalándole sin apartar la mirada del ordenador—. Lisa, este es el inspector David Moretti.

—Buenas tardes —saludó ella.

—Buenas tardes, Lisa. Estamos investigando el asesinato de Nathalie Campbelle. ¿Podría responderme unas preguntas?

Lisa parecía incómoda. Para David, aquella reacción fue una señal clara.

—¿Reconoce usted a alguna de estas dos personas?

David deslizó las fotos de Rosse y Ryan hacia Lisa. Su rostro comenzó a reflejar nerviosismo.

—Sí, señor, fueron clientes nuestros. Adquirieron una propiedad en Miami... si no me falla la memoria.

—¿Hace cuánto de la compra?

—Diría que no más de tres meses.

David sacó su bloc de notas y un bolígrafo.

—¿Su nombre completo, por favor?

—Lisa Hockman.

—Señora Hockman, ¿sabe quiénes son?

—Por supuesto. Son los padres de la niña asesinada; en el pueblo todo el mundo habla de ello —dijo Lisa, tragando saliva—. ¿Estoy en problemas, señor?

—No, tranquila, solo quiero hacerle algunas preguntas.

Lisa respiró aliviada mientras David seguía.

—¿Notó algún comportamiento extraño el día de la compra?

—Parecían tener prisa por adquirir la vivienda.

David, sin levantar la mirada, tomó nota y lanzó otra pregunta.

—¿Cómo realizaron el pago?

—Por transferencia bancaria, señor... como puede imaginar. A decir verdad, no me sentí muy cómoda con esa venta. Verá, no

quiero ser prejuiciosa, pero no parecían el tipo de personas que podían permitirse una casa en Miami.

—¿Podría proporcionarme toda la información bancaria referente a la transacción?

David sabía que una compra así no era sencilla, pero algo no encajaba. La misma pregunta que horas antes había atormentado a Elizabeth surgió de nuevo en su mente: «¿De dónde sacaron el dinero?». Averiguar eso sería el primer paso.

—Sí, claro, acompáñeme.

13

9 de febrero, 2002

Hoy volvió a ocurrir: me duele. Me duele mucho la cara y la cabeza. Papá me golpeó con fuerza, y caí contra la pared. Antes de que pudiera levantarme, aún mareada, mamá me dio una patada en el estómago mientras lo grababa.

Elizabeth cerró el diario. Había leído suficiente para saber que tanto ella como David habían pasado algo por alto. «¿Dónde estaban esas cintas? ¿Las habrían llevado con ellos? ¿Estaban escondidas? Y, por supuesto, ¿cómo consiguieron el dinero para comprar la casa?».

Sabía que debía seguir leyendo el diario, pero apenas había contenido relevante: el patrón se repetía una y otra vez. La última anotación era del 15 de diciembre.

Se levantó, frustrada consigo misma, y apuntó notas en la pizarra.

Mientras lo hacía, su corazón dio un vuelco.

—¡Mierda! —exclamó, dando una patada a la pared.

Rápidamente, escribió «VUELOS» y «COCHES» en la pizarra. Aquellas parecían las opciones más lógicas. Volvió a sentarse, mordiéndose las uñas. Pensó en Joe, Charlotte y David.

«¿Quién mató a Nathalie Campbelle? ¿Dónde estaban Ryan y Rosse?». La entrada de David en su despacho la sorprendió.

—Elisabeth, vete a casa. Ya ha sido suficiente por hoy. Voy a contactar con la Policía Estatal de Florida para que emitan una orden de búsqueda y captura.

David tomó asiento, ignorando el rostro desafiante de Elizabeth, que reflejaba rabia contenida.

—Compraron la casa en la inmobiliaria, no me equivoqué —dijo con orgullo. Sus palabras irritaron profundamente a Elizabeth—. ¿Qué has encontrado en el diario?

—Tenemos que volver a Maille —respondió ella, como una orden —. Mañana mismo. Necesitamos encontrar unas cintas de vídeo, rastrear las compañías ferroviarias del Estado, contactar con los aeropuertos y los establecimientos de compra de vehículos. Y, por supuesto, averiguar de dónde sacaron el dinero para comprar esa casa.

Sus palabras desinflaron el ego de David. Ella se levantó, se puso la chaqueta y se dispuso a salir.

—¿Te recojo mañana a la misma hora? —preguntó.

—No te preocupes. Yo te recogeré.

—Está bien.

Elizabeth salió y cerró la puerta con fuerza.

***

Por la mañana, la oscuridad era plena en la habitación de Mery Brown.

Varios botes de pastillas yacían abiertos sobre su mesilla de noche, junto a un vaso de cristal vacío.

Sus párpados pesaban como anclas hundidas en el fondo del mar, rodeados de tinieblas. Gracias a las pastillas, la tristeza y la ansiedad se habían desvanecido; solo quedaba apatía.

El reloj marcaba las diez de la mañana. Mery intuía la hora y se preguntaba si tendría el valor suficiente para salir de la cama aquel día. Sentía que flotaba en un océano oscuro y solitario, habitado por secretos y verdades dolorosas.

Mientras deambulaba en aquel abismo sin oxígeno, se encontró con la sonrisa de Angela. Intentó alcanzarla, pero fue inútil. Le habló, pero Angela no podía escucharla. Pronto, su rostro se llenó de

confusión. Antes de desvanecerse, sonrió a su hermana y agitó una mano a modo de despedida.

Mery abrió los ojos. Su espalda estaba tensa; debía moverse. Había pasado demasiadas horas en la cama y sus sienes estaban siendo bombardeadas por pinchazos dolorosos.

De alguna manera, agradeció que Michael hubiese llevado a Emma al colegio aquella mañana.

Su estómago rugió con fuerza: tenía un hambre voraz. Mareada, caminó hacia el cuarto de baño.

La mezcla de olores de los productos de higiene que Michael usaba se coló por sus fosas nasales, provocándole náuseas terribles: desodorante, colonia, *after shave*… A pesar de eso, se colocó un jersey de él sobre el camisón satinado, quedando inmersa en su fragancia.

Bajó la escalera de caracol empujada por el hambre. Una vez en la pulcra cocina, cogió una cuchara, un bol, leche y alcanzó la caja de cereales de chocolate de Emma, sus favoritos.

Se sentó en la mesa de mármol del comedor, esa mesa en la que estaba prohibido comer. Solo ella podía permitirse algún que otro banquete allí.

Conforme llenaba el bol de cereales, supo que debería pasar por el supermercado para reponerlos y tirar la caja vacía al contenedor de fuera.

Al principio comió con lentitud, pero en cuestión de segundos atacó el bol como si se tratara de un animal perdido en el bosque. No tardó en volver a rellenarlo.

Cuando acabó la caja, sabía que debía ocuparse de ella, pero primero fue al cuarto de baño de invitados, en la planta baja. Se recogió el pelo, se arrodilló en el suelo e introdujo los dedos en la garganta.

Respiró con fuerza, tratando de invocar el olor de Michael, de visualizar su rostro, el sonido de su voz… Primera arcada. Sus ojos:

segunda arcada. Su voz y, finalmente, vomitó todo lo que había ingerido. Entonces se sintió mejor.

No había acabado de limpiarse la boca con la manga del jersey, cuando el molesto timbre del teléfono retumbó en sus oídos. Suspiró, molesta por la interrupción en su ritual, y descolgó.

—Residencia Brown, dígame.

—Buenos días, ¿hablo con Mery Brown?

—Sí, así es.

—Buenos días, señora Brown. Soy Christine Rapace, la profesora de Emma.

—¿Ha ocurrido algo? —preguntó alarmada.

—Emma está enferma. Será mejor que venga a recogerla; padece un fuerte dolor de tripa.

Tras una ducha fría, Mery condujo por la carretera más rápida hacia el colegio. La preocupación la carcomía, aunque no podía concretar si era por Emma o por las suposiciones que divagaban en su cabeza. Encontró aparcamiento en la puerta principal y, sin titubeos, aparcó.

Entró en la enfermería. Allí estaban la enfermera, la profesora Rapace y Emma, recostada en una camilla con una mueca de dolor en su rostro. Sorprendentemente, también estaba presente el director Clarke.

—Emma, ¿estás bien? ¿Qué ha ocurrido? —preguntó, mirando al resto de los presentes.

—Me duele la tripa, mami —se quejó Emma con voz débil.

Ninguno de los presentes dijo nada mientras Mery evaluaba la situación.

—Muchas gracias por comunicarse conmigo, señorita Rapace —agradeció—. Iremos al médico ahora mismo. ¿Dónde están sus cosas?

—Su mochila está en su clase, señora Brown. Yo acompañaré a Emma a buscarla; moverse un poco tal vez le haga sentirse mejor.

Sin saber muy bien por qué, aquello incomodó a Mery, pero no puso objeción.

Cuando Emma y Christine giraron la esquina del pasillo, la profesora se detuvo.

—Emma, túmbate aquí un momento, no te muevas. Iré a por tus cosas. —Emma asintió, obediente.

Mientras tanto, en la enfermería, el señor Clarke invitó a Mery a tomar asiento, lo que la confundió aún más.

—Mery —dijo finalmente el director—, cuando nuestra enfermera auscultó a Emma, encontró unas violentas marcas en su espalda.

Mery abrió los ojos con fuerza.

—¿Qué quiere decir, señor Clarke? —preguntó, fingiendo una sorpresa sutil.

—No hemos observado comportamientos agresivos de sus compañeros. De hecho, la adoran.

Mery perdió por un instante la compostura y gesticuló de manera extraña en la silla. Colocó un mechón de cabello tras su oreja y prosiguió escuchando con aparente serenidad.

—¿Sabría a qué se deben esas marcas?

—No, señor Clarke. —Mery se llevó la mano a la boca y forzó una lágrima—. ¿Están seguros de que no han visto nada?

—No podemos asegurarlo del todo, señora Brown. Sin embargo, quería preguntarle…

—Por favor —interrumpió, teatral—, confío en los valores de esta escuela. Prométanme que vigilarán a mi hija de cerca. —Rompió a llorar—. ¡Oh, Dios mío! ¡Mi pobre niña!

—Señora Brown, ¿está segura de que no había visto esas marcas con anterioridad? —insistió el señor Clarke.

—¡No, nunca! —exclamó, alzando la voz con un toque de desesperación—. Emma es muy celosa de su privacidad. ¡Tal vez lo estaba ocultando!

Mery estaba tratando de salir de aquella comprometida situación a duras penas.

—Le hemos preguntado, pero… —Mery palideció—. Emma dice que no sabe cómo se hizo esas marcas. Tal vez intenta proteger a alguien.

En ese momento, Christine y Emma entraron por la puerta, interrumpiendo la conversación, lo que Mery agradeció silenciosamente.

—Ven aquí, Emma, cariño. —Mery se levantó y abrazó a Emma con fuerza—. Muchas gracias a los tres. Ahora mismo iremos al médico para que la trate.

Mientras salían de la sala, la enfermera intentó explicarle las posibles causas del dolor de estómago de Emma.

—¡Disculpe, señora Brown! —llamó.

Mery fingió no escuchar nada y siguió caminando junto con Emma lanzó una mirada carente de inocencia hacia atrás.

A Mery se le rompió el corazón al ver el rostro de dolor de Emma. Con pesadumbre la besó en la frente mientras le colocaba el cinturón en el asiento trasero y condujo hacia casa.

Se sentía perturbada, aquella noche tendría que hablar con Michael para contarle todo lo ocurrido.

***

La tarde en la residencia Brown avanzaba con lentitud. Mery preparó varias manzanillas para Emma, quien yacía en su cama. Tras una ducha fresca y las infusiones, el dolor no cesaba. Sorprendida por la fortaleza física de su hija, Mery le tomó la mano con cariño y la besó repetidamente… hasta que decidió ir al despacho de Michael.

Abrió la puerta con rapidez; sabía que este momento llegaría tarde o temprano. Buscaba la solución… una que su propio marido

había elaborado.

Extendió el brazo bajo el escritorio de madera y palpó en busca de algo. Tardó varios segundos hasta que encontró una pequeña llave. Miró hacia la estantería de la derecha, donde dos puertas de madera oscura permanecían cerradas, esperando a ser abiertas.

Mery se abalanzó sobre ellas, ignorando los discos duros, pendrives y otras pertenencias de Michael. Solo buscaba el frasco de jarabe que su marido le había ordenado que diera a Emma en caso de una situación como esta. Nerviosa, revisó hasta que lo encontró.

Obedeció las instrucciones: llenó el gotero y le dio dos dosis a Emma. La sustancia, desconocida para Mery, tenía un sabor agradable.

Poco a poco, la somnolencia se hizo con la niña. Aliviada, Mery la dejó dormir. Sin embargo, Emma luchaba contra el sueño. No quería volver a perder el control sobre sus acciones… o así lo sentía la pequeña.

La oscuridad de su habitación comenzó a susurrarle lentamente al oído, con un único propósito: despertarla.

Hacía años que había comenzado a levitar, a perderse en el dulce baile entre el espacio y el tiempo, allí donde residían las almas perdidas. Aquellas que no tuvieron otra opción, esas que huyeron buscando refugio en un lugar seguro.

El azar, a veces cruel, permitía que almas de ternura absoluta terminaran en entornos donde las palabras se convertían en dagas. Allí, las miradas ajenas se transformaban en lenguas de fuego que quemaban el corazón, y la ignorancia extendía su mano con una tentadora sonrisa.

Las estrellas y la luna parecían curar las heridas que el sol le provocaba.

Siempre ganaba la batalla contra el sueño. Abrió los ojos, con el corazón agitado por el miedo. Sentía que alguien la observaba. Esa misma sensación la había despertado durante meses. ¿Había alguien más en la habitación?

Reuniendo valor, encendió la luz. Y como siempre, aquello desapareció.

Buscó con los ojos la mirada de aquel vampiro en algún lugar, hasta que se topó con su reflejo en el espejo. Se observó a sí misma desde donde se encontraba; decidió acercarse un poco más, se deshizo de la calidez que desprendía su cama y gateó hasta encontrarse frente a él.

Cruzó las piernas y estudió su rostro.

Sus pestañas eran cortas. Sus cejas, largas y pobladas. Por primera vez notó que tenía un lunar en el párpado derecho. Era extraño, pensó. Llevó la mirada a sus labios. Carnosos, pero blancos, desprovistos de vida. Como los de un cadáver.

Elevó de nuevo los ojos. En esta ocasión, se encontró con la profundidad de su propia mirada.

Pupilas que gritaban.

Iris que suplicaban.

En ese momento lo supo: aquella fue la primera vez que no se reconocía frente al espejo.

Un escalofrío recorrió su cuerpo. Puso una mano sobre su fino cuello, donde las venas verdes resaltaban bajo la piel. Sintió el pulso de su sangre.

***

Eran las siete y cuarto cuando Mery se sirvió una copa de vino y la mezcló con uno de sus ansiolíticos. Sabía que Emma dormía placenteramente, gracias al jarabe.

Se acomodó en el gran sofá del salón y encendió el televisor en busca de cualquier programa que la mantuviera distraída durante las próximas horas.

Al encenderlo, lo primero que escuchó fue a una reportera:

«¿Quién mató a Angela Brown?».

El vino se atoró en su garganta y unas lágrimas silenciosas rodaron por su rostro. Apagó el televisor apresuradamente y se quedó sentada inmóvil.

Su hermana, su dulce hermana, se la habían arrebatado. Angela había sido su mitad, un rayo de luz en medio de sus días oscuros. Pero ahora yacía en la morgue, perdida en el olvido, tras cuatro años de frío e interminable oscuridad.

El sonido del teléfono rompió el silencio. Sobresaltada, Mery dejó la copa y se levantó. Por un momento temió que fuera el señor Clarke, buscando más explicaciones.

Descolgó el teléfono con inquietud.

—Residencia Brown, ¿dígame?

Lo siguiente que escuchó fue el rugir del silencio.

Después, una respiración suave que le acosaba el corazón.

—¡Déjalo ya! —gritó entre lágrimas—. ¡Déjame en paz, maldita bruja!

Su voz resonó en la soledad de la casa, pero la respuesta nunca llegó. Otro aviso. Algo terrible iba a suceder, lo sabía, pero no sabía cuándo ni cómo.

Colgó el teléfono con fuerza, acabó lo que quedaba del vino de un solo trago y se dirigió a la cocina. Sentía cómo el ansiolítico la envolvía con su efecto adormecedor. Por fin, algo de alivio.

***

Michael conducía absorto con sus pensamientos. Había sido un gran día: el contrato para comercializar los fármacos de Incopharma con Japón finalmente estaba firmado.

El cansancio lo invadía, pero se moría de ganas de darse una ducha y pasar un rato con Emma. Aunque aquello tendría que esperar.

Al entrar en la casa, se encontró con el rostro preocupado de Mery.

—¿Qué ocurre, cariño? —preguntó mientras dejaba que su maletín cayera sobre el suelo de mármol.

—Emma está arriba, con dolor de tripa. Tuve que recogerla del colegio.

Mery narró con detalle a Michael todo lo sucedido aquella mañana.

—¿Le diste el jarabe? —preguntó con seriedad.

—Sí.

—Entonces, mañana estará como nueva. Lo mejor es que descanse esta noche.

—Hay… hay algo más, Michael. —Su voz temblaba—. Ha vuelto a llamar.

Michael se quedó en silencio un momento. Sus ojos parecían escudriñar el alma de Mery.

—No te preocupes por ella, la estamos buscando.

14

12 de febrero, 2002

Elizabeth llegó temprano a la comisaría. Apenas había dormido unas horas, pero su rostro se mantenía firme, sin rastro del cansancio.

Eran las siete menos cuarto y su corazón latía con fuerza. Había demasiadas piezas que encajar, demasiados cabos sueltos. Y entre ellos, la actitud de David el día anterior, que seguía dándole vueltas en la cabeza.

Mientras se acercaba al despacho que compartía con él, los murmullos de una radio en uno de los puestos de trabajo captaron su atención.

—«La distribución de Spicy Candy sigue expandiéndose a un ritmo alarmante...».

Elizabeth frunció el ceño. Ese tema siempre la perturbaba, pero sabía que no era de su jurisdicción. El FBI tenía las riendas de esa investigación.

Al abrir la puerta del despacho, se encontró con el rostro de David. Había una mueca de disculpa en su expresión mientras trabajaba en los detalles del caso en el que ella había avanzado el día anterior.

—¿Café? —preguntó David, sin levantar la mirada.

—Sí, gracias. Con las prisas, no tuve tiempo de comprar.

David le extendió un vaso grande, humeante y a la temperatura perfecta. Elizabeth le dio un largo sorbo antes de tomar asiento.

—David, quería disculparme por mi actitud de ayer. Yo… —empezó a decir, pero David la interrumpió con un gesto de la mano.

—No tienes absolutamente nada de lo que disculparte, Elizabeth. De hecho, soy yo quien debe hacerlo. Cometí el error de un novato: seguir una pista a toda costa sin considerar los otros elementos. Estoy avergonzado.

David apoyó los codos sobre la mesa y se cubrió el rostro con las manos mientras hablaba.

—Nos ha pasado a todos, jefe.

David le dedicó una sonrisa forzada.

—Veo que hiciste un gran trabajo ayer —dijo, señalando la pizarra llena de fotografías y notas.

—Bueno, he intentado ordenar toda la información posible —dijo Elizabeth, modesta.

—Lo has hecho excelente. Por cierto, he tenido tiempo para leer el diario de Nathalie. ¿Por dónde empezamos?

Elizabeth se acomodó en su silla.

—Primero de todo, jefe, ¿ha recibido alguna noticia de los estatales de Miami?

—Se están ocupando, pero nuestro trabajo está aquí.

—Por supuesto. Como ha podido ver, Charlotte, la joven de Maille, mantenía una relación más estrecha con Nathalie de lo que admitió.

Debemos dar con ella.

David asintió.

—¿Y Joe?

—Lo mismo. Dijo que se trataba de un ajuste de cuentas, así que necesitamos profundizar más. Hay que volver a Maille y, por supuesto, encontrar esa cinta.

En cuanto a la supuesta huida de los Campbelle a Miami, sabemos que no hay vuelos desde Craphwood. Deberíamos

investigar las líneas de autobús, tren y los alquileres de coches. Y no podemos olvidar el hotel cerca del bosque; alguien pudo haber oído o visto algo allí.

David apretó los labios, pensativo.

—*Touchè*, Elizabeth. Vamos allá.

Maille parecía otro aquella mañana. La calma que se había instalado era un contraste agradable respecto a su visita anterior. Donde antes resonaban gritos y amenazas, ahora reinaba el silencio, acompañado de miradas respetuosas y cabezas que se inclinaban en señal de saludo.

Todo iba de maravilla hasta que se dieron cuenta de que la caravana y el viejo sillón donde habían conocido a Joe ya no estaban.

Bastó un cruce de miradas para entenderlo: Joe, el único testigo clave, había desaparecido.

—Preguntemos —sugirió Elizabeth, con ojos brillantes por la mezcla de enfado y decepción.

Volvieron sobre sus pasos y llamaron a la puerta de la caravana contigua. Una mujer de mediana edad, con expresión amable, les abrió la puerta.

—Buenos días, agentes —saludó.

El nerviosismo de los policías era evidente, tanto que olvidaron presentarse.

—Buenos días. Usted era vecina de Joe, ¿cierto? —preguntó David.

—Así es.

—¿Sabe a dónde se fue?

La mujer frunció el ceño con preocupación.

—Se marchó anoche. Lo vi desde la ventana. —La mujer se sonrojó—. En fin, ya saben, no hay mucho que hacer por aquí. Parecía asustado y algo preocupado; ni siquiera se despidió.

—¿Tiene idea de adónde pudo ir? ¿Quizá a casa de algún familiar o amigo? —preguntó David tratando de indagar.

—Lo siento, no tengo la más mínima idea.

David miró a Elizabeth, habían perdido a Joe y no podían permitirse otra búsqueda en una situación tan crítica.

—¿Conoce a una chica llamada Charlotte? Vive cerca de aquí.

El rostro de la mujer se iluminó.

—¿Charlotte? Claro que sí, es una joven encantadora. Ahora mismo debería estar en clase. ¿Se ha metido en algún lío?

—No, tranquila, en absoluto. Muchas gracias por su tiempo.

David se despidió mientras Elizabeth hacía un leve gesto con la mano.

—Ha sido un placer, agentes.

Conforme se acercaban a la caravana de los Campbelle, las letras de los carteles de la policía que la rodeaban se hacían más visibles. David y Elizabeth se agacharon para pasar por debajo y entraron, listos para un nuevo registro.

El hedor seguía siendo insoportable, y las moscas continuaban invadiendo cada rincón del lugar. Sin apenas palabras, ambos policías se dirigieron a las habitaciones. David se ocupó de la de Ryan y Rosse; Elizabeth, como en la vez anterior, se encaminó a la de Nathalie.

Se colocaron los guantes y encendieron las linternas. Elizabeth comenzó a sacar cuidadosamente la ropa del armario. Aunque ya habían registrado el lugar, esta vez buscaban algo concreto: las cintas mencionadas en el diario.

El registro se alargó durante varias horas. Al caer la tarde, agotados, ambos se sentaron en el estrecho escalón de la caravana.

—Jefe —dijo Elizabeth, rompiendo el silencio del cansancio—, si esas cintas no están en Miami con los Campbelle, estoy segura de que no están escondidas aquí, al menos no en la habitación de Nathalie.

—¿Qué quieres decir exactamente?

—Si yo tuviera que esconder pruebas incriminatorias, no lo haría en la habitación de la víctima.

—¿La habitación de Ryan y Rosse? Podría ser… aunque esconderlas allí tampoco tendría mucho sentido.

Sin embargo, decidieron intentarlo una vez más. Entraron de nuevo al cuarto de Ryan y Rosse y comenzaron a buscar. Levantaron el colchón, revisaron los armarios y palparon las paredes en busca de compartimentos ocultos.

Todo parecía perdido hasta que Elizabeth notó algo inusual: una de las baldas de madera frente al baño crujía con más fuerza que las demás. Se puso de rodillas, deslizó los dedos por el borde y encontró una tabla suelta.

Con cuidado, retiró la madera y apuntó su linterna hacia el hueco.

Sus ojos se iluminaron al ver una caja roja.

—¡David, tengo algo!

Este se acercó, pero antes de que pudiera decir una palabra, algo pasó rozando su oído y se incrustó en la pared, disparado desde el exterior de la caravana.

—¡Al suelo, Elizabeth!

Decenas de balas entraron a toda velocidad buscando los cuerpos de los policías.

Tumbado en el suelo, David trataba de disparar hacia la ventana.

Elizabeth se arrastró hasta la entrada de la caravana, abrió una pequeña ranura en la puerta, pero no pudo ver de dónde procedían sus atacantes; cerró y volvió a ayudar a David. Para entonces, la tormenta había pasado y David gemía de dolor por una herida producida en el hombro.

—¡Mierda! Tenemos que ir al hospital —dijo mientras levantaba a David.

Le propinó una patada a la puerta y mantuvo el arma en alto, dispuesta a disparar ante cualquier extraño movimiento; podía escuchar su respiración con fuerza, al igual que la agresividad con la que apretaba su mandíbula mientras caminaban a paso ligero hacia el coche.

Abrió la puerta y ayudó a David a que se sentara en el asiento del copiloto. Cuando tomó asiento frente al volante, llamó por la radio para informar.

—Agente herido. Nos dirigimos al hospital sureste de Hellyfield.

—Recibido, la unidad está en camino.

Elizabeth condujo a toda prisa mientras veía de reojo la sangre brotar del hombro de David, quien apenas se había quejado.

—¡Ya vamos, David, ya vamos!

***

La atención médica fue rápida y eficaz mientras los refuerzos registraban la zona.

Le extrajeron la bala que había impactado en su hombro derecho con éxito. La parte que menos le agradó saber a David es que tardaría cerca de seis meses en recuperar la movilidad completa.

Elizabeth no se despegó de la caja roja y de David hasta que despertó de la anestesia.

—Jefe, ¿cómo se encuentra?

—Maldita sea, Elizabeth. ¿Qué ha ocurrido?

Elizabeth se ocupó de recordar a David todo lo ocurrido unas horas antes.

A pesar de eso, no hicieron falta muchos detalles ni mucho tiempo para que David por fin pudiera recordar.

Fijó su mirada en la caja roja, que estaba colocada al lado de Elizabeth.

—¿La has abierto?

—Está cerrada con llave. En cuanto llegue a comisaría, lo haré —dijo Elizabeth, meneando la caja para que David pudiera escuchar el retumbar de su contenido.

—¿Sabemos algo sobre quién ha podido hacer esto? —preguntó David dibujando una mueca de dolor mientras trataba de acomodarse en la cama.

—Aún no he recibido noticias, David, pero una cosa está clara: los responsables son los mismos que mataron a Nathalie.

David abrió la boca para decir algo más, entonces la puerta se abrió y apareció la doctora que supervisaría su estancia en el hospital.

—Buenas tardes, David. ¿Cómo se encuentra? —preguntó con entusiasmo.

—He estado mejor, doctora —gruñó David con ironía.

—Puede llamarme Lauren —dijo la doctora, ajustándose las gafas —. La extracción de la bala fue un éxito. Sin embargo, deberá guardar reposo durante al menos dos semanas y seguir la medicación que le he prescrito: calmantes y antiinflamatorios principalmente. Ha sido un placer conocerle.

—Igualmente, doctora Lauren —articuló David de mala gana.

La doctora salió por la puerta con el mismo buen humor con el que había entrado.

—Yo también debería dejarle descansar, jefe —reflexionó Elizabeth—. Le mantendré informado de cualquier novedad.

David asintió.

—Gracias por todo —dijo David con una débil sonrisa.

Antes de que pudiera cerrar la puerta, Elizabeth recibió una llamada inesperada. Miró la pantalla y le devolvió la mirada a David.

—Es Delgado, jefe.

—Entra y cierra la puerta —ordenó David.

—Aquí Elizabeth. ¿Qué tienes para mí, Delgado?

Su rostro se iluminó mientras escuchaba al otro lado de la línea. Cogió un lápiz y escribió sobre una hoja de la Biblia que había en la mesa más cercana a David.

—9914PYL, ¿es correcta? Gracias, Delgado. Buen trabajo. —Elizabeth arrancó la hoja y miró a David—. Los Campbelle compraron un Ford de segunda mano dos días antes de desaparecer. Matrícula 9914PYL.

—Bien. Ya casi los tenemos. Hay que localizar ese coche.

Eso es pan comido.

—No lo guardaban en Maille, seguramente era un secreto.

—O alguien intentó ayudarlos a esconderlo —murmuró David.

—Le mantendré informado.

Al salir de la habitación, se encontró con su compañero Kevin escoltando la puerta de David, tal y como indicaba el protocolo.

—Buenas tardes, Kevin.

Elizabeth conduciría directamente a comisaría al día siguiente para abrir la caja e inspeccionar lo que había en su interior. Sin saberlo, estaba a punto de enfrentarse a algo que cambiaría el rumbo de la investigación.

15

15 de febrero, 2002

Emily mantenía la mirada fija en la nada, mientras la vieja silla de madera crujía bajo su peso. Por enésima vez, el mismo pensamiento le atravesó la mente: «Algo no encaja».

Ethan revoloteaba a su alrededor, con guantes blancos de látex colocados en sus grandes manos, revisando meticulosamente las estanterías de Angela Sullivan.

A diferencia de Emily, Ethan mantenía la calma. Su pragmatismo le impedía caer en el catastrofismo o enredarse en piezas sueltas del rompecabezas que aún no encajaban.

Habían requerido la colaboración de Mery Brown en varias ocasiones para acceder a la casa de su difunta hermana. Esta vez no fue diferente: Mery les permitió entrar siempre que la Policía Científica hubiera terminado su trabajo.

El viento azotaba las ventanas de la pequeña casa en las afueras de Black Rock, un lugar que Angela había llamado hogar durante gran parte de su vida. La propiedad, con su pequeño jardín y chimenea, parecía salida de un cuento.

Ethan se deshizo de los guantes y posó su mano sobre el hombro de Emily.

—Emily, ¿qué ocurre?

Emily soltó una fuerte bocanada de aire.

—Ethan, algo no me cuadra. No tengo ninguna prueba de ello, pero hay algo que no está bien.

Ethan se armó de paciencia.

—¿A qué te refieres exactamente? ¿Al informe forense?

Emily se levantó lentamente, intentando evitar el crujido de la silla, aunque sin éxito. Fijó su mirada en la de Ethan.

—Era una mujer solitaria, feliz entre sus libros. Sabemos que no se suicidó, pero… ¿de verdad murió ahogada? Apenas tenía relación con nadie.

—Lo sé, desconocemos el móvil; aún no hemos llegado a él. Por otro lado, Emily, las pruebas forenses son tajantes y claras. Y por si lo habías olvidado, tenemos a cuatro sospechosos entre manos.

—La casa más cercana está a dos kilómetros. ¿Crees que podemos fiarnos de esa testigo?

—Cuatro delincuentes, de los más buscados durante los noventa, fueron vistos por la zona el último día que se supo de Angela. Alice Smith está mayor, es cierto, pero no es una vieja senil. Es lo único que tenemos.

Emily frunció el ceño, pero no replicó. Sabía que Ethan tenía razón.

—Es cierto, debemos encontrarlos.

Mientras tanto, en el sótano de su casa, Bonnie trabajaba bajo la luz tenue de un flexo y el brillo de la pantalla de su ordenador. Hacía semanas que Ethan y Emily le habían instalado un equipo completo para investigar el caso desde su hogar.

Bonnie revisaba una y otra vez los informes y fotografías archivadas en las bases de datos del FBI sobre Michael Brown y su primera investigación. Pero, para su frustración, no encontraba nada nuevo. Sabía de sobra los detalles que relacionaban al magnate con figuras poderosas: jeques, reyes y políticos europeos y de Oriente Medio. Sin embargo, no había rastro que lo conectara con la red de narcotráfico actual.

Se echó hacia atrás en la silla, estirándose con desgana. Mordisqueó el extremo de un bolígrafo. Mientras Ethan y Emily

investigaban en el terreno, ella pasaba largas horas enclaustrada, revisando papeles e informes por orden de Anthony.

Bonnie tenía la sensación de estar perdiendo el tiempo, aunque su instinto insistía en que debía seguir buscando.

Sin embargo, su suerte estaba a punto de cambiar.

La fuerte vibración de su móvil la sorprendió con tanta fuerza que casi se cae del asiento.

—¡Hola, Danny! —saludó con entusiasmo.

—¿Cómo estás, Bonnie?

—Se me acabaron las vacaciones, amigo mío. Estoy hasta arriba de curro. ¿Tú qué tal?

—Vaya… pues seguramente mejor que tú —bromeó en tono burlón—. Escucha, el próximo fin de semana, mis amigos, los Brown, me han invitado a cenar. Les he hablado mucho de ti, y estarían encantados de que asistieras.

Bonnie parpadeó incrédula.

—¿Te refieres a Michael y Mery Brown? —preguntó, intentando ocultar su entusiasmo.

—Sí, claro. ¿Quién si no? Te vendrá genial para desconectar de lo que sea que te estén obligando a hacer.

—Desde luego, no sabes cuánto lo necesito.

—¡Estupendo! Te llamaré en unos días para darte más detalles.

—Gracias, Danny, y dales las gracias también a los Brown.

Bonnie colgó con una sonrisa triunfal. Aquella llamada era más que una buena noticia: era su oportunidad. Cenaría con Michael Brown y entraría en su casa sin necesidad de una orden.

El entusiasmo, sin embargo, se apagó tan rápido como había llegado. La imagen de Anthony se formó en su mente como un relámpago. Sabía que debía llamarlo y contarle, aunque dudaba de su reacción. Le había prohibido expresamente cualquier contacto con el objetivo.

«¡Qué demonios!», pensó, agarrando el teléfono móvil de la mesa y marcando el número de Anthony con rapidez. Estaba ansiosa e impaciente.

—¿Bonnie?

—Hola, jefe. ¿Qué tal va todo por Chicago?

—Hasta arriba, para variar. ¿Qué tienes para mí?

—Jefe, he recibido una invitación a través de un amigo para ir a cenar con la familia Brown. Sé que me prohibi…

Bonnie no terminó la frase, ya que Anthony la interrumpió con un grito.

La reacción inesperada dejó a Bonnie sin palabras.

—Será la oportunidad definitiva —añadió Anthony.

Bonnie frunció el ceño, aún incrédula por su entusiasmo repentino.

—¿Definitiva? No entiendo.

Hubo una pausa al otro lado de la línea. Anthony parecía elegir cuidadosamente sus palabras.

—Verás, Bonnie… —Se aclaró la garganta antes de continuar—. Los de arriba están presionando para que cerremos el caso de una vez. Como ya sabes, Michael Brown ya fue investigado en el pasado y no se le pudo culpar de nada. Por razones evidentes, consideran que esta investigación está fuera de lugar.

El tono de Anthony tenía una mezcla de frustración y resignación, pero sus palabras encendieron una chispa de desconfianza en Bonnie.

—¿Sabes algo de los chicos que están en Pick Brave?

—Todos los informes que me han reportado son favorables, Bonnie. No hay nada.

—¿Por qué no me han llegado esos informes? —preguntó, visiblemente confusa.

—Haré que te los envíen lo antes posible.

Bonnie exhaló con fuerza por la nariz, irritada.

—¿Y quiénes son exactamente *los de arriba*, Anthony? —preguntó desafiante.

—Te lo explicaré cuando te vea. Por ahora, como te he dicho, tienes permiso para ir a esa cena y echar un ojo. Pero, por favor, cúbrete bien las espaldas. —Bonnie arqueó las cejas con sarcasmo, pero no discutió—. Eres la mejor, agente Pearson; espero que encuentres algo.

—Gracias.

Anthony pareció cambiar de tema de forma repentina:

—Por cierto, Bonnie, ha llegado a mis oídos que el jefe de policía de Hellyfield ha sido ingresado por una bala en el hombro. Es amigo tuyo, ¿verdad?

—¿David? —preguntó Bonnie, alarmada.

—Sí. Tómate un tiempo para ir a visitarlo, agente.

—Gracias, jefe.

Bonnie odiaba tener que agradecer aquel permiso. Le hacía sentir que Anthony no tomaba en serio su trabajo, como si aquella investigación no condujera a nada. Si ella era su mejor agente, ¿por qué la mantenía atada a un caso que supuestamente estaba vacío?

Sin perder más el tiempo, colgó el teléfono y subió las escaleras hacia la primera planta de su casa. Buscó las llaves de su furgoneta y salió.

Mientras conducía, su cabeza no dejaba de dar vueltas. Sentía que estaba a punto de arriesgar toda su investigación. Entrar en casa de Michael Brown como invitada y no como agente federal lo complicaba todo.

Anthony había autorizado el movimiento, y aquello le resultaba extraño. Nunca había permitido una acción de ese tipo sin una orden formal. Su actitud condescendiente le hervía la sangre.

Además, Anthony no le había explicado quiénes eran exactamente *los de arriba*. Podría ser cualquier organismo

gubernamental… o el propio Michael Brown. Bonnie sabía que aquel hombre tenía contactos, influencia y el poder para mover hilos a su favor.

A esto se sumaba su preocupación por David. ¿Qué había ocurrido exactamente?

Estacionó la furgoneta en el aparcamiento del hospital y caminó hacia la entrada. Solicitó información en la recepción sobre la habitación de David, presentándose ante el oficial Kevin, que vigilaba la puerta.

—¡David! —exclamó Bonnie al entrar.

David alzó la mirada de la revista que ojeaba y sonrió.

—Yo también me alegro de verte, Bonnie.

—¿Estás bien? ¿Por qué no me has llamado? —preguntó mientras tomaba asiento en el sofá junto a su cama.

—No ha sido nada, no quería preocuparte.

Bonnie frunció el ceño, molesta.

—No parece nada, David. —Levantó las manos, señalándolo—. ¡Mírate!

David suspiró antes de comenzar a relatarle lo ocurrido. Habló de Joe, de Elizabeth, de la investigación para localizar a los Campbelle, de la caja roja, del diario de Nathalie y, finalmente, del ataque en Maille que lo había llevado a esa cama de hospital.

—Tuvisteis mucha suerte —concluyó Bonnie—. Parece que esa gente no se anda con bromas.

—Lo sé. Suerte que Elizabeth esté bien y pueda seguir con la investigación.

—No pienses en eso ahora. Tienes que descansar.

—Tú, mejor que nadie, sabes que descansar no es fácil para tipos como nosotros.

Bonnie le devolvió una sonrisa breve.

—¿Qué tal el curro?

—Prefiero no hablar de ello, créeme.

***

Mientras tanto, en la comisaría, Elizabeth caminaba decidida por los pasillos, esquivando las miradas de sus compañeros. Llevaba la caja roja bajo el brazo y evitaba detenerse para responder las preguntas sobre el estado de salud de David.

Entró en el despacho de su jefe, ahora prácticamente un laboratorio improvisado donde compartían todos los detalles del caso. La puerta se cerró sola tras ella. Sin perder tiempo, tomó asiento en la silla de David, colocó la caja sobre la mesa y comenzó a buscar algo con lo que forzar la cerradura.

La suerte le sonrió rápidamente: un abrecartas descansaba en uno de los cajones.

Después de varios minutos de forcejeo, logró abrir la caja. El interior estaba lleno de cintas de vídeo. Justo como indicaba el diario de Nathalie: «Por fin os tengo».

Elizabeth se apresuró hacia el almacén de la comisaría en búsqueda de una cámara de vídeo.

De regreso en el despacho, se percató de que las cintas no tenían ningún tipo de etiqueta, ni fechas, ni nombres. Nada que las distinguiera. Suspiró, encendió la cámara y eligió una al azar.

Sentada en las escaleras de la comisaría, buscó consuelo en la brisa fresca. Acariciaba sus costillas mientras el aire seco irritaba sus ojos, ya casi sin parpadear. Tenía la boca reseca, y su mente era una espiral incontrolable de imágenes horribles.

«Mente fría, mente fría», se dijo a sí misma, pero las imágenes no cedían: la sangre bajo el menudo cuerpo de Nathalie…

Cerró los ojos con fuerza, intentando borrar la escena.

Sus manos temblorosas subieron hasta el cuello. Las uñas arañaron la piel y una gota de sangre descendió por su frente. Fue demasiado. Elizabeth se inclinó hacia adelante y vomitó allí mismo, en las escaleras.

Sentía cómo su cuerpo intentaba purgar lo que su mente no podía procesar, pero aquello era inútil. Se tomó unos segundos para respirar profundamente antes de levantarse.

Volvió a entrar en el edificio en búsqueda de algo de agua. Bebió del grifo de los aseos de mujeres y se refrescó la frente y el cuello.

Tenía que ir a ver a David, debía llevarle las cintas y la cámara, aunque aquello significara revivir todo lo que acababa de ver.

Con esfuerzo, se recompuso y caminó por los pasillos intentando no cruzar miradas con sus compañeros. Llegó al despacho, colocó las cintas y la cámara dentro de su mochila y tomó las llaves del coche. Echó un vistazo al reloj: el horario de visitas del hospital comenzaba en veinte minutos.

Condujo rápidamente, tomando una curva con más velocidad de la que debería. A medida que se acercaba al hospital, la ansiedad la invadía. Quería mostrarle a David lo que habían encontrado, aunque su estómago se revolviera al recordarlo.

De pronto, movió los ojos hacia otra dirección y su entusiasmo desapareció.

Cogió la primera salida: frente a ella se encontraba él Le Grand Emperador, el hotel más famoso de Hellyfield. Desde que comenzó la investigación, había tenido asuntos pendientes con ese lugar, pero nunca había tenido una razón sólida para detenerse. Ahora, parecía que todo encajaba.

Con toda la tranquilidad posible, condujo hacia el aparcamiento al aire libre. Había conseguido calmarse, pero sabía que debía darse prisa si no quería perder el turno de visitas en el hospital.

Entonces ocurrió: al pasar por la entrada del hotel, sus ojos se detuvieron en algo que le heló la sangre.

Un Ford blanco con matrícula 9914PYL.

Los había encontrado.

Antes de salir del coche pidió una unidad de refuerzo por radio. Luego estacionó correctamente y se dirigió al Ford. Se asomó por la

ventanilla, pero no encontró nada que la ayudara. El coche estaba impecable, vacío.

Ya no tenía duda alguna. Debía dirigirse al hotel y preguntar por los Campbelle. Caminó con paso firme hacia la entrada. El bullicio de la concurrida recepción llenó sus oídos. Las voces retumbaban en su cabeza mientras buscaba con la mirada a alguien del personal disponible. Cada segundo que pasaba parecía una pérdida de tiempo.

Finalmente, sus ojos se cruzaron con los de un hombre que la observaba de reojo. Su uniforme era diferente al del resto del personal; parecía tener un rango superior. Era alto y delgado; su cabello gris, peinado hacia atrás con abundante gomina, enmarcaba una nariz aguileña que dominaba su rostro fino.

Elizabeth no dudó. Se acercó a él con la placa en la mano y se presentó.

—Elizabeth Hawl, Policía Estatal. Necesito hacerle unas preguntas.

El hombre, que resultó ser el encargado del hotel, pareció sorprendido ante la intervención de Elizabeth.

—Encantado de saludarle, agente Hawl —dijo Jeffrey con un tono sarcástico, al notar la falta de cortesía inicial por parte de Elizabeth —. Mi nombre es Jeffrey Conrad, soy el encargado del hotel, ¿en qué puedo ayudarle?

Elizabeth no se dejó intimidar.

—Señor Conrad, necesito saber urgentemente si hay alguna habitación registrada a nombre de Ryan o Rosse Campbelle, y obtener acceso en caso de que así sea.

—Sígame, por favor.

Elizabeth apretó los labios mientras lo seguía hacia el mostrador de recepción. Pensó que lo primero que haría Jeffrey sería pedirle una orden de registro, lo cual complicaría mucho las cosas: no la tenía, y obtenerla tomaría tiempo. Tiempo que los Campbell podrían aprovechar para escapar. Eso no podía permitirlo.

Una vez en la recepción, Jeffrey se dirigió a una empleada rubia cuyo cabello estaba recogido en un moño ajustado a la altura de la nuca. Sus gafas de pasta le daban un aire profesional y accesible.

—Erica, Erica, por favor.

La joven se giró con una sonrisa amable.

—Dígame, señor Conrad.

—Esta es la agente Elizabeth, de la Policía Estatal. Le gustaría hacer una consulta. ¿Podrías revisar si hay alguna habitación reservada a nombre de Rosse o Ryan Campbelle?

Erica sonrió a Elizabeth.

—Por supuesto, ahora mismo.

Mientras Erica trabajaba frente al ordenador, Jeffrey volvió su atención a Elizabeth.

—¿Podría preguntar a qué se debe su búsqueda, agente?

Sin dejar de observar a Erica trabajar, Elizabeth contestó:

—Son sospechosos de asesinato.

El rostro de Erica se tensó un instante, pero rápidamente volvió a concentrarse en la pantalla. Elizabeth, por su parte, se inclinó hacia el mostrador, casi traspasándolo, ansiosa por escuchar los resultados.

—Efectivamente, la habitación 409 está reservada a nombre de Rosse Campbelle desde hace dos semanas, pero no se realizó el *check in* hasta hace tres días.

—Necesito entrar en esa habitación —ordenó Elizabeth.

—Por supuesto, agente. Colaboraremos en todo lo que sea necesario. Erica, por favor, una copia de la llave para la 409.

La joven obedeció y, en cuestión de segundos, Jeffrey sostenía en su mano una copia de la llave.

—Acompáñeme —dijo, invitando a Elizabeth a seguirlo.

Elizabeth, ansiosa, caminó tras él. Fue en el ascensor cuando notó algo que había pasado por alto: quizá no era buena idea permitir que Jeffrey la escoltara. Ella debía encargarse de esto sola.

El sonido de las sirenas rompió sus pensamientos. Los coches de apoyo acababan de llegar.

Jeffrey, atento a la situación, activó el micrófono de su pinganillo.

—Enseguida —Jeffrey se llevó el micrófono de su pinganillo a los labios—. Hagan subir a las unidades de la Estatal a la habitación 409 urgentemente.

Mientras tanto, Erica telefoneaba.

—Sí, jefe, ya están aquí; está sola, pero ha venido con apoyo. Sí, entiendo. Adiós.

Al otro lado de la línea, Michael Brown colgaba con calma.

La subida en ascensor fue silenciosa, cargada de tensión. Elizabeth mantenía los nervios al límite. ¿Lo había logrado? Sentía que, por fin, los tenía al alcance de su mano.

Jeffrey rompió el silencio golpeando la puerta de la habitación 409 con los nudillos. Lo hizo varias veces, pero nadie respondió.

—¿Ryan? ¿Rosse? —preguntó Elizabeth, en vano.

Cuando Jeffrey abrió la puerta con la tarjeta, lo primero que notaron fue el orden impecable de la habitación: camas hechas, ropa cuidadosamente guardada en el armario, todo en su lugar. Sin embargo, el aire estaba cargado de un hedor inconfundible, uno que Elizabeth reconoció al instante.

Su corazón se aceleró.

Sacó su arma y la cargó rápidamente.

—¿Hola? Policía Estatal —advirtió con voz firme.

Mientras caminaba por la habitación, Jeffrey la esperaba en el pasillo del hotel, cerciorándose de que ningún huésped saliera de su habitación y presenciara aquella escena.

Avanzó hasta el baño, donde observó que la puerta se encontraba entreabierta. Empujó, pero algo dentro bloqueaba el paso. El ruido seco de la puerta al volver hacia atrás le erizó la piel.

Primero introdujo el brazo, apuntando con su arma, y luego se asomó con cautela. Dio un grito sordo, llevándose la mano a la nariz. El hedor era insoportable.

—Elizabeth, ya estamos aquí. ¡Madre mía! —gritó Clare, su compañera al entrar en la habitación tras ella—. Chicos, que alguien se encargue de llamar a la Científica, ¡ahora mismo!

Elizabeth y Clare se quedaron en silencio observando los dos cuerpos en el baño.

Ryan y Rosse yacían en el suelo, rodeados de sangre, con las gargantas abiertas. El cuchillo aún descansaba en la mano de Ryan.

Elizabeth trató de sobreponerse al horror. Sacó un guante de látex de su bolsillo y lo colocó antes de acercarse al lavabo, donde un sobre cerrado descansaba. Lo tomó, sintiendo cómo sus tripas se revolvían.

Salió de la habitación con el sobre en la mano. Clare la siguió de cerca.

—«Nosotros lo hicimos» —leyó Elizabeth en voz alta.

Clare la miró esperando que confirmara lo que ambas temían.

—Fueron ellos —murmuró Elizabeth—. Ellos mataron a su hija, pero… ¿y el maletín? ¿Y aquellas misteriosas visitas a su caravana que nos contó Joe?

Volvió al baño para dejar la nota donde la había encontrado y echó un vistazo con la esperanza de hallar algún rastro del maletín mencionado en la investigación. Nada.

Ordenó su búsqueda mientras llegaba la Científica. Ella buscaría las llaves del coche; quizás estaban dentro del Ford.

Tras una breve inspección, las encontró sobre la cómoda. Al salir, se topó con Jeffrey, a quien había olvidado por completo.

—Jeffrey, necesito que baje conmigo. Aquí hay mucho que hacer, y será necesario precintar la puerta. Aún no puedo confirmar de qué se trata con seguridad, pero la Policía Científica está en camino.

Jeffrey hizo todo lo posible para parecer sorprendido y preocupado. Y lo hizo bien.

—Sí, claro lo que usted mande.

—Le pediría discreción.

—Por supuesto, agente, estoy seguro de que a ambos nos conviene.

Las gotas de lluvia azotaban su rostro mientras sacaba las llaves del bolsillo. Subió al coche y se sentó en el asiento del piloto. Tras un momento para tomar aire, empezó a buscar.

Revisó bajo el asiento del copiloto: nada. Se inclinó hacia los asientos traseros, pero el resultado fue el mismo. Solo quedaba una opción. Bajó del coche, abrió el maletero y encontró lo que esperaba: vacío.

Mientras tanto, en el baño de la habitación 409, la Policía Científica sospechaba de que se trataba de un asesinato seguido de un suicidio. Las fotografías documentaron cada rincón, cada mancha, cada objeto. Para cuando los cuerpos fueron retirados, la hora de visitas en el hospital de Hellyfield ya había terminado.

Una vez sentada en el coche patrulla, llamó por teléfono a David para contarle todo con el más mínimo detalle.

—¿Qué clase de monstruos matan a su hija? —preguntó indignado—. ¡A tiros, maldita sea, la cosieron a tiros! Y luego están esas cintas… ¡Malditos depravados!

Elizabeth cerró los ojos, sintiendo el peso de las palabras de David.

—Sí. Los chicos encontraron el maletín vacío al fondo de uno de los armarios: pronto iré a hacerle una visita al forense.

16

17 de febrero, 2002

Con un movimiento limpio y seco, el forense destapó ambos cadáveres. Sin la sangre que los rodeaba la primera vez, la escena resultaba menos impactante.

A pesar de eso, Elizabeth no pudo evitar que varios escalofríos recorrieran su espalda. Sintió náuseas, pero las reprimió con éxito.

—Estabas en lo cierto: todo apunta a un asesinato y un suicidio —comenzó explicando el forense, mientras señalaba los cuerpos—. Es fácil determinarlo, no solo por lo evidente —aclaró, refiriéndose al cuchillo en la mano del señor Campbelle—, sino por detalles más específicos, como las irregularidades en los cortes y las horas de muerte.

Elizabeth asintió, siguiéndolo atentamente.

—El cuello de la señora Campbelle presenta un corte limpio y preciso —continuó el forense—. En cambio, el del señor Campbelle tiene microcortes y está más irritado. Esto suele ocurrir cuando el suicida duda: presiona el cuchillo contra el cuello varias veces antes de reunir el valor necesario.

Elizabeth observaba con seriedad mientras el forense detallaba las conclusiones.

—Fallecieron aproximadamente veinticuatro horas antes de que usted llegara, agente —añadió—. El señor Campbelle murió seis minutos después que su esposa. ¿Le gustaría echar un vistazo?

—Sí —respondió Elizabeth con firmeza.

El forense le ofreció una mascarilla, que Elizabeth se colocó con rapidez.

—Venga, acérquese.

Elizabeth dudó un momento, pero avanzó. Al inclinarse sobre los cuerpos, pudo examinar los cortes de cerca. Efectivamente, el de Ryan Campbelle era más irregular, mientras que el de Rosse tenía una precisión inquietante.

—La Policía Científica respalda esta teoría, igual que usted —dijo Elizabeth, enderezándose y retirando la mirada de los cuerpos—. Muchas gracias por su trabajo y colaboración, señor.

—No hay de qué. Tendrá el informe completo en su mesa mañana mismo.

Elizabeth le agradeció con un gesto antes de salir de la sala. El peso del caso seguía oprimiéndole el pecho, pero ahora tenía más piezas para encajar el rompecabezas.

17

18 de febrero, 2002

El perfeccionismo de Mery no le permitía quedarse quieta. La mesa estaba lista, impecable, con cada detalle colocado con precisión. Mientras la contemplaba, bebía de su copa de champán y aún sentía el agotamiento del viaje desde Pick Brave.

Había organizado la casa de arriba a abajo y preparado todo para la cena de esa noche. Danniel y Bonnie llegarían a las ocho, y todo debía ser perfecto.

Michael estaba en la planta de arriba, ayudando a Emma a vestirse. Por suerte, la salud de la pequeña había mejorado desde el incidente en el colegio hacía unos días. El hecho de no haber recibido noticias por parte de la dirección había sido un alivio enorme para Mery. Sin embargo, seguían considerando cambiarla de escuela. Sería un gran cambio para Emma, pero, sin duda beneficioso para ellos, sobre todo para Michael.

Dejó escapar un suspiro, se sentó en el sofá y tomó otro sorbo de champán mientras el cordero se cocinaba en el horno. Entonces, un mareo la golpeó como una ola. La copa resbaló de sus manos y se estrelló contra el suelo.

Su pecho comenzó a latir con fuerza, sintiendo un peso en el estómago que la hacía doblarse. Había picado algo mientras cocinaba, pero ahora esa comida se sentía como piedras en su interior.

Dirigió la mirada al baño de la planta baja, junto a la puerta del comedor. Se levantó con esfuerzo, decidida a hacer lo que solía en estos casos.

En la planta superior, Emma permanecía inmóvil en la cama. Su conciencia parecía haberse desvanecido, dejando solo un cuerpo confuso que respiraba lentamente, con los ojos abiertos.

—Cariño, ahora sí, es hora de vestirte.

Emma se levantó con torpeza. Algo dentro de ella gritaba que aquello estaba mal, pero sus pensamientos flotaban lentos y desordenados, como en un sueño del que no podía despertar.

Nadie más parecía notar nada extraño. Para los adultos, Emma solo estaba cansada, quizá sobrepasada por el día. Nadie sospechaba que algo no iba bien.

Su mente trató de aferrarse a algo, una razón, un recuerdo, cualquier cosa que explicara lo que sentía. Pero no lo logró. Solo sabía que algo oscuro se cernía sobre ella.

***

Danniel, abrochaba los botones de su camisa. Se detuvo un momento y notó la estúpida sonrisa dibujada en su rostro reflejado en el espejo.

Era uno de esos momentos fugaces de felicidad que dejan un sabor amargo al desaparecer.

La soledad había impregnado su vida durante las últimas semanas, incluso con la llegada de Bonnie al pueblo. Sentía en su pecho la extraña excitación que solo aparece cuando algo está a punto de romperse.

Su único contacto con el exterior, más allá de consigo mismo, habían sido las conversaciones breves con los cajeros del supermercado y las largas visitas al cementerio. Allí, frente a la tumba de su esposa, pasaba horas conversando con ella, compartiendo reflexiones y recuerdos.

La visita que más apreciaba fue aquella en la que preparó un pícnic para uno. Llevó una botella de vino y la bebió junto a la tumba, hasta que la embriaguez lo hizo derramar por accidente el resto del contenido a los pies de la lápida.

***

Al igual que Danniel, Bonnie también sentía una tensión creciente, aunque no tenía nada que ver con la soledad.

Durante la cena, tenía la intención de ausentarse para registrar la casa en tiempo récord. Sabía que no volvería a tener una oportunidad como esa en mucho tiempo, si es que alguna vez volvía a presentarse.

Había preparado los elementos de su plan: una botella de vino, un cúter, pegamento líquido y pastillas que había investigado durante horas. Había calculado la dosis justa para aturdir a los presentes sin causarles daño.

No pretendía dormirlos, solo reducir sus reflejos y desorientarlos. Sabía que era arriesgado y que cualquier error podía delatarla, pero la recompensa valía la pena.

Mientras ultimaba los detalles en su mente, una sonrisa furtiva se dibujó en su rostro.

Deslizó la fina hoja del cúter por la etiqueta que precintaba la botella. «Perfecto». El corte había sido limpio. El primer paso había resultado un éxito. Lo que más la tranquilizaba era haber comprado dos botellas de repuesto, por si cometía algún error.

Ahora solo quedaba sacar el corcho.

Introdujo el abridor de botellas y con cuidado, hizo un agujero en el centro. Tiró hacia arriba con delicadeza, aplicando la fuerza justa para no romperlo.

Con la hoja de un cuchillo de untar, trituró un blíster y medio de ansiolíticos hasta convertirlo en polvo fino. Vertió el contenido dentro de la botella y luego volvió a colocar el corcho. Para asegurarse de que todo quedaba como antes, usó pegamento líquido para fijar la etiqueta nuevamente.

La botella debía parecer intacta. El único inconveniente que se le presentaba era el agujero del corcho, pero confiaba en que nadie repararía en ese detalle. Observó su trabajo desde todos los ángulos posibles, buscando algún defecto que pudiera delatarla.

Un atisbo de culpa se instaló en su pecho y la hizo dudar. Especialmente por Danniel. Él no tenía idea de lo que le ocultaba, y ahora planeaba drogarlo junto con otras dos personas.

La vibración de su móvil la sobresaltó. Era un SMS de Danniel: «¿Sales ya?».

Miró la hora en el teléfono móvil. Eran las ocho menos diez. Si no se daba prisa, llegaría tarde.

***

Como era de esperar, Danniel y Bonnie coincidieron en la entrada de la casa de los Brown. Ambos habían llegado puntuales. Se envolvieron en un abrazo.

Bonnie había sido previsora y se había encargado de agitar con fuerza la botella de vino antes de salir de su coche.

Danniel llamó al timbre. Apenas tuvieron tiempo de intercambiar media palabra cuando la imponente figura de Michael apareció ante ellos.

—¡Danny! —exclamó Michael con una sonrisa amplia y los brazos abiertos.

Danniel no dudó ni un segundo. Se abalanzó sobre su viejo amigo en un abrazo afectuoso que parecía contener años de recuerdos y confianza.

—Michael, te presento a Bonnie —dijo Danniel con calidez.

—¡Encantado de conocerte, Bonnie! —dijo, extendiendo una mano firme pero amistosa.

Bonnie le devolvió la sonrisa.

—Igualmente, Michael. —Bonnie observaba a su presa con cautela, como si fuera la primera vez que la tenía frente a ella—. He traído una botella de vino.

Se la ofreció, rezando para que no notara el pequeño agujero en el corcho.

—No tenías que haberte molestado —respondió Michael sin apartar la mirada de los ojos de Bonnie—. ¡Vamos, no os quedéis ahí fuera!

Al cruzar el umbral, Bonnie no pudo evitar admirar la majestuosidad de la casa. Aunque el exterior ya lo conocía, el interior era otra cosa. Sin embargo, su fascinación se desvaneció tan pronto como vio lo que había dentro.

Michael los condujo hasta el comedor.

Lo primero que captó la atención de Bonnie no fue la imponente lámpara de araña que colgaba del techo ni la exquisita mesa decorada por Mery. Fue la mirada de Emma, esos ojos verdes cargados de desesperación que parecían perforarla. Bonnie contuvo el aliento.

Permaneció atrás, observando cómo Danniel saludaba cariñosamente a Emma. Pero Bonnie no podía apartar la vista de la niña. De pronto, todo encajaba: Emma no era rara, como había pensado en una ocasión. Ella era una víctima de algo mucho más oscuro, algo que Bonnie aún no entendía, pero podía intuir.

La voz de Mery rompió su concentración.

—¡Bonnie, qué ganas tenía de conocerte! Danniel nos ha hablado tan bien de ti…

Bonnie forzó una sonrisa mientras respondía.

—Hola, Mery, el placer es mío.

La cena transcurría a la perfección. Bonnie se sentía terriblemente cómoda, tanto que tenía que recordarse a sí misma el motivo por el que estaba allí.

En ocasiones miraba a Emma y descubría que Danniel hacía lo mismo. Podía descifrar la preocupación en su mirada. Mientras comía, los ojos de Emma miraban al vacío.

Bonnie no podía afirmarlo con certeza, pero en varias ocasiones creyó ver sus pupilas dilatadas. Pero si Emma había ingerido alguna sustancia, ¿por qué? ¿Quién lo habría permitido? Las preguntas

empezaban a apilarse en su mente como ladrillos de una muralla invisible.

Mery, parecía distraída, incluso melancólica. Bonnie asumió que el reciente revuelo en torno a la investigación de su hermana fallecida debía estar afectándola.

En cambio, los ojos de Michael se mantenían impasibles.

Danniel, por su parte, disfrutaba como un bebé de la compañía de sus tres amigos. Bonnie había oído algún balbuceo debido a las copas de champán que había servido Mery. Emma ya se había ido a la cama cuando iban aún por el primer plato, era buen momento para sacar el vino.

—Me apetece un poco de vino. ¿Alguien me acompaña? —preguntó con una amplia sonrisa en la cara.

—¡Sí, por supuesto, déjame que abra la botella! —respondió Mery, levantándose ligeramente.

—¡No, Mery, por favor, déjame a mí! —interrumpió Bonnie, casi demasiado rápido. Al ver que Mery se sentaba de nuevo con una sonrisa de agradecimiento, sintió un alivio inmediato.

Se levantó con calma, tomando la botella de la mesa y dirigiéndose a la cocina. Una vez allí, eligió un rincón fuera de la vista de los demás. Agitó la botella con fuerza, asegurándose de que todo estuviera perfectamente mezclado.

Respiró, se alisó la ropa y volvió a la mesa con el abrebotellas en la mano. Todo iba según lo planeado. Descorchó la botella con un gesto firme y regresó a la mesa con la confianza reconstruida. Ahora solo necesitaba que todos bebieran.

Comenzó sirviendo a Danniel, después a Mery, y finalmente se encontró con la mano extendida de Michael, acompañada de su inquebrantable sonrisa.

—Yo no beberé más, Bonnie; muchas gracias.

Bonnie se quedó helada. Durante un instante, su mente debatió si insistir para que Michael bebiera, pero aquello podría desvelar sus

intenciones. Por otro lado, sabía que se arriesgaba a que su plan fracasara si no lo hacía. Finalmente, decidió actuar con naturalidad.

—Vale, disculpa —respondió, retirando la botella y llenándose ella la copa.

A medida que transcurría la cena y llegaba el segundo plato, el contenido de la botella empezó a disminuir. Danniel y Mery mostraban ya los efectos del vino adulterado: sus risas eran más frecuentes y sus movimientos, más torpes. Michael, en cambio, se mantenía sobrio, aunque muy participativo y divertido en la conversación. Esto incrementaba los nervios de Bonnie.

Desde su lugar, observaba la escena. Tres amigos riendo, contando chistes y anécdotas, mientras ella bebía un trago de su copa para disimular. Calculaba el momento ideal para ausentarse. Necesitaba que la conversación estuviera lo suficientemente animada para pasar desapercibida.

Entonces, ocurrió.

—¿El baño, por favor? —preguntó amablemente.

—Lo encontrarás justo al salir del comedor —le indicó Michael.

—Pero es mejor que vayas al de arriba —intervino Mery, arrastrando ligeramente las palabras—. Sube las escaleras, camina hasta el fondo del pasillo y lo encontrarás a la izquierda.

—Estupendo, gracias.

Subió las escaleras en silencio. Al llegar al piso superior, se encontró con un largo pasillo lleno de puertas que conducían a diferentes habitaciones.

Debía darse prisa. Michael tendría alguna habitación a modo de despacho donde trabajar durante sus vacaciones.

La primera habitación resultó ser una pequeña y acogedora sala de estar. La segunda reveló el cuarto de juguetes de Emma. Se le iluminó la mirada cuando abrió la puerta de la tercera habitación: la había encontrado.

Bonnie respiró hondo y aguzó el oído. Desde el comedor llegaban las voces y risas de los tres amigos. Era su oportunidad. Entró en la habitación y cerró la puerta tras de sí con cuidado. Caminó hasta el escritorio y encendió el flexo, cuyo haz de luz reveló un montón de papeles desordenados. Empezó a ojearlos rápidamente, pero ninguno parecía relevante para el FBI. Abrió varios cajones: la mayoría estaban vacíos, hasta que llegó al último.

Dentro encontró una bolsa de Spicy Candy, una sustancia que reconoció de inmediato. Su mente se llenó de preguntas y emociones encontradas. ¿Era aquello una prueba incriminatoria o simplemente algo que Michael consumía para sí mismo?

Un destello luminoso la desconcentró. Levantó la cabeza, dejando el cajón abierto: había una caja fuerte. Con movimientos calculados, se acercó, flexionando las rodillas para quedar frente a la caja. Su corazón latió con más fuerza.

De repente, un escalofrío recorrió su espalda. Desde el comedor ya no se oían las risas ni las voces de Michael.

—¿Anthony está de acuerdo con que intoxiques botellas de vino?

Bonnie cerró los ojos con fuerza, mordiéndose el labio con rabia. Ni siquiera había escuchado lo que Michael había dicho, solo sabía que se encontraba tras ella… y que se había metido en un buen lío.

Se giró para enfrentarlo cara a cara, estaba más cerca de lo que esperaba, sintió miedo, miedo de su mirada.

—Pensaba que habíamos acabado con esta estupidez.

—¿Fuiste tú? ¿Eres quien ha intervenido en esta operación?

—Digamos que tengo contacto en las altas esferas.

—Sé que no te traes nada bueno entre manos, Michael Brown.

Con un movimiento brusco, Michael apoyó su brazo sobre la mesa, inclinándose hacia ella. Bonnie, por reflejo, llevó su mano derecha hacia su cadera. Entonces lo recordó: estaba desarmada.

—Podría hacer que lo perdieras todo por un fallo como este —dijo Michael, con un tono cortante como un bisturí.

Bonnie tragó saliva, sabía que era cierto, había caído en su propia trampa, en la tela de araña que ella misma había tejido. Ahora estaba inmóvil y vulnerable.

—El FBI perdería su prestigio, y tú, Bonnie… tu vida entera. —Michael dejó que sus palabras flotaran en el aire antes de continuar —. Aunque hoy me siento misericordioso. Has sido estúpida al creer que encontrarías algo de valor aquí.

Bonnie estaba avergonzada. Su mirada se mantuvo fija en Michael, pero sabía que todo en ella pedía agachar la cabeza.

—Haz caso a tus superiores y deja de jugar a hacerte la heroína. Vamos abajo, estoy seguro de que no quieres tener problemas.

Accedió, pasó junto a Michael en silencio y salió por la puerta, dejándolo solo en la habitación.

***

De vuelta en el comedor, Bonnie tomó asiento en la mesa. Michael hizo lo mismo en silencio. A pesar de que ninguno de los dos consideraba que debieran beber más, Danniel y Mery se terminaron el resto de la botella, entregándose a una embriaguez evidente.

—Bueno, creo que va siendo hora de volver a casa —dijo Danniel.

—Sí, creo que es lo mejor —respondió Bonnie, recuperando su fachada tranquila.

—Desde luego —dijo Michael mirando a Bonnie.

—¡Qué ganas de repetir! —exclamó Bonnie con una sonrisa que no alcanzaba sus ojos.

Los tres amigos le devolvieron una sonrisa, cada una cargada de significados distintos.

Danniel y Bonnie se despidieron de Michael y Mery.

Mery cerró la puerta tras ellos.

Danniel dio un paso, tropezando con el largo escalón de entrada.

—Vamos, Danny, te voy a acompañar a casa —dijo Bonnie con suavidad.

Mientras caminaban, Danniel se tambaleaba, su mente estaba entre la embriaguez y la curiosidad. Miró a Bonnie con una mezcla de confusión y calidez.

—Bonnie, ¿qué hacías con Michael tanto tiempo ahí arriba?

18

19 de febrero, 2002

El hombro de David había mejorado notablemente, aunque aún dependía de los ejercicios de rehabilitación para recuperar por completo su movilidad.

Elizabeth lo observaba desde el incómodo sofá de la habitación del hospital de Hellyfield. Cada arruga en su frente y cada gesto mientras leía los informes parecían revelar algo de sus pensamientos.

Por su parte, Elizabeth devoraba sus propias uñas, presa de la impaciencia por conocer la opinión de su superior.

Cuando David acabó de leer ambos informes, solo pronunció una palabra:

—Suicidio.

Elizabeth asintió en silencio.

—Se arrepintieron por lo que le hicieron a su hija y se quitaron la vida —concluyó, con un tono sombrío.

—Sí, pero ¿quién nos atacó aquel día en la caravana?

David dejó los informes sobre su regazo y entrelazó las manos.

—Las mismas personas que les proporcionaron aquel maletín —dijo tras un momento de reflexión—. Es probable que contuviera dinero.

—Realmente nunca lo sabremos —replicó Elizabeth—. Lo encontramos totalmente vacío.

—La carta estaba escrita de puño y letra por Ryan. El suicidio encaja, pero no hemos averiguado quiénes eran esas personas de las que nos habló Joe. Tal vez no tengan nada que ver en todo esto y se trate de alguno de los chanchullos de Ryan Campbelle.

—Es lo más probable, jefe, pero…

—No podríamos esperar otra cosa. Habrán pensado que íbamos tras ellos y entonces decidieron atacar —interrumpió David.

Elizabeth volvió a asentir mientras se levantaba del incómodo sofá del hospital. Caminó hacia la cama de David, tomó uno de los informes y lo hojeó mientras daba pequeños pasos por la habitación.

A pesar de haber cerrado oficialmente aquel maldito caso, una parte de ella no podía relajarse del todo. Habían encontrado a los culpables, sí, pero los cabos sueltos seguían resonando en su mente.

Se detuvo frente a la cama de David, sus ojos clavados en los de él.

—En uno de los vídeos de Nathalie aparece alguien más —dijo finalmente—. Además de los Campbelle.

PARTE II

1

15 de agosto,2003

El año había transcurrido con aparente normalidad tras una época convulsa en Hellyfield.

Después de lo ocurrido en la residencia de los Brown, Bonnie volvió a Chicago con la intención de presentar su dimisión y recoger sus cosas de las oficinas centrales del FBI. Tras la conversación con Anthony, tenía claro que no pensaba continuar.

Resultó devastador aceptar que la corrupción no solo se encontraba en las calles, sino también en los organismos destinados a combatirla.

En ocasiones, podía sentir un dolor punzante en el pecho al recordar aquello, pero la madurez le había enseñado que el dolor no era permanente. Como todo en la vida, pasaría, y ella debía seguir adelante.

El mismo día que consiguió vender su apartamento de Chicago por una generosa cantidad, decidió conducir hasta Hellyfield. Había algo en aquel pueblo que la atraía, pese a todo lo que representaba. El contraste entre su apariencia tranquila y la oscuridad que escondía le resultaba hipnótico.

Hellyfield no era solo un lugar de descanso. También era una forma de enfrentarse a los fantasmas que la perseguían. A pesar de los asesinatos y del tráfico de drogas que muchas veces quedaban sin consecuencias, el pueblo tenía algo que la mantenía vinculada a él, aunque fuera de forma incómoda. Además, allí estaban los pocos amigos que el FBI le había permitido conservar. Ese lazo humano era el ancla que necesitaba.

Nadie supo nunca del enfrentamiento entre ella y Michael Brown aquella noche en su despacho. Ni Danniel ni Anthony estaban al tanto. Bonnie tampoco sabía si Michael se lo había contado a Mery, y prefería pensar que no había sido así.

Michael Brown había salido victorioso. Las calles seguían inundadas de Spicy Candy. Los ingresos y las muertes vinculadas a la droga aumentaban cada mes, a una media del tres por ciento. Bonnie sentía una oleada de frustración cada vez que leía un titular o veía una noticia relacionada. Ella podría haberlo detenido, pero falló.

Cerró con llave la puerta de su casa y dejó que el sol la sorprendiera, iluminando su rostro y calentando sus huesos. Aprovechó hasta el último instante, a pesar de ser verano, los días no solían ser especialmente cálidos en Hellyfield.

Sabía por qué aquel día tenía tan presente a la familia Brown. Durante el paseo, no había podido dejar de pensar en la mirada desesperada de Emma, cargada de angustia, capaz de perforar a cualquiera que se cruzara con ella.

«¿Estaba bien? ¿Habrá mejorado desde la última vez que la vi?».

Eran preguntas que solo Danniel podría responder. Bonnie sabía que no era bienvenida en la mansión de los Brown, así que se prometió llamarlo. Le debía esa llamada.

Decidió despejar su mente mientras recorría el largo paseo hasta el lago. Por primera vez en mucho tiempo, se sintió libre de la voz que habitaba en su cabeza. Cuando se dio cuenta, ya caminaba por el jardín que rodeaba la gran masa de agua.

Entre la multitud, sus ojos se detuvieron en un banco vacío. Miró el reloj de muñeca: era la hora justa. Caminó hacia el banco y tomó asiento. Respiró hondo, disfrutando del aire fresco y del olor a hierba recién cortada. Por un momento, su corazón latía con calma. Su ceño se frunció al ver, a lo lejos, una trenza rubia emerger del agua. Giró la cabeza y distinguió un rostro conocido: era Charlotte.

La misma Charlotte que conoció el día que fue a la Prisión Estatal de Hellyfield buscando a Kenny Blane. Recordó lo atenta y amable que había sido la joven con ella, especialmente cuando un ataque de ansiedad casi la había superado.

Se preguntó qué estaría haciendo allí sola, sin amigos ni familia. Pensó en ir a saludarla, pero se dijo a sí misma que era mejor dejarlo estar. Probablemente, la joven no se acordaría de ella.

Entonces, alguien la sorprendió por la espalda.

Bonnie giró el cuello y comenzó a reír al ver el rostro de David, con el hombro completamente sano. David siguió riendo, contagiado por su reacción.

—¡Maldita sea, David! ¡Me has asustado!

David siguió riendo a carcajadas.

—¿Cómo estás, Bonnie? —preguntó, extendiendo los brazos para envolverla en un fuerte abrazo.

—Mucho mejor ahora —respondió ella con una sonrisa.

Ambos se sumieron en una conversación amena, felices de pasar tiempo juntos sin que el trabajo fuera el tema principal, aunque aquello duraría poco.

—¿Qué tal le va a Elizabeth?

Una estúpida sonrisa se dibujó en el rostro de David.

—Oh, Bonnie, es estupenda. Es una gran policía; hacía mucho tiempo que no conocía a alguien como ella.

Bonnie arqueó una ceja, divertida.

—¿Puede ser que se esté enamorando, señor inspector?

A David se le escapó una carcajada infantil que le hizo sonrojar.

—¡Vamos, Bonnie, no digas tonterías! —dijo entre risas.

Bonnie levantó las manos en señal de rendición, todavía riendo.

—Está bien, está bien —cambió el tema, bajando el tono—. ¿Cómo están las cosas por las calles de Hellyfield?

Antes de responder, David meditó durante unos instantes.

—La verdad, de no ser por esa maldita droga de moda, estaría sin trabajo.

David vio cómo el rostro de Bonnie se tornaba en una mueca de incomodidad.

—Lo siento, Bonnie; no pretendía ofenderte.

—¡Oh, no, David, por favor, no! No me ofendes para nada, es solo que... —vaciló un momento, antes de continuar—. Lo tuve ahí, pude haberlo atrapado... pero fallé.

—Sabes que no pienso que nada de lo que sucedió fuera culpa tuya; más bien, fue una mala gestión del FBI.

Bonnie sabía en el fondo que él tenía razón. El FBI tenía demasiados agujeros, y las ratas se habían filtrado por todos ellos sin que ella pudiera hacer nada para evitarlo.

Bonnie miró a David sonriendo.

—Muchas gracias, David —le dijo pasándole la mano por el hombro—. Me alegro de que tu caso se cerrase con éxito.

David sintió como si una flecha le atravesase el corazón al escuchar aquellas palabras.

—Bueno, éxito relativo. Hubo tres muertos… fue una barbarie, ¿cómo pudieron hacerle algo así a su hija?

—¿La carta no decía nada más?

—No, no ofrecía ningún otro detalle, solo daba a entender que ellos habían sido los responsables de lo ocurrido.

—A pesar de lo mediático que fue el caso, vuestra actuación fue implacable.

—Pobre niña... —murmuró.

El silencio se instaló entre ellos por un momento, cargado de emociones que ninguno de los dos podía expresar por completo. Pero en ese silencio compartido, ambos encontraron un pequeño refugio.

—Ya te lo dije una vez, Morretti: no te culpes, nunca fue tu culpa.

—Ojalá siguiese viva.

Ambos pasaron largos minutos en silencio, sumergidos en sus pensamientos, observando a los bañistas y disfrutando del sol y de la presencia del otro, aunque no pudieran escapar de los fantasmas que los acompañaban.

Una idea rondaba la mente de Bonnie, la iba perfeccionando, le daba forma y buscaba las palabras idóneas. Mientras miraba el movimiento del lago y sentía el calor del sol sobre su piel, buscaba el momento perfecto.

—David, necesito pedirte un favor.

Este se levantó las gafas de sol y le dirigió la mirada.

—Lo que necesites, Bonnie.

—Como bien sabes, ya no trabajo en el FBI, ni en la policía… pero necesito que me cuentes cualquier movimiento extraño por parte de la familia Brown. Cualquier cosa que se salga de lo normal, si es que lo hay, sobre todo por parte de Michael Brown.

David meditó durante un tiempo las palabras de su amiga.

—Confío en ti, Bonnie; no les quitaré ojo cuando estén en Hellyfield.

2

27 de agosto, 2003

El día había llegado. Debido a su pequeño tamaño, el estado de Craphwood solo contaba con unos juzgados, ubicados en Hellyfield, la capital. El lugar estaba abarrotado de camionetas de diferentes medios de comunicación y periodistas que intentaban captar cualquier detalle de lo que se esperaba que fuera un juicio histórico.

El viento agitaba con fuerza las copas de los árboles, mientras el sol iluminaba decenas de rostros de la multitud, dividida entre preocupación y enfado.

Cientos de ciudadanos habían acudido a los juzgados desde el pequeño pueblo de Black Rock, donde Angela Sullivan había vivido y sido asesinada, con la esperanza de ver cómo se hacía justicia. Habían pasado años desde aquel trágico suceso, años de espera y frustración. Pero finalmente, el momento había llegado.

Bonnie vestía un chándal negro y una gorra gris, junto con unas gafas de sol, acomodada en el asiento de su camioneta. No estaría allí si no fuese porque los Brown aparecerían de un momento a otro.

Miró su reloj. Era casi la hora.

Aparecieron minutos más tarde. Cuando los medios vieron a Mery y Michael Brown, se abalanzaron sobre ellos, realizando estúpidas preguntas. Mery vestía un elegante traje gris y unas grandes gafas de sol negras, con la vana esperanza de ocultar sus lágrimas. Bonnie, observándola con atención, podía ver que estaba destrozada. La cabeza agachada, los hombros encorvados y las lágrimas que escapaban tras las gafas eran pruebas suficientes. Michael, en cambio, mantenía su habitual frialdad. Avanzaba con

pasos firmes, como un tiburón nadando entre las aguas agitadas de la multitud.

El equipo de seguridad que los acompañaba abrió paso rápidamente, asegurando que la pareja pudiera entrar sin mayores incidentes.

Tras los Brown, llegó el abogado de los cuatro acusados del asesinato de Angela Sullivan.

—No puede ser —murmuró Bonnie, sintiendo cómo el corazón le daba un vuelco.

Los ojos de Bonnie no daban crédito alguno, sintió un leve mareo, pero luchó contra él y salió del coche.

Cruzó la carretera y se acercó con precaución para evitar entrar en la masa de personas que se había formado. En efecto, no se equivocaba. El abogado era Sam Miller, el mismo que defendió a Kenny Blane en el juicio por el asesinato de sus padres y que consiguió un acuerdo tan beneficioso que parecía una broma.

Observó con detenimiento el maletín de Miller mientras le acribillaban con preguntas, seguía trabajando para el mismo bufete de abogados que entonces: MOORE & Co.

Tras la sentencia de Blane, años atrás, Bonnie dedicó interminables horas a investigar sobre MOORE & Co. Y sobre Sam Miller, pero nunca encontró nada.

Con un suspiro volvió dentro del vehículo y mantuvo la calma. Ahora tenían que llegar los acusados.

Sam Miller aún no había entrado en los juzgados cuando los coches del FBI hicieron su aparición.

Bonnie pudo distinguir cómo Emily y Ethan escoltaban a dos de los acusados: Alexander Miller y Randy Curtis. Otros dos excompañeros del FBI escoltaban a Travis Carter y Jared Evans.

La llegada de los acusados desató la furia de la multitud. Insultos y amenazas volaron por el aire como proyectiles, seguidos de latas

vacías e incluso fruta podrida. La situación se tornó caótica, un auténtico circo mediático.

Bonnie debía conducir hacia casa para poder ver el juicio desde el televisor. Pisó primera para salir del aparcamiento y entonces volvió a ocurrir: alejada de todos los asistentes, con gafas de sol y fumando un cigarrillo, volvió a toparse con Charlotte. ¿Qué demonios hacía ella ahí?

Intentó despejarse de inmediato y sacarse a Charlotte de la cabeza. Tenía que llegar a casa; no podía perderse el juicio, al menos, el veredicto.

Mientras tanto, en los juzgados, Mery agarraba con fuerza la mano de Michael. Se secaba las lágrimas con un pañuelo de papel y respiraba con dificultad.

Cuando los acusados entraron por la puerta, hizo un gran esfuerzo por mirarlos a la cara, uno a uno. Michael, en cambio, mantenía la mirada fija en el juez, quien daba paso a los acusados. Su concentración era inquebrantable.

El juicio había comenzado y Bonnie aún no había llegado a casa. No podía correr más; ya estaba siendo demasiado imprudente en la carretera.

Finalmente, aparcó la pick up frente a su vivienda. Salió disparada, cerró la puerta por dentro, se quitó la gorra de un manotazo, dejó las gafas de sol en la mesa del salón y encendió el televisor. Se dejó caer en el sofá, lista para presenciar el gran espectáculo.

La defensa de los acusados contra la fiscalía estaba siendo implacable, aunque aquello no sorprendía a Bonnie en absoluto. El juicio estaba adquiriendo un ritmo frenético. Bonnie cogió el mando del televisor y subió el volumen para poder ir a la nevera y buscar una cerveza.

No quería perderse ningún detalle.

Con los pies encima de la mesa, observaba el televisor. Pudo distinguir a los Brown entre el público y, a su lado, a Ethan y Emily.

Pasó más de una hora hasta que llegó el momento crucial: el juez formuló las esperadas preguntas a los acusados.

—¿Se considera usted culpable de la muerte de Angela Sullivan?

Bonnie se inclinó hacia adelante, con los ojos fijos en el televisor.

La respuesta de los cuatro acusados fue afirmativa.

Nada de aquello le daba buena espina a Bonnie. Todo avanzaba demasiado rápido, sin objeciones ni retrasos. Un juicio de esa magnitud podría haber durado meses, pero este… Este se estaba pareciendo demasiado al juicio contra Kenny Blane.

Sam Miller ya había argumentado que los acusados se encontraban bajo los efectos del alcohol y otras sustancias el día de los hechos. Ahora era el turno del veredicto.

—Se les condena por homicidio imprudente a catorce años, de los cuales cumplirán diez en prisión y cuatro en libertad condicional en la Prisión Estatal.

Bonnie apagó el televisor de un manotazo y lanzó el mando con rabia.

—¡Lo sabía, joder, lo sabía!

Se llevó las manos a la cabeza y tiró de sus trenzas hasta hacerse daño. Las lágrimas brotaban de sus ojos sin control, mientras respiraba con fuerza y la tensión se apoderaba de todo su cuerpo.

—Hay gato encerrado… Lo supe desde que juzgaron a Blane. ¡Es imposible! El mismo abogado, las mismas irregularidades… ¡Maldita sea! Tengo que llegar al fondo de esto.

Pero no sería ese día.

Bonnie salió de casa con la mente nublada. Llena de preguntas e incertidumbre. Caminó sin rumbo alguno por las calles de su barrio.

Pensó en llamar a Danniel o David, pero decidió que no quería molestarlos con sus problemas: eran demasiado personales.

Entró en un supermercado y compró seis latas de cerveza. Sabía que aquello solo le nublaría aún más la mente; sería perjudicial para

ella…, pero un día era un día.

Regresó a casa por el mismo camino, esta vez con los ojos empapados en lágrimas.

No sabía cómo se sentía; varias emociones se habían apoderado de ella al mismo tiempo: tristeza, rabia, dolor e incluso frustración consigo misma por no haber investigado más a fondo. Aún no se había hecho justicia para los Pearson, y ella era la única que podía hacerlo.

Al llegar, apagó el teléfono móvil; necesitaba estar sola. Se sentó en el sofá y bebió la primera cerveza.

***

El juicio había concluido y Emily encontró un momento para llamar a Bonnie; Ethan estaba a su lado.

—No sé cuántas veces la he llamado; tiene el móvil apagado.

—¿Crees que estará bien?

—Si ha visto el juicio y ha oído lo mismo que nosotros, no; no creo que esté bien.

—Deberíamos ir a buscarla.

—La conozco; no debe andar muy lejos, terminemos la cerveza y vayamos a por ella.

Ethan y Emily estaban celebrando, aunque de forma amarga, al igual que Bonnie: sabían que algo no había ido del todo bien, que había una mano tras todo lo ocurrido.

Conocían a la perfección el caso Blane; el FBI no estaba involucrado, pero habían ayudado a su amiga a indagar cuando quiso saber más sobre Sam Miller.

—Ethan.

—¿Sí, Emily?

—¿Crees que hemos hecho lo correcto?

Ethan guardó silencio. Necesitaba tiempo para responder a esa pregunta.

—No lo sé.

Pagaron las cervezas y caminaron hacia la furgoneta para dirigirse a casa de Bonnie.

Les alivió ver que la furgoneta estaba aparcada donde solía dejarla: eso significaba que estaba en casa; solo quedaba comprobar en qué estado se encontraba…

Emily golpeó la puerta con los nudillos; no obtuvo respuesta. Tal vez quería estar sola, pero no era propio de Bonnie no responder.

***

En el interior, Bonnie dormía con la cara pegada al sofá; en la mesa del salón seis latas de cerveza vacías la acompañaban. El hipo y un intenso dolor de cabeza la despertaron.

—Mierda —balbuceó, pues sabía lo que ocurría cuando bebía y tenía hipo.

Se arrastró hasta el cuarto de baño de la planta baja mientras escuchaba los golpes de Emily en la puerta de su casa.

—¡Ya voy, quien quiera que seas! —volvió a balbucear.

Vomitó en el cuarto de baño, lo que le produjo cierto alivio, y se lavó los dientes con rapidez para poder abrir la puerta.

—Maldita sea, Bonnie, estás horrible —dijo Emily entrando.

—Hueles a alcohol —añadió Ethan, siguiendo a Emily.

Entraron al salón en silencio. Bonnie apareció tras unos instantes con una bolsa de basura; aún estaba mareada y comenzó a recoger una a una las latas.

—Bonnie, deja eso y siéntate —ordenó Emily.

Bonnie la miró, dejó la bolsa en el suelo y se sentó entre sus dos amigos. Sin poder evitarlo, rompió a llorar. Tanto Emily como Ethan hicieron todo lo posible para consolarla; esperaron hasta que las lágrimas cesaron y Bonnie se recompuso.

Emily la abrazó.

—Lo habéis visto, ¿verdad? —preguntó Bonnie.

—Sí —asintió Emily.

—Chicos, no son imaginaciones mías.

—No, no lo son —contestó Ethan.

3

22 de octubre, 2004

Mery temblaba en el suelo de la mansión de Pick Brave. El labio le dolía; lo tocó con la mano temblorosa y la sangre se deslizó entre sus dedos. No sabía si tenía alguna costilla rota, pero respirar le resultaba difícil.

No recordaba haber hecho nada fuera de lo común para merecer semejante paliza.

—¡Zorra desagradecida! ¡Después de todo lo que he hecho por ti! —gritó Michael.

Mery hacía un extraño ruido de asfixia al inhalar por la boca. De repente, comenzó a toser y una cantidad alarmante de sangre brotó de sus labios.

—Oh, Dios mío, ¡cariño! ¿Estás bien? Perdóname, perdóname. No debería haberte hecho esto. Déjame ayudarte a llegar a la cama.

Michael se acercó a ella, aún tendida en el suelo, la alzó en brazos y la llevó hasta la habitación. Allí la acostó con cuidado y la cubrió con una manta.

—Estás sangrando. Voy a buscar algo para limpiarte. Llamaremos a una ambulancia; has debido hacerte daño al caerte por las escaleras.

En ese momento, Mery comprendió qué debía decirle al médico que la atendiera.

Michael se sentó cerca de ella y comenzó a darle pequeños toques en el labio inferior para limpiar la sangre.

—Perfecto. Llamaré a la ambulancia —dijo, mientras cogía su teléfono móvil y salía de la habitación.

Una lágrima se deslizó por el rostro de Mery. Haciendo un gran esfuerzo, levantó el brazo para limpiarla. No debía permitir que Michael la viera llorar.

—Están en camino. Voy a comprobar que Emma esté dormida; enseguida vuelvo.

Michael caminó por la larga alfombra hasta llegar a la habitación de Emma. A través de la rendija inferior, vio que la luz de la mesita de noche seguía encendida. Al entrar, la encontró acurrucada en una esquina de su cama, con los ojos rojos, a punto de llorar. Sin embargo, en su mirada no había miedo, sino una rabia contenida, llena de impotencia.

—Cariño, ¿estás bien? —preguntó, sentándose en el borde de la cama.

—Sí —respondió Emma, manteniendo las distancias.

—Toma, te he traído tu medicina. Sabes que, sin ella, te costaría dormir.

Michael sacó del bolsillo una dosis generosa de Spicy Candy, una sustancia que se había convertido en rutina para Emma. Ella la tomó, la masticó y la tragó. Michael no se movió de la cama. Apenas unos segundos después, la niña cayó profundamente dormida.

Sin destaparla, Michael deslizó sus manos bajo las sábanas y comenzó a acariciar sus muslos. Emma abrió los ojos, desorientada.

—¿Papá?

—Tranquila, cariño, duerme —susurró él.

Emma no pudo resistirse y volvió a caer en un profundo sueño. Michael se desabrochó el botón del pantalón, acariciando el pubis de la niña... hasta que el timbre de la puerta lo devolvió a la realidad.

Rápidamente, se abrochó el pantalón y apagó la luz. Bajó corriendo a la planta baja. Al abrir, encontró al equipo de la

ambulancia, formado por tres paramédicos, y los condujo hasta la habitación.

—Buenas noches, señora Brown —saludó uno de ellos.

—Buenas noches —respondió Mery con una voz débil.

Uno de los paramédicos comenzó a hacerle preguntas sobre cómo había ocurrido la caída, mientras el otro le auscultaba con cuidado.

—Señor Brown, ¿le importaría esperar fuera?

—Claro, sin problema.

Cuando Michael salió de la habitación, los tres paramédicos se acercaron a Mery y la rodearon con preocupación.

—Señora Brown, ¿está completamente segura de que se ha caído por las escaleras? —preguntó uno de ellos.

Mery afirmó con la cabeza, evitando mirarlos fijamente.

—Señora Brown, si ha sufrido algún tipo de abuso físico, debería comunicarlo —añadió otro con voz serena, pero firme.

—Lo sé, pero les aseguro que ha sido un estúpido traspiés por las escaleras —contestó.

—Está bien —respondió el primero, levantándose para abrirle la puerta a Michael.

Cuando regresó, uno de los paramédicos les explicó la situación.

—Señores Brown, es posible que Mery tenga una costilla rota. Debemos llevarla al hospital de Hellyfield para hacerle una radiografía y salir de dudas.

Sin demora, subieron la camilla hasta la habitación y ayudaron a Mery a tumbarse en ella. Decidieron que ella viajaría en la ambulancia, mientras Michael los seguiría en coche.

Emma, se quedó en casa, profundamente dormida; confiaban en que no tardarían demasiado.

Cuando despertó, sus padres habían salido de la casa. Se sentía desorientada; la vista borrosa y la cabeza pesada por el efecto de la

droga. Sin encender la luz, se levantó de la cama y caminó hasta el despacho de su padre.

Realizó el ritual que había practicado en otras ocasiones. Sabía exactamente dónde estaba la llave; lo había observado varias veces sin que Michael lo notara.

Encendió la luz del despacho y se dirigió a un marco que contenía uno de sus dibujos. Arrastró una silla, se subió en ella, descolgó el cuadro, cogió una de las llaves ocultas tras él y dejó todo cuidadosamente en su lugar. Sin vacilar se dirigió al escritorio.

Abrió el cajón donde sabía que guardaba sus secretos oscuros. Dentro encontró una pistola y varias fotografías suyas, desnuda y drogada, mientras dormía en su cama.

Emma se sentó en el sillón de su padre. Ignoró la pistola por completo y tomó las fotografías. Una a una, las observó en silencio. Su rostro permanecía inexpresivo, tal vez por el efecto de la sustancia que había ingerido, pero cada imagen quedaba grabada en su memoria. Estaba empezando a entender.

Al terminar, devolvió meticulosamente cada cosa a su lugar. Sin hacer ruido, como un espectro, salió del despacho y regresó a su habitación para dormir.

Pasaron varias horas hasta que Mery y Michael volvieron a casa. Todo parecía en orden; Emma no se había despertado.

La radiografía confirmó que Mery no tenía fracturas, solo un fuerte golpe. Michael también tuvo suerte: durante la consulta, el médico le pidió que esperara fuera mientras hablaban con Mery sobre su *accidente*. Una vez más, ella le cubrió las espaldas.

De regreso en casa, Mery debía guardar reposo y tomar los calmantes que le habían recetado. Michael la ayudó a subir las escaleras, cambiarse y acostarse de nuevo en la cama. Pero Mery se sentía más vulnerable que nunca. ¿Qué pasaría si Michael volvía a golpearla? Los daños serían aún más graves, y en el hospital no podría seguir sosteniendo la misma mentira.

Michael le dio un beso en la frente antes de salir de la habitación.

—Espero que te recuperes pronto, cariño. Te ayudaré con todo lo que necesites.

Mery sonrió débilmente, consciente de que aquellas palabras, aunque fueran ciertas, no eran consuelo.

—¿Estás nervioso?

Al día siguiente se llevaría a cabo el recuento de las votaciones en el Senado. Michael podría convertirse en senador en cualquier momento.

«Quizá, por eso ha estado tan nervioso», pensó Mery.

—Tal vez, un poco, pero estoy seguro de que los resultados serán favorables —respondió, con una alegría evidente en la voz—. No te preocupes por llevar mañana a Emma al colegio. Me encargaré de que un coche de las oficinas venga y la recoja. Tú quédate aquí descansando.

—Gracias.

Antes de que pudieran continuar la conversación, el sonido del timbre los interrumpió. Mery, sobresaltada, miró el reloj: eran las doce y media de la noche. Su expresión de preocupación lo decía todo.

Michael, de inmediato, entró en estado de alerta.

—No te preocupes, voy yo.

Se levantó de la cama, aún en pijama, se calzó las zapatillas y bajó las escaleras rápidamente. Al abrir la puerta, no había nadie. Miró hacia ambos lados, pero todo estaba en calma. Entonces bajó la mirada y vio un sobre en el suelo, uno que le resultaba inquietantemente familiar.

Se agachó para recogerlo, cerró la puerta con llave y, con aparente tranquilidad, caminó hacia el salón. Se sentó en uno de los sofás, encendió la lámpara de pie y abrió el sobre con cuidado.

Dentro había una breve nota escrita a mano. Michael comenzó a leer:

Sé lo que has hecho esta noche, Michael Brown.

23. *S.*

La rabia recorrió las venas de Michael. Rompió la carta en decenas de pedazos y la tiró en la papelera de la cocina. Después, subió de nuevo al dormitorio.

—¿Quién era? —preguntó Mery, preocupada.

—Nadie, cariño, era solo una estúpida broma. Ya sabes, por lo de mañana, seguramente. Ahora descansemos; mañana me espera un largo día.

Michael volvió a besar a Mery. El exceso de cariño era normal cuando él actuaba de manera violenta con ella. Luego, apagó la luz.

4

23 de octubre, 2004

Los pájaros cantaban aquella tranquila mañana. Bonnie apagó la alarma del despertador, estiró el cuerpo con pereza y se levantó.

Abrió la ventana, y una ráfaga de aire fresco la recibió como un abrazo inesperado.

Definitivamente, era hora de sacar el edredón. Noviembre estaba a la vuelta de la esquina, y, con él, las noches frías.

Hizo la cama mientras pensaba en lo especial que era aquel día: era el día de Michael Brown.

Los ciudadanos habían depositado su voto días atrás, y hoy, por fin, el destino de Michael sería sellado.

Preparó el desayuno: café con leche y tostadas con mermelada de fresa. Lo colocó todo con cuidado en una bandeja y se dirigió al salón.

Encendió el televisor y puso Canal Siete, su favorito para ver las noticias del Senado.

El tiempo se deslizaba lentamente mientras observaba la pantalla, cada segundo cargado de tensión. Danniel la había llamado un par de veces, ansioso por compartir con ella el pulso de las votaciones. Pero Bonnie no podía responder: su mente estaba atrapada en el ritmo hipnótico de los titulares.

***

Mientras tanto, en Pick Brave, Mery vivía un ritual similar, aunque lo hacía recostada entre mullidos almohadones, sosteniendo un vaso

de zumo que apenas probaba.

No podía quitarse la sensación de vivir enjaulada. Estaba confusa y se sentía vulnerable ante la actitud de Michael, pero, con el paso de los años, se había acostumbrado: le permitía todo. No existían límites.

Sabía que le hacía daño a Emma, pero no le importaba; la agredía físicamente, pero le daba igual. Michael lo merecía todo. No podía negarle nada.

Se había esforzado mucho para crear una cárcel de lujos para ella; por lo tanto, en lugar de reprochar algo, debería sentirse agradecida.

Mientras lo veía en el televisor, podía sentir su amor por él. Lo amaba; estaba perdidamente enamorada de Michael Brown, hasta el punto de obsesionarse.

Entonces ocurrió: aún en pijama, Mary agachó la cabeza entre las rodillas y colocó las manos sobre la cabeza. Ahora el café sabía a leche cortada y la mermelada a fresas podridas. Danniel volvía a llamarla por teléfono, pero en aquella ocasión no pudo evitarlo: cogió el móvil y lo lanzó contra el suelo.

—No puede ser cierto, joder.

Dos lágrimas caían sobre el rostro de Mery. Lo sabía. Siempre lo supo. Michael era perfecto, siempre conseguía lo que se proponía; nadie podía eclipsarle, y aquella vez no iba a ser diferente.

Su teléfono sonó; era Danniel, buscando a alguien con quien compartir la alegría que se había apoderado de él.

—¡Mery!

—Danny, ¿lo estás viendo? ¡Dime que sí!

—Oh, Mery, enhorabuena, se lo merecía más que nadie.

—¡Lo sé! Lo ha conseguido: Senador Michael Brown. ¡Suena genial!

Tras una alegre charla con Danniel y colgar el teléfono, Mery decidió bajar a la primera planta y pasar allí el resto de la mañana.

Con cuidado, se levantó e hizo caso omiso al dolor. Fue caminando apoyada en la pared hasta que, por fin, llegó a la barandilla de la escalera y pudo apoyar en ella todo su peso mientras bajaba uno a uno todos los escalones.

Palpó los bolsillos de su bata, por si se había dejado alguna de las medicinas recetadas en la habitación, y siguió bajando hasta que pudo ir a la cocina a por un vaso de agua para tomarlas.

Finalmente, se tumbó en el sofá y se arropó con una manta. Se le ocurrió encender el televisor para mantenerse distraída, pero las pastillas le hicieron efecto antes de lo que había calculado y cayó en un profundo sueño.

Un estridente sonido golpeaba sus oídos. Abrió los ojos. Estaba aturdida y recordaba poco a poco cómo había llegado al salón. Miró el reloj y se sorprendió al ver que eran las tres y cuarto. Entonces, el timbre volvió a sonar.

—¡Emma, ya voy!

Pasaron unos instantes hasta que llegó a la entrada y le abrió la puerta a Emma.

—¡Hola, mamá! —saludó Emma algo distante.

—¡Hola! ¿No me das un beso?

Mery percibió el distanciamiento de Emma de inmediato: el beso que le dio en la mejilla fue insípido.

—¿Cómo te ha ido hoy en el cole?

—Bien, ¿y tú cómo te encuentras hoy?

—Algo mejor, venga ve arriba a cambiarte. —Sonrió Mery.

Emma obedeció y, con la mochila aún en la espalda, subió las escaleras. Cuando llegó a su habitación, cerró la puerta y dejó que la mochila cayera al suelo.

Con lágrimas en los ojos, fue directa a la cama y se hizo un ovillo. Se apretaba las manos contra el vientre bajo; los calambres eran insoportables. Desde la cama, pudo echar una ojeada a su escritorio, donde estaba su gran bloc de dibujo abierto. Estaba dibujando *El*

ángel caído de Alexandre Cabanel. La calidad del dibujo era inusual: los trazos, los colores... Llegados a ese punto, nadie dudaba de que Emma sería una gran artista.

—Menuda mierda —dijo en voz baja.

Se quitó el abrigo y caminó lentamente hacia el baño, que se encontraba justo en frente de su habitación.

Cuando se sentó en la taza y vio su ropa interior manchada de sangre, se asustó. Fue más allá: entró en pánico. Había llegado incluso a olvidarse del dolor.

Decidió dejar de fingir que todo iba bien y fue directa a pedir ayuda a su madre. Supuso que ella sabría qué hacer.

Una vez frente a Mery, con una gran mueca de dolor y preocupación, se dispuso a hablar, pero esta se adelantó.

—Emma, cariño, ¿qué te ocurre?

La niña no sabía cómo explicarlo, así que decidió ser práctica y se bajó la ropa interior para que su madre lo viera con sus propios ojos: Mery no salía de su asombro.

—¡Te ha bajado la regla! Pero es demasiado pronto, solo tienes diez años.

—Me duele mucho, mamá —se quejó mientras se colocaba de nuevo la ropa interior.

Mery le dio un antiinflamatorio. Emma corrió a toda prisa hacia la cocina a por agua, cualquier cosa para que el dolor desapareciera.

Cuando volvió, Mery le pidió que le ayudara a levantarse, y juntas caminaron hasta el baño de la primera planta, el baño en el que solo Mery tenía acceso.

Mery indicó a Emma que se agachara y abriera las puertas del mueble del lavabo.

—¿Ves la caja de color rosa que hay a la derecha? Sácala —dijo su madre. Emma obedeció mientras ella esperaba de pie con ambas manos apoyadas en el costado—. Ábrela y coge una. —Emma lo hizo —. Eso es una compresa, te voy a enseñar cómo usarla.

Tras una breve clase, Emma subió las escaleras, dispuesta a darse un baño.

Se desnudó y se metió en la bañera mientras el agua seguía llenándola. No podía controlar su llanto: sentía un gran vacío en el pecho; sus ojos emanaban rabia, como el ojo de Lucifer que tanto le había obsesionado, al punto de llegar a plasmarlo con sus propias manos.

Sentía cómo algo crecía con fuerza dentro de ella, pero ignoraba el qué.

Más tarde, se sentó a los pies de su madre en el sofá para escuchar una charla sobre lo que suponía tener la menstruación. Mery le habló del ciclo, de los tampones y de que ahora podía quedarse embarazada... pero Emma decidió no escuchar aquella parte.

—Gracias por explicármelo todo, mamá —dijo mientras se colocaba en el borde del sofá.

—De nada, cariño —dijo Mery sonriendo.

Emma se levantó; quería seguir dibujando. Lo necesitaba.

—¿Te vas? —preguntó Mery.

—Sí, quiero acabar un dibujo.

—Serás una gran artista algún día.

—¿Tú crees?

—No me cabe la menor duda, pequeña.

Emma le regaló una sonrisa torcida y caminó, vestida con un chándal hacia su habitación. Cerró la puerta con pestillo, se sentó en la mesa de su escritorio y se prometió a sí misma que no se levantaría hasta terminar el dibujo que estaba haciendo.

5

28 de octubre, 2004

Bonnie no paraba de dar vueltas por el salón, mordisqueándose las uñas. Había decidido contarle la verdad a Danniel, que llegaría de un momento a otro.

Bajó a la cocina en busca de algo que ofrecerle. Echó un vistazo rápido y encontró dos botellas de cerveza: eso estaría bien.

Danniel acababa de aparcar frente a la casa de Bonnie. Estaba algo nervioso; desconocía qué quería contarle, aunque no le sorprendía: Bonnie siempre había tenido un aire misterioso.

Al llegar, tocó el timbre, y Bonnie abrió de inmediato.

—Hola, Danny, pasa —dijo con un tono más serio de lo habitual.

—Hola, Bonnie —dijo cerrando la puerta.

Ambos se dirigieron al salón, donde esperaban las dos botellas de cerveza bien frías. Bonnie le ofreció asiento en el sofá y ella se sentó a su lado.

—¿Qué tal te va todo? —le preguntó Bonnie con nerviosismo.

—Pues todo genial. Estamos de exámenes en la universidad, así que ando algo liado con el trabajo —contestó Danniel mientras llevaba la botella a la boca.

—Me alegro de que te mantengan ocupado —dijo Bonnie con una risa.

—Y a mí, la verdad. Siempre viene bien.

Ambos guardaron silencio durante un momento, cargado de incomodidad.

Bonnie dio un gran sorbo a su cerveza mientras meditaba si contarle también lo ocurrido en la cena de los Brown con el vino. Decidió que era mejor omitir esa parte si no quería dañar su amistad con Danniel más de la cuenta.

—Danny, te he pedido que vengas porque tengo algo importante que decirte. Ahora que no estoy trabajando en el FBI, puedo contártelo.

—Adelante, dime —respondió él con un tono tranquilo y sereno.

—Mi vuelta a Hellyfield fue para investigar a Michael Brown. También teníamos agentes en Pick Brave, por supuesto.

Danniel abrió los ojos con tal intensidad que parecía que se le fueran a salir de las cuencas.

—¿Investigar a Michael? ¿Pero por qué?

—Por la fabricación y distribución de Spicy Candy.

Danniel hizo una mueca de lo más extraña. ¿Cómo podían acusar a Michael de algo así?

—¿Michael, detrás de una red de tráfico de drogas? ¿Qué ocurrió al final?

—El caso se ha cerrado. No hay pruebas contra él —dijo Bonnie en tono apenado—. Solo quería que lo supieras.

—No te preocupes, Bonnie, solo hacías tu trabajo —respondió Danniel, esbozando una sonrisa.

—Qué alivio, Danny. Pensé que no te lo tomarías bien.

—¿Por qué? No era tu culpa. Solo hacías lo que debías.

Bonnie sintió un inmenso alivio, aunque sabía que no le había contado toda la verdad.

Lejos de marcharse, Danniel continuó sentado en el sofá, acompañándola. Habló de su trabajo y de cuánto echaba de menos a Eva.

Bonnie, por su parte, compartió su nueva rutina y cuánto extrañaba a sus padres. Al fin y al cabo, hay pérdidas que nunca se

olvidan.

Danniel hizo un comentario sobre lo bien que lo pasaron la noche que cenaron en casa de los Brown, lo que hizo que Bonnie recordara algo.

—Danny, vi a Emma.

—Sí, es encantadora.

—No lo dudo, pero también te observé a ti: vi cómo la mirabas. —Danniel le respondió con una mirada llena de preocupación—. Le ocurre algo, ¿verdad?

—Creo que sí, Bonnie, pero ni Mery ni Michael sueltan prenda. Una noche tuve que quedarme con ella cuando Mery y Michael fueron a comisaría porque encontraron el cuerpo de la hermana de Mery. Entonces lo vi: Emma tenía los costados y la espalda llena de mordeduras. —Danniel tragó saliva—. Michael me dijo que Emma estaba teniendo problemas en el colegio, pero esas marcas no eran las que dejaría un niño de su edad.

Bonnie asintió. Creía en las palabras de Danniel; podía verlo en sus ojos.

—Es especial, ¿no? Por el tema de pintura, digo.

—Tiene un don, sí. No me extrañaría ver sus obras en exposiciones en pocos años.

—¿Y alguna vez has visto que haya dibujado algo inusual?

—¿A qué te refieres con inusual?

—No sé, algo perturbador.

—Mmm, no lo recuerdo, la verdad. Hace tiempo que no veo sus pinturas y dibujos.

—Danny, cuando la vi aquella noche, parecía que pedía auxilio. Estaba como ida.

—¡Joder, Bonnie, lo sé! Yo estuve allí. No paré de observarla. —Bonnie se sobresaltó. No esperaba una reacción tan enérgica por parte de Danniel—. Perdóname, Bonnie. Quiero mucho a esa

pequeña. Sé que algo le ocurre, pero no puedo hacer nada para detenerlo. Está sufriendo, estoy seguro.

—No te preocupes, Danny, lo entiendo.

6

30 de octubre, 2004

La noche en Pick Brave era tranquila; el viento arrastraba las hojas caídas de los árboles de un lado a otro, y la humedad empañaba los cristales de las ventanas.

La casa de los Brown estaba envuelta en el más profundo silencio: Michael y Mery dormían, pero Emma permanecía despierta, mirando fijamente el techo. Ni siquiera ella podría decir en qué pensaba o sobre qué divagaba, pero sabía que, si lo hacía, distraería el vacío que sentía en el pecho y sus punzadas.

Si tuviera que explicarlo, diría que es una mujer vestida de rojo, con una corona enredada en el pelo. Sus pasos son ligeros; nunca se le oye venir, y mientras camina, juega con los clavos que bailan entre sus dedos: «Clin, clin, clin, clin». Cuando los oyes, ya es demasiado tarde. Te ha petrificado con la mirada, y no puedes huir. No te mira a los ojos; busca tu pecho. Coloca uno de sus clavos sobre tu corazón y alza la mano derecha, empuñando su martillo.

Así describiría Emma la ansiedad que le consumía aquella silenciosa noche.

Encendió la lámpara de la mesita de noche y, como un torbellino, una idea pasó por su mente. Bajó de la cama de un salto, se calzó las zapatillas de estar por casa, comenzó a caminar por el pasillo. Mientras lo hacía, se preguntaba por qué su padre no había ido a visitarla aquella noche.

No quiso arriesgarse a entrar en el baño dentro de la habitación de sus padres, así que fue directa al baño compartido de la segunda planta. Cerró la puerta con cuidado, encendió la luz y rebuscó entre

los muebles hasta encontrar lo que buscaba: un recambio de la cuchilla de afeitar de Michael. Tuvo suerte de hallarlo allí.

Las lágrimas comenzaron a brotar. El dolor en el pecho era insoportable, sentía cómo en cualquier momento podía ahogarse. El dolor se había apoderado de su corazón.

Cogió el recambio de la cuchilla, algo de papel higiénico y regresó a su habitación.

Se acomodó en la cama y, sollozando, levantó la manga del brazo derecho. Con la mano temblorosa, presionó la cuchilla contra su piel. No se detuvo hasta ver la sangre brotar. Repitió el proceso tres veces más.

El dolor físico la apartó por completo del caos que reinaba en su interior.

Pasó el papel higiénico sobre sus heridas para limpiar los restos que pudieran haber quedado.

Apagó la luz y se recostó de nuevo en la cama. Intentó dormir, pero le resultaba imposible.

No podía parar de preguntarse: ¿por qué lo había hecho?

7

2 de marzo, 2007

Los años transcurrieron con cierta normalidad. Bonnie consolidó su vida en Hellyfield; Danniel continuó impartiendo clases en la Facultad de Bellas Artes, y David y Elizabeth se dedicaron a perseguir el tráfico de Spicy Candy en las calles.

El nombre de Emma empezaba a resonar en pequeñas galerías de arte; con tan solo trece años, ya había expuesto y vendido varias de sus obras. Mery había decidido viajar a Hellyfield para pasar unos días con Emma, ya que Michael estaba ocupado con sus labores de senador y su trabajo en la farmacéutica.

Emma había limpiado la habitación donde solía jugar de niña y la había convertido en su taller de pintura.

El sol entraba por la ventana, calentándole la piel. Vestía un vestido blanco y un recogido bajo que dejaba su rostro despejado. Se remangó las mangas y durante unos instantes observó todas las cicatrices que recorrían su brazo, desde la muñeca hasta el codo. Luego, comenzó a pintar sobre un lienzo en blanco, plasmando al monstruo coronado que la perseguía cada día, jugando con clavos en sus manos.

Mery llamó a la puerta.

—Emma, cariño, voy a ir a tomar un café con unas amigas.

Emma no se giró y continuó pintando.

—Vale, mamá.

—Hasta luego, cariño —canturreó Mery mientras se alejaba.

A decir verdad, Emma agradeció que su madre saliera de casa; se sentía más cómoda en soledad.

Comenzó a mezclar colores, colores que le hablaban, que le susurraban. Aquello le hacía sentir bien, alejaba de ella el dolor, la tristeza, la ansiedad y la agresividad que había ido desarrollando con los años. Los colores y los trazos le hacían sentirse libre.

Sin embargo, aquella libertad duró poco: sonó el timbre. Suspiró y se planteó no abrir, pero tal vez fuera importante. Bajó las escaleras, abrió la puerta y no se alegró al ver a Danniel.

—¡Danny! —exclamó con una sonrisa dibujada en el rostro.

—¡Hola, Emma! —respondió Danniel mientras se acercaba para abrazarla.

—Pasa, ¡vamos!

Una vez dentro, fueron directos a la sala de estar, decorada con las obras de Emma colgadas en las paredes. Ambos tomaron asiento.

—¿Estás sola?

—Sí, mamá ha salido a tomar café.

—¿Y qué andabas haciendo? —preguntó Danniel mientras admiraba las obras de Emma.

—Estaba empezando mi nuevo cuadro.

Sin apartar la mirada de las pinturas y con la boca entreabierta, Danniel se sintió fascinado.

—Es increíble, Emma. Te dije que serías una gran artista. Te espera un futuro prometedor.

Emma se sonrojó y sonrió.

—Gracias, Danny, ¿quieres tomar un té?

—Oh, sí; no estaría mal.

Emma se levantó llena de gracia y caminó hacia la cocina para preparar el té. Mientras tanto, Danniel se incorporó del sofá para apreciar más de cerca las obras de Emma.

Después de años de amistad con los Brown, nunca había llegado a entrar a su sala de estar; siempre había sido recibido en el comedor o en la cocina.

Contempló la evolución en las pinturas de Emma a lo largo de los años, estaba completamente fascinado. Algunas obras le arrancaron lágrimas, otras le hicieron sentir dolor, soledad, angustia… La preocupación se apoderó de él al darse cuenta de que no encontraba ninguna obra que le transmitiera algún sentimiento positivo.

Emma llegó con dos tazas de té en una bandeja y la colocó sobre la mesa. Ambos volvieron a tomar asiento. Danniel extendió la mano hacia su taza.

—Ten cuidado, aún quema —le advirtió Emma.

Danniel la miró a los ojos y ahí estaban una vez más; esos ojos que pedían auxilio, pero en aquella ocasión había algo más. Rabia y agresividad.

—Gracias, Emma.

Mantuvieron una conversación llena de banalidades mientras el té se enfriaba lo suficiente como para poder beberlo.

—¿Y tu padre? ¿Cómo está?

—Bueno, sí, está muy ocupado; es senador y todo eso…

—Sí, imagino que no dispone de mucho tiempo libre.

—No, la verdad es que no —dijo Emma tajante, mirándolo a los ojos.

Danniel bebió de la taza, estaba algo nervioso, quería indagar sobre el estado en el que se encontraba Emma, pero no se le ocurría ninguna manera para hacerlo sutilmente. Al dejar su taza sobre la bandeja, pudo ver el brazo de Emma lleno de cicatrices. Ella se percató rápidamente y se bajó las mangas del vestido.

—Emma, ¿te encuentras bien?

—Sí, claro, ¿por qué me preguntas? —respondió con total normalidad.

—Verás, desde hace años tengo la sensación de que no estás bien, de que estás luchando contra algo. Me gustaría poder ayudarte.

Los ojos de Emma se llenaron de lágrimas, pero no derramó ninguna.

—No te preocupes, Danny, estoy perfectamente.

—¿Desde cuándo lo haces?

—¿Hacer qué?

—Autolesionarte.

Emma se encontró en un callejón sin salida. Sabía que Danniel había visto sus cicatrices.

—Hace años, desde que me duele el corazón.

Danniel se conmocionó, ¿qué quería decir?

8

5 de marzo, 2007

Desde que se resolvió el asesinato de Nathalie Campbelle, David y Elizabeth se unieron a sus compañeros de la comisaría en la búsqueda de distribuidores de Spicy Candy, una tarea nada fácil. El narcótico estaba por toda la ciudad, consumido tanto por adolescentes como por adultos, y nadie había logrado dar con un *dealer*… hasta que Elizabeth lo consiguió.

Elizabeth entró en la comisaría junto a David, escoltando al joven con las manos esposadas a la espalda. Era un chico sin apariencia de traficante, pero eso no era motivo suficiente para descartarlo.

Se dirigieron a la sala de interrogatorios. Era el primero que detenían, debían obtener toda la información posible.

Una vez dentro, los tres tomaron asiento. David y Elizabeth lo hicieron frente a él.

—¿Necesitas algo, Kevin? ¿Algo de beber?

—Agua, por favor —contestó sin mirar a la cara a Elizabeth.

Ella se ausentó un momento. En silencio, David lo observó fijamente, mientras Kevin esquivaba su mirada, consciente del lío en el que estaba y temeroso de la reacción de sus padres.

Elizabeth regresó y le ofreció el agua a Kevin, quien la bebió un largo sorbo.

—Bien —comenzó Elizabeth—. Sabes que tienes derecho a un abogado, ¿verdad?

—Sí.

—Te seré sincera, Kevin. Solo nos importa una cosa: ¿quién te provee de Spicy Candy?

—No lo puedo decir.

—¿Tienes miedo de que te hagan daño?

—Ellos ya saben que me habéis cogido; si hablo, será mi fin —dijo Kevin, un chaval de veintiún años que estaba sollozando.

—¿Sabes qué te harían si hablases?

—Nada bueno, agente.

Elizabeth miró a David y este le devolvió la mirada.

—Danos un segundo, por favor.

Elizabeth y David se levantaron y salieron de la sala de interrogatorios para hablar.

—Está muerto de miedo, David. Está temblando.

—Lo sé, pero debemos sacarle algo. Iré a por las fotos de los narcotraficantes más buscados del estado, tal vez eso facilite las cosas. Tú vuelve con él.

Elizabeth volvió dentro, tomó asiento y ofreció un pañuelo a Kevin para que se sonara la nariz.

—Te lo voy a repetir, Kevin. ¿Quiénes son?

—Nunca los he visto.

—¿Cómo que nunca los has visto?

—Una noche estaba en un bar con unos amigos. Les comenté que me estaba planteando hacerlo, porque se ganaba pasta. Al día siguiente, recibí en la puerta de casa un maletín con la mercancía. Me podría haber escuchado cualquiera que estuviera alrededor nuestro.

—¿Dónde dejabas el dinero que tenías que pagarle a tu proveedor?

—El maletín incluía un manual de instrucciones con toda la información, pero me deshice de él; tenía que dejarlo en el buzón de

casa.

—¿Dónde está ese maletín?

—Debajo de mi cama.

—Lo necesitamos. Tienes que llamar a tus padres para decirles que estás aquí, estarán preocupados, y, de paso, les dices que traigan el maletín.

Elizabeth le acercó a Kevin el teléfono para que hiciera la llamada. Solo podía escuchar los sollozos de su madre al otro lado del teléfono. Kevin le informó sobre la existencia del maletín, le explicó dónde estaba y colgó.

—Vienen hacia aquí —dijo Kevin, con la voz temblorosa.

Entonces, entró David con la carpeta con las fotografías.

—Ya no hace falta, David: el chico asegura no haber visto nunca al proveedor.

David frunció el ceño, Elizabeth se lo explicó todo y le dijo que los padres de Kevin venían en camino con el maletín.

—Bueno, pero no perdemos nada; tal vez sea capaz de identificar a alguien.

David abrió la carpeta frente a Kevin. Cada vez que el joven negaba con la cabeza, David pasaba a la siguiente foto. Elizabeth lo observaba; a su juicio, parecía sincero. No conocía a su proveedor.

Un agente abrió la puerta.

—Perdón por interrumpir, pero los señores Green acaban de llegar.

—Estupendo.

David volvió a esposar a Kevin y lo trasladó a la sala donde lo esperaban sus padres. Para sorpresa de ambos, los señores Green llegaron acompañados de un abogado.

—Buenas tardes. Soy Cristopher Lewis, el abogado del señor Kevin Green —se presentó extendiendo la mano a Elizabeth y David.

—Encantado. Nosotros somos el inspector Morretti y la agente Hawl.

Todos tomaron asiento, el padre de Kevin lo miraba con desprecio y su madre no hacía más que llorar, lo que hizo que Kevin se derrumbara aún más.

—Antes de todo —dijo Elizabeth—, señora Green, ¿sería tan amable de darme el maletín? Es de vital importancia.

Sin decir nada, la señora Green dio el maletín a Elizabeth.

—Voy a llevárselo ahora mismo a la Científica, enseguida vuelvo.

Elizabeth salió rápidamente de la sala, dejando a David con Kevin, sus padres y el abogado.

—Les debo informar de que su hijo, Kevin Green, está acusado de tráfico de drogas.

—Kevin, tú no hables —le dijo Christopher—. Queremos un juicio rápido. He consultado con la fiscalía, y podría ser mañana por la mañana mismo.

—Perfecto, entonces —dijo David—, pero Kevin deberá pasar la noche en comisaría.

—Entiendo, agente —respondió Christopher.

Elizabeth aún no había regresado. Los Green se marcharon dejando a su hijo en los calabozos, pero David no podía dejar de preguntarse qué hallaría la Científica en aquel maletín.

9

6 de marzo, 2007

Elizabeth y David esperaban con ansiedad los resultados que la Policía Científica pudiera revelar. El juicio contra Kevin ya había acabado: le habían impuesto seis meses en el centro penitenciario de Hellyfield, que se reducirían a tres meses en caso de buena conducta.

Cuando el juicio hubo concluido, condujeron para encontrarse con la Policía Científica.

Al llegar, fueron directamente al laboratorio, donde Martin ya los esperaba.

—¿Cómo estáis, chicos? —saludó al verlos.

—Todo bien, Martin, ¿qué tal tú? —dijo David.

—Currando, ya sabéis.

—¿Tienes algo para nosotros? —preguntó Elizabeth.

—Por supuesto que sí, seguidme.

Caminaron siguiendo los pasos de Martin, quien los guio hasta la otra punta del laboratorio. Una vez allí, los tres rodearon el maletín sin quitarle la vista.

—Veréis, chicos, las únicas huellas que hay son las de Kevin Green; no hemos encontrado las de ningún otro individuo.

Elizabeth y David pusieron cara de pocos amigos, pensaban que, por algún descuido, el proveedor podría haber cometido la insensatez de dejar sus huellas, aunque eso les confirmaba que no buscaban a ningún aficionado.

—Lo que sí hemos encontrado son restos de hoja de roble y algo de resina.

Elizabeth y David salieron del laboratorio con el maletín en el interior de una bolsa de plástico, que iría directo al almacén de pruebas de la comisaría.

Una vez dentro del coche, ambos dieron un suspiro de decepción.

—¿Restos de hojas y resina de roble? —preguntó David.

—Hay robles por todo el país. Podría venir de cualquier sitio.

—¿Estás segura de que Kevin Green decía toda la verdad?

—Completamente. Ese chico no sabe nada más.

10

8 de marzo, 2007

Aquella mañana de sábado, Danniel se levantó de buen humor. Abrió todas las ventanas de su casa para dejar que el olor de su jardín la impregnara, se dio una ducha, se vistió y se disponía a ir a desayunar cuando una idea mejor cruzó su mente: llamaría a Bonnie y a Mery para desayunar en la cafetería del parque. Así lo hizo.

—¿Mery?

—Hola, Danny. ¡Buenos días!

—Me preguntaba si os apetecía a ti y a Emma ir a desayunar a la cafetería del parque. ¡Hace un día estupendo!

—Oh, ¡qué buena idea! Estoy segura de que a Emma le encantará.

—Genial, voy a llamar a Bonnie también, seguro que se apunta.

—¡Oh, Bonnie! Hace tanto que no la veo…

—¿Nos vemos a las once menos cuarto en la puerta de tu casa y vamos juntos?

—Perfecto.

—Ahora nos vemos.

Cuando Bonnie recibió la llamada de Danniel, le costó algo más decidirse debido al incidente que hubo en casa de Mery el día de la cena. Desconocía por completo si Michael le había contado a su esposa algo de lo ocurrido, pero, aun así, decidió ir y averiguarlo.

Como habían convenido, Danniel llegó a casa de Mery a las once menos cuarto. Al salir, no pudo evitar admirarlas: Mery lucía radiante

como siempre, y Emma mostraba ya un porte casi adulto. No lo había notado el día que tomaron té, pero parecía que se había saltado la pubertad. Aunque no era muy alta, era delgada y tenía la piel blanca como la porcelana. Esa mañana, su mirada era desafiante.

Se saludaron cariñosamente y comenzaron a caminar hacia el parque. Mientras tanto, Bonnie se dio cuenta de que, una vez más, estaba a punto de llegar tarde, de modo que salió por la puerta a toda prisa tomando la dirección de la cafetería que Danniel le había indicado.

Los cuatro se encontraron a la entrada del parque. Bonnie dio un cálido abrazo a Danniel mientras pensaba en cómo reaccionaría Mery al verla.

—¡Oh, Bonnie! Pero ¿cuánto tiempo ha pasado? —dijo Mery, sorprendida.

—¡Mery! ¿Cómo estás? —Se abrazaron. Entonces, Bonnie vio a Emma detrás de Mery—. Hola, Emma, ¿te acuerdas de mí?

—Claro que sí, Bonnie.

Se abrazaron, y Bonnie aprovechó para mirar a Emma a los ojos: algo había cambiado; ya no pedía ayuda, sino que parecía gestarse algo nuevo en su interior.

Los cuatro tomaron asiento y pidieron sus respectivos desayunos. Emma bebía su zumo, mientras Danniel, Bonnie y Mery mantenían conversaciones de adultos. Lejos de aburrirse, Emma se entretenía escuchando. Bonnie, sin embargo, comenzó a alejarse de la charla con la intención de hablar con Emma. Poco a poco. dejó de participar hasta que Danniel y Mery mantuvieron la efusividad del momento.

—¿Cómo estás, Emma? —le preguntó Bonnie.

—Bien. —Dio otro sorbo a su zumo—. Dibujando mucho, ya sabes.

—He escuchado que eres una gran artista, pero nunca he tenido la oportunidad de ver alguna de tus obras.

—Podrías venir a casa un día, te las enseñaría.

—Eso sería todo un placer.

—Te has quedado en Hellyfield de manera permanente, ¿no?

—Sí, le tengo mucho cariño a este pueblo, es donde me crie. —Emma hizo una mueca de dolor y estiró la espalda—. ¿Qué te ocurre? ¿Estás bien?

—Estos asientos son insoportables, me dan dolor de espalda.

—¿Te apetece que estiremos las piernas por el parque?

—¡Sí! Sería genial.

—Chicos, Emma y yo vamos a estirar las piernas al parque; enseguida volvemos.

—¡Estupendo, aquí os esperamos! —dijo Mery.

Bonnie y Emma se levantaron de la mesa y bajaron las escaleras de la cafetería. Bonnie sabía que la chica era una persona muy inteligente. Por eso mismo, tendría que ir con cuidado si quería conseguir algo más de información sobre ella y sobre Michael. Comenzaron el paseo y, para sorpresa de la mujer, fue Emma quien comenzó a hablar con cierto interés.

—¿Y tus padres, Bonnie? ¿Viven aquí?

Esa pregunta la pilló por sorpresa.

—No, verás, mis padres fallecieron cuando yo tenía diecinueve años.

En el rostro de Emma, se veía el arrepentimiento por haber hecho aquella pregunta.

—Lo siento mucho, Bonnie, no lo sabía —se disculpó.

—No te preocupes. —Le sonrió para tranquilizarla—. Por cierto, ¿qué tal le va a tu padre desde que es senador?

Emma levantó las cejas y tardó unos instantes en contestar.

—Pues le va bien, está muy ocupado; por suerte, no pasa mucho tiempo en casa.

—¿Por suerte? ¿No te llevas bien con tu padre? —Bonnie no se esperaba eso, estaba dispuesta a indagar todo lo posible.

—Digamos que prefiero que se mantenga lejos de mí —dijo, tajante.

—Entiendo, en ocasiones las relaciones con los padres son complicadas.

—Totalmente.

—Y tú, ¿cómo te encuentras, Emma? ¿Va todo bien?

Esta sintió la necesidad de gritar y contarle todo a Bonnie, pero se contuvo. En su lugar, se limitó a contestar.

—Sí, todo genial —dijo, con una sonrisa que hizo que a Bonnie le entrasen escalofríos—. Me caes bien, Bonnie.

—Y tú a mí, Emma.

11

10 de marzo, 2007

Aquella mañana de marzo, llovía con fuerza en Chicago. Anthony permanecía frente a las ventanas de su despacho, pensando en Bonnie. Había perdido a una de sus mejores agentes hacía años por culpa de un sistema corrupto. Desde que Bonnie se marchó, cada día se planteaba hacer lo mismo. Sin embargo, seguía allí, con un nuevo sobre que había llegado aquella misma mañana. Decía: «Fue un error dejar de investigar a Michael Brown».

Estaba furioso. Después de tantos años sin recibir sobres, ahora llegaba otro anónimo.

Se planteó llamar a Bonnie para que regresara, pero sabía que no podrían investigar a Michael Brown. Las órdenes habían llegado desde arriba; estaba atado de pies y manos.

12

11 de marzo, 2007

Bonnie leía las últimas noticias que se habían publicado sobre Michael en su ordenador portátil. Que ya no trabajara para el FBI no significaba que hubiera dejado de tenerlo entre ceja y ceja. Le sorprendió descubrir que Emma no se llevaba bien con él, solo le faltaba saber por qué.

La última noticia sobre Michael mencionaba que estaba recibiendo amenazas por su nueva propuesta sobre una nueva ley de agresiones sexuales y su pena en prisión.

Suspiró y se estiró en el sofá, intentando dejar la mente en blanco. Entonces, sonó el timbre y frunció el ceño. No esperaba visitas.

Abrió la puerta y, para su sorpresa, se encontró con Emily y Ethan.

—¡No me lo puedo creer! —exclamó. Aunque no habían perdido el contacto, hacía tiempo que no se veían.

—¡Ven aquí, anda! —dijo Emily, abriendo los brazos. Tras saludarla, Bonnie fue directa a abrazar a Ethan.

—¡Pasad, pasad!

Una vez dentro, tomaron asiento en el sofá de Bonnie mientras ella iba a por unas cervezas.

—¡Veo que los viejos hábitos no se pierden! —gritó Emily al ver la pantalla del portátil de Bonnie.

—Algún día meterá la pata, y yo estaré ahí para verlo —dijo, posando las cervezas sobre la mesa.

—Bonnie, ¿no crees que te estás obsesionando? —preguntó Ethan.

—Para nada. ¿Qué se cuece por Chicago?

—Ahora mismo, papeleo —dijo Emily.

—Nunca mejor dicho —enfatizó Ethan.

Bonnie, confusa, hizo una mueca y bebió un trago de cerveza.

—No entiendo.

—Verás, sabemos que no podemos decirte nada —dijo Emily.

—Y más, con la obsesión que tienes... —añadió Ethan—, pero ha llegado otra carta anónima.

Bonnie se levantó del sillón. Se mordía el labio inferior mientras caminaba en círculos.

—¿Qué decía la carta?

—«Fue un error dejar de investigar a Michael Brown».

—Y, a pesar de eso, imagino que Anthony ha decidido no reanudar la investigación.

—No creas, está algo confuso.

—Tampoco puede dejarse llevar por lo que digan unos anónimos.

—Lo sé, entiendo.

Aquello era justo lo que Bonnie necesitaba para continuar investigando por su cuenta. Tenía pocos recursos, lo sabía, pero no pensaba dejarlo pasar.

13

22 de septiembre, 2008

Mery hacía la maleta con cierto nerviosismo, mientras Emma miraba en su armario, decidiendo qué llevarse a Nueva York y qué ponerse en la gran noche. Emma había sido invitada como artista para presentar sus obras en una de las galerías más importantes de la ciudad. Ya se hablaba de ella como la joven de catorce años que revolucionaría el mundo artístico, aunque, a decir verdad, aquel título no le interesaba mucho. Solo pensaba en dibujar.

Mery se probaba las joyas que llevaría aquella noche enfrente del espejo de su tocador. Entonces, Emma apareció en el marco de la puerta, con un vestido rosa palo con encajes y sin mangas, colgando de una percha.

—Mamá, ¿crees que este está bien?

Mery dejó las joyas en la mesa y observó el vestido mientras meditaba.

—Sí, cariño, creo que es perfecto.

—Guay.

Emma volvió a su habitación, dejó el vestido doblado sobre la silla y se tumbó en la cama. Comenzó a realizar respiraciones profundas: ¿a quién quería engañar? Estaba de los nervios. Detrás de su indiferencia, se ocultaba un corazón que palpitaba con fuerza, mucha fuerza, y a gran velocidad.

Acabó la maleta lo más rápido que pudo y, en silencio, se dirigió al despacho de Michael.

Una vez allí, volvió a coger la llave del cajón de su escritorio. Además de las fotos y el arma, encontró lo que andaba buscando: una bolsa mediana de Spicy Candy. Por supuesto, estaba abierta. Tomó una porción y se la llevó directamente a la boca. Cerró el cajón y dejó la llave en su sitio.

Spicy Candy era una droga de efecto rápido. Mientras caminaba por el pasillo, ya comenzaba a notar sus efectos: sus pulsaciones se ralentizaron, su mente se quedó completamente en blanco, veía borroso y una vaga sonrisa se dibujó en su rostro.

Entró en el cuarto de baño y abrió el grifo de la bañera. Mientras el agua caliente caía, se colocó frente al espejo y comenzó a desnudarse.

Observó cada línea de su cuerpo; odiaba cada centímetro. Elevó la mirada hacia sus ojos y vio en ellos la compasión y la pena que sentía por sí misma. Luego, acarició las cicatrices de su brazo izquierdo con su mano derecha.

De su corazón brotaron sentimientos que mantenía ocultos, sentimientos que nunca dejaba ver. Sus lágrimas comenzaron a caer por su rostro y, en silencio, se sumergió en el agua caliente.

Hundió la cabeza y dejó que los segundos pasaran. Cuando sintió la sensación de ahogo y la presión en el pecho, salió.

***

Era medianoche y Michael recogía sus cosas del despacho del Congreso. Tenía la vista cansada y el cuerpo entumecido; había sido un día largo.

Cerró su maletín, apagó la luz y salió sin hacer ruido.

Sus pisadas resonaban en la inmensidad del edificio. Iba caminando por la entrada principal cuando un escalofrío recorrió su espalda, haciendo que una gota de sudor cayera por su frente.

Llevaba todo el día teniendo la misma sensación: alguien lo observaba. Se sacudió la cabeza y trató de quitarse esa estúpida idea de la mente. Sabía que estaba trabajando demasiado y que comenzaba a afectarle.

Al salir por la puerta principal, la humedad le caló los huesos, y no pudo evitar temblar mientras caminaba bajo la luz de las farolas.

Caminaba calle arriba cuando sintió la calidez del aliento humano en su nuca. Entonces algo le golpeó con fuerza en la espalda y cayó al suelo. Rápidamente, se dio la vuelta y, bajo el manto de la noche, distinguió la presencia de varias personas, no sabía cuántas eran.

—¡Vamos, hombre, ponte de pie! —dijo una voz masculina.

Michael dirigió la mirada hacia donde procedía la voz: era un hombre de complexión delgada, llevaba un bate de béisbol y un pasamontaña negro. Se levantó ágilmente dejando el maletín en el suelo, y entonces contó tres personas. Una de ellas parecía una mujer.

Esquivó el puñetazo del segundo hombre y le devolvió uno en la cara, dejándolo aturdido, aunque este se recompuso rápido.

—Te gusta jugar con los derechos de las minorías, ¿eh? —dijo el hombre con una voz más grave que la de su compañero.

Michael no pronunció ni una palabra. Sabía que debía concentrar toda su atención en los movimientos de sus atacantes. De reojo, vio a la mujer sacar una pistola eléctrica y abalanzarse sobre él. Se adelantó a su movimiento y, con un giro, se apartó, le puso el pie entre las piernas y la hizo caer al suelo, dejando que la pistola se le escapase de las manos.

Michael corrió tras ella antes de que uno de los dos hombres pudiera reaccionar. Tomó el arma y, una vez armado, atacó al segundo de ellos, que cayó al suelo gritando de dolor.

El hombre de complexión delgada clavó sus ojos en él y le propinó un fuerte golpe con el bate en el estómago, haciendo que Michael retrocediera. Antes de que pudiera reaccionar, otro golpe en la espalda lo hizo gritar de dolor. Aun así, dio unos pasos hacia adelante y disparó la pistola eléctrica contra él. El hombre cayó al suelo, temblando y dejando caer el bate.

Michael buscó con rapidez a la mujer: seguía tirada en el suelo.

Lo miró aterrada, se levantó con dificultad y salió corriendo.

Con las pulsaciones por las nubes, Michael recogió del suelo su maletín, echó un último vistazo a los dos hombres, que temblaban en el suelo vestidos de negro y con pasamontañas, y siguió su camino con la pistola eléctrica en las manos, avanzando a paso ligero.

Michael cerró la puerta de casa sin hacer ruido. Sentía un terrible dolor en el estómago y la espalda. Subió las escaleras en silencio y, tras dejar su maletín en su despacho, caminó hacia su habitación.

Mery dormía plácidamente. No tenía intención de despertarla; sabía que, con la medicación que estaba tomando, podría ducharse sin que ella lo notara.

Dejó su chaqueta colocada en el sillón y se dirigió al baño. Una vez allí, desabrochó los botones de su camisa a toda prisa. No se sorprendió al ver las rojeces que el bate de béisbol había dejado en su estómago. Se giró para ver cómo había quedado su espalda.

—Más de lo mismo —murmuró con un suspiro.

Tiró la camisa blanca en la cesta de la ropa sucia y abrió el grifo de la ducha caliente.

Dejó que el agua recorriera su cuerpo, intentando mantener la mente en blanco. Lo ocurrido aquella noche no lo inquietaba demasiado; al día siguiente iría a denunciarlo y no volvería a salir del Congreso sin seguridad.

Entonces, recordó el viaje a Nueva York de Mery y Emma, programado para la tarde siguiente. Abrió los ojos y esbozó una sonrisa. Se sentía profundamente orgulloso de su hija. A pesar de su juventud, estaba alcanzando sus sueños. Era una pena no poder acompañarla.

Salió de la ducha empapado, se secó con una toalla y buscó en los cajones alguna crema antiinflamatoria. No tenía intención de contarle a Mery nada de lo sucedido, así que esperaba encontrarla allí mismo. Cuando por fin dio con ella, se embadurnó la espalda y el estómago, esperó a que su piel la absorbiera, se puso el pijama y se acostó al lado de su mujer.

No muy lejos de allí, en su habitación, Emma lo había escuchado llegar, pero había decidido ignorarlo por completo. Puso su mano sobre su pecho y sintió su corazón latir tranquilamente. Sonrió en la oscuridad de su habitación, se incorporó y encendió la lámpara de la mesa de noche.

Buscó el espejo que colgaba de la pared. Se levantó aún sonriendo y se colocó frente a él. Mantuvo la mirada fija en el reflejo, tratando de encontrarse a sí misma en el vacío que había crecido en su interior. Pero lo único que encontró fueron sus tesoros ocultos, tesoros que la aterraron.

14

23 de septiembre, 2008

Mery despertó aquella mañana con el corazón agitado, lo hizo antes de que sonara la alarma de Michael. Se estiró y acarició a su marido. Luego, se levantó cuidadosamente de la cama, se puso su bata y se calzó las zapatillas de estar por casa.

Caminó por el pasillo y vio que la puerta de la habitación de Emma estaba entreabierta. La abrió por completo y, al mirar dentro, se dio cuenta de que Emma no estaba. Aquello le extrañó enormemente, ya que aún no había amanecido. Frunció el ceño y bajó las escaleras; estaría abajo.

Conforme bajaba, escuchaba un ruido metálico. Lo siguió hasta llegar al salón y encontró a Emma comiendo un tazón de cereales de chocolate sentada en el sofá.

—Cariño, ¿qué haces despierta tan temprano?

—No podía dormir —dijo mirando a la pared—. ¿Y tú?

—Supongo que tampoco. Deben de ser los nervios. ¿Por qué no me acompañas a la cocina a preparar café?

Emma se levantó con el tazón lleno entre sus manos y siguió a Mery. Se sentó en la barra americana y continuó devorando los cereales mientras su madre preparaba el desayuno.

—¿Estás nerviosa por el evento de hoy?

—Sí, un poco.

—Yo también lo estoy.

—Mamá, ¿y si nadie compra mis cuadros? ¿Y si a nadie le gustan?

Mery sonrió con cariño.

—Cariño, eso no va a ocurrir. Lo que tú creas sobre el lienzo tiene vida. Nunca había visto algo igual.

—Me contaste que, antes de fallecer, la abuela comenzó una pequeña colección de arte.

—Sí, así es.

—¿Dónde están esos cuadros?

Aquella pregunta pilló desprevenida a Mery.

—Creo recordar que están en casa de tu tía Angela.

Emma removió los cereales con la cuchara, pensativa.

—Me gustaría verlos algún día.

—Sí, prometido.

Emma le devolvió la sonrisa. Mientras seguía desayunando, no pudo evitar pensar en su abuela Martha y su tía Angela, en cómo la vida se las había arrebatado de una manera tan cruel.

—También me gustaría leer algún libro de la tía Angela.

Mery dio un sorbo al café, aún caliente.

—Sí, vale. Algún día iremos a su casa para que veas los cuadros de tu abuela y cojas algún libro de tu tía.

Ambas se giraron al escuchar a Michael bajando las escaleras. Ya se había duchado y vestía una camisa blanca con un traje azul marino.

—Buenos días, preciosas —saludó al llegar. Le dio un beso en la mejilla a Emma y besó a Mery en cuanto esta le acercó el café caliente—. ¿Cómo es que habéis madrugado tanto?

—Los nervios del viaje —respondió Mery.

—Ah, claro que sí. —Michael tomó asiento al lado de Emma—. Vas a triunfar, pequeña. Es una pena no poder estar allí para verlo.

Emma le sonrió.

—Gracias, papá.

Michael miró el reloj: se acercaba la hora de irse. Bebió el café con rapidez, se levantó y cogió su maletín.

—Me tengo que ir ya, llego tarde; os quiero.

Emma y Mery se despidieron de él y continuaron tomando el desayuno tranquilamente.

—Emma, aún quedan varias horas hasta que tengamos que irnos. ¿No te apetece descansar un poco más?

—Sí, puede que me acueste un rato —respondió antes de beber la leche del tazón de cereales.

Al acabar, subió las escaleras y fue directamente hacia su habitación.

Mery, con la taza de café en la mano, caminó hacia el exterior. Abrió la puerta y fue hasta el buzón. De él sacó cinco sobres blancos, todos dirigidos a Michael Brown y escritos con la misma caligrafía. Volvió a entrar en casa y, sin inmutarse, los tiró a la papelera. Desde que Michael era senador, las amenazas llegaban tanto a Pick Brave como a Hellyfield, algo que preocupaba enormemente a Mery. Aún no había tenido una conversación seria con Michael al respecto, pero se había prometido a sí misma que, al regresar de Nueva York, abordaría el tema.

***

Mientras tanto, Michael caminaba por el suelo del Congreso a toda prisa para llegar puntual a su despacho. Una vez dentro, se relajó. Estaba acalorado, por lo que se quitó la chaqueta, tomó asiento y abrió el maletín en busca de unos informes que debía revisar esa misma mañana. Pero alguien le interrumpió llamando a la puerta.

—Adelante.

La puerta se abrió y otro hombre en traje entró.

—Buenos días, señor.

—Buenos días, Alexandre. ¿En qué puedo ayudarle?

—Verá, Michael, ayer nuestras cámaras de seguridad captaron lo ocurrido cuando abandonaba el Congreso. —Michael escuchaba atentamente—. ¿Le gustaría denunciar lo ocurrido o comunicarlo a la prensa?

—Oh, no, nada de eso. De hecho, espero la mayor discreción posible respecto al tema, Alexandre.

—Entendido. ¿Se encuentra bien?

—Estupendamente.

Alexandre salió del despacho en silencio.

***

Mery había llamado a un taxi. Emma estaba lista con su equipaje, esperándola en la planta baja. Pasaron unos minutos hasta que Mery apareció bajando las escaleras con su pequeña maleta de mano.

—Creo que el taxi ya está fuera —comentó Emma.

—Ya estoy lista —afirmó.

Ambas salieron. Efectivamente, el taxi las estaba esperando.

—Buenos días —saludó Mery.

—Buenos días, señora —respondió el taxista mientras se encargaba de guardar las maletas.

Cuando terminó, los tres subieron al taxi.

—Al aeropuerto, por favor —indicó Mery.

—Estupendo.

El trayecto duró media hora. Mery pasó la mayor parte revisando su teléfono móvil, mientras Emma procuraba controlar sus nervios con la cabeza apoyada en la ventana.

Cuando por fin llegaron al aeropuerto, completaron todos los trámites necesarios y caminaron hasta su puerta de embarque. Emma llevaba un rato incómoda, pues varias personas se habían girado a mirarla y susurraban al verla.

Madre e hija esperaban tranquilamente en la fila de la puerta de embarque cuando un señor de unos sesenta años, vestido con traje y gabardina, se acercó a ellas.

—Disculpa. —Ambas se giraron—. ¿Eres Emma, Emma Brown?

Esta abrió los ojos sorprendida, y Mery hizo lo mismo.

—Sí, soy yo.

—Oh, Dios mío, un placer conocerte —dijo con una amplia sonrisa, mientras extendía la mano—. ¿Podrías firmarme un autógrafo? Soy un gran admirador tuyo.

—Sí, claro.

—Me encantan tus obras, colecciono todas las revistas en las que aparecen artículos sobre ellas. —Le tendió un papel y un bolígrafo a Emma.

—¿Para quién sería? —preguntó Emma, sonriendo y algo colorada.

—Para Mathew.

Emma escribió la dedicatoria y le devolvió el papel y el bolígrafo.

—Muchísimas gracias, señorita.

—De nada, Mathew.

Cuando el hombre se alejó lo suficiente, Mery miró a su hija con orgullo.

—¡Qué orgullosa estoy de ti, cariño, eres una gran artista! —dijo dándole un abrazo.

—Gracias, mamá.

Cuando la puerta de embarque se abrió, ambas caminaron lentamente guardando el orden en la fila.

Emma sentía su corazón latir con más fuerza que nunca: estaba a punto de vivir el evento más importante de su vida.

El vuelo hacia Nueva York pasó en un abrir y cerrar de ojos. Al aterrizar, encontraron un taxi que las llevó al hotel, donde Mery

había reservado una habitación. Estaba cerca de GothMum, la galería en la que, junto a más artistas, Emma expondría sus obras.

Llegaron temprano al hotel, así que aprovecharon para ducharse y descansar.

A medida que se acercaba la hora del evento, ambas empezaron a maquillarse y arreglarse el cabello.

Emma llevaba el pelo suelto. Mery se había hecho un moño bajo, a la altura de la nuca, que dejaba ver su dulce rostro. Estaban a punto de salir cuando el móvil de Emma vibró.

—¡Hola, Danny!

—¡Emma! ¿Cómo te encuentras? ¿Estás nerviosa?

—Sí, bueno, algo.

—Pues no deberías estarlo, estoy seguro de que vas a tener mucho éxito esta noche.

—Ojalá.

—¡Mucha mierda! Le mando besos a tu madre.

—Adiós, Danny, gracias por llamar.

Emma colgó el teléfono y lo guardó en su bolso.

—Era Danny, te manda besos.

—Ah, qué amable —dijo Mery con una sonrisa.

Salieron de la habitación del hotel y bajaron hasta la entrada. Se detuvieron un momento para admirar el atardecer de Nueva York. Emma estaba segura de que nunca había visto algo igual y decidió hacer una foto con su móvil.

La galería estaba ubicada en un imponente edificio de grandes ventanales y arcos. Al entrar, una mujer de nariz aguileña, enfundada en un elegante vestido, se acercó a recibirlas.

—¿Emma? ¿Emma Brown?

—Sí, soy yo.

—Un placer, Emma, soy una gran admiradora de tu obra —dijo, extendiendo la mano—. Yo soy Clare. Usted debe ser Mery, ¿verdad?

—Sí, soy yo —dijo en un amigable apretón de manos.

—Bienvenidas, pasad. Habéis llegado con tiempo; hasta ahora solo han llegado un par de artistas que están revisando sus obras.

Al entrar, Emma y Mery se dieron cuenta de que la galería era una obra de arte en sí misma, había frescos en el techo, lámparas de araña y un resplandeciente suelo de mármol.

Un camarero en uniforme apareció con una bandeja de bebidas.

—¿Qué tomaréis? —preguntó Clare.

Mery cogió un vaso de champán y Emma un refresco.

—Muchas gracias —dijo Mery.

—Sí, gracias —dijo Emma.

—¿Os apetecería que os enseñara dónde se encuentran tus obras, Emma?

—Sí, eso sería genial —respondió, sintiendo cómo se le aceleraba el corazón.

Clare comenzó a caminar, y Emma y Mery la siguieron. A medida que avanzaban, admiraban las obras de los demás artistas. Por primera vez, Emma no pudo evitar pensar que sus obras no estaban nada mal.

Poco a poco, la galería comenzó a llenarse de gente, y Emma comenzó a relajarse.

—Mamá, voy a ir a ver las obras que están por allí —dijo señalando con el dedo.

—Estupendo, cariño.

Emma se despidió y Mery se quedó ensimismada frente a varias obras, con la copa de champán en la mano. Entonces, un olor familiar azotó su nariz. Al girarse, vio la figura de una mujer de espaldas, con vestido negro, pelo blanco recogido y caminando con un bastón.

Un escalofrío le recorrió el cuerpo. «Contrólate», se dijo, mientras respiraba profundamente. Decidió que lo mejor sería salir a tomar aire fresco.

Emma tarareaba la canción *Crazy*, de Aerosmith, mientras observaba una de sus obras más personales: *Santas*. En el lienzo, seis mujeres de distintas edades danzaban desnudas flotando sobre el suelo en la penumbra de la noche. Cada una de las protagonistas del cuadro presentaba cicatrices en distintas partes del cuerpo, testigos del dolor y la angustia de las batallas de la vida. Para Emma, el cuadro representaba la libertad que, a veces, llega tras el sufrimiento, cuando finalmente permitimos que esta nos posea.

De reojo, pudo ver que alguien se había colocado al lado de ella, ignoró por completo su presencia, aunque se moría de ganas de poder ver el rostro para identificar la expresión de su rostro al ver su obra.

—¿No le parece impresionante?

Emma se giró y se encontró con una mujer de ojos verdosos, nariz fina y cabello blanco recogido, apoyada en un bastón.

—¿Usted cree? —preguntó Emma.

—Oh, claro que sí, querida; de hecho, voy a comprarlo, ya he hablado con la señorita Clare.

—¿Qué es lo que más le gusta de la obra?

—El enfado, la frustración, la desesperación y el odio que los trazos transmiten.

—Vaya, parece entender mucho sobre arte.

—Soy la dueña de la galería, querida, algo debo saber… —dijo entre risas la misteriosa mujer.

—Lo siento, no quería ser impertinente.

—Tranquila, joven, no lo has sido.

—¿Puedo preguntarle su nombre?

—Agatha, me llamo Agatha. Y tú debes ser Emma Brown —dijo con los ojos llorosos y un tono melancólico.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, alarmada.

—Querida, yo misma decidí qué artistas presentarían sus obras esta noche.

Emma quedó totalmente hipnotizada por la elegancia y el aura que envolvía a aquella extraña mujer que acababa de conocer.

Mery entró de nuevo a la galería, no pudo evitar preocuparse al ver a Agatha hablando con Emma, aunque no tuvo el valor de interrumpir la conversación.

A pesar de que el evento había concluido, la galería seguía llena de vida: artistas e invitados continuaban bebiendo, charlando y admirando las obras que colgaban de las paredes.

Emma abrazaba a Mery con fuerza, se habían vendido la totalidad de sus obras, todos los presentes se habían acercado para felicitarla, halagarla y admirarla.

Llena de entusiasmo, decidió dar otro paseo por la galería, esta vez sin el peso del nerviosismo ni del miedo.

Fue al acercarse a uno de los pasillos principales cuando escuchó a alguien sollozar. Se acercó lentamente y pudo ver a una joven de su edad llorando sobre el hombro de su padre.

—Helena, ha sido la primera vez; no pasa nada, es lo normal —decía el hombre tratando de consolarla.

—Tenía muchas esperanzas, papá —le contestó.

—Eres una gran artista, esto le puede pasar a cualquiera.

Emma recordó haber visto alguna obra firmada por una tal Helena durante la exposición de aquella noche. A decir verdad, le habían gustado bastante sus obras: se había topado con otra joven prodigio.

Se marchó sintiendo compasión por la pobre Helena, pensando que ella estaría igual o más decepcionada si aquella noche las cosas no hubieran salido como lo hicieron.

Mery apareció de la nada algo pálida y con una mueca extraña en el rostro.

—Mamá, ¿qué te ocurre?

—Nada, cariño, estoy bien —mintió.

—Pareces cansada.

—Sí, un poco. ¿Te parece bien si nos vamos ya al hotel?

—Sí, claro, vámonos.

Salieron de la galería disimuladamente. Emma respiró hondo al sentir el aire fresco en sus pulmones, algo que no había hecho en horas.

Caminaban en silencio bajo las estrellas, mientras Mery pensaba en cómo abordar un asunto que le inquietaba bastante, pero Emma se le adelantó.

—¿Sabes? He visto a una artista llorando por no haber vendido ninguna de sus obras… Y, a decir verdad, no estaban nada mal.

—Oh, vaya, pobre chica.

—Sí, la verdad es que sí.

—Por cierto, Emma, te he visto hablando con una señora. ¿De qué hablabais?

—Ah, sí, se llamaba Agatha, era la dueña de la galería. —Mery asintió, esperando que Emma continuara—. Compró uno de mis cuadros, *Santas,* en concreto. Era una mujer un tanto particular.

—Entiendo, no te estaba molestando ni nada parecido, ¿verdad?

—En absoluto, puedes estar tranquila.

Mery le sonrió y Emma le devolvió la sonrisa.

—Estoy muy orgullosa de ti.

—Gracias, mamá.

***

Esa noche, encender la chimenea del gran salón fue necesario. Michael dejó justo enfrente del fuego una caja que había traído

aquella noche de la oficina, pero decidió servirse una copa de whisky antes de sentarse y revisar el contenido.

Caminó descalzo por la alfombra con el vaso en la mano, se sentó enfrente de la chimenea, bebió un sorbo y abrió la caja: en el interior había cerca de cien cartas que había recibido en la última semana, todas ellas amenazándole de muerte.

Obviamente, Mery era ajena a todo aquello, al igual que al incidente que Michael sufrió la noche anterior, y así debería seguir siendo. Abrió la caja y comenzó a arrojar una a una las cartas al fuego, mientras se planteaba seriamente si la política merecía la pena.

Aquella noche fue él el destinatario, pero no pudo evitar recordar que en alguna de aquellas malditas cartas nombraban a Emma y Mery: algunas fueron enviadas a su despacho y otras a su propia casa. Jamás podría perdonarse que a Emma le ocurriera algo por su culpa.

Tras la segunda copa, su cabeza se convirtió en un torbellino de pensamientos que no hacían más que atormentarlo. Se tumbó en la alfombra boca arriba y se percató de que no había llamado a Emma o Mery para saber cómo había ido la exposición; realmente, no le hacía falta, tenía ojos y oídos en todas partes, sabía que Emma había vendido las tres obras que había expuesto, pero su misión como padre era disimular lo que sabía y compartir la alegría de los éxitos de su hija junto a ella.

Echó un vistazo al reloj que colgaba de la pared: eran las dos y cinco de la mañana, seguro que Emma estaría durmiendo plácidamente, creyó recordar que tomaban el vuelo de vuelta bastante temprano, por lo que esperaría al día siguiente para contactar con ella.

Se levantó del suelo y acabó la copa de whisky de un sorbo, la dejó vacía en la mesa del salón y subió escaleras arriba algo mareado.

Llegó a la habitación de Emma, encendió la luz, se dejó caer sobre su cama y se sumergió en un profundo sueño.

Despertó desorientado, desconocía por completo la hora que era, miró por la ventana: la luna aún brillaba con fuerza, se levantó y abrió la carpeta de bocetos y dibujos de Emma, algo que él y Mery tenían totalmente prohibido, pero en aquel momento pareció haber olvidado o ignoraba la única regla que la chica había establecido en su casa.

Michael quedó totalmente hipnotizado por el talento de su hija y la capacidad que tenía para plasmar sensaciones y emociones en el papel. Una vez revisada la carpeta, la dejó donde estaba. Se abalanzó sobre el armario de Emma y comenzó a admirar su ropa, la tocaba y la olía con intensidad hasta que decidió ir más allá y abrió el cajón de su ropa interior.

15

3 de octubre, 2008

David no podía dejar de pensar en lo surrealista de aquella situación. Elizabeth se encontraba tras él, con los ojos abiertos, contaba una y otra vez.

Sus pupilas se movían con rapidez, pero los ojos que contaba eran aún más ágiles que los suyos, ya habituados a la oscuridad.

—Elizabeth, por favor, que manden ambulancias, dos unidades más, y que cierren el hotel.

—Voy —contestó Elizabeth sin poder articular una palabra más.

Subió con rapidez las escaleras, ya que allí abajo la radio dejaba de funcionar y no había cobertura.

Apenas tuvo tiempo de procesarlo cuando sus botas se mancharon con su propio vómito.

Desde lejos, vio a sus compañeros de la Científica saliendo del ascensor, empujando una camilla con un cadáver. Ese había sido el motivo por el cual el propio Jeffrey Conrad los había llamado. A altas horas de la noche se había oído un disparo en la habitación 203, las cámaras de recepción no habían captado a nadie saliendo del hotel, pero ese era otro misterio por resolver.

Elizabeth se recompuso como pudo y comunicó a Jeffrey las órdenes de David. Este no hizo preguntas y obedeció. Se ordenó a los huéspedes que no salieran de sus habitaciones durante las próximas horas, explicándoles que se trataba de un incidente policial. No parecía que ningún huésped se alterase, de hecho, todos colaboraron y el hotel quedó precintado.

Una vez Elizabeth habló con la central, volvió sobre sus pasos con rapidez. Jeffrey entró en su despacho con calma, cerró la puerta y pateó la mesa, presa del pánico. Cogió el teléfono y marcó con toda la velocidad que sus dedos le permitían.

—Jefe, tenemos un problema: las han encontrado.

David palpó la pared hasta dar con un cuadro de mandos y encendió el resto de luces de aquel lugar.

Los llantos lo atormentaban; nadie se movía, todas permanecían quietas, con los rostros bañados en terror. Y todos esos rostros le resultaban familiares. De hecho, las conocía a todas: niñas y mujeres de entre once y veinte años.

Entonces pudo contar con más claridad: había un total de veintitrés niñas y mujeres desnudas, drogadas y presas del pánico.

Buscó con la mirada a la que podía ser la mayor de todas para hablar con ella, pero no tardó en darse cuenta de las pupilas dilatadas y el cansancio extremo de las más pequeñas. Cuando encontró un pequeño grupo de chicas más maduras, dio un paso hacia ellas: trataban de sujetar a una de sus compañeras, que yacía desvanecida en el suelo con una jeringuilla colgando de su brazo.

—Las ambulancias y las unidades han llegado —dijo Elizabeth, a quien David no había oído bajar.

—Que bajen, rápido.

16

10 de octubre, 2008

David se masajeó las sienes nada más despertar. Su cabeza retumbaba con fuerza y las gotas de sudor reptaban por su cuello, empapando su cuerpo y las sábanas.

Miró el reloj: eran las once de la mañana. De inmediato supo que tendría varias llamadas de Bonnie. Y no se equivocaba. No dejó que su aturdimiento lo retrasara más y devolvió la llamada.

—Bonnie, perdona, me he quedado dormido; en diez minutos estaré en tu casa.

—No te preocupes, aquí te espero.

Sabía que una ducha fría era lo que necesitaba; cuando acabó, se vistió de paisano y salió a toda prisa de su casa.

Bonnie acababa de llenar la taza de café cuando escuchó a David aporrear la puerta.

—Joder, qué mala cara. Pasa.

David la siguió hasta la cocina, donde se sentó frente a su café hirviendo.

—¿Tan malo es?

—No te puedes ni imaginar —respondió, acercándose la taza a los labios.

—Me da miedo preguntarte —dijo Bonnie con tono serio y cruzándose de piernas.

Como era habitual, David se bebió el café de un trago y se levantó para tomar un vaso de agua del grifo.

—Está todo conectado.

—¿Todo? ¿A qué te refieres con todo?

—Nunca debieron archivar el caso de Michael Brown en el FBI.

—Lo sé, pero ¿qué tiene que ver Michael Brown con esto?

—¿Recuerdas algunas de las desapariciones que comenzaron desde finales de los ochenta hasta hoy?

—Por supuesto. Apenas salían en la prensa y los medios; nadie se enteraba de nada. Hacían parecer que Hellyfield era un lugar idílico.

—Veintitrés. Fueron veintitrés desapariciones. —Bonnie escuchaba en silencio, esperando a que ordenara sus ideas—. No murieron, no las asesinaron… estaban todas allí abajo, vivas.

Bonnie suspiró con fuerza.

—David, ¿qué les ha ocurrido? ¿Qué ha pasado?

—Todas ellas presentan desgarros en los genitales. Los médicos se exaltaron al verlo: una puta carnicería. Han dado positivo en más de quince sustancias tóxicas diferentes, Spicy Candy la que más. —Una lágrima se animó a recorrer el rostro de David—. Creo que Nathalie consiguió escapar, pero antes de que nosotros la encontrásemos, lo hicieron ellos.

Bonnie movía la pierna con velocidad y había comenzado a morderse los labios.

—¿Trata de mujeres y menores? —preguntó.

—Exacto, y siguen en peligro. Puede que las estén buscando para matarlas si hablan. Tenemos a más de treinta agentes vigilando la zona y el hospital, tanto dentro como fuera.

—¿Qué tiene que ver Brown en todo esto?

—Es el dueño del hotel —sentenció.

17

14 de octubre, 2008

Emma seguía en la cama, rememorando cada detalle de la noche de su primer debut en Nueva York: las obras de arte colgadas de las paredes, la elegancia con la que todos los asistentes vistieron, sus tres primeras ventas valoradas en miles de dólares... Había probado el sabor del éxito y aún podía relamerse los labios.

Se sentía presente en el mundo, vista, bien. Su estómago comenzó a rugir con fuerza, así que salió de la cama con prisas en busca de algo para comer.

Llenó el tazón de cereales de chocolate y después echó la leche. Una sonrisa tonta se dibujó en su rostro al pensar en esas personas que echaban primero la leche y después los cereales: no tenía sentido ninguno, al menos para ella. No era igual de satisfactorio que ver cómo los cereales suben como la espuma en el tazón.

Como de costumbre, se sentó en el sofá y degustó sus cereales mientras miraba por los grandes ventanales del salón. Las caricias del sol sobre su piel la hacían sentirse tremendamente a gusto.

No había terminado el desayuno cuando alguien llamó a la puerta. Entonces se dio cuenta de que estaba sola en casa. Dejó el tazón en la mesa del salón y, con el pijama aún puesto, fue a abrir la puerta. Al hacerlo, se encontró con un repartidor de correo.

—Buenos días —saludó él segundos antes de leer la etiqueta del paquete que tenía entre sus manos—. ¿Emma Brown?

—Buenos días, sí, soy yo.

—Aquí tiene, señorita —le dio el paquete—, ¿podría firmar justo aquí?

—Sí, claro.

—Muchas gracias, que tenga un buen día.

—Igualmente.

Emma cerró la puerta y se quedó anonadada durante unos segundos, observando la caja de cartón. Nunca había recibido nada por correo.

Fue a la cocina en busca de unas tijeras o un cuchillo para poder abrir la caja; una vez dio con ello, volvió al salón.

Sostuvo el paquete entre sus piernas y, torpemente, consiguió abrirlo.

Cuando retiró el cartón, se encontró con una caja de madera maciza que explicaba el peso del paquete.

Con cuidado, la abrió y el olor a madera le golpeó con fuerza las fosas nasales.

Dentro encontró una navaja, aunque en realidad era un cuchillo, con empuñadura de cuero teñido de verde, al igual que su funda. Lo sacó con extremo cuidado y, al mirarlo más de cerca, apreció el grabado que había en la hoja: «Emma Brown». Aquello aumentó más su intriga. Dejó las tijeras sobre el sofá para cerciorarse de que no había nada más en la caja. Fue entonces cuando encontró un pequeño sobre blanco. Lo abrió a toda velocidad y sacó una tarjeta, que decía: «Con cariño, Agatha».

Emma sintió cómo su corazón se aceleró al leer el nombre de aquella misteriosa mujer que había conocido durante su visita a Nueva York.

Dejó el tazón de cereales a medio terminar en la cocina y recogió el envoltorio del paquete junto a la caja de cartón.

Subió las escaleras hacia su habitación y dejó todo sobre la cama. Sin demorarse, buscó en el envoltorio de la caja el remitente. No encontró nada, solo aparecía el destinatario.

Entonces, reparó en que tal vez Agatha había dado con su dirección gracias a la información que proporcionó a la administración de la galería para que pudieran firmar el contrato. Esa información incluía, entre otros datos, su domicilio en Pick Brave.

Pero no podía evitar preguntarse: ¿por qué un cuchillo de aquellas dimensiones?

La curiosidad la invadió. Encendió su ordenador y comenzó una búsqueda exhaustiva en internet para saber de qué tipo de cuchillo se trataba.

Tardó varios minutos en encontrar información sobre su tipología: se trataba de un cuchillo de acero de Damasco. Desde luego, no le hacía falta conocer su nombre para saber que debía guardarlo bajo llave y evitar que sus padres lo encontraran.

Apartó las prendas de ropa que colgaban de su armario y buscó con la mirada algún hueco o esquina donde poder esconder la caja y que esta pasara desapercibida.

Dio con un rincón tras una caja de ropa de verano, colocó la caja con el cuchillo allí. «Perfecto», pensó, al ver que pasaba totalmente desapercibida.

Bajó de nuevo las escaleras hacia el salón, pero no podía parar de pensar en Agatha y en aquel cuchillo. Le encantaría poder contactar con ella y saber a qué se debía, tal vez solo quería tener un detalle con ella tras el éxito que tuvo aquella noche, aunque, a decir verdad, aquella idea le pareció un sinsentido.

No pudo evitar recordar lo incómoda que se sintió su madre tras verla hablar con Agatha. A pesar de todo, también le pareció que aquello carecía de sentido: tan solo se preocupó por que nadie le molestara.

De repente escuchó cómo la puerta de la casa se abría. Alguien había entrado. Emma se asomó al recibidor, convencida de que se trataba de Mery... pero se llevó una sorpresa al ver que quien acababa de llegar era Michael.

—Hola, cariño —saludó Michael al verla.

—Hola, papá —contestó.

Michael se acercó a ella y le dio un beso en la mejilla.

—¿Qué tal tu mañana?

—Bien, papá, ¿qué haces en casa tan pronto?

—Me voy a tomar un par de días para descansar, cariño; los necesito —explicó Michael suspirando—. Oye, ¿te apetece que mañana hagamos una ruta de senderismo? Tú y yo. Así me cuentas con más detalle cómo fue Nueva York. Apenas te veo últimamente... y no será porque no haga malabares para verte.

—Sí, claro, estaría genial —mintió Emma.

18

15 de octubre, 2008

A la mañana siguiente, los pájaros cantaban con fuerza, acompañados por el amanecer y el olor a tierra mojada.

Michael miraba por la ventana; ciertos dilemas lo perseguían desde hacía unos días, desde la noche en que lo atacaron al salir del Congreso.

Se planteaba seriamente si debía continuar con su carrera política.

Era consciente de que estaba poniendo en peligro a Mery y Emma. Muchas de las cartas que había recibido intentaban intimidarlo, dejando claro que conocían la existencia de ambas. Sin embargo, algo dentro de él le decía que abandonar sería un fracaso.

Se giró y el sedoso cabello de Mery le acarició el rostro, dejando una estela de un agradable aroma. La abrazó con fuerza, le besó en la cabeza y se levantó de la cama para darse una ducha refrescante.

Mientras tanto, Emma deslizaba su dedo sobre su nombre grabado en la hoja del cuchillo, cortesía de Agatha. Se sobresaltó al recordar que la misteriosa mujer le había dicho que era dueña de la galería de arte. Quizá podría encontrar algo de información en internet si hacía una rigurosa búsqueda. Devolvió el cuchillo al fondo del armario, cogió su ordenador portátil y volvió a la cama.

Partía con desventaja, ya que desconocía el apellido de Agatha, pero decidió emprender su búsqueda desde la página web de la propia galería.

Los minutos pasaron y, aunque Emma utilizó buenos términos de búsqueda, no encontró ninguna información sobre ella, ni siquiera en la propia página web.

Cuando escuchó unos pasos aproximarse, cerró el ordenador y lo escondió bajo el edredón.

Llamaron a la puerta, supo que se trataba de Michael.

—Buenos días —dijo Michael al abrir.

—Buenos días, papá.

—¿Estabas despierta?

—Desde hace unos minutos.

—Bien, cuando quieras, puedes bajar a desayunar.

—Vale.

—Y coge ropa de abrigo, parece que refresca esta mañana.

—Sí.

Michael cerró la puerta tras de sí, y Emma exhaló con fuerza. Apenas tenía hambre, pero sabía que debía comer. Le esperaban dos o tres horas de senderismo y Michael solía llevar un buen ritmo. Salió de la cama y bajó las escaleras para reunirse con su padre en la cocina.

Cuando llegó, se sorprendió al ver el desayuno que su padre había preparado para ella y su madre.

Tomó asiento y sintió cómo las manos de Michael cayeron sobre sus hombros.

Bajaron del coche y, entonces, Emma dejó de darle vueltas al extraño comportamiento que su padre había mostrado ese día. Parecía alterado, con los sentimientos a flor de piel.

—¿Es aquí? —preguntó Emma.

—Sí, aquí es, tenemos que caminar un poco antes de comenzar la ruta, pero te encantará.

Emma asintió sonriendo.

Caminaron unos minutos hasta llegar al sendero. Emma iba delante, observando insectos y plantas, algo que siempre le había fascinado desde niña.

En cambio, Michael caminaba con la mandíbula tensa, sin apartar la vista de Emma. Sabía que aquel día era perfecto para ejecutar lo que tenía planeado: nadie los vería.

—Cuéntame, cariño, ¿cómo fue la exposición?

—Bueno, ya sabes, se vendieron las tres obras que llevé; estoy bastante contenta.

—Sí, estoy muy orgulloso de ti. —Le acarició el cabello—. ¿Conociste a gente importante del mundillo?

—Mmm, a decir verdad, sí, conocí a la dueña de la galería.

—¡No me digas! —exclamó fingiendo sorpresa, aunque Mery ya lo había puesto al día—. ¿Cómo se llama? Es mera curiosidad.

—Se llama Agatha; de hecho, ella compró uno de mis cuadros.

—¿La dueña de la galería te ha comprado un cuadro?

—Sí, así es.

—No dudaba de que llegarías alto. —Sonrió.

Siguieron caminando por la montaña en silencio. De vez en cuando intercambiaban palabras, pero se trataban de conversaciones bastante banales y vacías.

Michael no podía evitar mirar a su alrededor, buscando el lugar perfecto para llevar a cabo lo que tanto tiempo llevaba rondando en su mente.

Emma se giró esperando encontrarse con el rostro de su padre, pero no fue así.

—¿Papá?

Michael había desaparecido. Emma comenzó a sentir miedo. ¿Qué podía haberle ocurrido? Lo buscó desesperada, retrocedió por el sendero por si se había quedado atrás, pero no había rastro de él.

***

Había pasado una hora y Michael seguía sin aparecer. A Emma le resultó extraño no haberse encontrado a nadie más en el sendero. No podía preguntarle a nadie si lo habían visto.

Volvió al punto donde habían llegado anteriormente, se puso de rodillas, con manos temblorosas, buscó su teléfono móvil en la mochila.

Llamó a su padre, pero el teléfono estaba apagado.

Miró a ambos lados del camino: hacia la derecha e izquierda comenzaba el espeso follaje del bosque. Decidió adentrarse con cautela para buscarlo.

Caminó despacio, y al avanzar un poco más, sintió cómo unas manos la inmovilizaban. Antes de que pudiera reaccionar, un pañuelo impregnado en algo la cubrió por completo. Su visión comenzó a nublarse.

***

Sus ojos comenzaron a abrirse lentamente. La humedad le calaba hasta los huesos. Lo primero que vio fue el cielo gris. Habían pasado horas; debían ser las cinco o seis de la tarde. No pasó una milésima de segundo cuando vio cómo unas manos forcejeaban con el cinturón de su pantalón.

Justo entonces, despertó de golpe, como una pantera al acecho. En un movimiento brusco, logró retroceder unos centímetros y propinó una patada a Michael.

Se levantó aturdida mientras su padre yacía en el suelo intentando incorporarse. Emma comenzó a correr montaña abajo a través del frondoso bosque; las ramas de los árboles arañaban su rostro, y las piedras del suelo le hacían tropezar, pero nada de eso la detuvo. Escuchaba cómo, tras ella, Michael trataba de atraparla de nuevo.

No se dirigían la palabra, no había sonidos, solo una verdad que ambos conocían.

Michael le pisaba los talones, y Emma notaba cómo sus piernas le comenzaban a flaquear.

La luz desvanecía, lo que le impedía ver con claridad por dónde corría, pero sabía que le sería más fácil esconderse; ambos estaban ya cerca de la falda de la montaña.

Emma tomó aire y, con decisión, realizó un brusco cambio de dirección. Continuó corriendo por una zona más densa del bosque, buscando desesperadamente un escondite. Encontró un gran hueco en el tronco de un árbol y se ocultó allí, erizándose al escuchar pasos que se acercaban lentamente.

—¡Emma! ¡Emma, cariño, se ha hecho tarde, deberíamos volver a casa!

Ella cubrió su nariz y su boca con las manos e intentó controlar la respiración todo lo posible. Michael estaba cerca, le sorprendió cómo de próximos sonaban sus pasos, podía oír perfectamente cómo crujían las hojas del suelo.

Cerró los ojos con fuerza y sintió dos lágrimas resbalar por sus mejillas quemadas por el frío viento. Los abrió y se topó con la sonrisa de Michael.

La forzó hasta que salió; una vez fuera, la empujó y cayó al suelo de espaldas. Michael se colocó sobre ella.

—Puedes gritar y resistirte todo lo que quieras, aquí nadie te escuchará.

De nuevo, Michael comenzó a desabrocharle el cinturón, aunque Emma no se lo estaba poniendo para nada fácil. A pesar de los esfuerzos, él consiguió deshacerse de aquel cinturón.

Bajarle el pantalón fue tarea fácil, fue en ese momento cuando Michael decidió bajarse los pantalones y la ropa interior; tras eso, colocó la ropa de Emma hacia un lado.

Dejó de resistirse. Cuando su padre se inclinó sobre su cuerpo, la joven le propinó un tremendo golpe en la sien con una piedra que había conseguido alcanzar en el momento en el que vio que Michael se había distraído. Su cuerpo cayó sobre ella y lo apartó con odio.

La lluvia comenzó a caer violentamente, empapando el cuerpo inconsciente de Michael.

Emma, en cambio, se mantenía en pie justo a su lado, dispuesta a aplastar el cuello de su padre en caso de que intentara realizar algún tipo de movimiento violento. Ignoraba la lluvia; sus cinco sentidos estaban enfocados en él.

Las sirenas de la ambulancia que ella misma había llamado comenzaron a sonar cada vez más cerca, en pocos minutos Michael recibiría asistencia médica.

Emma se agachó, con el rostro empapado y el barro manchando sus pantalones, y se inclinó al oído de Michael.

—Habla, y yo hablaré. Créeme, mis historias son más interesantes que todo esto… pero eso ya lo sabes.

Este asintió con un doloroso gemido, la sangre había manchado gran parte de su rostro y el dolor en la sien cada vez era más fuerte.

El sonido de la ambulancia se volvía cada vez más intenso. Emma tomó una profunda respiración e hizo que dos grandes lágrimas cayeran por sus mejillas y salió de entre los árboles al camino de tierra.

—¡Aquí, aquí! —gritó agitando los brazos.

La ambulancia se detuvo a pocos metros de ella. Dos de los paramédicos se concentraban en sacar la camilla y una de ellas se acercó a Emma.

—¿Estás herida? ¿Cómo te llamas? —preguntó con calma.

—Me llamo Emma, estoy bien, pero es mi padre quien los necesita. ¡Por favor, ayúdenme! —pidió fingiendo angustia y desesperación.

—Claro que sí, ¿dónde está tu padre?

—Está por aquí, tras estos árboles —indicó.

Los paramédicos llegaron con rapidez al lugar en el que Michael se encontraba.

—Ha recibido un gran golpe en la cabeza —advirtió uno de ellos.

—Por favor, señor, no se mueva —ordenó al ver que Michael hizo un insignificante intento por levantarse.

Le colocaron en la camilla y, en menos de un minuto, Emma y él estaban en la ambulancia en dirección al hospital de Hellyfield.

—¿Cómo se llama? —le preguntó un paramédico.

—M… Michael —balbuceó.

—¿Qué ha ocurrido, Michael? —preguntó mientras su compañero le colocaba una vía en el brazo derecho.

Emma le miró, expectante por oír su respuesta.

—Verá… soy político y he recibido varias cartas amenazándome —dijo con la respiración entrecortada—. Estoy seguro de que se trata de alguna de esas personas.

—¿Es usted Michael Brown?

—Sí.

—Ya estamos llegando, señor Brown.

19

17 de octubre, 2008

Michael descansaba en su habitación. Sobre la mesa de noche había un vaso de agua y varias cajas de pastillas; habían sido diecisiete los puntos de sutura en la sien izquierda.

Algo lo atormentaba. A veces, el miedo se apoderaba de él, aunque era un hombre fuerte, criado bajo la doctrina que dictaba que los hombres no muestran sus emociones, debilidades ni miedos.

Desde el suceso que tuvo lugar el 15 de octubre, las pesadillas eran recurrentes: unos ojos verdes lo atormentaban, lo perseguían, no podía esconderse de ellos, susurraban, le juraban la muerte. En ocasiones, cuando escuchaba los pasos de Emma caminar hacia su habitación, sudores fríos se apoderaban de él.

¿Qué había visto Michael aquella noche en los ojos de Emma que tanto lo aterrorizaba?

Escuchó unos pasos aproximarse y se incorporó en la cama. Al hacerlo, vio a Emma apoyada en el marco de la puerta: vestida con un camisón blanco, en una postura inquietantemente relajada.

—¿Cómo estás? —preguntó Emma, con indiferencia.

—Algo mejor, gracias, cariño —respondió Michael.

Emma caminó unos pasos hasta llegar a los pies de la cama y se sentó. Entonces, Michael pudo ver su rostro y su mirada de cerca: ahí estaban otra vez esos ojos. Esos que no había conocido hasta hacía unos días.

—Lo pasamos bien, ¿verdad? —dijo Emma.

—Sí, claro que sí —contestó Michael.

Emma se inclinó hacia su padre con una sonrisa en el rostro.

—Pues cuando quieras repetimos, Michael.

Emma se levantó de la cama y caminó hacia su habitación dejándole algo aturdido.

No podía parar de preguntarse qué le había ocurrido a su hija: la dulce, pequeña y sumisa Emma. Él lo había planeado todo para que siguiera siendo así siempre. Spicy Candy no era una sustancia que causara agresividad a largo plazo y él era consciente de ello.

***

El timbre sonó mientras Mery cocinaba la cena en la planta de abajo. Dejó lo que estaba haciendo y se dirigió a la mirilla para comprobar de quién se trataba: era un mensajero. Aquello le extrañó, pues no era hora de recibir ningún tipo de carta. A pesar de eso, no dudó en abrir la puerta.

—Hola, buenas noches —saludó Mery.

—Buenas noches, ¿Michael Brown? —preguntó el mensajero, a quien apenas se le veía el rostro, ya que llevaba la gorra demasiado baja.

—Sí, vive aquí.

El mensajero le extendió un sobre blanco a Mery.

—¿Podría firmar aquí?

—Por supuesto —dijo Mery mientras garabateaba el papel.

—Buenas noches.

—Adiós.

Mery cerró la puerta y observó el sobre con curiosidad: estaba en blanco por ambos lados, pero, por supuesto, ella no debía meter sus narices en los asuntos de su marido.

Subió las escaleras tranquilamente y caminó hacia su habitación.

Michael estaba sentado, leyendo papeleo del trabajo. Mery se acercó para hacerse notar, ya que él había ignorado su presencia desde que entró por la puerta.

—Toma, han traído esta carta a tu nombre.

Le extendió el sobre y Michael lo cogió mientras fruncía el ceño al hacer la misma observación que Mery segundos antes.

—Gracias, cariño —dijo dedicándole una pequeña sonrisa. Mery se la devolvió y caminó de nuevo hacia la cocina—. Mery, por favor, cierra la puerta.

—Claro.

Una vez que se quedó solo, Michael apartó los papeles en los que estaba inmerso y, ansioso, abrió el misterioso sobre. Solo había una tarjeta que decía:

Lo tenías merecido.

A. S.

La espina dorsal de Michael se erizó y, como si de un acto reflejo se tratara, pasó su mano por las costuras de su herida.

—Hija de puta —murmuró.

Realizó varias respiraciones profundas y procuró calmarse. No servía de nada perder los nervios. Sabía que los vigilaba a él y a Mery desde hacía años, pero ahora se presentaba una nueva cuestión: ¿A quién había estado observando hacía dos días? ¿A él o a Emma?

Desde luego, si algo estaba claro era que Mery no debía enterarse de aquello. Si lo hacía, entraría en pánico, y él no soportaba verla así. Siempre le hacía perder los nervios y no quería dejarle un ojo morado... como ya había ocurrido en otras ocasiones.

Introdujo la nota de nuevo en el sobre y se levantó de la cama. Fue al baño, destrozó el sobre en pequeños pedazos y los arrojó al inodoro. Luego tiró de la cadena.

***

Emma rebuscaba en su armario hasta que, por fin, encontró la caja que contenía el cuchillo con el que tanto se había obsesionado últimamente.

Sentía cómo flotaba en su interior, ignoraba todo lo que la rodeaba, su habitación había dejado de existir: solo estaba ella.

Se situó frente al espejo, deslizó su lengua sobre la fina hoja del cuchillo.

La sangre brotó lentamente. Cerró la boca y saboreó el sabor metálico, que le causó un placer indescriptible. Echó un vistazo al cuchillo manchado con su sangre. Deslizó su dedo índice por él y se lo llevó a la boca.

20

22 de octubre, 2008

La noticia dio la vuelta al mundo: veintitrés niñas y mujeres que habían sido dadas por muertas fueron rescatadas con vida. Sus testimonios herían la sensibilidad de oyentes, lectores y de la propia policía.

David se encontraba hastiado por la insistente prensa, proporcionaba las mismas respuestas a las mismas preguntas una y otra vez.

A pesar de todo, no podía evitar sentir satisfacción al ver cómo las jóvenes rescatadas aceptaban toda la ayuda que se les ofrecía desde el hospital: terapias individuales, grupales, medicación… Lo que fuera necesario. El día en el que los familiares de las víctimas acudieron al hospital en busca de ellas, las lágrimas fueron incontrolables.

Con Jeffrey Conrad bajo custodia preventiva —a la espera de juicio—, aún le quedaba roer el hueso más duro de todos: sentarse cara a cara con Michael Brown, a quien parecía no afectarle nada de aquello. Esa actitud le ponía la piel de gallina a David.

A pesar de no haber tenido la oportunidad de hablar con Michael a esas alturas del caso, sí lo había hecho con parte de su ejército de abogados; desde luego, aquel caso prometía, de modo que no entendía cómo los federales no habían aparecido para meter sus narices.

—Y no creo que lo hagan —dijo Bonnie.

—¿Me estás diciendo que el FBI se va a mantener al margen? ¿Estás segura?

—No, no te lo puedo asegurar al cien por cien, David, pero este cabrón está blindado.

—Cuando su nombre salga en la prensa, la presión mediática será insoportable.

—¿En la prensa? Pareces nuevo. Si no ha salido ya, no lo hará —dijo Bonnie.

—Joder, es cierto.

—Haz tu trabajo, David. Olvídate de quién es y acepta todo lo que ocurra de ahora en adelante.

—¿Cómo puedes decirme eso? —inquirió David.

—Porque me habría gustado escuchar esas mismas palabras cuando fui a por él.

21

24 de octubre, 2008

Michael llegó a Hellyfield la noche anterior. No se molestó en proporcionarle detalladas explicaciones a Mery: «Negocios, ya sabes», le dijo con indiferencia.

Todavía no se había puesto la camisa; vestía solo los pantalones del traje. Se inclinó sobre el lavabo para ver más de cerca cómo estaba quedando el maquillaje sobre su herida. No pretendía ocultarla, tan solo quería darle mejor aspecto del que tenía.

Mientras se daba toques en la sien con la esponja de maquillaje, se preguntaba si Danniel había notado su presencia en la casa; había sido silencioso durante la llegada, pero podría haber visto su coche aparcado en cualquier momento.

Cuando quedó satisfecho con el resultado, se echó algo de perfume, se puso una camisa blanca, la chaqueta del traje y bajó las escaleras para dirigirse a la comisaría.

En su rostro no existía ni una pequeña muestra de nerviosismo o incertidumbre. De hecho, estaba bastante tranquilo.

***

Por otro lado, David no paraba de caminar de un lado a otro dentro de su despacho. Elizabeth lo observaba, como si de una pelota de tenis de mesa se tratara.

—David, ¿por qué estás tan nervioso? Has hecho decenas de interrogatorios.

—Este es diferente, Elizabeth.

—¿Por qué? ¿Porque se trata de Michael Brown?

—Exacto, ya me han advertido sobre él, y he hablado con sus abogados. Lo sabes.

—Sí, lo sé.

—Es un cabrón sin escrúpulos. No sé por dónde podrá salir.

—Puedo entenderlo.

David dejó de dar vueltas. Se sentó en su silla y encendió un cigarrillo mientras miraba el reloj de pared. Debía estar por llegar.

—Me resulta muy extraño que Jeffrey Conrad no haya dicho palabra alguna —dijo Elizabeth.

—Él sabía perfectamente lo que se estaba cociendo en aquel sótano: es un responsable directo.

—Sí, pero puede ser que Michael Brown no supiera nada.

—Es cierto… Apenas pasaba por allí.

No se había acabado el cigarrillo cuando lo apagó en el cenicero de su mesa. Se levantó con rapidez.

—Vamos, Elizabeth; es la hora.

Elizabeth asintió y se levantó.

Ambos caminaron hacia la sala de interrogatorios. Una vez tras el cristal, pudieron ver a Michael en una postura relajada. Frente a él, había un vaso de agua que permanecía intacto. Había llegado sin abogado.

David entró en la sala con un montón de papeles bajo el brazo. Tomó asiento en su silla, frente a la de Michael Brown, y dejó los documentos sobre la mesa que los separaba. Levantó la mirada, y allí estaban los ojos de Michael, ya fijos en él.

—Buenos días, señor Brown.

—Buenos días, inspector Morretti.

Se saludaron ambos.

—Si le parece bien, vamos a comenzar.

Michael asintió con la cabeza y Elizabeth, tras el cristal, se mordía las uñas con nerviosismo.

—Señor Brown, ¿es usted dueño capitalista del Hotel Le Grand Emperador, cierto?

—Sí, inspector, es correcto.

—¿Cuántos años ha estado el señor Conrad trabajando para usted?

—Desde el año en el que se abrió, 1987 —respondió con total seguridad.

—Y usted lo adquirió en el año 1985.

—Sí, así es.

—¿Confiaba usted en el señor Conrad? Debía de hacerlo, ya que, según los informes de la policía, usted apenas pasaba por el hotel.

—Sí, confiaba plenamente en él; es por eso por lo que lo contraté como director general del hotel.

—¿Cómo depositó tan rápido la confianza en alguien que apenas conocía?

—Verá, señor Morretti, la carta de presentación del señor Conrad y sus referencias eran excelentes. Supe desde que lo vi que era alguien en quien podía confiar.

—¿Cómo mantenía el control de su negocio si nunca aparecía por allí, señor Brown?

—El señor Conrad y yo manteníamos contacto telefónico a diario, algo que puede comprobar. Eso que comenta, sobre que nunca pasaba por el hotel, no es del todo cierto, señor inspector. Tres veces al año me ausentaba de mi trabajo principal en Incopharma para estudiar con él los resultados anuales y hacer pequeñas inspecciones en el hotel.

—¿Sabía usted algo sobre la existencia de aquel sótano en su propiedad?

—Por supuesto, inspector, aparecía en los planos —explicó Michael dejando las manos boca arriba sobre la mesa.

—Señor Brown, como sabrá, las mujeres rescatadas han sido interrogadas. —Michael asintió—. Al parecer, el perfil del abusador y violador que frecuentaba aquellos pasillos era el de gente con gran importancia, gente con la que usted ha tenido contacto, incluso negocios, como el director general Room&States de Nueva York y grandes magnates de Asia oriental. ¿Cómo es posible que desconociera usted toda la actividad que se estaba llevando a cabo en su propiedad?

—Inspector, no sabe lo que me desconsuela y horroriza escuchar toda esta información. Espero que se haga justicia con todo este asunto.

«Valiente cabronazo, parece que dice la verdad», pensó David. Cuando se disponía a continuar con el interrogatorio, alguien llamó a la puerta: era Elizabeth.

—Jefe, debería salir. Es importante.

David se levantó y cerró la puerta tras él.

—¿Qué ocurre, Elizabeth?

—Los agentes que fueron enviados al hospital para hablar con las chicas acaban de llegar. Ninguna de ellas reconoce a Michael Brown.

David tomó una bocanada de aire y, sin mencionar palabra alguna, volvió a la sala de interrogatorios para proseguir su conversación con Michael.

Cuando volvió a sentarse, se percató de que el vaso del interrogado estaba vacío.

—Hemos acabado, señor Brown… pero no se vaya muy lejos.

Más tarde, en el despacho que ambos compartían, Elizabeth no ocultaba su frustración.

—No tenemos pruebas de valor contra él, David —dijo, malhumorada.

—¡Maldita sea! —gritó propinándole un fuerte golpe a la mesa.

Pasaron cerca de una hora en absoluto silencio, sentados en el despacho, repasando distintos informes en búsqueda de alguna prueba, de algún destello que se les pudiera haber escapado. El teléfono sonó.

—¿Diga? —contestó David—. Entiendo.

Y colgó.

Elizabeth miró de reojo cómo su superior hundía el rostro entre sus manos.

—¿Qué ocurre?

—Jeffrey Conrad ha salido de prisión bajo fianza.

***

Michael colgó el teléfono móvil. Renunciaría a su cargo político en cuanto llegara a Pick Brave. Era un hombre ambicioso, amaba el poder por encima de todas las cosas, pero también sabía cuándo tenía que retirarse. Se encontraba en un entorno hostil, en el que debía caminar con pies de plomo; no podía permitirse ningún otro fallo, pues aquello supondría otra oportunidad para darle caza.

Hizo la pequeña maleta que había llevado a su corto viaje y salió de casa con cuidado, para evitar ser visto por Danniel.

Justo antes de entrar en su coche, el bolsillo de su pantalón comenzó a vibrar con fuerza. Esperó a estar dentro para ver de qué se trataba. Se le heló la sangre al ver que eran varias fotografías en las que aparecía intentando desvestir a Emma el día del incidente.

—¡Joder!

La sangre se le subió a la cabeza. Su rostro se tornó rojizo debido a su enfado, y las venas que recorrían sus sienes se ensancharon con rapidez. Aquello estaba yendo demasiado lejos.

Por si fuera poco, una última notificación le volvió a sorprender. Se trataba de una fotografía de Emma enfrascada en una de sus obras, tomada desde el exterior de su habitación a través de la ventana.

Lo que Michael desconocía por completo era que aquella fotografía había sido tomada hacía pocos segundos.

22

23 de diciembre, 2008

Como era costumbre, Emma pasaría las vacaciones de Navidad en Hellyfield junto a sus padres. Había estado meditando sobre aquella situación durante un par de meses: no le entusiasmaba lo más mínimo. Su relación con ellos comenzaba a tener matices agresivos y desafiantes por su parte desde hacía tiempo, sobre todo con Michael.

Mery había sugerido en varias ocasiones que Emma debería ir a terapia, pero todos esos intentos habían acabado con vasos rotos por el suelo. En una ocasión, Emma lanzó la mesa del comedor por los aires y llegó a intimidar a su madre con la mirada, pero sabía que no había discusión posible respecto a pasar las vacaciones en el sur.

Una vez más, se encontraba en el asiento trasero del coche familiar camino a Hellyfield. Se distrajo durante todo el trayecto buscando formas y sombras en las nubes que flotaban en el cielo; aquello le proporcionaba la calma necesaria para pasar el viaje sin altercados.

Al llegar, Emma bajó del coche a toda prisa. Abrió el maletero, sacó su maleta y se colocó su carpeta de dibujo bajo el brazo. Caminó hacia el porche y quedó a la espera de que Michael o Mery llegaran para abrir la puerta.

Clavó la mirada en Michael, mientras este se acercaba con la llave en la mano. Emma se levantó cuando él comenzó a subir las escaleras del porche.

Se colocó a su lado mientras giraba la llave y empujaba la puerta para dejarla pasar; Emma entró en la casa que tanto había querido,

sosteniendo la mirada desconcertada de su padre y se perdió en la oscuridad de la estancia.

Una vez en su habitación, cerró la puerta, encendió la luz y abrió la ventana para que así desapareciera el olor a cerrado.

Dejó la maleta olvidada en una esquina y se sentó en su escritorio, rebuscando en su carpeta. El llanto de Mery procedente de la primera planta no hizo que se inmutara lo más mínimo.

—¿Qué le ocurre, Michael? —preguntó desesperada.

—No lo sé, Mery —contestó.

—¿Crees que puede ser la Cleroxina?

—No, la Cleroxina no causa ese tipo de efectos.

—¿Entonces?

—Ya no es una niña, es consciente de lo que ocurre a su alrededor.

—¿Crees que recuerda?

—Es posible. Tal vez tenga recuerdos floreciendo en su interior.

—¡Es culpa tuya, joder! Tú has sido el monstruo que le ha hecho daño.

El odio de Michael se vio reflejado en su mirada, cogió a Mery con fuerza del brazo y acercó su boca a su oído.

—Y tú lo has permitido, hija de puta —susurró.

23

24 de diciembre, 2008

La víspera de Navidad se presentaba soleada en el sur del Estado de Craphwood. El entusiasmo recorría el cuerpo de Mery a toda prisa. Sonreía mientras preparaba la mesa para aquella noche tan especial; a decir verdad, todo aquello la estaba distrayendo de lo ocurrido la noche anterior.

Michael había madrugado aquella mañana para poder trabajar en su despacho sin distracción alguna. Había terminado sus tareas hacía media hora, pero permanecía absorto, sumido en pensamientos sobre Emma y en su actitud en los últimos meses.

Finalmente, se levantó y bajó las escaleras en busca de Mery.

—Mery, Mery, cariño, se me ha ocurrido una idea.

Esta se giró y observó el rostro de Michael.

—Dime, cuéntamela.

—He pensado en la pequeña sala que tenemos abandonada en la parte trasera de la casa, las vidrieras hacen que la luz natural entre durante casi todo el día.

—Sí, así es —respondió Mery sin inmutarse.

—¿Qué te parece si le cedemos ese espacio a Emma? Así podrá centrarse en sus obras de una manera mucho más cómoda. Ahora mismo solo cuenta con una ventana y un flexo en su habitación. Estoy convencido de que, así, su actitud hacia nosotros podría mejorar un poco.

Mery permaneció pensativa durante unos segundos, mientras continuaba con la decoración de la mesa navideña.

—Puede que tengas razón; estoy segura de que le hará mucha ilusión.

Cuando Mery terminó de decorar la mesa y el comedor, Michael y ella subieron las escaleras para llamar a su habitación.

—Adelante —contestó Emma desde dentro con un tono seco y cortante.

Mery abrió la puerta, fue entonces cuando comprendió que la propuesta de Michael tenía todo el sentido del mundo: la luz de la habitación de Emma no era la más idónea para realizar sus actividades artísticas.

—Cariño —comenzó Mery—, ¿podrías bajar con nosotros un momento, por favor?

—Estoy trabajando, mamá —dijo sin levantar la cabeza.

—Emma, tu madre y yo pensamos que se trata de algo que te va a encantar.

Esta levantó la cabeza y miró el rostro de ambos: ciertamente, existía ilusión en sus miradas.

—Está bien.

Cerró la puerta de su habitación y los siguió escaleras abajo. Recorrieron toda la casa hasta llegar a aquella habitación tan especial.

Michael la abrió, dejando que Emma y Mery entraran primero, y luego las siguió. Emma, desconcertada, no hizo nada más que observar las altas vidrieras que componían aquella forma pentagonal.

—Emma, tu madre y yo hemos pensado que sería una gran idea que esta habitación se convirtiera en tu estudio de arte a partir de ahora —dijo Michael, esbozando una sonrisa.

—¿Qué te parece, cariño? —preguntó Mery, entusiasmada.

Emma se giró para mirar a sus padres.

—Me encantaría, muchas gracias —respondió con una mueca en el rostro difícil de descifrar.

PARTE III

1

15 de junio, 2010

El viento se colaba por la rendija de la ventana, suavizando la temperatura de la habitación de Emma aquella noche de primavera tardía.

Eran las once menos cuarto. Emma no estaba acostumbrada a irse a dormir tan pronto. Apenas había cenado, pero ya sabía que algo de lo que había comido le había sentado mal.

Reconocía la sensación de somnolencia y mareo, de cansancio, de pérdida de control y voluntad. La llevaba experimentando desde hacía años, a pesar de eso, no sabría decir cuándo empezó todo. El dolor de cabeza, que al principio comenzó siendo una leve molestia, se incrementó poco a poco hasta convertirse en algo insoportable que le revolvía las tripas.

Iba a vomitar. Aunque necesitaba con urgencia llegar al baño, sabía que sus piernas no responderían, como en tantas otras ocasiones. Se inclinó hacia el borde de la cama y vomitó allí mismo. Después se limpió la boca con la manga de la camiseta y yació boca arriba intentando no quedar inconsciente. A pesar de su pésimo estado, comprendía perfectamente lo que había ocurrido.

Mientras tanto, en el comedor, Michael recogía los restos de pasta que había hecho para la cena. Mery había ido a pasar la noche con unas amigas, lo que le brindaba una estupenda oportunidad para poder ejecutar su plan.

Había calculado la cantidad exacta de Spicy Candy necesaria para conseguir el estado en el que deseaba que se encontrara Emma. Dar con el formato líquido no había supuesto ningún problema, y se

había mezclado perfectamente con el zumo de piña que Emma bebió durante la cena.

Tras dejar la cocina impecable, subió hacia el piso de arriba dejando todas las luces de la casa encendidas.

A medida que subía las escaleras, sentía que bajo sus pantalones tenía lugar una gran erección.

Desde la cama, Emma solo podía vislumbrar una silueta masculina ante ella: tenía miedo, pero su cuerpo no le permitía gritar, solo pudo emitir un alarido silencioso en lo más profundo de su alma. Michael se deshizo de sus pantalones, cerró la puerta con el pie, caminó lentamente y se deleitó contemplando el rostro descompuesto de Emma, iluminado por la luz de la luna que entraba desde la ventana.

Emma no tenía fuerzas para resistirse, lo que le permitió a Michael bajar sus pantalones y ropa interior con total facilidad; a decir verdad, él sabía que sería así de fácil.

Una vez sobre ella, colocó su pierna derecha entre las suyas para abrirlas.

Envuelta en un manto de dolor y pánico, Emma mantuvo la mirada fija en el armario, donde guardaba el cuchillo que Agatha le había regalado.

Ni siquiera pudo realizar una mueca de dolor cuando Michael la penetró y la fricción del movimiento la hizo sangrar. Sin pestañear y con la saliva cayendo por su boca, decidió vivir todo lo que estaba ocurriendo, no desvió su atención ni un solo momento del presente. Escuchaba los gemidos de Michael en su oído, la fuerza con la que le apretaba las muñecas y la sangre emanar de su vagina, olió su perfume e intentó retenerlo en su mente.

—¿Creías que ibas a poder intimidarme? —dijo entre gemidos—. ¿Que ibas a ser capaz de asustarme? ¿Tú, que ni siquiera sabes de dónde vienes?

Cada segundo que pasaba, Michael se volvía más violento. Las lágrimas de dolor caían por el rostro de Emma.

Sin detenerse, Michael se incorporó, cogió a Emma por la barbilla y obligó a que lo mirara directamente. Emma encontró los ojos de un monstruo sádico de pupilas dilatadas, mientras que Michael creyó estar deleitándose con unos ojos perdidos que navegaban en la nada.

Entonces, eyaculó.

2

10 de abril, 2011

¿La mentira o la verdad? Es lo que se suele preguntar cuando se indaga sobre algún tema cuya resolución resulta ser algo controvertida.

Muchas personas prefieren la mentira antes que la verdad.

Aunque en aquella ocasión no había respuesta que valiera.

Lo cierto es que, aquella noche de hace poco más de un año, cuando Michael hubo acabado con Emma, recogió sus pantalones del suelo y de uno de los bolsillos sacó lo que comúnmente se conoce como píldora del día después. Se la metió a Emma en la boca y le dio de beber del vaso de agua que había en la mesa de noche. Tras esto, acabó de vestirse y la llevó en brazos hasta el cuarto de baño, donde la metió en la bañera y abrió el grifo de agua caliente.

Mientras la bañera se llenaba, Michael se deshizo de la sábana bajera de la cama, empapada de sangre y fluidos, la metió en una bolsa de basura y bajó a tirarla como cualquier otro vecino haría con la basura. Hizo la cama y cuando Emma, inmóvil y con la mirada aparentemente perdida, dejó de sangrar y oler a su perfume, la vistió con uno de sus pijamas, la acostó, le dio un beso en la frente y la dejó dormir. O aquello pensó Michael, ya que Emma pasó toda la noche despierta, mirando el techo pensando, simplemente pensando.

Entre ellos jamás se habló del tema. Emma no lo denunció, no se lo dijo a Mery, nunca contó lo que vivió aquel 15 de junio. Lo único que hizo fue crear un nuevo hábito: todas las noches, a la hora de

cenar, lloviera o nevara, salía a caminar, solía dar un paseo de una hora, sin rumbo fijo, compraba una botella de zumo de piña cuando la que había comprado con anterioridad se había acabado. Así, conseguía cenar sola y beber su zumo favorito sin ningún tipo de preocupación.

***

Agatha sujetaba la mano de oro abierta hacia arriba que coronaba su bastón. Solo la tenue luz de una lámpara iluminaba su rostro. Había sido un día duro. Odiaba a los políticos y aquel día, en su agenda, solo había citas con varios de ellos. Por muy odioso que le resultase, sabía lo importante que eran para su cometido.

Elevó la mirada y, una vez más, pudo deleitarse con la obra de Emma Brown: *Santas*. Se sentía muy afortunada por haber sido ella quien comprase la primera obra de la joven artista, cuyo arte estaba resultando ser cuanto menos demandado en los últimos años.

Con la mano izquierda, acarició su escritorio de roble y, acto seguido, aproximó hacia ella su vaso lleno con whisky The Macallan y lo degustó en su boca durante varios segundos.

***

Aquella era una de las noches favoritas de Emma. Estaba sola en casa y, tras una larga tarde enfrascada en sus obras, se disponía a cenar un tazón de cereales de chocolate con leche y a ver la segunda película de la saga *X-Men: X2*. Por casualidad, la semana pasada habían emitido la primera película, y Emma se quedó anonadada frente al televisor. Le había encantado verse reflejada en la pantalla, tal y como se había sentido siempre: un bicho raro, incomprendida, sola y perdida. Aquellas películas, de alguna manera, le ayudaban a sanar el alma. El placer que sentía era diferente del de crear sobre lienzo; aquello le ayudaba a desahogar su corazón, a vaciarlo de veneno, mientras que el cine se lo llenaba de calidez y esperanza.

Consumía cualquier tipo de género: terror, cine independiente, fantasía, ciencia ficción… Hacía meses que había descubierto que al

cine se podía asistir sin acompañante y, desde entonces, cada cierto tiempo acudía rebosante de felicidad para comer palomitas y disfrutar de la película que tocaba aquella tarde.

Comenzaron los primeros anuncios, y el teléfono fijo situado en una de las mesillas del salón empezó a vibrar, acompañado de su estridente sonido. Aquello sobresaltó terriblemente a Emma, ya que, por aquel entonces, nadie solía llamar a los teléfonos de casa: los móviles ya habían acaparado esa función.

Esperó a que dejara de sonar, pero la insistencia de la persona al otro lado hizo que se levantara del sofá y lo descolgara.

—¿Diga?

—Buenas noches, querida.

Un escalofrío recorrió el cuello de Emma y toda su espalda: reconocería aquella voz en cualquier parte.

—Buenas noches, Agatha —respondió con voz temblorosa.

Aquella mujer siempre le había causado gran impresión.

—¿Cómo te encuentras?

—Bien. Estoy bien, gracias por preguntar. ¿Y usted?

—¡Oh, por favor, no me llames de usted!

La imagen del cuchillo de Damasco guardado en el armario de Emma apareció con violencia en su cabeza. Nunca le había agradecido aquel regalo. Se sintió terriblemente avergonzada al darse cuenta de que pudo haber enviado una nota de agradecimiento a la galería en Nueva York.

Emma era consciente de la rapidez y potencia con la que su carrera artística había despegado. El hecho de que no se hubiese vuelto a encontrar con Agatha en ningún evento le resultaba raro.

—Me extraña que no hayamos vuelto a coincidir.

—Normal, querida; las coincidencias no existen.

Emma volvió a tragar saliva.

—Me gustaría agradecerte el regalo que me enviaste a casa. Sé que ha pasado mucho tiempo desde entonces, y he sido una maleducada, nunca llegué a agradecértelo.

En el rostro de Agatha se dibujó una amplia sonrisa.

—No tienes que agradecerme nada —dijo con ternura, mientras Emma se quedaba sin palabras. Se rascó el cuello con la mano que no sostenía el teléfono. Quería preguntarle cosas, hablar con ella, mantener una larga conversación... Se maldijo por haber sido presa de sus nervios y haberse bloqueado—. Por cierto, querida, ¿lo has usado?

3

15 de abril, 2011

Emma no podía negar que estaba ilusionada: le esperaba un largo día de entrevistas y sesiones de fotos para la revista de arte más importante de todo el país. Sin embargo, dudaba sobre quién se encontraba más nerviosa aquella mañana, si ella o Mery.

—Emma, cariño, recuerda que tienes que llevar la cara lavada. Ellos te maquillarán en el set —dijo Mery tras darle un gran bocado a su tostada con mermelada.

Se quedó paralizada al darse cuenta de que estaba comiendo con demasiado entusiasmo y eso podría llevarle a comer de más, soltó la tostada en plato y comenzó a hacer una estimación sobre las calorías que había ingerido en lo que llevaba de desayuno.

—Nunca me maquillo, mamá —contestó Emma.

—Y yo espero que no lo hagan de más. ¡Maldita obsesión la del maquillaje! Nunca lo entenderé —gruñó Michael mientras se servía otra taza de café.

Al comenzar las entrevistas y reportajes, Michael solía acompañarla junto con Mery, pero fue perdiendo interés cuando se dio cuenta de que él no era el centro de atención en ese mundo.

—Bueno, salimos en media hora, Emma. En coche solo tardaremos quince minutos.

—Está bien, voy a ducharme —dijo, mientras recogía los platos del desayuno.

Michael observó a Mery, absorta en la nada.

—Mery, cariño.

—Dime, Michael.

—A Emma le está yendo bastante bien, y no hay nada que me haga más feliz, pero me preocupa que el éxito y el dinero prematuros la alejen de continuar con su educación en la universidad. ¿Qué piensas al respecto?

—Oh, no deberías preocuparte por eso. —Sonrió Mery—. Hace unos días estuve hablando con ella sobre ese tema.

Michael levantó las cejas, intrigado.

—¿Sí? ¿Qué fue lo que te comentó?

—Me dijo que le gustaría estudiar en Europa. Ha oído hablar de una prestigiosa escuela de negocios en Suiza, y le encantaría poder ir allí.

—¿Negocios? Nunca lo habría dicho.

—¿Cómo que no, Michael? Si desde pequeña no habla de otra cosa. Aunque, si te soy sincera, creo que lo hace porque no confía del todo en su talento artístico.

—Me refiero a que mantenga el interés por eso. —Michael tomó un sorbo de café—. Negocios es para gente sin talento. Tampoco creo que valga para ello.

—No subestimes a tu hija, Michael —dijo Mery con un tono algo desafiante.

—Es demasiado sensible.

—La sensibilidad es un don otorgado solo a unos pocos.

—Es el regalo dado a los débiles.

—«Las personas sensibles crean mundos en los que habitar, mientras que el resto habita en cárceles» —citó a su hermana.

Michael miró a Mery con desprecio.

—¿La citas? Te encuentras a años luz de ser como ella, estúpida.

Michael se levantó de la mesa y abandonó la cocina, dejando a Mery con una sarcástica sonrisa dibujada en el rostro. En aquella ocasión, ella había ganado.

Emma se abrochaba la camisa blanca combinada con vaqueros, cuando su padre entró en la habitación sin llamar a la puerta. Emma mantuvo la mirada fija en su reflejo en el espejo, ignorando a Michael por completo.

Este se apoyó en el marco de la puerta.

—Así que negocios en Suiza...

—Ajá.

—No me lo habías comentado.

—Llevo años diciendo que quiero estudiar negocios.

—Sí, pero nunca dijiste nada de Suiza —puntualizó Michael.

Emma se mantuvo de pie, alisando su camisa con las manos.

—¿Debería hacerlo?

—Soy tu padre. Qué menos, ¿no crees?

—Cuando vaya, seré mayor de edad y podré costearlo yo misma.

Michael rio sarcásticamente, lo suficientemente alto como para que Emma pudiera escucharlo; mientras, ella cogía el cepillo del pelo para peinarse con un recogido bajo, como solía hacer su madre.

—Parece que aún no has entendido nada: no vas a ir a Suiza.

—Creo que el que no lo ha entendido has sido tú. Voy a ir a Suiza.

Michael dio un paso entrando así en la habitación. Cuando Emma lo vio, ya había acabado de recogerse el pelo. Se giró y caminó hasta quedarse a pocos pasos de su padre.

—Eres de mi propiedad. Te quedarás aquí, estudiarás lo que yo te diga, en la universidad que yo elija.

Emma dibujó en su rostro una agradable mueca, la cual poco a poco fue convirtiéndose en una expresión casi diabólica.

Se puso de puntillas y miró a su padre a los ojos. Ante aquel suceso comenzó a sudar, pues estaba recordando una vez más el día en que intentó forzar a Emma entre los árboles. Estaba volviendo a ver esa faceta de su hija que tanto le aterraba.

—Iré y haré lo que me dé la gana, Michael —concluyó Emma.

Le dio un beso y salió de la habitación, dejándole allí plantado mientras gotas de sudor frío caían por su frente y cuello.

Tal y como Mery afirmó durante el desayuno, ambas llegaron al estudio en quince minutos. Fue un agradable viaje en coche, madre e hija compartiendo risas nerviosas y entusiasmo por la entrevista y la sesión de fotos.

Mery solía quedarse en las sombras, observando el protagonismo de Emma y el interés que todos los implicados ponían en ella. Pero aquel día se llevó una grata sorpresa. La directora de fotografía decidió que sería buena idea incluir a Mery en las instantáneas, lo que les causó una gran alegría a ambas.

Mery disfrutó cada segundo del proceso de maquillaje y peluquería, pero, sin duda alguna, lo mejor llegó a la hora de escoger la vestimenta.

Emma vistió un vestido marrón acompañado de un corsé de flores que, a decir verdad, le encantaba; por primera vez, se sintió sexy, pasó todo el tiempo que pudo observando su imagen en el espejo, no pudo evitar sonrojarse al ver cómo la prenda acentuaba sus curvas y alzaba su pecho.

Por otro lado, Mery vistió una falda sobre un cancán con la misma temática que el corsé de Emma: un estampado floral. A la falda la complementaba una blusa de color blanco.

Tanto Emma como su madre disfrutaron cada segundo de la sesión fotográfica, sentían complicidad mutua; en algunos momentos, Mery sentía cómo algunas lágrimas furtivas intentaban salir debido a tanta emoción, pero supo contenerse.

La entrevista, en cambio, fue trabajo de Emma, pero eso no pudo evitar que Mery la escuchara y observara con orgullo.

Aquel día de trabajo se alargó más de lo previsto, y cuando salieron del edificio, ya eran las ocho de la tarde.

—Mamá, si no te importa, me gustaría ir caminando a casa —dijo Emma cuando ambas llegaron al aparcamiento.

—Estás disfrutando mucho de tus paseos últimamente. —Emma le sonrió en modo de respuesta y le dio un cálido abrazo para el que Mery no estaba preparada—. Ten cuidado y no tardes, ¿vale?

—Vale.

Emma le sonrió y volvió caminando hacia la parte delantera del edificio, donde se encontraba la salida.

Se despidió de su madre con la mano cuando esta le adelantó con el coche, y luego comenzó a andar.

Últimamente, desde que había empezado a dar paseos a esa hora, había comenzado a experimentar y apreciar sensaciones que antes había ignorado por completo: el olor a primavera, el cantar de algún gorrión, el sonido de las hojas de los árboles al bailar, cuando una brisa de aire primaveral las sorprendía…

Su mente estaba en paz.

Estaba disfrutando de la puesta de sol y del cielo teñido de rosa, cuando las luces de las farolas en fila a lo largo de la calle la sorprendieron al encenderse todas al mismo tiempo.

Aún le quedaban varios minutos para llegar a casa. Entonces se dio cuenta de que se había retrasado al haberse embelesado con el paisaje.

La calle estaba desierta. Reinaba el silencio. Las estrellas comenzaron a tomar su lugar y la temperatura descendió algunos grados.

Se cruzó de brazos y comenzó a caminar más rápido, empujada por el frío.

Lo había estado ignorando, pero ahora era más que evidente: la estaban siguiendo.

Era un Hummer negro, con los cristales tintados, que circulaba lentamente por la carretera. Emma aceleró el paso, pero aquello no era suficiente. Miró nerviosa a su alrededor buscando algún parque o algún lugar de acceso únicamente peatonal. No encontró nada.

—Ni se te ocurra hacerle daño —advirtió la conductora—. No te olvides de quién es. Ya está suficientemente asustada.

El copiloto asintió con la cabeza. El coche se detuvo y él bajó a toda velocidad.

Emma ni siquiera se percató de lo ocurrido. Presa del pánico, solo podía pensar en caminar.

El copiloto era un hombre joven, de cabello rubio, ojos marrones y complexión robusta.

No le resultó difícil llegar cerca de Emma y caminar tan solo unos pocos metros tras ella.

El vehículo negro seguía conduciendo lentamente próximo a ellos.

El joven adelantó a Emma caminando por la derecha.

—Buenas tardes —saludó y continuó caminando.

Emma no lo tuvo que pensar mucho.

—¡Disculpa!

El hombre giró la cabeza para encontrarse con el rostro de Emma. No pudo evitar desconcentrarse y pensar en que se trataba de una joven de gran belleza.

—¿Qué ocurre? —preguntó.

—Sé que puede sonar extraño, pero ese coche negro de ahí atrás me está siguiendo —le explicó Emma, temblando.

—¿Qué coche?

Emma giró el torso y apuntó con el dedo hacia el Hummer negro. Fue rápido, no le dio tiempo a asustarse: su secuestrador la tomó con un brazo por la cintura y, con el otro, le colocó un pañuelo blanco sobre la nariz y la boca. Emma cayó en un profundo sueño, uno de los mejores sueños que jamás podría volver a experimentar.

9:30 P.M.

Michael y Mery daban vueltas en círculo sin parar. Ambos sostenían sus teléfonos móviles entre sus sudorosas manos y miraban la hora al ritmo del segundero.

Habían pasado tres horas exactas desde que Emma había salido del edificio donde había tenido lugar la sesión de fotos y la entrevista; su teléfono móvil estaba apagado y aún no había llegado a casa.

—Tenemos que llamar a la policía —insistió Mery.

—Aún no han pasado cuarenta y ocho horas, Mery; no van a mover un dedo.

—¿No eres el poderoso Michael Brown? ¡Haz algo, joder!

Al gritar, las venas del cuello de Mery se hincharon con rapidez.

—¡No me toques más los cojones, tengo a todo el equipo de seguridad en las calles buscándola!

—¡Eso no es suficiente!

Michael no respondió; sabía que Mery tenía razón: era su hija. Nada era suficiente en aquella situación.

—Voy a llamar a Lenny. —Mery asintió. Era el jefe de policía de la comisaría de Pick Brave, un antiguo contacto de Michael. Algo podría hacer.

Michael se plantó sobre la alfombra turca que cubría gran parte del suelo del salón y llamó.

—Hola, Lenny.

—¡Michael, pero qué alegría! ¿Cómo estás?

Mery podía escuchar el entusiasmo con el que el jefe de policía le hablaba a su marido desde el otro lado del teléfono.

—Pues, a decir verdad, no del todo bien.

—¿Qué es lo que ocurre, amigo?

—Verás, Lenny… —Michael se aclaró la garganta—. Hace tres horas que no sabemos nada de Emma. Salió de una entrevista en la calle Saint Claire. Caminando, es un paseo de media hora, pero aún no ha llegado.

—Entiendo, ¿no mencionó que se encontraría con nadie a lo largo de la tarde?

—No, venía directamente a casa —dijo Michael con rigidez. Mery se apoyó en la gran estantería que se encontraba empotrada a la pared y se llevó las manos a la cara—. Lenny, sé que no han pasado cuarenta y ocho horas, no podemos denunciar una desaparición, pero sería posible…

—Tengo coches patrulla dando vueltas por las calles sin hacer nada —lo interrumpió—. Dame una descripción de cómo iba vestida, su complexión o alguna característica en especial, y les mandaré echar un vistazo.

—Sí, claro: llevaba unos vaqueros, una camisa blanca, unas zapatillas del mismo color y el pelo recogido. —Michael se mordió el labio inferior—. Muchas gracias, amigo.

—No hay de qué, Michael. Te llamaré si hay noticias.

—Gracias, gracias de verdad.

—Estoy seguro de que aparecerá hoy mismo, pero, si pasan cuarenta y ocho horas, debéis denunciar de inmediato.

—Sí. Gracias de nuevo.

Michael colgó el teléfono y miró a Mery.

—Nos van a ayudar.

Mery resopló aliviada y comenzó a llorar. Michael se acercó a ella y le dio un fuerte y largo abrazo.

—¿Crees que deberíamos llamar a Danniel? Tal vez haya ido al sur —preguntó sin despegarse de su marido.

—En caso de haber ido a Hellyfield, es imposible que hubiese llegado aún.

—Sí, es cierto.

Michael tenía razón: la única manera de llegar al sur de Craphwood en tres horas era atravesando el estado sin toparse con tráfico, y eso, solo en coche. En autobús, el trayecto se alargaría dos horas como mínimo. Pero la hipótesis de Mery no era errónea: Emma se dirigía al sur.

***

Consiguió abrir los ojos, pero rápidamente sus párpados volvieron a caer.

Luchó por recuperar su consciencia y de nuevo lo volvió a intentar. Tardó unos segundos en darse cuenta de que se encontraba en el interior de un vehículo. Se incorporó.

La conductora la observó por el espejo retrovisor, y el joven que antes iba de copiloto ahora estaba sentado junto a ella en la parte trasera.

Su estómago se agitó con fuerza, y lo siguiente que hizo fue vomitar entre sus piernas.

—¡Vamos, no me jodas! —dijo la conductora.

—Era de esperar —señaló el joven.

Una vez acabó, Emma volvió a incorporarse sobre el asiento. Miró por la ventana y solo pudo ver altos árboles vestidos con grandes hojas verdes.

Su acompañante le ofreció una botella de agua.

—¿Quién eres? ¿Dónde estoy? —balbuceó.

—Puedes dormir un poco más.

—No, no debería —dijo, mientras luchaba contra sus párpados.

—Entonces bebe agua... y ni se te ocurra hacer ninguna gilipollez.

Emma cogió la botella de agua, la abrió y se la bebió entera; se moría de sed. Cuando acabó, se la lanzó a la cara.

—Yo soy Emma. ¿Tú cómo te llamas? —dijo entre risas.

El joven levantó una ceja y volvió a mirar al frente.

—Está muy drogada. ¿Cuánto le has dado? —preguntó la conductora.

—Puede que me haya pasado.

—¿Y tú? ¿Tú cómo te llamas? —preguntó colocando las manos sobre el asiento del piloto y hablándole a la oreja a la conductora.

—Jovencita, ponte el cinturón.

—Encantada, yo soy Emma.

Volvió a recostarse en el amplio asiento trasero y, a los pocos segundos, se quedó dormida de nuevo.

Sus secuestradores comenzaron a reír.

—Eso ha sido gracioso —dijo Nancy, la conductora.

—Me esperaba gritos de pánico —contestó Logan.

11:00 P.M.

Danniel zapeaba sentado en su sofá mientras bebía una copa de vino tinto. Las cadenas de televisión no estaban siendo muy generosas con él aquella noche: solo buscaba una película para distraerse, pero no parecía que ninguna fuese a ser emitida.

No obstante, la distracción llegaría a él en cuestión de segundos.

Su móvil comenzó a sonar; vio en la pantalla el nombre de Mery y, por supuesto, descolgó a toda velocidad: la diversión estaba servida.

—¡Hola, Mery!

—Hola, Danny —contestó Mery susurrando. Danniel frunció el ceño.

—Mery, no te oigo bien. ¿Ocurre algo?

Mery había subido a la habitación para poder llamar a Danniel sin la supervisión de Michael. Vio la puerta del baño encajada y entró.

—¿Así mejor?

—Sí, mucho mejor; dime.

—Danny, llevamos sin saber nada de Emma desde hace tres horas y media. ¿Tú has hablado con ella?

—No, no he hablado con ella, pero no entiendo lo que quieres decir: ¿se ha ido de casa?

—No, no exactamente; verás, salió del set de fotos para una importante revista y prefirió volver a casa caminando. Es un paseo de media hora. Tiene el teléfono apagado. —Danniel se levantó del sofá algo nervioso.

—¿Quieres que me asome a vuestra casa para echar un vistazo?

—Sí, por favor, eso me aliviaría muchísimo.

—Ahora te llamo.

—Gracias.

Danniel cogió una linterna que guardaba en uno de los cajones del mueble del recibidor de casa, se calzó unas botas y salió para inspeccionar la vivienda de sus amigos.

Alumbró el jardín desde su lado de la parcela, pero no pudo ver nada. La puerta principal que separaba la casa de los Brown del jardín estaba cerrada a cal y canto, por lo que decidió saltar por la parte de atrás... tal y como había hecho alguien que había dejado olvidada su bufanda roja hacía unos años.

No había ninguna luz encendida; a pesar de eso, decidió llamar al timbre. Por supuesto, nadie abrió la puerta. Rodeó la casa alumbrando las ventanas, pero le resultó imposible ver algo, ya que las cortinas se lo impedían.

Volvió a casa algo preocupado por la situación, se descalzó y marcó el número de Mery.

—No parece haber nadie, Mery.

—Entiendo —contestó a punto de romper a llorar—. Es culpa mía, Danny, tendría que haberla obligado a venir conmigo en el coche.

—No, no es culpa tuya, Mery. ¿Habéis llamado a la policía?

—Sí, hasta que no pasen cuarenta y ocho horas, no podemos denunciar la desaparición, pero el jefe de comisaría es un buen amigo de Michael: ha ordenado que varias patrullas la busquen.

—Es un gran alivio; mantenme informado, por favor.

—Sí, lo haré. Gracias, Danny.

Danniel apagó el televisor y se inundó en la terrible preocupación que había comenzado al enterarse de la noticia: Emma no era de esas niñas traviesas que desaparecían y volvían al cabo de unas horas; sabía, en el fondo de su corazón, que algo extraño le había ocurrido.

11:30 P.M.

—Shhh, Emma, despierta, hemos llegado —dijo Nancy mientras movía con delicadeza el hombro derecho de Emma.

No fue el intento por despertarla lo que le hizo abrir los ojos, sino el frío que estaba sintiendo.

Se incorporó en el asiento del Hummer y observó los rostros de Logan y Nancy durante unos segundos, sin poder evitar el sonrojo de haberse topado con el de Logan y recordar el numerito que llevó a cabo la primera vez que se despertó.

No tenía miedo, aunque intuía que debía tenerlo: era consciente de que la habían secuestrado, desconocía dónde estaba, sabía que la habían drogado. Sin embargo, aquella situación la llenaba de vida, parecía un juego… del que estaba dispuesta a formar parte.

Logan le extendió la mano para ayudarla a bajar del coche; al salir, comenzó a tiritar de frío, miró a su alrededor: parecía tratarse de un garaje, había decenas de coches como en el que ella había viajado aquella tarde; aquel espacio era inmenso: cuatro paredes sin ventanas, no sabría decir por dónde habían entrado, todo parecía demasiado hermético.

Nancy le dio una chaqueta de color negro unas cuantas tallas más grandes que la suya, pero aquello no le importó.

—Hace frío, pero en cuanto salgamos de aquí, la temperatura cambiará; no te preocupes.

Mientras Emma se vestía con la chaqueta, Nancy miró a Logan con cara de sorpresa e incomprensión, Logan la interpretó como «No sé por qué esta niña no está gritando de miedo y rogando por salir de aquí», a lo que Logan contestó levantando los hombros.

—Está bien, por aquí, sígueme —le ordenó Nancy al ver que ya tenía la chaqueta puesta.

Emma comenzó a caminar tras Nancy; por otro lado, Logan caminaba tras Emma para cerciorarse de que no intentaba escapar... aunque sabía que no lo haría.

Nancy colocó su mano sobre la pared y realizó un sutil movimiento hacia dentro, lo que hizo que una puerta totalmente camuflada se echara hacia un lado, permitiéndoles pasar.

Comenzaron a caminar por un largo pasillo, de color blanco y alumbrado con luces LED de color rosa.

Emma giró el cuello y se volvió a topar con la mirada de Logan, quien le regaló una pequeña sonrisa; entonces, volvió a mirar hacia adelante.

Tras un largo paseo de quince minutos en absoluto silencio, llegaron hasta lo que parecía ser un ascensor. Había un teclado en el que Nancy introdujo un código sin que Emma pudiera verlo. Las puertas se abrieron.

Una vez los tres estuvieron dentro, Nancy pulsó el único botón que había y se cerró.

***

—¿Crees que ella tendrá algo que ver? —preguntó Mery.

—Ni se te ocurra nombrarla, Mery —replicó Michael señalándole con el dedo—. En caso de tener algo que ver, habría ido demasiado lejos.

—Tal vez aparezca, tal vez aparezca por la puerta en unos segundos.

Mery rompió a llorar sentada en el sofá del salón.

***

Emma, Nancy y Logan salieron del ascensor en fila india; lo que encontraron a continuación era otra habitación, igual que el garaje en el que habían aparcado, pero esta vez no había coches, sino un mostrador con una mujer de mediana edad tecleando a toda velocidad en el ordenador.

—Buenas noches, Ann —saludó Nancy.

—Buenas noches, Nancy —dijo Ann mientras miraba a Emma de reojo.

A la joven se le aceleró algo el pulso al haber visto un arma colgada de la cadera de Nancy, cuando su abrigo se movió al aproximarse al mostrador para saludar.

Ann pulsó un botón y otra puerta totalmente camuflada en la pared se abrió para que los tres pasaran.

Continuaron caminando por un pasillo como el anterior, aunque en aquella ocasión ninguna puerta lo separaba de la siguiente planta.

Conforme se acercaban a su destino, Emma escuchaba un sonido metálico acompañado de risas y algunas conversaciones entre hombres y mujeres.

Al llegar, Emma disminuyó el ritmo con el que había estado caminando: estaba en una planta de producción.

Hombres y mujeres trabajaban vestidos con monos de color rosa, mascarillas y guantes blancos, mientras conversaban. Se encontraban lejos de las mesas y mostradores, donde los procesos estaban teniendo lugar.

Logan aceleró el paso para que Emma no se entretuviera; esa celeridad le impidió ver de qué se trataba. Según caminaban, se encontraron con varias personas vestidas de negro, algunos con maletines y otros con las manos vacías. Emma vio cómo algunos ojos se posaban en ella durante algunos segundos. Los trabajadores

cuchicheaban; ignoraba por completo lo que ocurría, pero su apatía le impedía preguntar. Menos aún, tras saber que sus secuestradores iban armados.

Obedeció a Logan y avanzó tras Nancy. Tardaron veinte minutos en recorrer toda la planta.

Cuando llegaron al final de la enorme sala, pararon para que Nancy pudiera abrir la siguiente puerta con su huella dactilar. Emma vio entonces cómo unas manos enguantadas guardaban en una pequeña bolsa de plástico unas golosinas que le resultaron, cuanto menos, familiares. Fue en ese momento cuando supo que se encontraba en el laboratorio en el que se fabricaba Spicy Candy.

Al abrirse la puerta, Nancy se apartó a un lado y le hizo a Emma un gesto educado con el brazo para darle a entender que, a partir de ahí, ella debería caminar sola.

Ahora sí, alarmada, miró a su alrededor desesperada en búsqueda de ayuda: sabía que no podía huir. ¿Qué o quién le esperaba al otro lado de la puerta? ¿Por qué ella? ¿Cuánto tiempo la iban a retener? ¿Iba a morir? La angustia se apoderó de ella, y su respiración se aceleró. Lo que había comenzado como un juego divertido para distraerla de su miserable vida ahora había llegado a su fin y se tornaba como algo más serio.

Logan posó su mano sobre su hombro y le susurró al oído, lo que hizo que Emma se sintiera aún más nerviosa, si era posible.

—Nadie te va a hacer daño.

Volvió a tragar saliva y entró.

El suelo estaba cubierto por una moqueta de color verde oscuro. La luz provenía de lámparas de mesas aportándole a la enorme sala una atmósfera bastante acogedora.

Las paredes estaban llenas de cuadros, los cuales decidió dejar para más tarde. En el centro de la sala, había un enorme escritorio de madera maciza; el resto de muebles estaban fabricados con el mismo material. Pensó que se trataba de un estilo, cuanto menos, ecléctico.

Se acercó al escritorio, que estaba despejado salvo por una pluma Mont Blanc.

Giró sobre sí misma y entonces la vio: su obra *Santas* estaba colgada de la pared, en el centro de la sala, brillando sobre todos los demás cuadros. Se relajó, sabía a quién esperaba, y no consideraba que Agatha fuese a hacerle daño, por lo que decidió sentarse en la silla que se encontraba al otro lado del escritorio para aguardarla.

Tenía la boca seca. Se moría de sed. Llevaba esperando cerca de treinta minutos. A pesar de que se había relajado al saber que sería Agatha quien aparecería en aquella sala, sus taquicardias no desaparecieron.

La puerta se abrió de forma silenciosa. Emma no se percató de ello hasta que escuchó los pasos de unos tacones. Buscó con la mirada a Agatha: allí estaba, caminando hacia ella, sonriéndole, acompañada de un bastón. Emma reparó en este detalle, ya que no recordaba haberla visto usándolo en Nueva York.

—¡Hola, querida! —La saludó mientras se sentaba al otro lado de la mesa—. ¿Cómo estás?

«Me han secuestrado y drogado, no es que esté en mi mejor momento», pensó Emma.

—Bien, Bien. —Sonrió—. ¿Y tú, Agatha?

—Estoy bien, querida, pero dejémonos de pantomimas. —Emma frunció el ceño—. Prefiero que me llames Martha... o abuela.

Emma no supo decir cuánto tiempo tardó en procesar aquella información.

Sin que Agatha se percatase, se pellizcó el brazo: debía cerciorarse de que no estaba bajo los efectos de ningún estupefaciente o, en todo caso, dormida.

Martha. En efecto, conocía ese nombre. Así se llamaba su abuela, quien había muerto a manos de su abuelo, Hannibal.

—Mi abuela murió, mi abuelo la asesinó —dijo de forma desafiante.

Agatha no podía dejar de disfrutar con la cara de asombro de Emma y con su valentía. Por un breve instante le recordó a su difunta hija Angela, la tía de Emma.

—Esa es la mentira que la pequeña Mery y Michael te han estado contando todos estos años.

Otro tanto para Agatha: conocía los nombres de sus padres, aunque aquello no era difícil.

—¿Cómo se llamaba mi tía? —preguntó.

—Angela, Angela Sullivan.

Emma no podía pensar con claridad. Se recostó en el respaldo de su asiento.

Tenía demasiadas preguntas. De ser aquello cierto, ¿qué tenía que ver su abuela con Spicy Candy? ¿Por qué cambió su nombre? Por un segundo, sintió un leve mareo que le hizo cerrar y abrir los ojos con rapidez.

—Querida, creo que deberías comer algo. ¿No crees?

—¿Quieres drogarme de nuevo? —preguntó con sarcasmo.

Agatha sonrió.

—No, claro que no.

Agatha levantó el teléfono y ordenó que trajeran comida para ambas.

—Imagino que tienes muchas preguntas, pero todo a su debido momento; primero, comeremos algo. —Emma asintió con la cabeza. ¿Tenía otra opción?—. Dime, Emma. ¿Ha vuelto a hacerte daño?

El corazón de Emma dio un vuelco.

—No sé a qué te refieres.

¿Cómo podía saber ella que había sufrido abusos por parte de su padre?

—Michael es una rata inmunda, y yo tengo ojos en todos lados —explicó brevemente.

—¿Lo sabes? ¿Sabes todo lo que me ha hecho? ¿Y nunca hiciste nada para evitarlo? ¿Estás segura de ser mi abuela? —preguntó Emma con dureza, mientras miraba fijamente a Agatha.

Nunca confesaría que aquel comentario le sentó como una flecha en el corazón.

—Te envié un arma para que te defendieras...

Emma recordó el cuchillo olvidado en el fondo de su armario.

La puerta se abrió y una joven mujer entró empujando un carrito con platos, vasos y cubiertos. Se aproximó al escritorio en el que ambas estaban sentadas y comenzó a colocarlo todo.

—Se parece a usted —dijo, sonriendo. Agatha le devolvió la sonrisa.

—Lo sé.

Entonces, Emma comenzó a ver ciertos parecidos físicos entre Mery, Agatha y ella misma.

«Puede ser», se dijo a sí misma mientras se cruzaba de brazos, todavía enfundada en la chaqueta que Nancy le había dado.

Devoró la hamburguesa de queso, el zumo de piña y el postre: cereales rellenos de chocolate, sus mayores placeres culinarios.

Agatha, en cambio, comió marisco acompañado de una copa de champán.

La cena transcurrió en silencio, llena de tensión por parte de Emma; no fue hasta que retiraron la comida cuando comenzó a relajarse. Sintió que su cuerpo se había recuperado de toda la tensión y emociones que había vivido aquel día.

—Ahora puedes preguntarme todo lo que quieras.

—Son demasiadas cosas. No estoy del todo segura de ser tu nieta; necesito pruebas, pruebas tangibles —exigió.

Agatha asintió. Se levantó y, con la ayuda de su bastón, caminó hacia una gran librería. Volvió con un álbum de fotos entre sus largos y huesudos dedos.

Cuando tomó asiento, se lo dio a Emma, quien lo abrió con sumo cuidado.

—Eres tú —dijo al ver la primera fotografía: una joven Agatha, con el rostro más liso, su misma nariz, el cabello largo y rubio, tumbada en el sofá. Estaba acompañada de dos niñas de pequeña edad.

—Esta es Mery, y esta era Angela —dijo señalando a cada una.

—Parecías más feliz que ahora.

—Lo era, querida.

—¿Qué cambió?

—Angela murió.

Emma se sintió estúpida al haber realizado aquella pregunta: era obvio. La pérdida de una hija deja una gran huella en el corazón.

—Nunca la conocí, mamá apenas me ha hablado de ella —dijo con melancolía mientras pasaba de página.

Conforme veía las fotografías, podía ver claramente el paso del tiempo en el rostro de su madre, de Angela y de la propia Agatha. Un hombre aparecía en alguna de ellas; supuso que se trataba de su abuelo, pero no sintió curiosidad, aunque algo sacó en claro: Agatha no le había mentido.

—Eres mi abuela —dijo con el álbum entre las manos y los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, querida.

—¿Y por qué te cambiaste el nombre? ¿Qué ocurrió? —preguntó temblando de la emoción.

—Vivíamos en Canadá, en Ottawa; desconozco si Mery te ha hablado de ello. —Hizo un elegante gesto con la mano y continuó hablando; tenía toda la atención de Emma—. Tu abuelo siempre sintió unas ganas terribles de destruirme, nunca supe muy bien el motivo. Llegó un momento en el que las agresiones eran diarias; en cambio, a tu madre y a tu tía... —Rio sarcásticamente—. Oh, a ella las adoraba. A pesar de eso, nunca fue recíproco. Yo siempre las

tuve de mi lado. Impartí clases de química en varios institutos, pero, a decir verdad, nunca fui brillante en mi materia. —Emma continuaba escuchando con atención—. Mery y Angela se fueron de casa cuando cumplieron dieciocho años; entonces, supe que también era mi turno. La presencia de mis hijas en casa me había salvado la vida innumerables veces, pero con ellas fuera no había nada ni nadie que pudiera parar a Hannibal.

»Una lluviosa noche conseguí escapar de casa: tenía la nariz rota y un ojo morado. Deambulé por el vecindario, desorientada y aturdida, hasta que llegué a un parque cuya existencia había ignorado hasta entonces. Allí conocí a Jordan. Era un narcotraficante del tres al cuarto, un niño mimado al que le gustaba jugar... pero contaba con recursos. Tras una larga conversación, me ofreció una suma considerable para crear una nueva sustancia. Tenía el laboratorio perfecto, personal cualificado y el dinero; era más que suficiente para escapar de aquel infierno. A decir verdad, no tardé mucho tiempo en dar con la receta perfecta: así cree Spicy Candy.

—¿Y qué ocurrió tras eso?

—Hui con la receta, dejé atrás a Hannibal y a mis hijas. Mentiría si te dijese que no sentí remordimientos, pero sabía que ellas estarían bien sin mí. Evidentemente, Jordan y los suyos me buscaron: querían sangre. Por suerte, nunca supieron que tenía dos hijas; en cambio, tu abuelo no corrió la misma suerte. Dieron con él y, pensaron que me estaba guardando las espaldas. Le dispararon en la sien e hicieron que pareciera un suicidio. No sentí su pérdida.

»Mery y Angela me buscaron, pero no consiguieron dar conmigo: el FBI y la policía hicieron lo que pudieron.

—¿Qué fue de Jordan?

—Yo lo encontré a él. Entonces, ya contaba con una buena infraestructura y gente a mi cargo. Te puedo asegurar que fue una muerte rápida, no sufrió. —Emma miró a Agatha de forma impasible —. Me cambié el nombre cuando llegué a Craphwood.

Ambas mantuvieron el silencio durante algunos minutos. Emma necesitaba procesar la historia de su abuela.

—¿No volviste para ver a mamá y a la tía Angela?

—No.

—¿Por qué? —preguntó Emma con el ceño fruncido y arrastrando cierta inquietud con sus palabras.

—Temía por sus vidas —mintió—. Es cierto que pude acabar con Jordan, pero él tenía familia, hijos… Personas que no habrían dudado en ir a por ellas con tal de buscar venganza.

—No te creo —dijo Emma mirándole a los ojos—, pero lo dejaré pasar. —Agatha elevó las cejas a la vez que movía el cuello levemente hacia atrás, al haber recibido semejante golpe—. Tras la exposición de Nueva York, hablé de ti a mamá y para ella parecías ser una completa extraña. ¿Por qué? —preguntó con condescendencia.

Agatha admitió para sus adentros que la respuesta a aquella pregunta podría desvelar demasiada información, por lo que decidió responderle con una pequeña parte de la verdad.

—Verás, Emma —comenzó—, Mery y yo siempre tuvimos muy buena relación, pero con tu padre las cosas... siempre fueron difíciles.

—¿Conoces a papá? —interrumpió.

—Déjame continuar, señorita. Aunque no estuviera cerca, siempre he estado ahí con vosotras, observando, viéndote crecer.

Emma intuía que su abuela había estado de forma omnipresente durante mucho tiempo, por lo que, a decir verdad, a pesar de que Agatha intentara añadir un toque de misterio a su historia, no le sorprendía.

—A mí tampoco me cae bien, papá—se limitó a decir.

4

16 de abril, 2011

3 A.M.

El teléfono no había sonado en lo que llevaba de noche, lo que hizo que su cabeza se llenase de ideas perturbadoras.

Dio otra vuelta sobre la cama hasta que la ansiedad pudo con él.

Cogió el teléfono y buscó el número de Bonnie. Pulsó el botón verde de llamada y esperó. El móvil estaba apagado.

—¡Mierda! —murmuró.

Danniel no podía quitarse a Emma de la cabeza: había desaparecido, se había evaporado por completo, estaba en peligro y no había recibido ninguna noticia de Mery.

Tal vez, Bonnie pudiera ayudarle o, sencillamente, escuchar a un amigo preocupado.

Volvió a llamar, pero una vez más el teléfono no daba señal alguna.

Sin pensárselo dos veces, se levantó de la cama, bajó las escaleras, cogió su abrigo y las llaves del coche, y salió en busca de Bonnie.

***

Bonnie dormía plácidamente, ajena a todo lo que había ocurrido en las últimas veinticuatro horas.

Aquella noche se había permitido el lujo de apagar el teléfono móvil. A decir verdad, no podría recordar la última vez que había

dormido tan plácidamente... hasta que unos violentos golpes aporrearon su puerta, como si alguien quisiera derribarla.

Se incorporó rápidamente y se dejó llevar por su instinto policial: abrió el cajón de la mesa de noche y sacó una de sus armas.

Caminó con rapidez y cuidado para evitar que el suelo de madera crujiera. Bajó las escaleras con agilidad a pesar de la oscuridad que reinaba en la residencia Pearson.

Abrió la puerta de la calle con rapidez y apuntó a Danniel a la cabeza, quien casi cae de espaldas.

—¡Danny, joder!

—Pero ¿qué haces? ¿Estás loca? —Se quejó con el corazón en un puño.

—¿Pero tú has visto qué hora es? —replicó.

—¡Claro que sí!

—Anda, pasa.

Bonnie invitó a Danniel a sentarse. Fue a la cocina para prepararle una infusión; parecía estar muy nervioso.

—¿Me vas dando un adelanto? —Vociferó Bonnie desde la cocina. Danniel contestó con su silencio.

Bonnie entró por la puerta del salón con una taza humeante mientras Danniel la esperaba inquieto. Se sentó a su lado, dejó la infusión sobre la mesa que estaba frente a ellos y puso su mano sobre la pierna de su amigo para que parara aquel maldito movimiento.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó.

—Emma ha desaparecido.

Aquello impactó a Bonnie: abrió los ojos con fuerza y perdió la coordinación de su respiración.

—¿Cómo que Emma ha desaparecido? Explícate, Danniel.

—Al parecer, salió de una entrevista esta tarde y decidió ir a casa caminando en lugar de ir en coche con Mery; no han vuelto a saber

nada de ella.

Bonnie apreció cómo Danniel miraba a la nada y sus ojos se llenaban de lágrimas saladas.

—¿Con quién estás en contacto?

—Hablé con Mery, me dijo que me llamaría en caso de que hubiera noticias, pero aún no he recibido ninguna llamada —dijo acercándose a la mesa para coger la taza.

Bonnie se mantuvo en silencio. Se le pasaron varias ideas descabelladas por la cabeza. Emma era hija de Michael, un hombre con enemigos poderosos que no dudarían en secuestrar a una niña indefensa para coaccionarlo o vengarse.

Pero, por supuesto, con aquellas teorías descabelladas, lo último que iba a conseguir era calmar a Danniel.

—Emma es una joven complicada, tal vez haya escapado o quiera darles un escarmiento a sus padres.

—¿Por qué haría algo así? —preguntó Danniel, frunciendo el ceño.

—Tú sabes por qué, Danniel.

—No, no sé a qué te refieres.

—No parecía ser muy feliz con su familia… Nada más —dijo Bonnie con cautela.

Danny la observó en silencio y contestó con la mirada: pensaba igual que su amiga.

Pasaron unos minutos hasta que se acabó la infusión. Durante este tiempo, Bonnie le dedicó palabras de ánimo y consolación.

Le admitió que aquel suceso también la había encontrado desprevenida.

—Emma es una adolescente, y en ocasiones los adolescentes hacen estupideces —le dijo.

Cuando había pasado una hora y Danniel se sintió con algo más de fuerzas, se levantó del sofá, se vistió con su abrigo y besó a

Bonnie en la mejilla.

—Voy a ir a buscarla.

—No deberías hacer eso, Danny; en caso de que se comenzara una investigación, podrías entorpecer todo.

—Sabes que no es verdad, Bonnie.

***

Emma pensaba en cuándo había sido la última vez que se sintió así: segura, al lado de alguien a quien podía confiarle sus secretos... o si, en realidad, alguna vez llegó a sentirse de esa manera.

Eran cientos los pensamientos que rondaban su cabeza y el impulso de escoger uno para contárselo a Agatha era incontrolable. Sabía que debía ir con cuidado, pero su lengua danzaba en su boca: necesitaba hablar. El mero hecho de pensar en no hacerlo hacía que el nudo de su corazón se retorciera aún más.

—Tengo miedo.

—¿Miedo a qué, querida? —preguntó Agatha con calma.

—A mí —contestó Emma con rapidez y lágrimas en los ojos—. A veces me ocurren cosas —continuó haciendo un gran esfuerzo por no tartamudear.

—¿Cosas como cuáles?

—Hay, hay veces —tragó saliva— en las que no soy yo. —Dejó que las lágrimas cayeran por su rostro—. Es como si dejara de sentir, como si dejara de tener miedo a todo —explicó refiriéndose a Michael.

—¿Dejar de tener miedo te resulta una mala idea?

—No, no es así; no me vuelvo valiente —comenzó a frustrarse, no sabía qué palabras escoger para explicarse con claridad... y Agatha lo sabía—. A veces, siento que puedo hacer daño a alguien.

—¿A quién?

—Lo sabes perfectamente.

Emma cortó el juego que su abuela había comenzado.

—Emma, no debes tener miedo a defenderte.

Calló, sabía que no se estaba expresando con total claridad; de hecho, no había aprendido a expresar sus sentimientos con palabras.

También tenía claro que su abuela no quería entenderla.

Una vez más, el nudo que tenía preso a su corazón hizo fuerza: sintió un leve pinchazo en el pecho, seguido por la falta de aire y una oleada de rabia hacia sí misma. Pero aquello no supuso ningún problema: había aprendido a controlarlo; formaba parte de su vida desde que tenía uso de razón.

Sin embargo, sabía que algún día algo dentro de ella crujiría con fuerza, haciéndola añicos. No temía el daño que aquello le pudiera ocasionar, pero sí sentía pánico a lo que ocurriría después.

¿Qué haría el día que pierda el control? Se lo había preguntado varias veces: se haría un corte más profundo. Quizás crearía su obra maestra: se desmayaría, se cortaría las venas o saltaría desde la cornisa de cualquier edificio.

—¿Qué fue de la tía Angela? Apenas sé de ella.

—¿Angela? Oh, agárrate a la silla, querida. Y recuerda, nada es lo que parece.

***

De poco sirvieron los contactos de Michael en la policía: cumplieron con su palabra, sí; varias patrullas buscaron a Emma por todo Pick Brave, no dejaron rincón sin revisar, pero por supuesto no encontraron nada, ni tampoco a nadie.

Mery sufrió varios ataques de pánico aquella noche: los temblores, los sudores fríos, las náuseas y la mirada inquisidora de Michael la torturaron sin cesar.

A pesar de la frialdad y aparente tranquilidad que Michael presentaba, de alguna manera había perdido la esperanza de que Emma apareciera con vida. Él era una mente retorcida, calculadora y enferma, pero, antes de todo eso, era padre.

Sentía como si un apéndice de él se hubiera desprendido violentamente, de un momento a otro, sin haber tenido la más mínima sospecha. Todo aquello le había sorprendido, por supuesto. Y él odiaba las sorpresas.

Mery buscaba en él el calor que cualquier persona querría en un ser amado en caso de estar viviendo una situación como aquella. A pesar de su insistencia, ignoraba que se abrazaba a un iceberg imposible de derretir.

Los hombres de Michael continuaban con la búsqueda; estaban exhaustos, sabían que Emma no se encontraba en Pick Brave, algo que ya habían transmitido a Michael, quien, por supuesto, no le comunicó ningún tipo de información sobre las sospechas de sus hombres a Mery.

Temía por su vida y no podía mantener la compostura; eso le asqueaba.

***

Por su lado, Danniel no había vuelto a llamar a Mery. Él sabía lo que significaba aquel silencio.

A punto de quedarse sin gasolina, aparcó en la entrada del bosque de Hellyfield. Salió del vehículo propinando un fuerte portazo y tocó su labio superior con su dedo índice. Cuando lo apartó, este estaba lleno de sangre; la ansiedad no le había permitido dejar de morderlo durante horas.

Abrió el maletero, sacó una linterna, la encendió y se adentró en el bosque, gritando a pleno pulmón el nombre de Emma, mientras sentía cómo su cordura le abandonaba poco a poco.

***

Cuando Danniel abandonó la residencia Pearson, Bonnie se preparó un café.

Pensó en llamar a David, pero sabía que poco iba a poder hacer a aquellas horas y sin una denuncia puesta, sobre todo teniendo en cuenta que la desaparición había tomado lugar en Pick Brave, que

no era de su jurisdicción. Nada podía hacerles sospechar que Emma se encontrase en Hellyfield.

Lo último que sintió fue un pinchazo en el cuello.

***

El sol comenzaba a proyectar sombras en el paisaje y a iluminar la carretera por la que Nancy conducía. Mientras tanto, Emma yacía en los asientos traseros, hecha un ovillo.

En ningún momento se planteó qué decir, cómo explicarse cuando llegase a casa… Tendría que improvisar, pues algo tuvo claro antes de volver a caer inconsciente: no contaría la verdad.

No tenía miedo a las represalias o consecuencias, en caso de que las hubiera.

De hecho, tal vez buscaría el caos: sembrar el pánico, hacerles saber que conocía la verdad… sin decir palabra alguna. Tal vez, crear la tensión y el nerviosismo para que se plantearan la mínima posibilidad de que dentro de ella comenzaba a cocinarse la venganza.

Un bache la despertó de su profundo sueño. Todavía desorientada, buscó una botella de agua con la mano. Como le ocurrió en el viaje de ida, se la bebió entera; estaba sedienta.

—Anda, mira quién ha despertado —canturreó Nancy mirando a través del espejo retrovisor.

Emma le devolvió la mirada. El cuerpo de Nancy se heló y su corazón dio un vuelco. Sintió miedo, pudo ver en ella dos pozos profundos: distinguió la ira y la rabia. Entonces, supo que podía estar corriendo un grave peligro.

—¿Cuánto queda?

—Poco.

Nancy pasó el resto del viaje en silencio y sufriendo sudores fríos por todo su cuerpo. Tenía la garganta seca, pero se negaba a pedirle a Emma que le facilitara una de las botellas de agua que se encontraban en la parte trasera del coche.

En ocasiones, se encontró con la mirada de Emma fija en el espejo retrovisor, esperando encontrarse con la suya. Aquello le podría costar sufrir algún accidente.

No podía evitar preguntarse qué había ocurrido durante su reunión con Agatha, qué podía haber provocado aquel cambio: se encontraba ante otra persona.

Antes de girar la esquina en la que daba lugar el comienzo de la larga calle en la que se encontraba la vivienda principal de los Brown, Emma le ordenó que parara el coche. Nancy obedeció.

—Hay cámaras y es posible que estén despiertos. Será mejor que no puedan identificar el coche, iré caminando. Gracias, Nancy, por todo.

—Ha sido un placer —se despidió Nancy, algo más relajada al ver cómo la joven salía del coche.

Emma volvía a casa caminando con la humedad del amanecer, el olor a flores y el canto de los pájaros. Tal y como había querido hacer la tarde anterior.

***

Michael yacía en la cama vestido con la misma ropa del día anterior. Su mirada se mantenía fija en la lámpara que colgaba del techo; apenas parpadeaba.

Mery tomó una ducha y cambió su ropa por prendas más cómodas y holgadas, bajo la insistencia de Michael. Recostada a su lado, veía cómo el sol los saludaba poco a poco, a través de las grandes ventanas decoradas con cortinas de color blanco.

Bajo sus hinchados ojos se habían dibujado dos grandes ojeras de tonos rosáceos. Luchaba con todas sus fuerzas contra el sueño y el agotamiento que habían invadido su cuerpo.

Aquella lucha llegó a su fin cuando el sonido del timbre los sorprendió a las siete menos cuarto de la mañana.

La pareja saltó de la cama a toda velocidad y bajaron los escalones de dos en dos. Fue Michael quien llegó a la puerta,

dejando a Mery abatida sentada en el último escalón, sin apenas fuerzas para ser consciente de lo que estaba viviendo en aquel momento.

Al abrir, el cuerpo de Michael se vio sacudido por un temblor que le recorrió desde los pies a la cabeza: ahí estaba Emma, mirándole a los ojos sin sentir algún tipo de arrepentimiento por el sufrimiento que veía en ellos, ni por el llanto en el que su madre se vio sumida en cuanto la vio en el umbral.

Emma entró en la casa embistiendo a Michael. Sin pronunciar palabra alguna, caminó hacia las escaleras, le dedicó una mirada llena de odio a Mery y continuó el camino hacia su habitación.

Mery y Michael se miraron perplejos, sin pronunciar palabra. Cuando escucharon la puerta de la habitación de Emma cerrarse, Michael caminó hacia Mery para ayudar a que se levantara.

—Lo sabe —le susurró Michael al oído. Mery se negó a aceptar aquella idea.

—Tenemos que descubrir dónde ha estado.

—No importa dónde haya estado, Mery. Solo importa con quién.

—Vamos.

—No —se negó Michael apretando el brazo de Mery—. ¿La has visto? No es el momento.

—¿Cómo lo sabes? ¿Cómo estás tan seguro?

—Sencillamente, lo sé.

Ambos caminaron hasta la habitación. Michael ayudó a Mery a sentarse, le facilitó un relajante con un vaso de agua y la arropó en la cama. La besó en la frente y se despidió.

—Voy a cambiar la cerradura; descansa, cariño.

Mery durmió plácidamente: Emma ya estaba en casa, estaba a salvo. Sabía que los próximos días serían duros, pero su pequeña estaba sana y salva.

***

Horas más tarde, Danniel estaba sentado, magullado tras su noche de impulsivas aventuras en el bosque. Había recibido la importante llamada de Mery: Emma estaba en casa.

Tras eso, decidió enviarle un SMS a Bonnie actualizándola sobre lo ocurrido.

«Llamadas de atención, ya sabes: adolescentes», le había dicho Mery. A pesar de ser una explicación generalista y escueta, Danniel quedó conforme.

***

Emma no había conciliado el sueño aún, su esclerótica se tornaba de un color rojizo y su mente callaba. Sus pensamientos se habían silenciado; lo único que hacía era trazar y tratar de procesar toda la información que había obtenido en las últimas horas.

Mientras Michael y Mery murmuraban por el pasillo, ella los ignoraba por completo.

Emma miraba el techo de su habitación tumbada sobre la cama, aún con la ropa que había vestido durante su inesperada y forzada visita a Agatha. No le costó reconocer que lo que entonces estaba sintiendo era un absoluto y pleno alivio.

Se había desvelado la verdad. Una verdad de cuya existencia siempre había sospechado, a pesar de no tener pleno conocimiento: Nunca dudó de que su vida era una patraña.

Como una rata en un laberinto, nunca logró salir de ese trampantojo. Carecía de pistas; solo contaba con la voz de su intuición, que le gritaba y, a veces, le susurraba al oído.

Ahora tan solo debía averiguar qué haría a continuación. Aquel era el único dilema que se presentaba ante ella.

***

—Tenemos que hacerlo, Michael; hay que hablar con ella.

—Aún no —contestó tensando la mandíbula.

—Entonces, ¿cuándo? —preguntó Mery, algo nerviosa.

—Ni siquiera sé si es buena idea que hablemos del tema. Desconocemos lo que sabe.

—¿Cómo puedes estar tan convencido de que sabe algo?

—Mery, lo hemos hablado cientos de veces: ambos sabíamos que algún día tu madre metería las narices hasta el fondo. La exposición de Nueva York fue un juego para ella, un aviso de lo que venía. Es posible que sepa más de lo que creemos.

Michael levantó los brazos y se colocó las manos en la nuca.

—Seamos claros —dijo Mery—: ¿qué puede saber? ¿Que su abuela es una de las personas más buscadas del país? ¿Que ha intentado inculparte de sus delitos enviando anónimos al FBI?

Michael rio sarcástico y la miró.

—Me refiero a la verdad, Mery: a su verdad.

5

18 de mayo, 2011

Pasaron los días. Emma se mostraba ausente, como un fantasma por Pick Brave. Mery y Michael se esforzaron todo lo posible por cambiar la situación, evitando sacar a relucir ningún tema incómodo.

***

La noche se presentó húmeda en Hellyfield, acompañada de una fría brisa que calaba hasta los huesos. Era un frío algo inusual, poco característico para esas alturas de la primavera.

Aún era temprano, Bonnie caminaba hacia el salón con *El color púrpura* de Alice Walker bajo el brazo, dispuesta a volver a leerlo por quinta vez. Había pasado el día durmiendo, evitando a toda costa mantener su consciencia activa. No sabía si habría sido capaz de soportar un largo día como aquel lleno de reflexiones inquietantes, ansiedades y miedos.

Los ansiolíticos que había estado tomando cuando se despertaba de manera intermitente le habían ayudado a mantenerse en el panteón en el que se había convertido aquel dieciocho de mayo.

A pesar de eso, fue capaz de reflexionar sobre sus actos: reconoció lo autodestructivo de su comportamiento durante aquel día.

No le sorprendió. Llevaba años contando los días y su abogado la había contactado dos semanas antes para charlar sobre el tema de manera informal.

Se sentó en el sofá a oscuras. Suspiró.

—Nunca fui capaz —murmuró en voz alta—. Nunca lo miré a los ojos.

Estiró el brazo para encender la luz de la mesa de noche e intentó no romper el bucle en el que estaba atrapada. Se acomodó y abrió el viejo libro; el tacto de las páginas y su crujir le causaron cierto placer; entonces, se enfrascó en él.

Vagamente, leyó diez páginas hasta que lo cerró y lo lanzó contra el televisor. Por suerte, aquel ejemplar era de tapa blanda. Su visión se tornó borrosa, debido a las lágrimas que brotaban con fluidez a través de sus ojos. Respiró profundamente. Cogió un cojín, lo colocó entre su rostro y sus brazos, hundió su cara y, desde lo más profundo de sus entrañas, emitió un grito desgarrador. Aturdida, fue en busca de agua a la cocina.

Sintió que el ritmo de sus pulsaciones comenzaba a normalizarse. Bebió un vaso de agua de un solo sorbo y lo rellenó de nuevo en busca de un segundo.

Los pantalones del chándal gris le bailaban en la cintura; había adelgazado en las últimas dos semanas. Los nervios le estaban jugando una mala pasada como era de esperar, aunque ella no se había permitido sentir o mostrar ningún tipo de debilidad durante los días atrás. Fue tal su coraza que ni siquiera sus más allegados se percataron del evento tan importante que había tenido lugar aquel día.

No había acabado de beber el segundo vaso de agua cuando el timbre sonó detrás de ella.

Se miraba a los pies al abrir la puerta. Levantó la mirada y encontró unos ojos desgarrados por el paso del tiempo y el dolor. Estaba rodeada por profundas arrugas, por las cuales habían surcado innumerables lágrimas.

Los párpados comenzaron a pesarle con fuerza. Su psique había soltado el látigo de la vergüenza, el autodesprecio y la decepción. Las heridas que habían hecho que su corazón sangrara durante años dejaron de escocer.

Por fin, se encontraba frente a Kenny Blane.

Blane apareció en la residencia de los Pearson. Vestía la misma ropa con la que entró; ahora le quedaba más holgada, y el tiempo, junto con otros estragos, le había pasado factura.

Un gorro de pescador de color gris cubría su cabeza, y sus manos, temblorosas, descansaban una sobre la otra.

Bonnie no pudo despertar del estado de *shock* en el que se encontraba. Sentía frustración. No encontraba fuerzas ni sentido para reaccionar con violencia. No pudo sentir más que compasión por aquel hombre. Sus ojos se llenaron de lágrimas, pero, por supuesto, no derramó ninguna.

—No fui yo. Yo no maté a tus padres —dijo Blane en el umbral, con la voz de alguien que perfectamente podía haber pasado meses sin pronunciar una palabra.

Kenny Blane agarraba con fuerza su gorro entre sus manos pálidas y temblorosas, mientras Bonnie evitaba mirar su cabeza llena de cicatrices.

No sabía cómo había acabado aquel sujeto sentado en su sofá. La temperatura de la sala pareció bajar con respecto al resto de la casa. Su corazón latía con tal fuerza que temía que Blane pudiera escucharlo.

Bonnie había escuchado perfectamente las palabras que Kenny Blane había pronunciado cuando aún estaba frente a su puerta. Creía que había dicho la verdad.

No existía motivo alguno por el cual un supuesto asesino buscase a la hija de sus víctimas el mismo día que salía de prisión para desvelar algo así... o eso pensó Bonnie. A pesar de eso, la idea de que pudiera encontrarse en peligro acechaba en los recovecos de su cabeza; le preocupaba no tener su arma cerca.

—¿A qué has venido? —preguntó tragando saliva.

—A contarte la verdad, Bonnie Pearson. No soy un asesino. Es justo que quiera limpiar mi nombre, al menos contigo, una de las víctimas de esta mentira. —Esta vez, la voz de Blane sonó con

firmeza, lo que captó aún más la atención de Bonnie. Contra todo pronóstico, se descubrió confiando en sus palabras. Tal vez siempre quiso creer que era inocente, que nunca mató a nadie, que aquel fatídico día jamás ocurrió. Quizá Kenny Blane le contaría cómo ayudó a sus padres a fingir su propia muerte para librarse de la penitencia por haber cometido algún tipo de crimen y que ambos estaban vivos y felices en alguna parte del mundo.

Pero, por supuesto, aquella no era la historia que Bonnie estaba a punto de escuchar.

—Comienza —ordenó Bonnie. Sabía que aquella conversación sería reveladora. No olvidaba la existente conexión con el asesinato de Angela Sullivan: mismo abogado, misma condena. Aquel tipo de coincidencias no existían. Se trataba de crimen organizado, estaba segura de ello.

Tomó una fuerte bocanada de aire y trató de recomponerse. Necesitaba hacer uso de sus cinco sentidos, no se le podía escapar nada, no podía permitírselo.

—No quiero andarme con rodeos. Seré lo más breve posible. Siempre fui un barco a la deriva. Por aquel entonces, cuando ocurrió lo de tus padres, todo iba mal. Muy mal. Mi mujer nos abandonó a mí y a Charlotte, que entonces era apenas una recién nacida, como quien dice.

Bonnie parpadeó bruscamente.

—¿Charlotte?

Aquella trenza dorada danzó entre sus recuerdos, colándose en su presente sin que nadie la hubiera invitado. Su inocente sonrisa, el blíster de ansiolíticos, la amabilidad que tuvo la joven al ayudarla durante su ataque de pánico... Supo que era ella, aquella joven que conoció hacía seis años en los aparcamientos de la prisión estatal de Craphwood, la hija de Kenny Blane.

—Sí. Es psiquiatra —dijo sonriendo tímidamente—: Estoy… estoy muy orgulloso de ella. —Una lágrima furtiva se deslizó por su mejilla, pero él no se molestó en ocultarla—. Yo hacía lo que podía para que

ambos pudiéramos vivir, mi único objetivo era que pudiera salir de Maille. Y en parte creo que lo conseguí... pero a un precio muy alto.

»Hacía tiempo que sabía que me vigilaban, no conseguía dinero haciendo cosas legales, así que, inevitablemente me puse nervioso. Pensé que podían ser polis, pero no, nada de eso: aquellos gorilas no eran de los buenos.

—¿Por cuánto tiempo te estuvieron vigilando?

—Lo desconozco, pero supongo que el suficiente para darse cuenta de que haría todo lo posible por asegurarle un buen futuro a Charlotte.

»Una noche llamaron a la puerta de nuestra caravana en Maille. Supe que eran ellos. Escondí a Charlotte en el armario de su habitación y cogí un pequeño revólver que guardaba por seguridad.

Cuando les abrí, entraron con calma sin yo invitarles a hacerlo. Recuerdo que ambos vestían con trajes de color negro, las cabezas rapadas y uno de ellos sostenía un maletín. «Tome asiento», me dijo uno de ellos. —Blane sonrió con tristeza al recordar aquella escena —. A lo largo de mi vida me había encontrado en muchas situaciones incómodas, sobre todo en la calle, ya me entiendes... pero nunca me había sentido tan intimidado como aquella noche, en mi propia casa.

»Me plantearon la situación: habían matado a una pareja negra. Por supuesto, nunca supe quién fue, ni tampoco el motivo. Abrieron el maletín: había un millón de dólares en efectivo. Jamás hubiera podido imaginar que vería semejante cantidad, ni en mis más profundos sueños, señorita Pearson. «Entrégate a la policía, tendrás a uno de los mejores abogados del país, la condena será corta y, a cambio, podrás darle un buen futuro a la niña que escondes en el armario». —Blane miró a Bonnie y en ningún momento pareció sentir arrepentimiento; al contrario, lo volvería a hacer. Volvería a prisión y al huracán mediático por su hija—. No tuve que pensarlo mucho. Firmé el acuerdo y ensayé mi declaración varias veces con el abogado aquel, tan estirado…

—Sam Miller —interrumpió Bonnie.

—Sí, así se llamaba.

—¿Qué sabes de Angela Sullivan? —preguntó Bonnie con brusquedad.

Blane vaciló un poco antes de responder.

—¿La escritora?

—Sí.

—Desapareció, ¿no es así?

—No te hagas el tonto.

—Eso es lo único que sé de esa mujer, que escribía libros y que desapareció.

—Aún no sé si puedo fiarme de ti, Kenny Blane —dijo Bonnie, entrecerrando los ojos.

—No he venido en busca de tu confianza, Bonnie Pearson; he venido a contarte la verdad.

Bonnie se mantuvo serena. Sabía que decía la verdad, pero confiar al cien por cien en él sería bastante imprudente.

—La asesinaron. ¿Sabes quién defendió a los culpables?

—¿Miller? —preguntó Blane frunciendo el ceño.

—Así es. Les ha caído la misma condena que te cayó a ti.

—Demasiada coincidencia.

A Bonnie le sorprendieron aquellas palabras: exacto, demasiada coincidencia.

—¿Qué sabes de eso?

—Ya te he hecho saber que no sé nada de la escritora.

—¿Quién mató a mis padres? —dijo Bonnie alzando la voz, a la vez que comenzaba a sentir un torbellino de emociones, poniéndolo todo patas arriba en su interior. Estaba dejando de ser paciente, comenzaba a perder el control y Blane lo sabía.

—No lo sé. Lo que sí sé es que es probable que los culpables —hizo un gesto con los dedos como si fueran comillas— de la muerte

de la escritora sean tan culpables como yo lo fui de la muerte de tus padres.

6

19 de mayo, 2011

A Bonnie le costará admitir algún día que sus lágrimas se derramaron ante Kenny Blane. Pero jamás podrá negar que su vida cambió por completo, al igual que lo hizo la manera en la que se había estado percibiendo durante tantísimos largos e insufribles años. Aquel oscuro y tenebroso rincón de su corazón había quedado vacío. Y ahora, cuando la luz lo iluminaba, solo tenía que sembrar en él.

Aquella noche no solo fue especial para Bonnie, también lo fue para Blane, un hombre que había pagado un gran precio para cuidar del único amor de su vida: su hija Charlotte. Consiguió lavar su imagen contando su historia, narrando una verdad que jamás sería pública en los medios, una verdad que jamás contó en la cárcel, cuando lo torturaban, amenazaban y agredían.

Se sentía satisfecho. Era conocedor del entramado en el que Bonnie se movía. Existían conexiones entre su caso y el de la escritora. Quería que se hiciera justicia. Así se lo transmitió a Bonnie. Intercambiaron teléfonos y se prometieron mantener el contacto por si alguno tenía preguntas o averiguaba algo.

La condena y la pérdida les había unido hacía años. En aquella noche, decidieron renovar sus votos.

A la mañana siguiente, mientras bebía un café con hielo en el jardín de su casa, observando a los ciudadanos pasar, se planteaba a sí misma el mismo dilema una y otra vez: tomarse la justicia por su cuenta.

Era inevitable que, en ocasiones, se arrepintiera de haber abandonado el FBI. Había sido una institución que le había proporcionado firmeza, poder y el placer de haber encerrado a más de un criminal.

Había conseguido quitarse a Michael Brown de la cabeza durante todo ese tiempo, a pesar de la enorme decepción que se había llevado con Anthony. Sin lugar a duda, sintió cómo se había hecho trizas la figura paterna en la que él se había convertido.

Ahora tenía algo. Algo nuevo. Algo personal. Y esta vez, no iba a dudar ni un solo segundo en involucrarse hasta las cejas.

Sacó su teléfono móvil del bolsillo y abrió la agenda de contacto para consultar su primera fuente de información.

7

24 de mayo, 2011

El primer sorbo de cerveza le sentó como el agua a alguien que hubiera deambulado durante horas por un desierto árido.

El botellín estaba helado, las finas placas de hielo que lo cubrían se derretían entre sus dedos. Mientras tragaba, lo alejó para leer la etiqueta rosácea: «Mimi´s». La nueva camarera le había dicho que era artesanal y no se arrepintió de haberla aceptado.

Aquella tarde, el Rooster Coffee estaba más silencioso de lo habitual: el bullicio que lo caracterizaba se había evaporado por completo, seguramente para asentarse en alguna playa o a las orillas del lago.

David llegaba tarde. Tampoco le preocupaba, no tenía prisa y se encontraba bastante a gusto.

El sol entraba por el ventanal, iluminando su rostro y resaltando el brillo de su cabello negro dividido en trenzas que, a su vez, había amontonado en un alto recogido.

Volvió a inclinar la botella, entonces escuchó sonar la campanilla de la puerta. Giró el torso y David le dedicó una enorme sonrisa. Bonnie reparó en lo blanco de sus dientes: parecía que alguien había dejado de lado el tabaco y el café, o quizás es que se había sometido a algún tratamiento blanqueante.

—¡Espero que sea la primera! —exclamó mientras se acercaba a la barra para pedir otra cerveza.

—Te veo bien —lo halagó Bonnie cuando se sentó frente a ella.

—Tú estás maravillosa, como siempre.

Bonnie acercó su botellín al de David para brindar.

—¿Qué tal va todo, jefe?

—Tranquilo, aunque ya sabes lo que quiere decir que las cosas estén calmadas...

—Se está cocinando a fuego lento —concluyó Bonnie.

Se sonrieron mutuamente y bebieron otro trago de cerveza.

—Pero se agradece, ya lo sabes, nada extraordinario. Ya habrá tiempo para la acción. Bonnie percibió un aura y una actitud diferente en David. Lo encontraba más ligero, más risueño, incluso olía mejor. Entrecerró los ojos de manera exagerada y alargó el cuello para mirarle de cerca.

—David Morretti, ¡usted está enamorado! —David intentó ocultar su sonrisa estrepitosamente mal y se llevó la mano a la frente mientras se sonrojaba—. Y creo saber quién es la afortunada —añadió.

—Bueno, bueno, ya es suficiente, no te equivocas.

—Me alegro mucho por ti.

—Gracias, amiga.

—¿Te apetece picar algo?

—Me encantaría. Y mientras tanto, podrías contarme qué andas tramando.

Bonnie levantó una ceja.

—Prefiero ir por partes.

Bonnie jugaba con un hueso de alita de pollo picante mientras David devoraba patatas fritas empapadas en mayonesa. Intercalaba buches de cerveza para no atragantarse. La doble fritura que le aplicaban en la cocina del Rooster Coffee era, sin duda, el secreto del éxito de aquellas patatas.

—Así que el señor Conrad acabó entre rejas...

—Correcto —confirmó David mientras se limpiaba los dedos en la servilleta—. Me extraña que hayas tardado tanto tiempo en

preguntar sobre el tema.

—Sí, bueno, ya sabes, he estado alejada de todo este mundo bastante tiempo. Viviendo.

—¿Y qué ha hecho que hayas vuelto a las andadas? —preguntó con una sonrisa picarona.

—Y, por casualidad, ¿no interrogaste a Michael Brown? —preguntó llenando de aire la boca y haciendo así que sus mofletes se inflaran—. Es socio capitalista del hotel y todo eso, ¿no?

—Sí, Bonnie, lo interrogamos —contestó dejando los ojos en blanco—. ¿Qué tienes de nuevo contra él?

—Nada en realidad; creo que se trata de un fetiche —dijo Bonnie con una voz y expresión que hizo que David riera—. ¿Nadie intuyó el conglomerado que había montado Conrad?

—Los interrogamos a todos: trabajadores, fundadores, socios capitalistas, clientes… Todos parecían tener las manos limpias. Conrad no colaboró, no dio nombres. Que saliera bajo fianza antes del juicio no implicaba nada concreto.

—Tal vez lo amenazaron.

—Sí, tal vez, pero han pasado años y aún no sabemos quién entró allí. Solo que él y los matones están entre rejas y, gracias a Dios, las chicas están vivas, intentando llevar una vida normal.

—Entiendo, sí, una puta locura, joder; eso es lo que es: una locura —dijo Bonnie bebiendo un trago de cerveza—. Oye, ¿has escuchado lo de Emma Brown?

—Mi vieja, que en paz descanse, ha escuchado lo que ha ocurrido con esa maldita niña.

—Pues, al parecer, la enana no ha salido de su habitación desde que volvió.

—¿Que no? Si yo fuera el maldito Michael Brown, la habría sacado de los pelos.

—¿También piensas que lo hizo para llamar la atención?

—¿Por qué no, Bonnie? —preguntó David haciendo un gesto de obviedad con la mano.

—Porque a lo mejor nunca se fue.

—¿Crees que estaba escondida? —susurró David frunciendo el ceño.

—¡Joder, David! —exclamó Bonnie dando un manotazo sobre la mesa—. ¿Y si la secuestraron?

—¿A Emma Brown? Bueno, es posible; su padre es un tocapelotas. Pero no tendría sentido que la devolvieran tan rápido y de una sola pieza, sin ningún mensaje para Brown, ni nada del estilo. Si hubieran querido asustarlo, la habrían retenido más tiempo... o algo peor.

—Mmm, puede que tengas razón.

—Esa chiquilla se largó, no aguantó más y volvió. No la culpo: vivir con gente tan estirada tiene que ser un horror. —Bonnie rio mientras jugaba con la botella vacía.

Comenzó a meditar cómo tenía pensado contarle a David lo ocurrido hacía días atrás con Kenny Blane y la conexión que había entre lo ocurrido con sus padres y el caso de Angela Sullivan. David llevaba unas cuantas cervezas, tal vez no fuera el mejor momento, pero necesitaba hablar; más allá de buscar conexiones incriminatorias.

—Hace una semana me visitó Kenny Blane.

Las palabras salieron disparadas de su boca, con la misma fuerza con la que un huracán arrasa con todo lo que encuentra en su camino.

David se atragantó con la cerveza y comenzó a toser con la boca cerrada, mientras las venas que rodeaban su cuello se hinchaban ligeramente.

—¿Qué diablos estás diciendo, Bonnie? —preguntó alterado.

—No fue él, David —dijo con los ojos llenos de lágrimas.

David no daba crédito a aquella situación, sentía un descontrol absoluto.

—Bonnie, Bonnie… Cuéntamelo todo desde el principio —dijo mientras abría sus manos frente a Bonnie para que ella pudiera colocar las suyas sobre ellas.

Pidieron una botella de agua y un vaso. Bonnie se la bebió entera mientras relataba a David con total detalle lo ocurrido hacía una semana en el porche y en el salón de su casa.

Le contó absolutamente todo: desde el principio, desde el mismo día en que se topó con una adolescente en la prisión estatal que le asistió mientras sufría un ataque de pánico, hasta cómo eran las cicatrices de la cabeza de Blane.

Por supuesto, no se olvidó de contar cómo había descubierto un posible hilo conductor: una conexión entre el caso de asesinato de sus padres y el arresto y condena de los asesinos de Angela Sullivan. Había hecho los deberes. Había salido a la calle, había buscado información sobre Alexander Miller, Randy Curtis, Travis Carter y Jared Evans. Los cuatro tenían perfiles muy similares a los de Blane.

La hermana pequeña de Miller yacía enferma en una cama en un piso de mala muerte y su familia carecía de recursos para pagarle el tratamiento médico. El padre de Curtis propinaba palizas a su madre de manera recurrente. El cuerpo de la madre de Carter era un colador, no sabía dónde se inyectaría la siguiente dosis de heroína, y tenía dos hermanos menores de edad. El padre de Jared Evans se pudría en la cárcel por un supuesto atraco a mano armada, cuya sentencia era de dudosa veracidad.

—Hay un perfil —murmuró David.

—Sí, hay un perfil —confirmó Bonnie mientras se sonaba la nariz.

David observó el rostro de Bonnie, el destello en su mirada; no pudo evitar sentirse identificado con su querida amiga, así que él también decidió disparar.

—Bonnie, no sé si debería contarte esto —comenzó a sentir remordimientos—. No me ha parecido relevante después de tanto

tiempo fuera del FBI. De alguna manera, creo que he intentado protegerte... o tal vez sea una sencilla excusa por haber sido un capullo.

Bonnie lo observaba con los ojos como platos.

—Habla.

—Sam Miller y Michael Brown son familia.

—Tienes razón, eres un capullo.

Bonnie salió del Rooster Coffee con el corazón ardiendo y moviéndose a un ritmo demasiado violento. Ya nada importaba: Spicy Candy no importaba, las niñas víctimas a manos de Jeffrey Conrad daban igual, todos los horribles sucesos que habían tenido lugar en Hellyfield durante la última década y habían atormentado a todos sus habitantes, daban igual. El cabrón de David daba igual... Ahora, una vez más, el epicentro de la vida de Bonnie Pearson volvía a ser él: Michael Brown.

David corrió tras ella y la cogió del brazo.

—¡Bonnie, por favor, escúchame! —imploró.

Bonnie se giró sobre sí misma y lo miró a los ojos.

—¿Cómo has podido, David? ¿Cómo has podido ocultarme algo así?

Los pocos transeúntes que caminaban por la calle apenas se percataron del pequeño número que estaban montando. Estaban demasiado distraídos disfrutando del buen tiempo.

—¡Solo quería protegerte, Bonnie!

—¿Protegerme? ¿Protegerme de qué?

—¡De ti, Bonnie! ¡Joder! Por primera vez desde hacía mucho te veía feliz, no quería que volvieras a entrar en un maldito círculo autodestructivo.

A pesar del enfado que Bonnie sentía, sabía que el hombre que tenía delante la quería y que había intentado protegerla de sí misma, de sus obsesiones y de su pasado traumático.

Pero también sabía que en aquel momento no podía perdonarlo, no podía abrazarlo, no podía hacer como si no le hubiera ocultado algo de vital importancia.

—Lo sé, David, lo sé.

Se secó las lágrimas, le dio la espalda y comenzó a caminar de vuelta a casa.

Mientras lo hacía, procuraba controlar su respiración: miles de ideas habían abordado su cabeza de sopetón y debía hacerlas desaparecer. Si algo le había enseñado la experiencia, era que no iba a sacar conclusiones positivas ni nada bueno si se dejaba llevar por todos aquellos impulsos.

Sentía cómo el paseo comenzaba a estabilizarla y a relajarse un poco más. Abría y cerraba sus manos para evitar que sus dedos se agarrotaran, hasta que su teléfono comenzó a sonar. Entonces, se paró en seco. Buscó el móvil en su bolso, estando cien por cien segura de que se trataría de David. Cuando dio con él, no dudó en descolgar con total rapidez.

—¿Hola? ¿Mery? —Su voz sonaba temblorosa.

—¿Bonnie? ¡Hola! —Saludó Mery con entusiasmo.

—Hola, Mery, ¿cómo estás? ¿Qué tal todo? —preguntó, algo más calmada y llena de inquietud.

—Maravillosamente bien, ¿y tú, querida?

—No podría estar mejor. —dijo sonriendo.

—¡Me alegra escucharlo! Te llamaba porque el viernes 27 de mayo celebramos en Hellyfield el cumpleaños de Emma; a Michael y a mí nos encantaría que vinieras.

—¡Oh! Sería un placer, Mery, allí estaré —dijo sonriendo aún más.

—Estupendo, te enviaré un mensaje con la hora.

La conversación no se alargó mucho más, pero, como si de una conspiración divina se tratase, Bonnie volvería a estar al lado de Michael en cuestión de horas.

Sin embargo, no podía evitar preguntarse qué pintaba ella en el cumpleaños de Emma Brown. Llamaría a Danniel en cuanto llegara a casa para charlar un rato sobre el tema. Tampoco se olvidaba de que las cosas debían de estar turbulentas en casa de los Brown tras lo ocurrido.

Se sentía entusiasmada, pero también algo preocupada y triste; ya se había acostumbrado a aquel mejunje de emociones. No era nada nuevo.

Caminaba con una actitud diferente: su postura corporal era distinta y su mentón estaba algo más levantado. Todo cambió cuando, al girar la esquina en la que se encontraba su casa, divisó una silueta sentada en uno de los escalones de su porche. A toda velocidad, esquivó las plantas y hojas que lo decoraban y se encontró con la mirada de Charlotte Blane.

Estaba siendo un día demasiado intenso, lleno de sorpresas.

Buscaba soledad, pero la presencia de Charlotte no le incomodó y, menos aún, la tímida sonrisa que dibujó en su cara al toparse con su desconcertado rostro. Vestía unos vaqueros claros, unas zapatillas deportivas y una camisa blanca. Junto a ella, estaba su bolso de color marrón. Su rubia melena se mecía con el viento.

Bonnie entró y se sentó junto a ella mientras le sonreía.

—Perdona por no invitarte a entrar, pero necesito tomar un poco el aire.

—En absoluto, soy una completa intrusa; haces bien —dijo en un tono amigable.

—Me alegro de verte, Charlotte, aunque es raro, teniendo en cuenta que solo nos hemos encontrado una vez, ¿no crees?

—No me parece raro en absoluto, Bonnie; yo también me alegro de verte.

Bonnie se acomodó en el duro escalón de madera. Se preguntaba cuánto tiempo llevaba Charlotte esperándola.

—¿Qué te trae por aquí, jovencita?

Charlotte soltó una carcajada.

—Bueno, nada en concreto, solo quería visitarte tras, ya sabes, la intromisión de mi padre el otro día.

Bonnie tomó aire. El rostro de Charlotte había madurado: se había convertido en una mujer y seguía siendo buena persona. Podía verlo en sus ojos, aunque también era capaz de distinguir algo más en su mirada... pero era demasiado pronto para saber de qué se trataba.

—La visita de tu padre fue importante, fue… Sí, importante.

—Lo sé. Espero que lleves mejor tus ataques de pánico —bromeó.

Bonnie levantó las cejas, divertida.

—Creo que sí, que he conseguido lidiar con ellos —dijo, frunciendo los labios—. Psiquiatra, ¿no?

—Sí, un sueño hecho realidad —dijo entre risas.

—Lo recuerdo, recuerdo que me contaste tu sueño.

—Sí, y yo también.

Bonnie aún podía deleitarse con el sabor amargo a cerveza inundando su boca, lo que hizo que se sintiera algo incómoda en aquel momento: no le agradaría que Charlotte percibiera el olor a alcohol en su aliento.

—¿Cómo está él? —preguntó, refiriéndose a Kenny Blane.

—Bien, bueno… —Charlotte vaciló mientras colocaba sus manos entre sus muslos—. Es complicado volver a la normalidad tras todo lo que ha vivido.

Bonnie la miró con compasión. Pudo ver en su mirada el ardiente deseo de que, tal vez, algún día su padre pudiera tener una vida normal. Se compadeció profundamente.

Charlotte era adulta, una mujer de ciencia; en lo más profundo de su corazón sabía que aquello nunca ocurriría. Ella había decidido

cargar con la pena y la culpabilidad de las pocas opciones que tuvo su padre aquel día. Pensaba que, en realidad, nunca tuvo elección.

Escogió aquel destino solo por ella y para ella.

—Paciencia.

Bonnie intentó consolarla de manera desastrosa.

—Qué situación tan extraña —comentó Charlotte, incómoda—. No sé por qué he venido, debería irme.

—Está bien, Charlotte, está todo bien.

Bonnie colocó la mano a Charlotte sobre su hombro izquierdo y, tras unos segundos, esta se levantó. Caminó a través del frondoso porche de Bonnie para desaparecer, cual fugaz recuerdo.

—¡Charlotte! —La llamó Bonnie, nerviosa. Charlotte giró la cabeza hacia ella—. Aquel día... ¿sabías quién era yo?

—Sí —contestó y desapareció entre colores y olores a flores.

Bonnie meditó algunos minutos sobre la situación en la que se encontraba la familia Blane, sobre la historia que conocía. Intentaba imaginarse el sufrimiento, la soledad y desesperanza por las que ambos habían debido pasar, pero, al menos, se tenían el uno al otro.

La noche cayó y decidió que era momento de entrar.

Dejó el móvil sobre la encimera mientras abría el frigorífico en búsqueda de algo para cenar. Mientras tanto, ignoraba las llamadas perdidas de David. No tenía mucho dónde elegir: o ensalada de tomate u otra cerveza. Optó por la segunda opción.

Abrió la lata y llamó a Danniel. Activó el modo altavoz, dejó el móvil sobre la mesa de la cocina y ella tomó asiento mientras esperaba a que le contestara.

—¡Bonnie! —contestó Danniel.

—Hola, Danny, ¿qué tal va todo?

—Ahora mucho mejor, y tú, ¿cómo estás?

—Bien, aunque creo que hoy estoy socializando demasiado —se mofó.

—Un auténtico drama —añadió Danniel, sarcástico.

—Oye, me ha llamado Mery —dijo, jugando con la chapa de la cerveza aún cerrada—. Me ha invitado al cumpleaños de Emma.

—Vendrás, ¿no? Viene todo el mundo —detalló.

—Sí, iré... ¿Todo el mundo? —preguntó extrañada—. ¿No están las cosas un poco tensas en casa de los Brown como para montar una fiesta?

—Sabes cómo son. Yo creo que es una parafernalia para hacer ver que todo está bien, aunque no lo esté —dijo Danniel, apenado.

—¿Cuántos años cumple Emma?

—Diecisiete. Parece mentira cómo pasa el tiempo —reflexionó, melancólico.

—Sí, ya ves.

Bonnie lo comprendió todo: los Brown celebrarían una fiesta por todo lo alto para hacer ver al resto del pueblo que todo iba bien entre ellos, que seguían siendo una familia perfecta y, por supuesto, ella formaba parte del resto del pueblo.

La gente había hablado de lo ocurrido con Emma. Los rumores y chismorreos habían llegado desde Pick Brave a Hellyfield y, desde luego, iban a tomar cartas en el asunto.

—Bueno, le llevaré un regalo.

La conversación no se alargó mucho más. Bonnie no tenía ganas de seguir interactuando con nadie aquel día, había tenido suficiente y solo quería saber de qué iba todo aquello, aunque, en el fondo, podría haberlo deducido por sí misma.

Tiró la lata de cerveza entera a la basura y subió las escaleras para lavarse los dientes y darse una ducha fría que la ayudara a deshacerse del amodorramiento que el alcohol le estaba causando.

No podía pensar con claridad; su lógica se veía nublada por las emociones que sentía en aquel momento. Estaba demasiado cansada como para luchar contra ellas. Solo podía pensar en todo lo que echaba de menos a sus padres.

Sentía envidia de los Blane: a pesar del desafortunado pasado y futuro de Kenny, se tenían el uno al otro. Estarían juntos, apoyándose, abrazándose, trabajando hombro con hombro. Ella, en cambio, estaba sola.

Se dejó llevar y comenzó a llorar mientras se ponía el pijama: una camiseta XL de color blanco. Se secó las lágrimas y dejó la toalla húmeda sobre la cama.

Salió de su habitación y se dirigió al fondo del pasillo, donde se encontraba la que siempre había sido la habitación de sus padres, de la feliz pareja Pearson.

Abrió la puerta y encendió la luz: la colcha color mostaza, los muebles de madera, los libros, las fotografías, la ropa en el armario, los perfumes en el tocador de su madre... Todo seguía igual.

Como una niña pequeña asustada en medio de la noche, caminó hacia la cama y se tumbó en el lado derecho, donde solía dormir su padre, mirando hacia el lado izquierdo, vacío, donde dormía su madre.

Acomodó la cabeza sobre la almohada.

El ruido de algo cayendo y golpeando contra el suelo le puso el vello de punta y aceleró su corazón. Cambió de postura e introdujo el brazo en el hueco que había entre la cama y el cabecero.

Estiró todo su cuerpo hasta que, por fin, pudo llegar al suelo y, gracias a un torpe baile de dedos, consiguió agarrar aquello que había caído.

Observaba con curiosidad el misterioso sobre de plástico grueso y transparente. Era algo más grande que una hoja de papel y, en su interior, se hallaba lo que parecía ser una carpeta de color marrón.

Se cruzó de piernas y comenzó a abrirlo hasta poder llegar al contenido. Se deshizo del sobre con rapidez, sacó una carpeta y, al abrirla, decenas de fotografías de diferentes tamaños salieron despedidas en todas direcciones. Aquello la sorprendió. Parecía que aquellas imágenes tenían vida propia y que deseaban ser descubiertas con todas sus fuerzas.

Fue observando las fotografías una a una. Algunas se habían dado la vuelta al caer; otras, en cambio, se habían mantenido derechas. Conforme las contemplaba, las iba apilando poco a poco en un montón, ordenadamente.

La boca se le había secado hacía rato, pero no iba a moverse de la cama. Sentía como si los nervios que recorrían su cuerpo se erizaban. Las manos le temblaban y no podía evitar mantener la mandíbula tensa, llegando a producirle un incómodo dolor.

Eran de diversas edades, desde los dos años hasta los dieciocho. Sus pupilas se mancharon de horror.

En algunas imágenes salían varios hombres cuyos rostros esquivaban el objetivo delator de la cámara de fotos; en otras salían solo las niñas. Algunas mostraban a una de ellas junto a un adulto. Había diversidad de escenarios. En muchas, la sangre lo impregnaba todo y en todas había terror.

Cerró los ojos durante unos segundos, el estómago le estaba jugando una mala pasada. Lanzó con fuerza la fotografía que sostenía entre sus dedos y corrió hacia el baño.

De rodillas abrazada a la taza, vomitó hasta que su cuerpo no pudo más. Se humedeció las manos, la cara y la nuca en el lavabo. Sin ser creyente, comenzó a rezar. Imploraba a una fuerza superior que sus padres no tuvieran nada que ver con aquellas atrocidades.

Por supuesto, no sabía cuánto tiempo llevaba allí aquella maldita carpeta. Lo único que le consolaba era que no había reconocido la figura de ninguno de sus padres en las fotografías.

Seguía sin ser capaz de pensar con claridad. Ahora, más que nunca, estaba confusa y horrorizada.

Tragó saliva, volvió a la habitación. Se sentó en el borde de la cama, cogió la carpeta para guardar las fotos y, al hacerlo, un pequeño pósit amarillo salió planeando.

Lo vio y, antes de tenerlo entre sus manos, distinguió algo escrito en él.

Le dio la vuelta para poder leer con mayor claridad.

La letra escrita a mano en cursiva con un rotulador, dictaba: «Michael Brown».

8

27 de mayo, 2011

Desde la ventana de su habitación, Emma observaba la decoración que su madre había instalado en el jardín. Admitió para sus adentros que se había esforzado bastante: centros de mesa, *catering*, música en directo, flores y unos grandes globos de color rosa con el número diecisiete.

No sentía ilusión alguna por la patraña que se había organizado alrededor de ella el día de su cumpleaños. Todo aquel circo se encontraba lejos de lo que realmente le apetecía hacer, aunque tenía claro que aquel era su día y que llevaría a cabo su deseo, ese con el que llevaba soñando tanto tiempo.

Sentía que flotaba sobre el suelo de su habitación, solo podía pensar en una sola cosa. Es más, aquello la había alejado del lienzo durante varios días, pero no sentía culpabilidad alguna: sabía que volvería a él.

Tras su húmeda figura envuelta en una toalla blanca, colgado de una percha, estaba el vestido satinado de color verde. Un verde vibrante y llamativo, el que llevaría aquel día. Lo había elegido ella, se había quedado totalmente prendada de él cuando lo vio en aquel estúpido escaparate, aunque no recordaba el nombre de la firma. Lo conjuntaría con unas sandalias blancas con un pequeño tacón.

Mery apareció en el jardín para cerciorarse de que todo estaba perfectamente colocado y organizado. Llevaba un elegante vestido blanco, un recogido impecable y unos elegantes tacones de aguja que se clavaban en el césped, impidiéndole caminar con normalidad.

Emma escuchaba a Michael hablar por teléfono desde su habitación. Estaría apagando algún fuego, gritaba a algún que otro subordinado.

Se dirigió a coger el vestido, salió de su habitación y caminó hacia el cuarto de baño.

Encendió la luz, colgó el vestido de un perchero plateado y se acercó al espejo mientras dejaba la toalla caer al suelo. Admiró su rostro pálido y demacrado, las ojeras con un ligero color rosáceo, se habían acentuado y sus labios estaban totalmente pálidos. Reconoció que debía hacerle caso a Mery cuando, la noche anterior, le sugirió que se aplicara algo de maquillaje para mejorar su aspecto.

Le resultó imposible esquivar su mirada en el espejo. Se sumergió en ella. Sus ojos habían cambiado. Percibió algo extraño, algo que no reconocía emanaba en ella; algo, sin embargo, familiar. Pues llevaba conviviendo con ello varios largos años. Solo que, en los últimos tiempos, había aflorado en la superficie para saludarla.

Volvió a pensar en Agatha, como hacía desde su regreso a casa.

Revisó mentalmente la larga conversación que mantuvieron. Recordó sus sensaciones. Recordó la verdad y se aferró a ella y al pasado para no flaquear.

***

Mientras tanto, en otra parte del jardín, Danniel luchaba con la envoltura de su regalo, ajeno a los pensamientos que revoloteaban por la cabeza de Emma. Minutos más tarde, satisfecho con su manualidad, entró en el jardín de los Brown con el regalo entre las manos.

Quedó fascinado por la decoración y preparación del evento.

Sonrió al ver cómo Mery se abalanzaba hacia él con los brazos abiertos.

—Tú, siempre tan puntual —le dijo Mery.

—¡Está todo precioso, Mery!

—Muchas gracias, Danny; ha sido cuestión de un par de días.

—¿Dónde está Emma? —preguntó ansioso. No la había visto tras la polémica desaparición—. Le he traído un regalo.

—¡Qué amable! No hacía falta —dijo Mery mirando el paquete que sostenía entre las manos—. Emma debe estar casi lista, voy a avisarla.

Danniel siguió a Mery hasta la sombra del porche y se sentó entre varios globos a esperar a que madre e hija volvieran.

Mery llamó a la puerta de la habitación de Emma, la abrió y ambas tropezaron, pues Emma se disponía a salir.

—¡Cariño, estás preciosa!

Emma hizo una mueca con la boca y salió por la puerta en silencio. Mery caminó tras sus pasos.

—Ha venido Danny, te está esperando en el porche. Te ha traído un regalo.

Emma mantuvo el silencio y caminó a través de la casa, buscando la puerta de salida.

Sorprendió a Danniel, quien se levantó sobresaltado al verla. Emma se acercó lentamente, sin esforzarse en sonreír, aunque, en el fondo, se alegraba de verlo. Danniel era como una brisa de aire fresco durante un día caluroso de verano.

Abrió los brazos buscando su abrazo, y ella lo correspondió.

—Felicidades, Emma.

—Me alegro de verte, Danny.

—Toma, es para ti.

Emma cogió el paquete, miró a Danniel y una tímida sonrisa se le escapó.

—Muchas gracias —contestó mientras abría el regalo que tanto le había costado a Danniel envolver.

Emma no se sorprendió al ver que se trataba de un presente relacionado con la pintura. A pesar de no suponer una gran

impresión, se sintió inmensamente agradecida.

—Espero que te guste.

—Estoy deseando estrenarlos.

***

Mientras la celebración seguía su curso en el jardín, Bonnie permanecía en su sótano, revisando obsesivamente cada detalle sobre Michael Brown, ajena al bullicio y a los preparativos que tenían lugar en la casa de los Brown.

En efecto: Sam Miller y Brown eran primos lejanos. Identificó a Miller en varias fotos con Michael y, por supuesto, relacionó las fotografías analógicas que había encontrado con la red de tráfico que se había desmontado en Hellyfield. Sabía que Michael estaba hasta el cuello.

Estaba eufórica, lo detendría allí mismo, por fin lo tenía.

Pero lo que no tenía era una placa o un puesto de autoridad que le permitiera hacerlo legalmente. No le quedaba más remedio que cederlo a las autoridades: debía llamar a David y contárselo todo, pero primero quería indagar algo más.

Sentía que todo lo que tenía era demasiado superficial. Pensaba volver a colarse en la casa de los Brown. Era el día perfecto: nadie estaría pendiente. Solo tenía que encontrar el momento.

Se encontraba algo desorientada tras haber pasado esos días frente a la pantalla del ordenador, alimentándose a base de pizza; la ducha le hizo reponerse y recordar que no debía salir sin ninguna de sus pistolas Glock. Daba igual lo que ocurriera.

Aquel día vería a Michael Brown entre rejas.

Se lo había prometido hasta la saciedad.

Mientras que embadurnaba su cuerpo con loción hidratante, miraba en su armario en busca de algún atuendo cómodo, pero algo elegante.

Al cabo de unos minutos estaba lista. Guardó la pistola en su bolso y se fue.

Tragó saliva al llegar a la entrada de los Brown. El jardín estaba totalmente abarrotado de gente. Apenas había pisado el césped cuando un camarero vestido con una camisa blanca y una pajarita negra, le aproximó una bandeja con varias bebidas alcohólicas: champán, vino tinto y blanco, cerveza y algún cóctel. Optó por el vino.

Se colocó las gafas de sol sobre la cabeza y comenzó a buscar a Danniel con la mirada. Estaba algo nerviosa.

Escuchaba conversaciones ajenas mientras pasaba cerca de los integrantes de diferentes grupos. Se llevó la mano al bolso para buscar su teléfono móvil, con la mala suerte de que la empuñadura de su pistola se asomó descaradamente, lo que la hizo tropezar cuando se percató; por suerte, unos brazos firmes la salvaron de caer al suelo.

—Tenga cuidado, señorita Pearson.

Cuando hubo recuperado una postura algo más digna, pensó:

«Mierda».

—Gracias —le dijo a Michael.

—Hace años desde la primera y última vez. ¿Qué tal todo?

—Todo bien, ¿y tú? —preguntó con algo de escozor.

—Bien, todo bien. Parece que el tiempo no te pasa factura.

—¿Y la cumpleañera? —preguntó Bonnie, cortante.

—Debe estar desenvolviendo regalos, pero te llevaré con Danniel.

Bonnie aceptó y siguió a Michael a través del jardín.

Observaba meticulosamente cada rostro: la mayoría de los invitados resultaban ser vecinos de Hellyfield. Aquello le supuso una gran alegría. Era una preocupación menos.

Danniel masticaba un canapé cuando Michael y Bonnie lo sorprendieron con la boca llena.

El semblante de Bonnie era serio y la presencia de Michael la incomodaba, pero sabía que no se podría deshacer de él fácilmente.

Ya la había encontrado fisgoneando en su casa tras haberles drogado en una ocasión. Debía admitir que, entonces, fue compasivo con ella. Sabía que no volvería a mostrar aquel comportamiento una vez más si la encontraba metiendo las narices donde no la llamaban. Michael no la perdería de vista.

Mientras Bonnie, Michael y Danniel se enfrascaban en conversaciones superfluas, Mery escoltaba a Emma a lo largo del jardín durante sus saludos a los invitados, acompañados de un agradecimiento desganado por los regalos que causaban un interés e ilusión nulos en ella.

Fueron varias las ocasiones en las que Mery le susurró que mostrara mayor efusividad y alegría. Orden que, por supuesto, ella ignoraba completamente.

A Emma le daba todo igual, sabía que había quien la juzgaba, sabía que la mayoría de los presentes pensaban que decidió escapar de casa para escarmentar a sus padres, para castigarlos por cosas que jamás habían hecho.

Lo único que importaba era que sabía la verdad.

La tarde concurrió de manera agradable.

Bonnie saludó a Mery y consiguió hacer lo mismo con Emma para intercambiar unas breves palabras. Rápidamente, pudo notar que se encontraba en un estado ausente. La observó durante algunos minutos, sentía curiosidad, le habría encantado sentarse a hablar con ella, pero Michael le importaba más, así que, de nuevo, la apartó de su mente para enfocarse en lo que realmente le interesaba.

Mientras conversaba con algunos vecinos, Danniel o Mery, se ocupaba de echar un ojo discretamente a Michael.

Verlo siempre con una copa en la mano lo consideraba una ventaja, pues quería decir que estaba inmerso en el evento, en hacer vida normal y corroborar que su hija era una desequilibrada que había intentado escaparse de casa para castigar a sus maravillosos padres.

Había mantenido a raya la ira que sentía, su odio y furia. Debía mantener un comportamiento adecuado y cordial, incluso inocente.

Sin embargo, a partir de aquel día no podría dejar de preguntarse si había ignorado un gran peligro. Si tal vez había sido un error haber convertido la caricatura de Michael Brown en algo más que personal.

***

Michael entró por la puerta principal de la casa sin ser visto.

Mientras caminaba por el salón, se desabrochó algunos de los botones del cuello de su camisa. Necesitaba un respiro.

Se sentía satisfecho, el vecindario lo miraba con buenos ojos, lo alababan y abrazaban. Las mujeres le piropeaban y coqueteaban con él disimuladamente, incluso delante de sus maridos, y ellos lo admiraban.

Todo iba sobre ruedas.

Ni siquiera pensó en Bonnie. La vulnerable e histérica exagente del FBI que vivía en soledad en el sótano de la casa de sus padres muertos.

Se sirvió un whisky con hielo en el bar del salón y, tranquilamente, caminó por el interior de la casa admirando su reflejo en los espejos con una bobalicona sonrisa dibujada en la cara.

Sin rumbo alguno, acabó entrando en el estudio de pintura que, años atrás, él y Mery habían cedido a Emma.

Se abrió paso entre lienzos, bocetos, trípodes, brochas y pinturas.

Tomó una postura firme frente a los grandes ventanales, cuyas vistas daban al jardín trasero, y disfrutó de los débiles rayos de luz que, poco a poco, se desvanecían con el atardecer.

Soltó una fuerte bocanada de aire por la nariz y volvió a beber de su copa.

Aún con el brebaje en la boca, escuchó cómo la puerta de la habitación se cerraba.

Se giró sobre sus pies: Emma lo esperaba apoyada sobre la puerta, con el cuello estirado, el mentón alzado y los brazos tras la espalda.

—¡Cariño! —exclamó Michael sin moverse—. ¿Cómo lo estás pasando?

—Te estaba buscando —contestó Emma casi murmurando.

Caminó lentamente hacia su padre enfundada en su vestido verde.

Michael se limitó a esperar a que su inexpresivo rostro de ojos vacíos se acercara a él.

Colocó su mano tras el cuello de su hija con fuerza y acercó su rostro al suyo.

—Estoy arreglando el desastre que has provocado, no vuelvas a intentar joderme, Emma, no seas tan puta como tu…

Un segundo después, cayó al suelo derramando el contenido del vaso; con la pierna, Emma había conseguido colocarlo boca arriba. El cielo se había tornado rosa, el sol se había despedido y la luna comenzó a gritar.

Emma se sentó sobre las caderas de su padre y sonrió placenteramente al ver cómo la sangre brotaba de su estómago manchando sus manos y su vestido.

Cogió con fuerza la empuñadura del cuchillo que llevaba su nombre grabado en la hoja y se preparó para la siguiente estocada.

***

Bonnie aprovechó un momento de confusión entre los partícipes de la conversación que estaba manteniendo y consideró que era una buena oportunidad para adentrarse en la casa de los Brown a husmear.

Con gracia, esquivó a los camareros del *catering* que habían asentado una carpa blanca a la izquierda de la casa. Se escondió detrás de varios árboles y plantas, donde preparaban los deliciosos cócteles y canapés.

No había nadie. La casa estaba vacía, solo para ella. A pesar de eso, sabía que no debía demorarse demasiado.

Comenzaba a subir las escaleras con rapidez cuando un ruido le hizo parar en seco.

Afinó el oído. Se trataba de un sonido familiar, acompañado de unos quejidos. Lo había escuchado varias veces a lo largo de su carrera en el FBI. Había aprendido a identificar el sonido de la violencia, a saber, cómo canturreaba la muerte.

Sacó su Glock del bolso y se dejó guiar por el violento murmullo. Atravesó la cocina hasta que llegó a un pasillo con habitaciones cerradas. Rápidamente, supo que el ruido provenía de la última puerta. Con la mano sobre el picaporte, respiró profundamente, abrió de golpe y apuntó con la pistola.

—¡Alto! —gritó.

Sus ojos se abrieron con fuerza, tanto que en su frente se formaron varias arrugas. Bajo aquel manto de sangre, distinguió el cuerpo de Michael. Era imposible saber cuántas puñaladas le había propinado Emma. Desde que Bonnie entró en la habitación, le había regalado una más, a la altura de la boca del estómago. Ahora rotaba el puñal en su mano y se dirigía a la yugular.

—¡Emma, no!

Disparó. La bala salió por la ventana, tan solo le había rozado el brazo, aquello no impidió que Emma Brown le abriera el cuello a su padre moribundo, pero sí que su fuerza disminuyera considerablemente.

Bonnie se abalanzó sobre ella apartándola del cuerpo de Michael.

Se levantó con rapidez y apuntó a Emma en la cabeza con su arma.

—¡No te muevas! —le ordenó sin apartar la vista de ella.

De reojo, vio el cuchillo lejos de su alcance. Con la mano que le quedaba libre, sacó su teléfono del bolso mientras gritaba auxilio.

Bonnie miraba aterrada el rostro ensangrentado y sonriente de Emma mientras sus ojos lloraban.

9

29 de mayo, 2011

Muy pocos supieron la verdad de lo que ocurrió aquel día, la inmensa mayoría abandonó el jardín de los Brown al ver cómo se acercaban dos ambulancias. Cuando David y Elizabeth llegaron acompañados de un coche patrulla, solo quedaban los trabajadores del *catering* y algún que otro cotilla rezagado... entre los que se encontraba Danniel.

Los teléfonos sonaban en las casas; en los supermercados y parques se formaban corrillos donde se desarrollaban teorías sobre lo que ocurrió aquella tarde de comienzos de verano.

Contaban que un camarero se cebó con Michael porque su padre fue despedido de Incopharma y aquello le había arruinado la vida a su familia.

Otros decían haber visto a Emma intentar cortarse las venas en uno de los cuartos de baño y que, cuando Michael fue a salvarla, ella perdió la cabeza.

Danniel conseguía ignorar todos aquellos embustes mientras las miradas se clavaban en él.

Algunos habían tenido la osadía de preguntarle, no se habían preocupado lo más mínimo por ocultar la morbosidad con olor putrefacto. Él siempre reaccionaba mirando hacia otro lado y continuando con su camino.

***

Mery se había sentado en la silla que habían colocado para ella al lado de la camilla de Michael.

La suite, situada en la última planta del hospital, contaba con dos habitaciones y un baño.

En la habitación contigua, apoyado en la pared y mirando hacia la puerta, se encontraba uno de los guardaespaldas de Michael; en el pasillo había dos más de ellos. Los tres iban armados, autorizados y dispuestos a disparar ante cualquier comportamiento que no les gustase.

Mery agarró la mano de Michael. En el hospital de Hellyfield le habían cosido las siete puñaladas en el torso que Emma le había asestado, al igual que la herida que le había hecho alrededor del cuello en un intento fallido por darle muerte. Bajo el vendaje de su garganta, se encontraba la costura que iba desde un lado al otro, rodeándola por completo. Las heridas habían sido profundas, pero no lo suficiente como para causarle una muerte rápida; a pesar de eso, solo habrían sido necesarios unos segundos más o algo más de fuerza para que Michael hubiese fallecido. Pero no, Michael Brown seguía vivo.

—He hablado con el juez Allen esta mañana. —Mery temblaba—. Me ha contado todo lo que habéis planeado. —Michael la miró y asintió con la cabeza—. No estoy de acuerdo. Michael, casi te mata, debería estar encerrada en un manicomio o pudriéndose en la cárcel —dijo apretando con rabia los dientes.

Al intentar incorporarse, una mueca de dolor tornó el rostro de Michael, que ya contaba con mal aspecto. Era una imagen algo grotesca.

—Mi hija. —Guardó silencio para recuperar el aliento—. No va a ir a ningún puto cementerio de locos ni se va a pudrid en ninguna cárcel —contestó con odio y desprecio. Mery se asustó al volver a escuchar aquella voz rota.

—¿Y de verdad crees que encerrarla en Hellyfield con una psiquiatra es una solución?

—No busco una solución, mujer; busco controlarla. Ya le he pagado a Allen y he untado a los medios. Silencio y control. La

sentencia sale esta misma tarde, no me toques más los cojones. —Las lágrimas comenzaron a salir debido al escozor que le producía hablar—. O te juro que tú serás la próxima en estar en la camilla de un hospital en cuanto salga de aquí.

Desolada, Mery se levantó. Conforme se acercaba a la habitación de al lado, la puerta se abrió desde el exterior y el gorila de Michael le cedió el paso.

—¿Qué hemos hecho? ¿Qué hemos hecho, Dios mío? —dijo entre lágrimas.

10

1 de junio, 2011

Había aceptado la oferta, no sabía muy bien por qué. Ahora trabajaba para el mismo hombre que le había destrozado la vida a ella y a su padre.

Al menos, estaría cerca de ella. Tenía claro que quería hacerle sufrir, tanto como sufrió ella cuando Michael le quitó a su padre. Esta vez, él estaría ahí para verlo.

El dinero estaba bien, desde luego, no lo iba a negar. Además, le habían permitido compaginar el trabajo en Hellyfield con el de la unidad de psiquiatría del hospital, aunque había tenido que reducir las horas en este último, lo cual le fastidiaba bastante, pues se había visto obligada a dejar de lado a algunos pacientes a los que había cogido algo de cariño. No obstante, tenía fe en que serían capaces de continuar su camino sin ella.

Todavía no era el momento para hablar con certeza, pero se aventuraba a diagnosticar que Emma padecía trastorno de la personalidad límite. No había hablado todo lo que le habría gustado con ella desde lo ocurrido; a pesar de eso, Emma había sido clara sobre los abusos, violaciones e intoxicaciones que su padre le había causado a sabiendas de su madre; eso no hizo que Charlotte se compadeciera de ella; tenía que ser fuerte y verla como un apéndice de Michael.

Emma se encontraba en *shock*. Se derrumbaba durante las sesiones con Charlotte y sufría ataques de pánico. Cada vez que el nombre de Michael salía a relucir, se venía abajo, no entendía nada

de lo que había ocurrido y sus recuerdos de aquel día se encontraban distorsionados.

Charlotte solía envidiarla: Emma lo había tenido a sus pies, había podido acabar con su vida... pero Bonnie intervino, llegó demasiado pronto.

La doctora se había instalado en la habitación para invitados. Todo le parecía demasiado: aquella casa, aquella familia, aquella niña...

Intentó que hablara sobre las horas en las que estuvo desaparecida, pero Emma comenzaba a disociar, balbuceaba y rompía a llorar. Aquello le iba a costar largas sesiones de terapia y varios informes para el juez, en los que no podría presentar mucha información sobre lo sucedido.

Charlotte tenía fe. Aún era demasiado pronto, pero estaba segura de que, con el tiempo y la terapia, Emma comenzaría a hablar poco a poco. Tal vez, cuando comenzara a recibir visitas, dentro del régimen que la vía legal le había impuesto, la cosa podría comenzar a cambiar; ver caras conocidas podría hacer que se relajara y el miedo que la paralizaba comenzara a disiparse. Tal vez, incluso en algún momento podría volver a dibujar.

11

2 de junio, 2011

Bonnie y Danniel callaban mientras veían cómo un grupo de niños jugaba a lo lejos con una pelota de fútbol. Uno de ellos había preferido usar los brazos en lugar de las piernas para ganar a sus contrincantes, lo que hizo que el resto se enfadara.

Habían comenzado a berrear y a atacar al chico indefenso. Las madres de algunos de ellos se acercaban para intervenir; sin embargo, lejos de solucionarlo, parecía que se iba a producir otra disputa entre ellas.

—Has hablado poco.

—No sé qué decir, Bonnie; no tengo palabras para describir nada de lo ocurrido, ni siquiera tengo una opinión. Me resulta imposible —dijo Danniel.

Pensativa, Bonnie pateó una piedra con la punta del pie.

—Es normal.

De nuevo, el silencio se instaló entre ellos durante unos minutos.

La madre del niño que había hecho trampas recriminaba al resto de madres con el dedo índice de la mano derecha levantado; parecía haber perdido los nervios ante la situación, mientras que las otras madres guardaban la calma y la observaban sin escucharla.

—Creo que Emma no huyó de casa aquel día. —Bonnie levantó el cuello y miró a Danniel—. Tengo la sensación de que el 15 de abril ocurrió algo que nadie sabe, salvo ella.

Jackie, la madre de uno de los niños que había formado parte del linchamiento al niño tramposo, había comenzado a subir el tono de voz cuando la madre de este las había acusado de ser malas madres y de no haber educado en condiciones a sus hijos.

—Sabes, yo también lo creo —confesó Bonnie—. Las dinámicas familiares de tus amigos son bastante opacas, es complicado saber cómo funciona esa familia... pero siempre he tenido la sensación de que ocultan algo.

—¿Estás siendo objetiva o habla tu desprecio hacia Michael? —preguntó Danniel sin mirarla.

—Estoy siendo objetiva, Danniel.

—¿Harás algo?

—Ya no soy agente de la ley, ¿recuerdas?

—No creo que haber dejado de ser agente del FBI te vaya a impedir en algún momento dejar de hacer lo correcto.

Danniel le sonrió débilmente y la miró con los ojos rebosantes de desolación.

—¿Qué te hace pensar que a Emma le ocurrió algo aquel día?

—Que el día de su cumpleaños te colaste armada en Hellyfield. Sé que buscabas algo, sé que tienes algo entre manos.

Mientras las madres de los pequeños discutían acaloradamente, ellos habían retomado el partido. Corrían de un lado hacia otro jugando con la pelota, algunos con las manos, otros con los pies. Otros intentaban moverla sin mucho éxito con ramas que habían recogido de debajo de los árboles.

12

3 de junio, 2011

Emma estaba cruzada de piernas sobre el sofá, se había dejado llevar y había escogido la postura que más cómoda le resultaba.

El sol iluminaba directamente sus ojos; tanta claridad habría hecho que cualquiera cambiara de posición, pero ella no lo hizo: no sentía nada.

Escuchó los pasos de Charlotte aproximándose al salón. Cerró los ojos, se concentró e hizo que sus manos comenzaran a temblar levemente justo en el momento en que la doctora entró por la puerta del salón. Emma le sonrió con los labios y Charlotte hizo exactamente lo mismo.

—Comencemos, si te parece bien, Emma —dijo mientras se sentaba frente a ella, abría su cuaderno de notas y cogía un bolígrafo que guardaba en el bolsillo de su camisa.

Emma asintió con la cabeza.

—¿Cómo te encuentras hoy?

—Me siento sin fuerzas —dijo sin sostener la mirada de Charlotte y mirando hacia el suelo—. ¿Cuándo podré hablar con él?

—Aún es demasiado pronto, Emma —contestó Charlotte haciendo una mueca de tristeza con la boca—. No sería bueno para ninguno de los dos.

—Yo no quería... —Las lágrimas comenzaron a humedecer su rostro—. Le quiero, es la persona que más quiero en el mundo. Sentí… como si algo se apoderara de mí —dijo acelerada mientras

Charlotte tomaba notas—. Nunca lo odié por lo que me hacía, es mi padre, haría lo que fuera por él.

—Intentaste defenderte en alguna ocasión, ¿qué cambió en ti? Nunca lo habías hecho antes de aquel día que fuisteis a hacer senderismo.

—Creo que me di cuenta de que había algo malo en lo que hacía... Maduré —dijo tras meditar su respuesta durante unos segundos y secarse las lágrimas con la mano.

Charlotte había recibido una orden muy clara: Emma no podía denunciar a su padre. Los Brown sabían que aquel procedimiento no llegaría nunca a nada, por supuesto. Pero debían ser previsores. Si a Emma se le pasaba aquella idea por la cabeza, Charlotte tenía que hacer todo lo que estuviera en su mano para que la desechara.

Aunque decidió jugar a algo más retorcido.

Sabía que Emma había sufrido un brote puntual y que mantenía una relación incestuosa con su padre, sentía una gran dependencia y necesidad de complacerlo. Él, por supuesto, era un ser despreciable, no existían adjetivos despectivos en su extenso vocabulario para definirlo, pero algo estaba claro: aquella repugnante atracción que Emma sentía hacia su padre era recíproca y ella pensaba destrozarla para poder hacer que el putrefacto corazón de Michael sangrara el día que la viera por primera vez.

—Emma bonita, ¿qué sentías cuando tu padre te daba aquellas golosinas?

—¿Spicy Candy? Me mareaba, me sentía aturdida, perdía la noción del tiempo —murmuró.

—Te confundían —le dijo Charlotte levantando las cejas.

—Así es.

—Me dijiste que tu padre solía dártelas por la noche.

—Sí.

—¿Cómo te sentías al día siguiente?

—Solía dolerme el estómago y la cabeza... Bueno, todo el cuerpo, ya me entiendes. —Emma volvió a derrumbarse entre lágrimas y Charlotte le aproximó un clínex—. Me sentía desolada, sucia.

—¿Recordabas lo que te hacía? —preguntó mientras escribía.

Emma se sonaba la nariz y con el clínex ocultaba la sonrisa que atravesaba su rostro. Por supuesto, entendía a lo que estaba jugando Charlotte. Era una desconocida para ella, pero había sido elegida por el dedo de Michael. Y si la había elegido él, no era más que un peón en la partida de ajedrez entre Emma y su padre; una partida que sabía que ganaría.

Había pensado en matarla varias veces; los objetos punzantes habían desaparecido de la casa, solo se encontraban los indispensables guardados bajo llave.

Pero Emma no precisaba de ningún cuchillo. Disfrutaría arrancándole la yugular con su boca.

—Sí, claro, pero no con total claridad; estoy segura de que se me olvidaban cosas —admitió entre sollozos.

—¿Se te olvidaban?

Charlotte sabía que estaba jugando a ser abogada del diablo en lugar de ejercer como psiquiatra. Emma pensaba que se le daba fatal.

—Sí.

—Emma, en ocasiones, cuando sentimos mucha tristeza o las personas a las que queremos no nos prestan toda la atención que necesitamos para cubrir el vacío que sentimos, de manera inconsciente nuestra cabeza puede llegar a crear imágenes que no han sucedido. Por eso mismo, vienen acompañadas de lagunas, porque no han existido, son una mentira.

Emma asintió.

—Entonces, ¿crees que mi tristeza hizo que creara todo aquello? —preguntó—. ¿Por qué?

—Por debilidad, cariño —dijo Charlotte alargando el brazo para tocarle la rodilla, fingiendo un gesto cariñoso—. Es muy pronto para decirlo, pero es una posibilidad.

Emma escuchaba sus gritos de auxilio, saboreaba su sangre, olía su interior, veía el suelo inundado de color rojo y volvía a morder.

—Mi padre es inocente. —Comenzó a llorar desde lo más profundo de su alma y hundió su rostro entre sus manos—. ¡¿Qué he hecho, qué he hecho?!

Charlotte se levantó del sillón, se sentó al lado de Emma y la abrazó.

—Tranquila Emma, tranquila. Vamos a comenzar un tratamiento con pastillas que te hará sentir mucho mejor.

La decisión de medicar a Emma fue completamente premeditada.

Tomaría dos dosis de antidepresivos al día y tres de ansiolíticos o, al menos, eso pensaba Charlotte.

Que Michael siguiese vivo hacía que las noches de Emma fueran eternamente largas, pues no podía evitar que aquel hecho la mantuviera en vilo.

Apenas pensaba en Mery, pero eso no quería decir que no estuviese ocupando un pequeño rincón en su mente y en su corazón.

Danniel, por otro lado, sí ocupaba más espacio en su psique.

Sabía que estaba cerca, lo sentía, al igual que sabía que él también pensaba en ella.

Durante el día, pasaba horas dibujando, siempre y cuando Charlotte no le interrumpiera con sus estúpidas terapias y ejercicios.

La detestaba y regaba ese odio día a día, minuto a minuto. A fuego lento.

Había descubierto cuáles serían sus siguientes pasos. No podía engañarse: si quería acabar con aquella situación, debía apartar a Michael de su cabeza. No podía volver a fallar.

La manera en la que los acontecimientos se habían desarrollado durante los últimos años hacía que se preguntara si Agatha era conocedora de todo lo ocurrido; después, consideraba que dudarlo sería algo que solo un necio haría. Por supuesto que lo sabía, tenía ojos y oídos en todas partes. Saber aquello hacía que no pudiera evitar preguntarse en qué momento se manifestaría o si, sencillamente, tenía algún tipo de intención de hacerlo. Podría ser que fuera igual de pusilánime y cobarde que su hija Mery... pero oculta bajo su máscara de cinismo y sobriedad.

Aquel cuadro era para Danniel, ¿para quién si no? Había sido su mentor, su confidente y su amigo: su único amigo.

Charlotte supervisaba sus pinturas y dibujos, y eso alimentaba cada vez más sus ganas de matarla. ¿Quién osaba ser tan soberbio como para juzgar o supervisar el sentimiento y calor del artista? ¿O las heridas del corazón del poeta? ¿Quién se cree merecedor de buscarle una razón de ser, diferente de la que tiene un alma rota? Charlotte. Por ello, debía morir.

***

La tarde comenzó a caer, de forma indeseada para unos, pero agradable y ansiada para otros. Las temperaturas del caluroso verano que azotaba Hellyfield se suavizaron y los salvajes olores de la naturaleza se manifestaron.

Dos de los matones favoritos de Michael habían llegado antes de lo esperado a su residencia, preparados para escoltar y vigilar a Emma aquella noche… mientras Charlotte hacía su turno de urgencias en el hospital.

La doctora preparaba sus notas cuando recibió una llamada inesperada.

—¿Ahora? —preguntó, sorprendida—. Han llegado antes de tiempo. No sé si será buena idea.

—No puedo esperar más —respondieron desde el otro lado del teléfono.

—Está bien. ¿Cuánto tardarás?

—Estoy fuera.

Emma esperaba sentada sobre el filo de su cama a que su visita llegara.

A decir verdad, se había llevado una grata sorpresa cuando Charlotte le había anunciado su llegada. Le apetecía ver una cara conocida y agradable como la de Bonnie. A pesar de que no habían tenido mucha relación, le gustaba. Sentía que era una de esas personas en las que podía confiar, como pocas las hay a lo largo de la vida.

No obstante, la última vez que se vieron no se trató de una situación muy agradable.

—Creo que es mejor que entre yo sola —explicó con amabilidad Bonnie a Charlotte.

—Sí, desde luego que sí.

Bonnie saludó con media sonrisa al Matón Número Dos, que rondaba el pasillo de la planta superior.

Charlotte le indicó cuál era la puerta de la habitación de Emma, y Bonnie fingió que no sabía de cuál se trataba.

—Bonnie —dijo Charlotte, cogiéndola del brazo antes de que golpeara con los nudillos la puerta de la habitación de Emma—. ¿Por qué quieres hacer esto? —susurró.

—Sabe algo que yo no sé. Intentó matarlo. Me puede ayudar a entender el asesinato de mis padres.

Charlotte asintió.

—Ten cuidado.

Cuando Bonnie entró en la habitación, Emma la recibió con una enorme sonrisa. Se levantó de la cama y la abrazó con fuerza. Bonnie dejó que la sumergiera en un conjunto de bochornosas y confusas sensaciones.

Bonnie no intentó fingir que aquello se trataba de una visita amistosa; más bien una de puro interés, quería recabar información.

Emma no entendía qué se traía entre manos, pero le apetecía hablar, sentirse en confianza con alguien... aunque no fuera recíproco.

Pero aún tenía que acabar con un peón en aquella partida; debía guardar su secreto para que nada ni nadie pudiera interferir en su venganza.

***

Cada minuto que pasaba hacía que Charlotte se sintiera más ansiosa.

Golpeaba el bolígrafo rítmicamente sobre su cuaderno abierto mientras miraba el reloj: había pasado una hora desde que Bonnie entró en la habitación de Emma. Ningún ruido extraño o voz había golpeado el silencio que reinaba en la casa.

Faltaba una hora para que comenzara su turno en el hospital. Suspiró con fuerza, se levantó de la silla y salió al pasillo.

Matón Número Dos la miró y le hizo un gesto con el que le indicó que todo parecía estar en orden. El sonido que hizo al cerrar la puerta se solapó con el que hizo Bonnie al abrir la de la habitación de Emma.

Charlotte la miró. Cuando Bonnie pasó a su lado, la tomó del brazo disimuladamente y la arrastró con ella escaleras abajo en busca de algo de privacidad.

—¿Lo sabías? —preguntó Bonnie a Charlotte apretando los dientes, mientras llenaba un vaso de agua del grifo en la cocina.

Charlotte miró hacia los lados disimuladamente, preguntándose si Matón Número Uno había entrado en casa o si seguía en el porche.

—No sé de qué me hablas.

Bonnie se bebió el vaso de agua entero.

—Lo que ese monstruo le ha estado haciendo a su hija desde que tiene uso de memoria.

—Desde que comencé a tratarla… apenas unos días.

—¿Por qué no me has dicho nada, joder?

—Se llama secreto profesional.

—¡Me cago en la puta! —Bonnie golpeó ligeramente el rodapié de la cocina—. ¿Sabías lo de su abuela?

—¿Qué abuela? —preguntó Charlotte.

Bonnie sonrió sarcásticamente.

—Joder… está jugando contigo. ¿Vas al hospital?

—Sí.

—Voy contigo.

—¿Qué coño pasa, Bonnie? —preguntó Charlotte, alterada.

—Quieres respuestas, ¿no? —Charlotte calló. Bonnie la observó sorprendida—. Eres una zorra pesetera. Pero vas a ayudarme. Espérame en tu coche cuando llegues allí.

Charlotte asintió.

***

Condujo rápido, eso le ayudaba a no pensar en las palabras de Bonnie. Pero sabía que tal vez tenía razón. Tal vez era una zorra pesetera que, en lugar de explicaciones, buscaba el sufrimiento en la persona equivocada, indefensa y vulnerable.

Tal vez, Emma formaba parte de su equipo.

Tal y como Bonnie le había ordenado, la esperó sentada en el *parking* del hospital de Hellyfield. Cogía el volante con fuerza entre sus manos nerviosas. Sentía cómo su corazón latía acelerado.

Miró por el espejo retrovisor: Bonnie se aproximaba.

Charlotte desactivó el cierre del coche. Bonnie entró por la puerta del copiloto mientras guardaba su teléfono móvil en la chaqueta negra y tomaba asiento.

—Gracias por esperar. He tenido que hacer una llamada.

No iba a dejar ningún cabo suelto. Ser invicto era una característica de Michael Brown, pero tenía intención de cambiar las cosas.

El rostro angustiado y asustado de Charlotte la observaba, esperando una orden o información de algún tipo.

—Quiero respuestas —confesó.

—Lo sé. —Sonrió Bonnie—. ¿Tienes una bata de sobra?

Charlotte abrió el maletero del coche, apartó su bolsa de trabajo y, entre bártulos, encontró su bata blanca de repuesto. Entró de nuevo en el coche, acercándole a Bonnie la bata y un par de guantes.

—Gracias, no tenemos mucho tiempo —dijo Bonnie mientras metía su brazo derecho en la manga correspondiente.

—Lo sé, debemos darnos prisa.

Salieron del *parking* y ambas caminaron hacia la puerta principal del hospital. Charlotte iba delante, disminuyó el ritmo hasta que Bonnie consiguió alcanzarla.

—Yo entraré primero, espera unos segundos; nos veremos en los vestuarios, baja una planta y camina por el pasillo de la izquierda.

Bonnie asintió bajo la luz de las farolas, dejó que Charlotte se fuera y ella caminó lentamente mientras se abrochaba los botones frontales.

Charlotte entró en el hospital con una sonrisa de oreja a oreja, saludaba a sus compañeros desde lejos y con la cabeza, ocultando sus nervios con gran maestría.

Bajó las escaleras cargando con su maletín y su mochila y fue hacia los vestuarios.

Eran varios los médicos y personal del hospital que estaban realizando el cambio de turno. Se dio cuenta de que era un buen momento para que Bonnie se colara: con tanto alboroto, nadie se percataría de su presencia.

Entró en el vestuario y reptó hasta llegar a su taquilla. Una vez abierta, dejó su maletín, sacó de su mochila unas zapatillas blancas y su bata, se cambió de zapatos y se recogió el pelo con una gomilla

con lentitud y calma, mientras miraba disimuladamente hacia los lados y observaba cómo, poco a poco, iba quedando vacío.

Escuchó unos pasos acercándose. Caminó hacia la puerta, pero no llegó a alcanzarla antes de que Bonnie entrara, ambas chocaron.

—¿Te ha visto alguien? —preguntó Charlotte dando un paso atrás.

—¡Pues claro! —Charlotte le chistó para que bajara el volumen de su voz—. Pero no he llamado la atención —dijo Bonnie casi susurrando.

—Está bien. Ahora ¿qué?

—Tenemos que averiguar en qué habitación se encuentra.

—Bien, eso no será difícil. Sígueme y quédate en las escaleras hasta que te haga una señal.

Bonnie asintió. Subieron de nuevo y Bonnie se quedó en el umbral esperando a Charlotte.

La doctora caminó hacia la recepción del hospital con su mejor sonrisa. Se apoyó en el mostrador esperando a que una mujer de pelo oscuro y gafas sin monturas la mirara.

—¡Charlotte! —dijo entusiasmada mientras seguía masticando chicle.

—¿Cómo estás hoy, Margaret?

—Mejor que nunca, cariño, mejor que nunca —dijo mientras seguía tecleando con sus largas uñas de color rojo—. ¿Qué necesitas? —preguntó.

—Creo que ha habido un error en la actualización del horario de un paciente. Se llama Michael Brown —disimuló mientras miraba el papel en blanco.

Margaret comenzó a teclear con rapidez.

—¿Michael Brown? Está en la habitación 504. —A Charlotte se le iluminaron los ojos—. Pero, cariño, creo que este paciente no tiene ningún tipo de consulta con psiquiatría.

—Debe haber sido un error, lo corregiré ahora mismo. Muchas gracias, Margaret.

—Mira que eres despistada.

—¡No sabes cuánto! —le gritó Charlotte cuando ya se había alejado del mostrador.

Se dirigía hacia la escalera en la que Bonnie le esperaba cuando se cruzó con dos corpulentos hombres con la cabeza rapada y vestidos de negro. Hablaban entre ellos, parecían dirigirse a las máquinas expendedoras de la entrada del hospital.

No se había acercado demasiado a la escalera cuando le hizo un gesto a Bonnie con la mano de una manera un tanto exagerada, mirando a su vez hacia los que suponía que eran los dos secuaces de Michael. Bonnie reaccionó con rapidez y salió de su escondite.

Alcanzó a Charlotte y caminó hacia la dirección que le dictaba. Pasaron de largo por las escaleras que llevaban a las plantas superiores del edificio. Charlotte rebuscó en su bolsillo hasta que dio con una pequeña llave.

—Está en la habitación 504, creo que ahora no tiene seguridad.

Pulsó el botón de uno de los ascensores.

La puerta se abrió, entraron y Charlotte introdujo torpemente la llave en la rendija que había al lado del número cinco.

—¿Qué vamos a hacer?

—Déjamelo a mí —respondió Bonnie.

—Tengo miedo.

—¡No me jodas, Charlotte!

El ascensor se paró en seco. Habían llegado.

La puerta se abrió y caminaron unos metros hasta detenerse frente a la habitación 504. El pasillo estaba vacío, no había nadie que les impidiera entrar.

13

4 de junio, 2011

Cerraron tras ellas sin hacer apenas ruido, la única luz que les servía de guía era la que procedía del pasillo colándose por debajo de la puerta.

A diferencia de Bonnie, Charlotte conocía bien aquellas habitaciones. Frente a ellas se podía intuir un sofá de dos plazas; a la derecha había una mesa pegada a la pared acompañada de dos sillas y escasos centímetros el acceso a la otra parte de la suite, donde probablemente se encontraba Michael.

Caminaron entre la oscuridad con los brazos levantados y las palmas de las manos apuntando al frente, dejándose guiar por el sonido que provenía del monitor cardíaco.

—¡Joder! —dijo Bonnie cuando tropezó con una de las sillas.

A continuación, ambas escucharon un estrépito que sonó casi como una queja.

—Espera —susurró Charlotte, quien con rapidez se las apañó para dar con el interruptor de una lámpara.

Los ojos de Bonnie no tardaron en acostumbrarse a la luz. Cuando la habitación se iluminó, estiró el brazo para coger la misma silla con la que había tropezado anteriormente y colocarla al lado de la cama donde Michael, incorporado, las observaba... como si llevase horas esperando su visita.

Charlotte no pudo evitar mirar la venda de su cuello. Bajo ella, se ocultaba la herida que Emma le causó el día de su cumpleaños.

Bonnie, en cambio, maldijo para sus adentros el buen aspecto que tenía, a pesar de haber estado a punto de morir a manos de su hija y encontrarse medio moribundo, con curas y costuras por todo el torso.

El cabello de Michael se encontraba perfectamente peinado, olía a perfume y mantenía su tono muscular. Solo la palidez de su piel indicaba que se encontraba en una situación de vulnerabilidad.

El corazón de Charlotte dio un vuelco cuando Michael la miró.

—Qué situación tan interesante —comentó con la voz ronca, producto del daño en sus cuerdas vocales.

El vello de la nuca de Charlotte se erizó y Bonnie sintió repulsión; en ningún momento procuró ocultar su mueca de desprecio. Todo lo contrario: le habría causado un placer inmenso saber que él la percibía.

—Sé todo lo que le has hecho a Emma, monstruo —dijo Charlotte, cruzándose de brazos. Bonnie la silenció con la mirada.

Michael fijó toda su atención en Bonnie, quien se sentó en la silla con el respaldo pegado al torso y las piernas ligeramente abiertas.

—No sé por dónde empezar.

—Tienes mejor aspecto desde que dejaste el FBI.

—Lo que sí sé es que me arrepiento de haberte salvado la vida.

Charlotte, detrás de Bonnie, observaba y escuchaba la conversación en silencio, como una mera espectadora de toda aquella situación.

—Háblame de Blane —ordenó Bonnie matándolo con la mirada.

—¿De Kenny Blane? —preguntó Michael con una estúpida sonrisa en la cara, una sonrisa que Charlotte habría borrado a tortazos con mucho gusto—. Fue el asesino de tus padres, pero eso ya lo sabes.

—Esa respuesta me decepciona, Michael —dijo Bonnie con serenidad—. Eres intocable, ¿por qué intentas marearnos?

Michael suspiró y cerró los ojos, recreándose en las palabras de Bonnie. Sí, era cierto: era impune. Había logrado muchas cosas a lo largo de su vida y una de ellas había sido esa: convertirse en un ser intocable, invicto. Pero incluso él sabía que había alguien con más poder que él, la única persona capaz de sacarlo de sus casillas: Agatha.

—Blane fue un peón en el tablero —dijo con cinismo.

—¿De qué juego?

—Del mío, obviamente —contestó sonriendo de oreja a oreja.

La mandíbula de Bonnie comenzó a tensarse. Charlotte lo analizaba de arriba a abajo.

—¿Y mis padres? —preguntó con firmeza, ocultando el miedo y el vértigo que le producía el simple hecho de tener que escuchar su respuesta.

—Daños colaterales.

Charlotte miró a Bonnie, que estaba de espaldas a ella, con todas las esperanzas puestas en que se girara y pudiera verle el rostro.

Bonnie cerró los ojos con fuerza para evitar que sus lágrimas se derramaran. Aquellas palabras, como aguijones, le atravesaron el cuerpo.

—Habla, hijo de puta.

—Esos modales, señorita...

Michael estaba disfrutando como un niño.

—¿Por qué tenían mis padres una carpeta con tu nombre llena de pornografía infantil? —dijo levantando algo la voz.

Charlotte frunció el ceño ante aquella noticia.

—Las mujeres y las niñas siempre han sido un gran negocio: dais dinero, mucho… bueno, hasta cierta edad. —Sonrió—. La muerte de tus padres no tendría que haber ocurrido, Bonnie. Como he dicho, fue un daño colateral, no me quedó más remedio. Estaba empezando con el negocio. Mis clientes siempre han sido personas

importantes. También hay mujeres, no pienses que solo acuden a mí hombres.

—Eres repugnante.

—No me interrumpas, por favor. Como os iba diciendo, estaba empezando aquel negocio… —A Charlotte se le cortó la respiración al escuchar la palabra «negocio» en aquel contexto. La idea de que Michael Brown era un psicópata de manual se había convertido en un estamento inamovible en el pequeño baúl de sus creencias. —A decir verdad, fue todo muy desafortunado y poco emocionante. Había recibido documentación nueva y tenía cita para la revisión de mi coche. —Se le escapó una carcajada. Las lágrimas de Bonnie comenzaron a manar. No lo podía creer, se negaba a aceptarlo, pero comenzaba a verlo: sus padres habían muerto por un descuido de aquel cabronazo—. Me olvidé la carpeta —dijo levantando las cejas y haciendo una mueca de diversión. A Charlotte comenzaron a temblarle las manos, rápidamente entendió el papel de su padre en todo aquello: un simple intercambio, un trueque—. Cuando volví al día siguiente a recoger el coche, la carpeta ya no estaba.

—Tuvieron veinticuatro horas… ¿por qué no fueron a la policía? —murmuró Bonnie para ella misma, con el rostro lleno de lágrimas y la mirada perdida en algún lugar del suelo.

—No te preocupes, no sufrieron. Fueron dos muertes rápidas —respondió Michael—. Entonces, yo no era el hombre que soy hoy. No era intocable —añadió mirando a Charlotte—. Muy probablemente, habrían dado conmigo. Pero el bueno de Kenny decidió hacerme un gran favor.

—Eso es mentira —dijo Charlotte sin moverse.

—Yo le hice una propuesta... y accedió.

—¡Me robaste a mi padre! —gritó Charlotte dando un paso hacia adelante.

—Y gracias a mí, te dio un futuro mejor —replicó Michael con tono de pesadez y poniendo los ojos en blanco.

—Usaste a Blane como cabeza de turco, mandaste a un inocente a prisión para salvarte tú —resumió Bonnie.

—Le prometí la mejor defensa del país y más de medio millón de dólares. No solo se lo prometí… sino que lo cumplí.

—Cometiste un crimen terrible y buscaste a alguien que pagara tu condena. ¡Me arrebataste a mi padre! —le recriminó Charlotte, alterada.

—Y aquí estás: ahora eres doctora. —Sonrió Michael.

Charlotte tensó la mandíbula, metió la mano derecha en el bolsillo de la bata y comenzó a jugar con una ampolla de vidrio entre sus dedos.

En la cabeza de Bonnie las palabras hervían a fuego lento. Tenía demasiadas preguntas, buscaba demasiadas respuestas y sabía que, si Charlotte y ella no controlaban sus emociones, todo aquel interrogatorio podría irse al traste.

Un cosquilleo recorría todo su cuerpo. No le costaría nada meterle una bala entre ceja y ceja a Michael. De hecho, lo estaba deseando. Y sabía que Charlotte no se lo impediría… o tal vez sí, pero para ser ella quien apretara el gatillo.

Sentía odio, dolor y pena. Pena por sus padres, pena por cómo se fueron, por el precio que pagaron. Las imágenes del día que vio sus cuerpos inertes azotaron su mente violentamente, una imagen de algún secuaz de Michael, sin rostro, disparando a sus seres más queridos.

Llegó a imaginar a Charlotte de niña, sola, desamparada, sin refugio, desnuda ante lo hostil de la vida.

A su espalda, Charlotte no parpadeaba. Se encontraba inmóvil, con la mirada fija en Michael. Su interior era un témpano de hielo: frío, estático y frágil.

Sus emociones se habían esfumado. Su mente, en blanco, evitaba aterrizar en aquella habitación llena de sangre y verdades afiladas como cuchillos... hasta que la voz de Bonnie hizo que aquel vacío tan reconfortante desapareciera.

—Háblame sobre la niña y los Campbelle.

—¿De verdad quieres que te lo cuente? ¿No lo sabes ya? Te tenía en más alta estima, Bonnie.

—Habla.

—Necesitábamos carne fresca. Los clientes estaban satisfechos, pero siempre hay que renovar el catálogo, muchos tenían muy vistas las caras de las chicas, así que uno de mis hombres se fijó en Nathalie. —Se aclaró la garganta—. Familia desestructurada, drogas, prostitución, barrio marginal y, sobre todo, un matrimonio dispuesto a vender a su propia hija.

—¿Qué pasó? ¿Cuál fue la verdadera razón de las muertes?

—La niña huyó. No sabemos muy bien cómo, pero logró salir del hotel y huyó al bosque. Fue escurridiza, no hubo más remedio que acabar con ella; si no, habría conseguido escapar.

—¿Y los padres?

—No era la primera vez que hacíamos ese tipo de trato: comprar a una niña a sus padres. Cuando cerramos esas operaciones, establecemos un periodo de vigilancia a la familia. Algunos han cometido errores, se han arrepentido y han intentado contactar con la policía o localizarnos para rescatar a su hija y quedarse con el dinero. No podemos permitir que nada de eso ocurra. —Estiró el brazo para alcanzar un vaso de agua, bebió y continuó—. Los Campbelle iban a contactar con los cerdos.

—Los matasteis e hicisteis que pareciera un suicidio —dijo Bonnie, que se levantó de la silla y comenzó a caminar por la habitación.

Poco a poco, se fue aproximando a Michael y, sin previo aviso, le propinó un fuerte puñetazo en la cara, dejándolo inconsciente.

—Voy a acabar con él —anunció Charlotte.

—¡Habla más bajo! —le regañó Bonnie—. Es demasiado pronto, necesito recabar más información.

—Pues lo has dejado inconsciente, maldita sea —murmuró Charlotte.

—¿Jefe? —dijo una voz grave desde fuera de la habitación.

Charlotte y Bonnie se miraron con los ojos abiertos con fuerza y sosteniendo la respiración.

Caminaron lenta y silenciosamente hacia la puerta. No les hizo falta acercarse demasiado para confirmar lo que ambas temían: no habían cerrado el pestillo de seguridad.

Charlotte miró a Bonnie sin apenas distinguir su rostro. Se estiró con cuidado, tratando de girar el cerrojo sin hacer el menor ruido. Pero no pudo evitar sobresaltarse cuando el matón de Michael aporreó la puerta con fuerza. Cuando dio el último golpe con su mano callosa de gorila, Charlotte giró el pestillo, emitiendo un delicado clic.

—¿Quién coño hay ahí? —Esa voz provenía de otro matón del equipo de seguridad de Michael.

—¡Abrid la puerta!

Una oleada de miedo se llevó a Bonnie y Charlotte por delante. Bonnie llevó la mano a su arma, que colgaba a la altura de su cadera. Charlotte levantó del suelo una de las sillas para intentar defenderse con ella y estar preparada para el momento en el que fuesen a entrar.

Bonnie la miró con incredulidad.

—Tienen pistolas, idiota.

—¡Maldita sea! —Se quejó Charlotte dejando caer la silla en el suelo.

Los golpes no cesaron. Mientras, Michael seguía inconsciente.

Charlotte miró a Bonnie una vez más. Esta le hizo una exagerada señal con los brazos y las manos para que se escondieran tras el sofá. Cuando ambas se encontraron a cubierto, supieron que era cuestión de escasos segundos que derribaran la puerta.

Una lágrima procedente del ojo de Charlotte cayó al suelo mientras temblaba desconsoladamente temiendo por su vida.

El corazón de Bonnie latía con fuerza mientras fruncía su frente y murmuraba algo entre dientes.

—¡Alto, Policía Estatal! ¿Qué está ocurriendo?

A Bonnie se le escapó una sonrisa traviesa. Sabía que David no le fallaría.

—¡Un paciente que se encuentra bajo nuestra custodia ha sido secuestrado!

—¡No me consta que eso haya sido así, nos han llamado porque dos extraños merodeaban armados por el hospital! —exclamó David. Escoltado por seis policías más, protegidos con chalecos antibalas. Entre ellos, estaba Elizabeth—. ¡Las manos, donde pueda verlas!

—¡No sabes para quién trabajamos, poli! ¡Estás cometiendo un error! —dijo uno de ellos con una cicatriz en la mejilla izquierda.

—¡No me interesa! Tengo a diez hombres más subiendo las escaleras. Obedece.

Los matones de Michael sabían que Morretti decía la verdad. Podían escuchar los pasos de varias personas subiendo a toda velocidad la última planta.

Bonnie y Charlotte escucharon varios pasos acercarse a la puerta, seguidos del sonido metálico que producían los grilletes. Tras el sofá, respiraron profundamente mientras sus pulsaciones volvían a la normalidad.

Cuando escucharon cómo el equipo policial se alejó llevando con ellos a los dos matones, Charlotte se tumbó en el suelo y se secó el sudor de la frente con la manga de su bata blanca.

—Menos mal que ha aparecido la policía.

—Menos mal que tengo contactos.

—¿Los has llamado tú? —le preguntó a Bonnie.

—Sí, antes de entrar.

—Aquella misteriosa llamada de teléfono…

—Exacto. Nunca se está a salvo de Michael Brown.

—Gracias, Bonnie.

—No hay de qué.

—Bueno, ¿qué hacemos ahora? —preguntó mientras se incorporaba.

—Vamos a despertarlo.

***

Sospechaba que ya pasaban de las doce de la noche. Quería ser creativa; no todos los días una se propone ejecutar una misión de semejante calibre.

Debía moverse con lentitud y ligereza, no podían escuchar siquiera su respiración.

Reptó entre las sábanas con tranquilidad y salió de la cama. Vistió sus pies descalzos con los calcetines que había dejado en el suelo para poder deslizarse mejor, evitando así el sonido de sus pasos. Cuando se los hubo colocado, se incorporó sobre la cama; le llamó la atención el hecho de contar con ventaja. Si Matón Uno o Matón Dos se encontrasen en el pasillo o cerca de su puerta, podría escuchar fácilmente la goma de sus botas al cambiar su peso de pierna o el carraspeo de sus gargantas. Tras esto, pensó que la estrategia de haberse puesto de nuevo los calcetines había sido algo absurdo, ya que, en caso de abrir la puerta y encontrarlos allí enfrente, observándola desde arriba, solo tendría que aclarar que necesitaba ir al baño y, con cara de condescendencia, alguno de ellos la habría escoltado obedientemente.

Emma caminó con normalidad. Suspiró y dibujó una ligera sonrisa en su rostro.

Abrió la puerta y lo único que encontró fue oscuridad, su sonrisa se hizo más amplia mientras se adentraba en ella.

No fue muy lejos; solo necesitaba colocarse en el pasillo y asegurarse de que Matón Uno o Dos no estuvieran cerca.

La luz de la luna hacía resplandecer parte de su rostro. Apoyó la mano derecha sobre el marco de la puerta y, con algo de dificultad, pero mucha fuerza, cerró haciendo que el resbalón golpeara sus nudillos. En aquella ocasión, solo tuvo que apretar la mandíbula para soportar silenciosamente el dolor.

Las siguientes nueve veces, el sudor comenzó a caer por su espalda y cuello, a la vez que el pequeño fuego de la excitación empezó a avivarse en ella.

Decidió no parar hasta ver suficiente sangre.

Los golpes consecutivos que azotaban su mano le hicieron marearse en alguna ocasión, sentía cómo el dolor se volvía placentero y no quería parar.

Muy a su pesar, se vio obligada a hacerlo cuando escuchó las voces que provenían del piso de abajo. Con el pañuelo que guardaba en el bolsillo de su pijama, secó los restos de sangre que habían manchado el marco de la puerta y el suelo.

Sigilosamente, se encerró en su habitación.

Mientras Matón Uno y Dos subían las escaleras, ella se sentaba frente a su cama, con las piernas cruzadas y la mano rígida. Se inclinó sobre la parte izquierda de su cuerpo, buscando el botiquín que había robado hace dos días de uno de los cuartos de baño. Sacó la caja blanca de debajo de la cama y comenzó a curarse aquella grotesca herida.

***

A Charlotte le decepcionó el despertar de Michael.

Bonnie le había arrojado un vaso con agua fría y, en lugar de sobresaltarse, como a ella le habría gustado, lo hizo abriendo los ojos lentamente.

Aturdido y con la vista borrosa, luchó por mantener los ojos abiertos, pero aquel terrible dolor de cabeza se lo impedía.

Bonnie volvió a tomar asiento y Charlotte apoyó su hombro sobre la pared, con la respiración aún agitada, sin parar de darle vueltas a

su idea, a su meta.

—Háblame de Miller —le ordenó Bonnie mirándose las uñas.

—Es uno de mis abogados —balbuceó.

—Defendió a Kenny y también sé que estuvo implicado en la defensa de Jeffrey cuando la Estatal dio con vosotros.

—¿Entonces? ¿Qué quieres saber? ¿Si le gustan más las de diez o las de trece? —Le vaciló con la ceja levantada.

Bonnie se levantó de la silla y le escupió en la cara.

—Resumiendo: mataste a mis padres porque, por descuido tuyo, encontraron una prueba de tu sucio negocio. Usaste a Blane para encubrir tu crimen. Mataste a los Campbelle porque intuiste que se estaban arrepintiendo de la repugnante decisión de intercambiar a su hija por dinero manchado de sangre. La Estatal os descubrió tras la muerte de Nathalie, y Miller te ayuda a conseguir esas condenas tan ridículas para tus cabezas de turcos. Todo esto, mientras abusas y violas a tu propia hija.

—¿Qué quieres? ¿Una confesión?

—Exacto.

—Eres un psicópata —dijo Charlotte con la cara ligeramente enrojecida.

Michael volvió a incorporarse sobre la cama para poder mirar con mayor fiereza a sus dos rivales.

—Spicy Candy.

—No tengo nada que ver con esa mierda.

—¡Mentira! —gritó Bonnie levantándose de la silla.

—Vaya, vaya… el caso sin resolver de la agente especial Pearson.

Michael sonrió. Bonnie lo apuñaló con la mirada mientras el sudor caía por su frente.

—De hecho, me gustaría decirte que ibas totalmente desencaminada durante tu investigación.

Bonnie abrió los ojos como platos y su respiración comenzó a agitarse con más fuerza aún.

—¿Qué sabes tú de ese conglomerado? —preguntó desesperada.

La carga que llevaba sobre sus hombros tras tantos años se había hecho aún más pesada. Estaba confusa, tuvo que contenerse para no derramar lágrima alguna. Michael sabía la verdad, lo veía en sus ojos.

—Lo tienen bien montado, ¿no te parece? Nadie se ha acercado a ella. —Un destello de resentimiento recorrió la mirada de Michael—. Nunca la han tocado.

—¿Ella?

—Podría decirte de quién se trata, pero no serviría de nada. ¿Por qué crees que Anthony te quitó el caso de las manos, Bonnie?

—Porque no eras tú. Me equivoqué.

—No —dijo Michael sonriendo, cerrando los ojos y llevándose la mano cableada a la frente—. Ella jugó con vosotros.

—¿Con el FBI?

—Primero fueron las cartas. ¿Te habías olvidado?

A Bonnie le dio un vuelco el corazón al recordar aquellas dichosas cartas.

—Alguien te estaba señalando con el dedo.

—Quería quitarme del medio. Mantuvo al FBI distraído, investigándome, mientras ella seguía creciendo sin polvo que le hiciera estornudar. Con suerte, descubriríais mi negocio de trata de blancas... pero lo hizo la Estatal.

Michael comenzó a reír entre carcajadas.

—¿Quién es? —preguntó desquiciada.

—Agatha. La madre de Mery.

Aquello impactó a Bonnie y la dejó desconcertada. Se levantó de la silla con el ceño fruncido y caminó hasta la ventana de la habitación. Estaba confusa.

Pasó largos segundos en silencio poniendo su mente en orden. ¿Quién era la madre de Mery? Nunca había escuchado aquel nombre en las calles o en los edificios del FBI.

Mientras Bonnie divagaba consigo misma, Charlotte había avanzado en el tablero.

Había oído los pasos de Charlotte, su voz y la de Michael. Estaban conversando, pero no los escuchaba. Seguía inmersa en sus pensamientos... hasta que decidió empezar por lo más obvio.

—¿La madre de Mery? ¿No había muerto?

Cuando se giró, vio a Charlotte introducir una ampolla de morfina en el gotero de Michael. Que se encontraba inmovilizado por dos esposas. Su mirada se apagaba con rapidez.

—¿Qué coño estás haciendo?

Bonnie apartó a Charlotte de un empujón y cayó al suelo. Con las manos temblorosas, comenzó a tocar el gotero para evitar que la morfina llegara a su sangre... pero era demasiado tarde.

—Te olvidas de alguien...

Aquellas fueron las últimas palabras de Michael Brown. Las pronunció mientras miraba a Bonnie con la muerte en sus ojos. No había lugar para el miedo en sus pupilas, aun sin alma, sus ojos radiaban grandeza y hostilidad.

—¿Qué has hecho? —gritó Bonnie enfurecida—. ¡Reanímalo!

—Está muerto —dijo Charlotte mientras se levantaba del suelo.

—¿Por qué lo has matado? ¡Estaba desvelando información muy importante!

—¡Me arrebató a mi padre! ¡Y a ti, a tu familia! —exclamó con lágrimas en los ojos—. Solo te ha contado patrañas, ¡estúpida!

Bonnie sabía que Charlotte no se encontraba en sus cabales. Estaba en *shock*. Lo podía ver en sus ojos. No había podido soportar la verdad de Michael Brown.

A pesar de eso, debía admitir que habría disfrutado si hubiese podido ser ella quien hubiera acabado con él. Esa idea no había parado de rondarle la cabeza, lo odiaba, lo repudiaba aun estando muerto, pero Charlotte se había comportado como una estúpida imprudente.

***

Emma permanecía recostada en la oscuridad de su habitación y en la calidez de su cama con los ojos abiertos, sosteniendo su mano derecha con la izquierda.

Michael la había estado observando durante años, la había convertido en su juguete, su presa.

Ella tampoco había perdido el tiempo. Habían sido varias sus aventuras: lo había visto durante sus copas nocturnas, trabajar en su despacho a la luz de su flexo, escuchado conversaciones de teléfono, de las cuales no comprendía nada. Lo había observado mientras paseaba en su despacho, conocía algún que otro secreto suyo que le sería de gran utilidad.

Los secuaces de su padre habían entorpecido parte de su misión; ahora debía esperar, de nuevo, a tener vía libre.

***

Bonnie y Charlotte salieron de la habitación de Michael dejando tras ellas un cadáver. Charlotte le explicaba susurrando, todos los motivos médicos por los que la muerte de Michael se le atribuiría a las secuelas de las agresiones y lesiones que había sufrido a manos de Emma. Bonnie la escuchaba con atención en el ascensor, apoyada en una de las cuatro paredes con los brazos cruzados sobre el pecho.

El elevador se abrió y, conforme salía de él, se deshacía de la bata blanca y les daba vueltas a los motivos por los que la madre de Mery podría querer inculpar a Michael y meterle entre rejas. Sin saber muy bien por qué, retumbaron en su cabeza las últimas palabras de Michael: «Te olvidas de alguien».

Entonces, un destello atravesó la mente de Bonnie.

—¡Date prisa, joder! Tengo que ir a Chicago.

Bonnie pisó el acelerador. Sostenía el volante con firmeza, intentando contener el temblor de sus manos sin dejar de pensar en la nota que Ethan le escribió hacía años en el salón de su casa.

Charlotte la miraba en silencio. No entendía lo que sucedía, aunque tampoco pretendía fingir que le importaba lo más mínimo. Acababa de matar a un hombre, había culminado su venganza y necesitaba dormir.

—Hablaremos —le informó Bonnie cuando aparcaron en la puerta de la segunda residencia de los Brown. Le devolvió las llaves del coche y la miró con seriedad—. Y ni una palabra de esto.

Charlotte le respondió poniendo los ojos en blanco.

***

Esa madrugada, bajo la luz de la luna, cada una tomó su camino. Charlotte lo hizo con el corazón en calma y Bonnie... ahora con un nuevo propósito. Estaba dispuesta a hacer justicia por el corazón olvidado de Angela Sullivan.

—Buenas noches —se despidió Charlotte de los secuaces de Michael mientras salían por la puerta de la casa, alumbrados por la tenue luz de la entrada.

—Todo en orden, doctora —le informó Matón Dos cuando salía por la puerta.

—Gracias.

Charlotte cerró la puerta con llave, apagó la luz y se dirigió a su habitación, deseando entregarse a un sueño profundo, dispuesta a evitar cualquier destello que le hiciera cuestionar su moralidad o sus actos de aquella noche.

Pena, odio, rabia, dolor, tristeza… Un cóctel de sentimientos y emociones que no había sabido gestionar, que habían inundado por completo su corazón.

Cada palabra de Michael había sacudido los cimientos de su esqueleto y erizado cada nervio de su cuerpo. Dejó la ropa en el

suelo y, desnuda, se acostó bajo las sábanas limpias de la que desde hacía tanto tiempo se había convertido en su cama.

Solo podía permitirse anhelar el tiempo perdido con su padre. Sabía que la muerte de Michael no le iba a devolver aquellos años, pero ahora el equilibrio reinaba en la balanza.

Mientras Morfeo abrazaba con sus largos brazos a Charlotte, Emma esperaba en silencio acompañada por la oscuridad de su habitación.

***

—¡Mierda! —gruñó Bonnie mientras conducía con una mano y con la otra volvía a marcar el número de Emily —. Cógelo, cógelo…

—¿Hola? —respondió Emily somnolienta al otro lado del teléfono.

—Emily, soy Bonnie.

—Lo sé… ¿qué pasa?

—Te necesito en el laboratorio forense.

—¿Estás en Chicago? —preguntó, algo más despierta.

—De camino, llegaré en menos de tres horas —aseguró pisando el acelerador.

—Bonnie, ¿qué está pasando?

—Escúchame.

***

Emma abrió la puerta de su habitación sabiendo con exactitud hacia dónde debía dirigirse: el despacho de su difunto padre. Avanzó por el pasillo despacio, preparándose para aguantar la respiración conforme se acercaba a la puerta de la habitación de Charlotte. Silencio. Debía ser más silenciosa que nunca, más que cuando su padre se colaba en su cama.

De puntillas, pasó frente a la habitación de su psiquiatra y prosiguió con su corazón latiendo con rapidez hasta llegar al despacho de Michael.

Abrió la puerta con extremo cuidado, buscó con su pálida mano el interruptor y lo pulsó. Entró y cerró tras de sí.

Fácilmente, aquella podía ser la habitación más fría de la casa; no sabía cuánto tiempo había pasado cerrada. Buscó el cuadro en el que Michael guardaba la llave del cajón de su escritorio. Lo descolgó con sus frágiles manos, una mueca de dolor apareció en su rostro cuando hizo fuerza con su mano lesionada, el marco se resbaló entre sus manos y cayó al suelo, emitiendo un golpe seco que rompió el silencio.

Las gotas de sudor comenzaron a deslizarse por su frente.

Contuvo la respiración para escuchar con claridad si aquel desafortunado movimiento había hecho que Charlotte despertara de su profundo sueño... pero aquella noche la suerte estaba de su lado.

Tras esperar durante algunos segundos, estiró el brazo para alcanzar la llave.

Se agachó para introducirla en la cerradura del cajón del escritorio de Michael y, con movimientos lentos, la giró hasta que el cajón se abrió. Tiró de él hacia fuera y allí lo tenía: el revólver de Michael Brown.

Salió con menos prudencia de la que había tenido al entrar. Dejó el cuadro en el suelo, la llave aún dentro de la cerradura, el cajón abierto y la luz apagada.

Una vez en su habitación, comprobó que el arma estaba cargada. La guardó en un bolso. De su armario cogió el abrigo que Mery le compró para su viaje a los Alpes franceses; era de color gris, grueso y mullido, escogido específicamente para aquella noche. Le ayudaría a amortiguar la caída.

No podía arriesgarse a intentar robar las llaves de la casa de la habitación de Charlotte. Seguramente, las guardaba a buen recaudo, así que debía saltar por la ventana de su cuarto.

Abrió el ventanal y, presa del pánico, miró hacia abajo dispuesta a saltar. Con el pijama bajo el abrigo y el bolso cruzado a través de

su torso. Sacó una pierna, tragó saliva y, decidida, sacó la otra; una vez sentada en el borde de la ventana, cerró los ojos con fuerza.

—Una, dos... ¡tres!

Saltó. En el aire giró su cuerpo para caer de lado y poder rodar en un intento de evitar lesiones en su cabeza y extremidades. A pesar de eso, su costado y brazo derecho se vieron comprometidos. Rodó pocos metros y, orgullosa de su sangre fría y sudando por el calor que el abrigo le producía en aquella calurosa noche de junio. Se levantó y corrió en dirección hacia el vehículo que le llevaría de vuelta a Pick Brave.

Bonnie circulaba superando el límite legal de velocidad cuando, a varios kilómetros de distancia, Emma se deshacía de su acolchado abrigo y lo escondía entre los arbustos del jardín de Danniel.

Conforme se acercaba al porche, se concentraba para comenzar a fingir un llanto desconsolado. Las primeras lágrimas aparecieron cuando se encontraba frente a la puerta de Danniel; entonces, aporreó la puerta con fuerza, ignorando el timbre.

Hicieron falta varios golpes para que Danniel abriera los ojos; se encontraba desorientado: cuando se despejó, se alarmó por los golpes.

Miró su reloj de mesa: eran casi las tres de la mañana.

Bajó las escaleras con sigilo y giró lentamente la llave. Una vez la puerta quedó abierta, asomó el rostro, dio un paso atrás, sorprendido, abrió de par en par, cogió a Emma del brazo, la arrastró hasta su pecho y la abrazó con fuerza mientras cerraba.

—¿Qué ocurre, Emma? —le preguntó sin separarse de ella.

—Necesito ir con mi madre, Danny —sollozó—. No sabes las cosas que me hace.

En la mente de Danniel no había sitio para lo que había ocurrido en la fiesta de cumpleaños de Emma.

La adolescente seguía siendo para él una dulce niña, con una sensibilidad y un talento fuera de lo común. La quería con todas sus

fuerzas y estaba dispuesto a protegerla.

—Ven —le dijo, guiándola hasta la cocina.

Emma se sentó, temblorosa en el borde de una de las sillas, mientras Danniel le servía una infusión en una taza. La sostuvo entre sus manos y esperó a que él tomara asiento.

—¿Qué ha ocurrido, Emma? —preguntó sin dejar de mirar su mano lesionada.

—Me pega, Danny —dijo llorando—; día y noche, me castiga.

—¿Charlotte?

—Sí —confirmó pasándose la mano por la nariz—. Esto me lo ha hecho esta noche. —Comenzó a quitarse la venda. —En la mano derecha, para que no pueda dibujar.

El corazón de Danniel se sumergió en odio e ira al escuchar sus palabras y ver el estado en el que se encontraba su pequeña Emma.

Estaba dispuesto a hacer todo lo que le pidiera.

—Vamos a la policía.

—No, a la policía no. Quiero ir con mi madre.

Danniel era conocedor de la situación de Emma; a pesar de eso, ella le explicó el aislamiento al que estaba sometida, al igual que al maltrato y violencia que Charlotte ejercía sobre ella.

—Claro que sí, cariño, lo que necesites —dijo el pobre iluso, acariciándole la cabeza mientras se levantaba para ir a su habitación a cambiarse—. Por cierto, Emma, ¿cómo has salido de casa?

—He saltado por mi ventana —le contó, mirando hacia el suelo.

—¿Te has hecho daño? —preguntó, algo alarmado.

—No, estoy bien, gracias.

Danniel abandonó la cocina, aún desconcertado, mientras Emma volvía a vendarse la mano derecha y bebía la infusión pacientemente.

Una vez en su habitación, cogió el teléfono para llamar a Mery e informarle de lo que ocurría, pero no contestó.

Probó llamando a su línea de teléfono fijo, pero no obtuvo respuesta. Danniel supuso que se encontraría durmiendo.

***

Bonnie aparcó fuera de las instalaciones del FBI.

A su vez, veía a Emily, a la que hacía señas para que se acercara, cuando saliera de su furgoneta. Así lo hizo.

—¿Hiciste lo que te pedí? —le preguntó, dándole un caluroso abrazo mientras algunos destellos de sol manchaban el cielo nocturno.

—Sí.

—¿Y?

—Vamos dentro, mejor —le dijo Emily con seriedad mientras echaba a caminar.

—Ya no trabajo aquí, Emily.

—Joder, es cierto, perdona. —Se giró y volvió a mirar con seriedad a Bonnie—. No sé en qué andas metida, Bonnie, pero hemos encontrado algo.

—¿El qué? Necesito saberlo, Emily —exigió Bonnie, presa de los nervios.

—Emma Brown no es hija de Mery Brown.

Bonnie se llevó las manos al rostro. La luz de las farolas la iluminaba pobremente mientras Emily rebuscaba algo en su bolsillo.

—Lo sabía, joder, lo sabía —dijo susurrando—. ¿Has podido cotejar con…?

—Sí —la interrumpió Emily mientras sacaba una fotografía del bolsillo de su chaqueta y se la extendía a Bonnie—. Efectivamente, la madre de Emma es Angela Sullivan.

—Es normal, era algo imposible de saber —dijo Bonnie, con la fotografía en la mano y sus ojos sobre ella.

—Claro que es normal: Mery y Angela son gemelas —dijo Emily de forma tajante.

El teléfono móvil de Bonnie comenzó a sonar con fuerza, aunque ella lo ignoró completamente. Seguía en *shock*.

Hasta que Emily le llamó la atención.

—Dime.

—¡Bonnie!

—¿Qué pasa, Charlotte? —preguntó, guardándose la fotografía.

—¡Se ha escapado, mierda!

—Yo me encargo.

—¡Quiero ir contigo! —exclamó Charlotte, pero Bonnie ya había colgado.

—Os necesito a ti y a Ethan. Es urgente —le suplicó a Emily con la mirada, tras haber colgado el teléfono.

***

Danniel conducía con las manos firmes en el volante, los ojos fijos en la carretera y los oídos atentos a las desmesuradas mentiras que Emma le estaba contando sobre cómo Charlotte la había estado tratando estas últimas semanas.

Se llenó de rabia e impotencia: su dulce niña había estado puerta con puerta, recibiendo aquel tipo de trato y él lo había ignorado por completo. Era cierto que había tardado en conciliar el sueño, alguna que otra noche, pensando en cómo se encontraría. Pero jamás se le pasó por la cabeza la idea de que Emma hubiese podido estar pasando por todo aquello.

Habían pasado varios minutos desde que Emma había dicho la última palabra. La miró de reojo y la encontró acurrucada en el asiento del copiloto, durmiendo plácidamente.

***

De nuevo, Bonnie conducía superando el límite de velocidad.

A su lado, Emily la escuchaba con el entrecejo fruncido. Ethan también la escuchaba atentamente, sentado en uno de los asientos de atrás e inclinado hacia adelante.

—¿Pero está loca? —preguntó Ethan inocentemente.

—Ethan, la vi asestarle siete puñaladas a su padre y cómo intentó abrirle el cuello.

Ethan se colocó las gafas con el dedo de la mano derecha. Parecía algo sorprendido.

—Se lo tenía bien merecido —dijo Emily, sarcástica.

—¿Entonces? —preguntó Ethan algo desorientado—. ¿Su abuela es narcotraficante?

Emily le respondió poniendo los ojos en blanco.

Bonnie había intentado contactar con Danniel. Debía advertirle qué hacer en caso de que Emma contactara con él.

Pero la falta de sus respuestas fueron más que suficiente para saber que ambos estaban juntos.

No sabía desde cuándo ni cómo, pero estaba completamente segura de que Emma era conocedora de la verdad sobre quién era su verdadera madre.

Había intentado vengarse de Michael.

Ahora lo haría de su tía Mery.

***

Charlotte no paraba de dar vueltas por la casa. Había llamado innumerables veces al teléfono de Bonnie, pero no recibía respuesta alguna; sabía que la estaba ignorando.

Ni siquiera pensaba en Michael y en lo que acababa de ocurrir hacía tan solo unas horas, solo podía pensar en Emma, en dónde estaría, a dónde había ido y ¿qué se había llevado con ella del despacho de su padre?

Sin embargo, pudo intuir de qué se trataba.

No pudo seguir controlando sus nervios: salió disparada de la casa, montó en su coche y condujo hacia donde pensó que podría encontrarla.

Pero se equivocaba al pensar que Emma se dirigía al hospital para intentar acabar con la vida de su padre.

***

El kimono blanco satinado se deslizaba por la hidratada piel de sus brazos mientras vertía leche en su taza con café.

La brisa veraniega había conquistado con alegría la sala de estar.

Mery tomó asiento en el sofá con la taza de café entre las manos, dejó caer el cuello, cerró los ojos y suspiró relajando cada parte de su cuerpo.

Amaba a su marido.

Estaba preocupada por él y quería a Emma, pero era honesta consigo misma: nunca había sentido tanta paz.

La brisa hizo danzar a su cabello y el dulce olor a melocotón de su champú la sorprendió, causándole un inesperado placer.

Aquel delicioso momento se vio interrumpido por un suave golpe en la puerta principal. Pensó que, seguramente, se trataría del cartero, quien no solía usar el timbre.

Se levantó del sofá y fue danzando hacia la puerta.

Cuando la abrió, la estúpida sonrisa que tenía dibujada en la boca se invirtió lentamente.

—Mamá —murmuró, paralizada ante la imponente figura de Agatha.

Vestía un traje de verano gris, su característico moño, unas gafas de sol con montura negra y, por supuesto, iba acompañada de su bastón.

Mery miró disimuladamente hacia los lados para saber si Agatha venía acompañada de escolta, no vio a nadie, pero la experiencia era

un grado. Sabía que eso no quería decir que su casa estuviera completamente rodeada.

—¿No me vas a dejar pasar? —le preguntó mirándole por encima de las gafas.

Mery se hizo a un lado y Agatha entró. Esperó a que Mery cerrara la puerta y la guiara hacia el salón.

Mientras paseaba por la casa, la observaba... con las gafas de sol aún puestas.

—Está tal y como la recordaba.

—Pero si tú nunca has estado aquí —contestó Mery con mala gana... hasta que se le heló el cuerpo cuando recordó todo lo que su madre era capaz de hacer.

Entonces, se giró y un cosquilleo le recorrió el cuerpo al ver la maquiavélica sonrisa de Agatha mostrando sus perfectamente alineados dientes.

Con la mano, le hizo un gesto para que tomara asiento en el sofá y ella hizo lo mismo, manteniendo toda la distancia posible.

—La vida te sienta bien, hija —dijo Agatha quitándose las gafas de sol.

—¿Qué quieres?

—Verte, cariño. ¿Qué iba a querer una madre de su hija, si no?

—¿Qué coño quieres, Agatha?

—Veo que no tienes tu teléfono móvil contigo —dijo su madre, echando un vistazo a la mesa del salón.

—Está en la cocina.

—Pues deberías tenerlo cerca. —Entonces, una hortera melodía comenzó a sonar desde la cocina. Mery se levantó, sintiéndose algo nerviosa y aturdida. Cuando llegó, cogió el móvil de la encimera: no conocía el número de teléfono.

—¿Diga?

—¿Mery Brown?

—Sí, soy yo —confirmó, a la vez que caminaba de vuelta al salón.

Cuando llegó, vio a Agatha sacar un pañuelo de seda del bolsillo interior de su chaqueta.

—Señora Brown, soy la doctora Green. Le llamo del hospital civil de Hellyfield.

—¿Qué ocurre? —preguntó Mery presa del miedo y los nervios.

—Su marido, Michael Brown, ha fallecido.

Pasaron unos segundos hasta que Mery comenzó a llorar desconsoladamente. Agatha hizo un gesto de desaprobación y se acercó a ella para darle el pañuelo y envolverla entre sus brazos.

—Vamos, cariño, si era lo mejor...

El móvil de Mery cayó al suelo y, acto seguido, tomó el pañuelo que le ofrecía su madre y se secó las lágrimas.

Agatha la guio de nuevo hasta el sofá, y ambas volvieron a sentarse, esta vez manteniendo cierta distancia.

Mery lloraba en silencio con su rostro hundido entre sus delicadas manos.

—No digas nada, cállate —le ordenó a su madre.

Agatha levantó las cejas y dibujó media sonrisa en su arrugada cara.

—Deberías recomponerte, tienes visita.

Confusa, Mery alzó la cabeza y miró por el ventanal que había tras su madre, daba al jardín. Sus ojos se abrieron tremendamente sorprendidos al ver a Danniel saliendo de su coche.

A toda velocidad fue hacia la puerta.

No sabía cómo se había enterado de la noticia antes que ella, pero el corazón se le llenó de alegría al saber que no estaría sola con su madre. Aunque aquello se encontraba lejos de aliviar la pena que sentía y le quedaba por sentir.

Abrió de nuevo la puerta y se abalanzó con los párpados cerrados a los brazos de Danniel, quien, con fuerza, le correspondió.

Entreabrió los ojos y allí mismo, unos pasos detrás de Danniel, estaba Emma, sonriendo.

—¡Abuela! —exclamó Emma al ver a Agatha sentada en el sofá de su casa. Mery palideció.

Danniel, en silencio, comenzó a escuchar las señales que su cuerpo le enviaba: algo no iba bien. Mery tenía un gran parecido a aquella señora a la que Emma acababa de llamar «abuela», pero, hasta donde él sabía, la madre de Mery había fallecido a manos de su padre.

Agatha abrió los brazos para que Emma la abrazara sin ella tener que levantarse.

—Fuiste tú, ¿verdad? ¡Te la llevaste! —gritó Mery furiosa, con los ojos bañados en sangre y las venas de su cuello hinchadas y llenas de rabia—. ¡Fuiste tú, maldita puta!

—Te recuerdo, hija, que tú también te la llevaste una vez.

Ante aquella situación, Danniel dio unos pasos atrás, se sentó en la otra punta del sofá a una distancia prudente como para no intervenir o molestar en una disputa aparentemente familiar. Sin él ser parte de la familia ni nada de eso, esperaba oír algo que le hiciera comprender por qué Mery había fingido la muerte de su madre o entender qué narices ocurría.

Entre Mery y Agatha, Emma permanecía de pie viendo cómo el enfado de su madre iba aumentando. Su cuerpo se tensaba.

Al escuchar las palabras de Agatha, Mery perdió completamente el control y caminó con rapidez y violencia hacia ella. Emma casi cae al suelo, pero le dio tiempo a apartarse.

Mery cogió el cuello de su madre entre sus manos con fuerza, a Agatha no le dio tiempo a defenderse. Danniel se levantó a toda velocidad cuando vio cómo Emma sacaba de su inocente bolso el revólver y lo sostenía con su mano izquierda.

Mery apartó las manos del cuello de Agatha en cuanto sintió el frío cañón en su cabeza. Se levantó lentamente, con las manos

abiertas, sus dedos estaban rígidos como ramas de árboles, su rostro se había tornado rojo y estaba empapado en lágrimas.

—Cariño —dijo mientras sorbía sus propios mocos—, ¿qué haces? —tartamudeó.

—Siéntate —ordenó Emma apuntándole con la pistola—. Tú también —ordenó a Danniel sin mirarlo.

Ambos obedecieron en silencio.

***

Bonnie conocía la casa.

Había aparcado su furgoneta en la parte trasera con la intención de ser lo más discretos posible. No sabía lo que podía encontrar.

Tal vez, hallaría a Emma llorando, desconsolada entre los brazos de su madre, pero algo le decía que eso no iba a ser así.

Bajaron de la furgoneta y los tres desenfundaron sus armas, dispuestos a disparar en cualquier momento.

Caminaron hacia la puerta trasera de la casa. Cuando llegaron, una bala sorprendió a Bonnie, cayendo a escasos centímetros de sus pies.

—¡A cubierto! —gritó Bonnie.

Emily y Ethan se cubrieron en el pequeño porche trasero y Bonnie se agachó tras un cubo de basura metálico.

—Usan silenciador —anotó Ethan.

Bonnie y Emily le miraron con desprecio.

—No me jodas —le susurró Emily.

—¿Usan? —preguntó Bonnie—. ¿Por qué hablas en plural?

—No sé a dónde nos has traído, Bonnie, pero he visto que seguíamos la huella de varios neumáticos.

—¿Y por qué no has dicho nada, inútil? —preguntó Emily, rabiosa.

—¿Soy yo el único agente especial aquí? —replicó, condescendiente.

—Ethan, las cerraduras son lo tuyo. Estoy segura de que esa puerta está cerrada desde dentro. —Ethan asintió—. Emily y yo te cubrimos.

***

Agatha cruzó las piernas y apoyó el bastón en el borde del sofá.

Mery temblaba de miedo, rabia y dolor. Danniel no daba crédito a lo que estaba viviendo.

—¿Para qué coño la has traído? —le preguntó Mery mientras Emma le apuntaba con la pistola.

—Me ha dicho que su psiquiatra la maltrataba, mírale la mano.

—Danniel, se ha cargado a su padre, joder.

—¿Michael está muerto?

—Me acaban de llamar del hospital.

—Lo siento mucho —dijo Danniel aparentemente impactado— y también siento haberla…

—¡Callaos! —interrumpió Emma gritando mientras Agatha reía—. Háblame de ella.

—¿De quién, cariño? —preguntó Mery fingiendo ignorancia.

—De mi madre.

Danniel frunció el ceño. Mery sabía que no tenía sentido alguno mentirle ni marearla. Había estado con Agatha y ella le había contado toda la verdad. Pero, tal vez, tenía alguna oportunidad de salir ilesa de aquel desastre de situación. Si Emma quería una explicación de su propia boca era porque le estaba ofreciendo la oportunidad de dar su propia versión.

—Hablaremos de lo que quieras... pero baja el arma, cariño —dijo Mery adaptando un papel de víctima y calmando su voz.

—Si no hablas, dispararé.

Mery sabía de qué revólver se trataba e intuía que estaba descargado. Además, observó que el seguro seguía puesto. Aun así, decidió hablar.

—Y, si mientes, te mataré.

—Yo nunca fui el primer amor de tu padre —dijo Mery, forzando el llanto—. Lo fue tu madre.

Emma comenzó a llorar, pero mantuvo el brazo y la muñeca firmes.

—Al principio, él la admiraba. Era una mujer brillante en todos los sentidos, ¿sabes? No deslumbraba con su presencia ni nada de eso, pero cuando la conocías… Oh, cuando la conocías, conseguía ablandarte el corazón, podía hacerte viajar. —Las lágrimas de Mery recorrían su rostro con sinceridad—. Era un ser humano majestuoso.

—Pero la mató —dijo Emma.

Mery asintió con la cabeza, Agatha miraba a Emma intentando no derramar una lágrima tras haber recordado a su hija Angela.

—Sí, la mató. Angela era más inteligente, más sensible, sabía ver la belleza en los rincones más oscuros y remotos; era mejor que él, mucho mejor. —Tragó saliva—. Tu padre era un narcisista, un psicópata, Emma. Era un monstruo.

—¿Y tú, tía Mery? ¿Qué eres tú?

—Me enamoré de él —dijo sonriendo y llorando al mismo son—. Y yo, cariño, yo no soy mejor que nadie, no soy mejor que Angela ni mejor que lo que tu padre fue. —Agatha la miraba con dureza—. Por eso, tu padre al final me escogió a mí. Porque jamás se podría sentir minúsculo a mi lado, no como al lado de Angela. Junto a ella, se volvía invisible.

Los cuatro presentes ignoraban por completo los ruidos que procedían de la parte trasera de la casa.

***

Bonnie había disparado por primera vez; en cambio, Emily se había despedido de dos balas de su cargador.

—¡Ethan! —gritó Bonnie.

—Ya casi está, ya casi está —murmuró mientras intentaba secarse el sudor con el hombro y seguía moviendo la ganzúa—. ¡Ya está, ya está!

Los tres entraron en la cocina de la casa, cerraron la puerta tras ellos y, en silencio, Bonnie hizo gestos redirigiendo a Ethan hacia el piso de arriba. Emily iría al comedor y ella tomaría el pasillo que la conduciría al salón.

***

—Nuestro romance comenzó cuando ella se quedó embarazada. —Danniel seguía sin dar crédito a lo que estaba escuchando—. A pesar de eso, tu padre necesitaba destruirla, iba a acabar con ella. Yo traté de impedirlo.

—Miente —dijo Agatha canturreando.

—Lo sé —contestó Emma mirando con odio a su tía Mery—, trataste de convencerlo para que no lo hiciera mientras estaba embarazada.

—Al ver que no podría evitarlo, sí. De no haber sido así, tú también habrías muerto, Emma.

—¿De qué me ha servido vivir? —le preguntó retóricamente—. ¿Por qué no llamaste a la policía? ¿Por qué no la advertiste?

—Yo estaba perdidamente enamorada de él. Estaba cegada.

—¡Era tu hermana! ¡Era mi madre! —gritó Emma mientras quitaba la seguridad del revólver.

Bonnie irrumpió en el salón caminando hacia Emma con la pistola en alto. Al verla, Danniel se sintió más aliviado que nunca. Mery respiró hondo y Agatha ni se inmutó.

—No des un paso más, negra.

Acto seguido, Nancy empujó el cañón con silenciador en la sien de Bonnie y la inmovilizó con el otro brazo. De la puerta que daba a la entrada y las escaleras, aparecieron Logan y dos secuaces más de Agatha, con armas apuntando a las cabezas de Ethan y Emily.

Bonnie cerró los ojos; decepcionada y llena de dolor, dejó caer su arma al suelo.

—Eres una rata pusilánime.

—Te salvé —dijo Mery.

—Mentira. Le ayudaste a matarla, la abristeis en canal cuando aún estaba de ocho meses para quedaros conmigo. La dejasteis morir en el fondo del mar. Tú le ayudaste, la odiabas, tampoco sabías brillar por ti misma, ansiabas acabar con ella. ¡Me lo quitaste todo! ¡Me quitasteis a mi madre!

Mery se disponía a hablar, pero entonces Emma apretó el gatillo. Su brazo se sacudió por el impulso que tomó el arma al ser disparada.

Reinaba el silencio.

Los sesos de Mery estaban esparcidos por todo el salón, todos los presentes estaban manchados con su sangre.

Danniel comenzó a llorar y gritar con fuerza. Uno de los secuaces de Agatha fue hacia él y lo golpeó con el puño en el rostro.

Ethan y Emily miraron a Bonnie.

—Joder, está loca de verdad —dijo Ethan en voz baja.

Bonnie no podía cerrar la boca del asombro. Emma se mantenía en pie frente al cuerpo deformado y destruido de Mery. Sin apenas parpadear, volvió a poner el seguro del revólver y lo guardó en su bolso; acto seguido, suspiró.

Fue un suspiro que la llenó de paz, su mente enferma se relajó; de repente, sintió sueño, su estómago rugió con fuerza: tenía hambre. Durante largos segundos, perdió la noción del tiempo: no sabía dónde estaba, pero aquello no la alteró lo más mínimo.

Agatha colocó una mano sobre su hombro, miró a sus secuaces. Uno de ellos recogió las armas de Bonnie, Ethan y Emily. A estos últimos los obligaron a subir las escaleras y los ataron en la habitación principal. En el salón, uno de ellos sentó a Danniel,

espalda con espalda con Bonnie. Mientras Nancy los ataba, Bonnie miró a Emma con el rostro lleno de lágrimas.

—Emma, ¿dónde has aprendido a cargar una pistola?

—YouTube —le dijo sonriendo.

Emma le dio a ella y a Danniel la espalda y, junto a su abuela, caminó hacia la puerta. Nancy, Logan y el resto de secuaces las escoltaban.

—Espero que tardéis en deshaceros de las cuerdas, pero no mucho. En algún momento eso empezará a oler —dijo refiriéndose al cadáver de su hija.

—¡Adiós, Danniel! ¡Adiós, Bonnie! —se despidió Emma.

***

A varios kilómetros de distancia de Craphwood y a cientos de pies de altura, Emma y Agatha se miraban en silencio mientras volaban en *jet* sobre el océano Atlántico.

Ambas se habían duchado y cambiado de ropa.

—Abuela.

—Dime, querida —contestó Agatha llevándose la copa de champán a la boca.

—Háblame de ella, quiero saber más sobre mi madre.

Agatha degustó el champán antes de tragarlo y, sonriendo, le contestó:

—Querida, para eso deberás leer sus libros.

Si quieres estar al día de todas mis novedades literarias, sígueme en mis redes sociales:

Instagram: @mati.santiago.c

TikTok: @Hellyfield